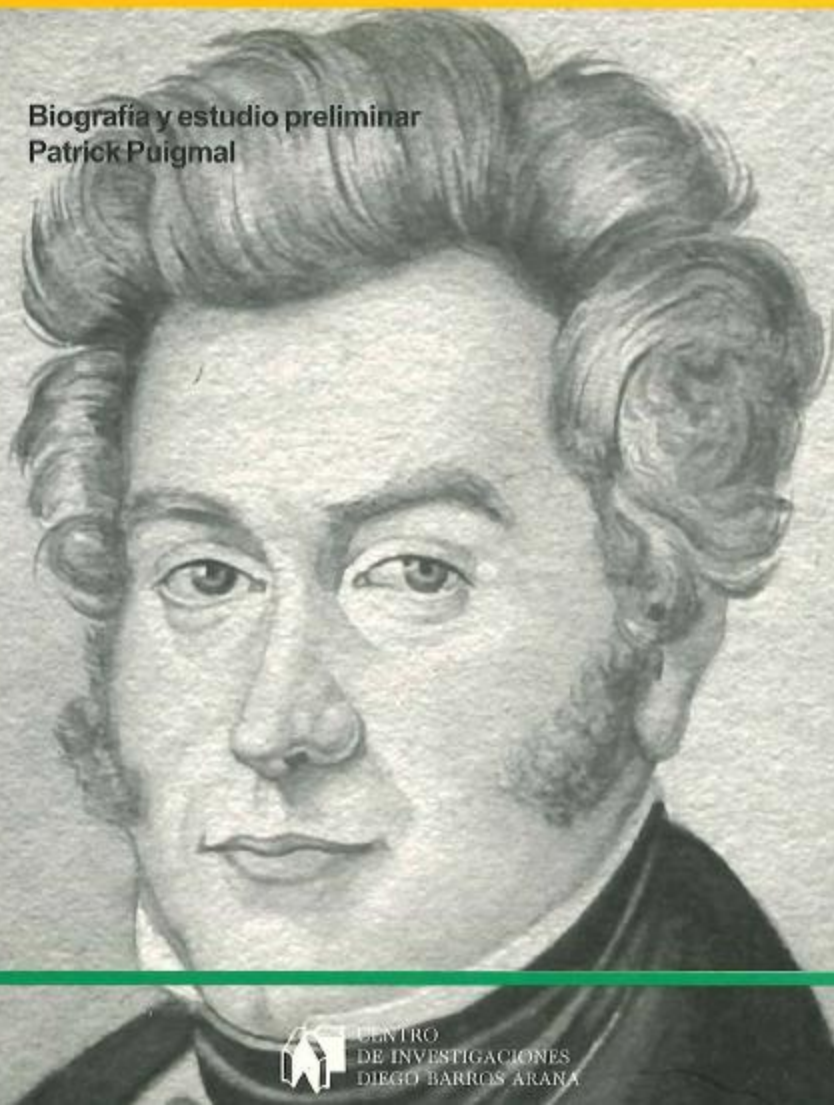


FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA
Volumen XXIV

MEMORIAS
DE JORGE BEAUCHEF

Biografía y estudio preliminar
Patrick Puigmal



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

MEMORIAS DE JORGE BEAUCHEF

Biografía y estudio preliminar
Patrick Puigmal

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS. 2005

Inscripción N° 151.051

ISBN 956-244-175-X (título)
ISBN 956-244-001-X (colección)

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y
Representante Legal
Sra. Clara Budnik Sinay

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y
Director Responsable
Sr. Rafael Sagredo Baeza

Editor
Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Composición de textos
Sr. Sergio Fuentes Luza

Fotografía de Portada
*Retrato de Beauchef; acuarela atribuida al teniente coronel Charles Wood Taylor.
Colección privada del teniente coronel Pedro Hormazabal del Departamento de Historia Militar. Santiago
Foto de Carlos Bertrán.*

FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA VOLUMEN XXIV

MEMORIAS DE JORGE BEAUCHEF

Biografía y estudio preliminar
Patrick Puigmal

LA PUBLICACIÓN DE ESTRE LIBRO SE ENMARCA DENTRO DEL PROYECTO FONDECYT
N° 1050631 "INFLUENCIA MILITAR FRANCESA DURANTE LA INDEPENDENCIA DE CHILE,
ARGENTINA Y PERÚ (1810 - 1830)".

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651
Teléfono: 3605283. Fax: 3605278
Santiago. Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

 CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

*A Paola, por haber compartido, sin realmente quererlo,
estos cinco últimos años con dos hombres, Jorge Beauchef
y el que firma.*

*A Anton, por haber integrado con amor a su "tío Jorge"
como un miembro más de su familia*

*A Jorge Beauchef por, entre otras cosas, esta frase que hago plenamente mía:
"El país al cual de todo corazón había ayudado a libertar era bello,
sus hombres viriles, sus mujeres hermosas y bondadosas.
Chile se hacía querer y yo lo quise desde el primer momento".*



Retrato de Beauchéf; acuarela atribuida al teniente coronel Charles Wood Taylor (1792-1856), inglés que prestó servicio en el Ejército de Chile como teniente (1820), capitán (1824), sargento mayor (1829) y teniente coronel (1841). Colección privada del teniente coronel Pedro Hormazabal del Departamento de Historia Militar, Santiago. Foto de Carlos Bertrán.

AGRADECIMIENTOS

Esta publicación no habría sido posible sin el apoyo de la Universidad de Los Lagos en Osorno a través de la Dirección de Investigación y su directora Sra. Pilar Álvarez, del Departamento de Ciencias Sociales y su director Sr. Claudio Rosales y del Programa de Estudios y Documentación en Ciencias Humanas y su director Sr. Igor Goicovic, y sin la confianza del director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Sr. Rafael Sagredo, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Que todos reciban mis muy sinceros agradecimientos.

Fueron numerosas las personas que aportaron con generosidad y desinterés a la concreción de este trabajo: en Valdivia, Digna Rodríguez Lamas, Eliana Solís, Carlos Bertrán, Jorge Garrido; en Osorno, Luis Carreño, Arturo Grubessich, Raúl Nuñez; en Río Bueno, Eduardo Araneda; en Chiloé, José Ulloa; en Santiago, Pedro Hormazabal, Jaime Garcés Fernández; en Concepción, Armando Cartes Montory; en Poepico, Alicia Donoso Covarrubias; en Buenos Aires, Viviana Kluger; en Estados Unidos, Eric Saugera, Charles Stangor; en Francia, Walter Bruyere Ostells, Felipe Angulo, Laurence Roche, Elyane y Maurice Puigmal, Danuta Monachon, Gilles Maudet, Joelle Demarthe, Paul Arbin, Mary Pat Meier y en Londres, Emilio Ocampo.

Que todas encuentren acá la expresión de mi profundo reconocimiento.

PREÁMBULO

¿PORQUÉ REEDITAR LAS MEMORIAS DE JORGE BEAUCHEF EN 2005?

A unos años del bicentenario de la independencia de Chile, es oportuno e indispensable, a nuestro parecer, volver a los testimonios de los que participaron en acontecimientos relevantes para la historia nacional.

Son pocos estos testimonios y son escasos los que dan una visión exterior del evento.

La distancia del tiempo permite, hoy en día, en un contexto bien diferente, dar real valor a estos textos: la independencia de Chile no fue un hecho exclusivamente nacional, ocurrió en un contexto internacional preciso y participaron hombres de horizontes, tanto geográficos como mentales, muy diferentes.

Podemos, y debemos integrar esta apertura geográfica y mental, en el estudio y la comprensión de este período.

Editadas una sola vez en 1964 por Guillermo Feliú Cruz, las *Memorias militares para servir a la historia de la independencia de Chile (1817-1829) del coronel Jorge Beauchef* están hoy en día casi desaparecidas: solamente quedan unos ejemplares disponibles en bibliotecas públicas o privadas.

Elas aportan esta visión exterior indispensable para la comprensión de la realidad y la complejidad de la época; constituyen una saga histórico-militar extremadamente valerosa y representan una aventura humana enriquecedora para el lector, en la cual la sensibilidad, la amistad, el odio, el amor, entre otros sentimientos, dan vida a la historia. De hecho, la lectura de este texto es emotiva cuando Beauchef habla de su *nueva patria*, apasionante cuando describe las relaciones entre los líderes, épica cuando cuenta los pormenores del combate de Mocopulli, y, también, horrorosa, por lo menos a nuestros ojos, cuando hace referencia a la vida de los pueblos indígenas.

Quisimos, para permitir el buen entendimiento del texto, darlo a conocer en su contexto a través, por una parte, de una biografía renovada del autor y, por otra parte, de un ensayo sobre la influencia militar francesa durante la independencia de Chile; dos elementos indispensables en el momento de reinsertar estas memorias en su contexto.

JORGE BEAUCHEF MÁS ALLÁ DE SUS MEMORIAS: MISTERIOS Y RESPUESTAS

El propósito de este texto no es, por supuesto, rescribir la biografía de Jorge Beauchef ya expuesta y detallada en sus memorias. Pero, hay muchos puntos oscuros, muchas dudas y a veces errores (¿intencionales o no?, lo definiremos) que no permiten una comprensión tan fácil del relato del coronel francés exiliado en Chile en 1817. Poco se sabe, por ejemplo, sobre su origen (entre otras cosas su fecha y su lugar de nacimiento exactos), su carrera en los ejércitos napoleónicos entre 1805 y 1815 y su vida en Chile después de su separación del ejército chileno en 1829.

Llenar estos vacíos, aclarar estas dudas y corregir o explicar, en la medida de lo posible, estos errores constituyen las razones de este texto biográfico, prólogo indispensable a la lectura de las memorias.

¿CUÁNDO Y DÓNDE NACIÓ JORGE BEAUCHEF?

En su edición de las *Memorias militares para servir la independencia de Chile (1817-1823) por el coronel Jorge Beauchef* en 1964, Guillermo Feliú Cruz indica en una nota a pie de página lo siguiente sobre la fecha de nacimiento de Beauchef:

“Hay diferencias de opinión acerca del año de nacimiento de Beauchef, como se ha podido establecer en los estudios publicados con estas memorias. Vicuña Mackenna en sus dos biografías, señala el año 1784. José Bernardo Suárez sigue este mismo. Andrés Bello y Gonzalo Bulnes, le asignan el de 1785. Barros Arana y Ernesto de la Cruz, lo hacen nacer en 1787, que es el que indica el autor de las memorias. Pedro Pablo Figueroa en las biografías que se han leído, indica el año 1774, siguiéndolo Virgilio Figueroa. Beauchef dice que en 1815 tenía 28 años, de modo que según esta declaración, el año de su nacimiento fue el de 1787”¹.

¹ Guillermo Feliú Cruz, *Memorias militares para servir a la historia de la independencia de Chile*, (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1964), p. 71.

No obstante, el mismo Beauchef declara en su pasaporte emitido en París el 13 de octubre de 1815², tener 31 años en este mismo año, lo que contradice su propia declaración en las memorias.

Además, una duda idéntica se presenta en referencia a su lugar de nacimiento: se indican las ciudades de Le Puy en Velay, Privas, Romans y Lyon, el Departamento de l'Ardeche (sudeste de Francia) o la Région Lyonnaise, como posibles lugares, pero tanto para esto como para la fecha, nadie da elementos probatorios o cita fuentes que permitan confirmar estas afirmaciones.

Por fin, varios documentos (por ejemplo, la placa³ en homenaje a los gobernadores de Valdivia puesta en la entrada de la gobernación de esta ciudad) adjuntan a Beauchef el apellido de "Ismel, Isnet, Ismer o Ismet" sin decir cual es el origen de este apellido; teniendo en cuenta que en Francia no se usan los dos apellidos para identificar alguien, cabe preguntarse la razón de esto.

Empecemos entonces con su lugar y fecha de nacimiento: El registro de control de las tropas del 4º regimiento de húsares en el cual sirvió desde 1804 indica su nacimiento en Lyon, el 22 de abril de 1785⁴. Corroboramos con las actas de bautizo del Departamento del Rhone en Francia (capital: Lyon) y de hecho encontramos⁵ su acta de bautizo con fecha 22 de abril diciendo claramente "hijo natural de Elizabeth Beauchef, nacido esta mañana en La Cote"⁶. Así que no queda ninguna duda sobre su fecha y lugar reales de nacimiento: lo que no deja de sorprender es el por qué de las inexactitudes entregadas por el propio Beauchef. La única explicación que podemos proponer tiene que ver con su condición de hijo natural de un tal Ismel⁷ (de esto vienen también las confusiones sobre su apellido), lo que en el fin del siglo XVIII no era la mejor manera de asegurarse un rango social; de hecho, era bastante difícil, por ejemplo, para un soldado, llegar a ser oficial en estas condiciones. Entonces, mentir sobre el lugar y la fecha de nacimiento era dificultar la posibilidad de averiguar el origen real del individuo. El registro de control del 4º regimiento de húsares identifica a Jorge Beauchef como "Ismel Beauchef" sin hacer ninguna referencia a su nombre Jorge⁸ y lo declara de padre desconocido, lo que, sin duda, refuerza nuestra opinión. Cabe señalar que La Cote y Lyon no eran el lugar de residencia de Elizabeth Beauchef, ella residía en Le Puy en Velay⁹, donde Beauchef se encontrará con ella a su

² Una copia del pasaporte se encuentra en el Museo Histórico Van der Maele de Valdivia y una traducción está incluida en la publicación de Guillermo Feliú Cruz de 1964.

³ Esta placa, dando todos los nombres de los gobernadores de Valdivia desde la Independencia, dice lo siguiente en relación con Beauchef: "Coronel Jorge Beauchef Ismet, 1822-1823".

⁴ SHAT, Service Historique des Archives de l'Armée de Terre, (Chateau de Vincennes, Paris), 24 YC 399, 337, 398 y 400.

⁵ Archives Départementales du Rhone de Lyon, Année, 1785, N° 219.

⁶ La Cote era en este tiempo una de las comunas de la ciudad de Lyon; es hoy uno de sus barrios al lado del río Rhone.

⁷ Ver la acta de bautizo, p. 258.

⁸ Como en la acta de bautizo, p. 258.

⁹ Ciudad situada a 150 km al oeste de Lyon en la región del Massif Central, Département de Haute Loire.

vuelta de las cárceles españolas, lo que puede constituir también una manera, común en este tiempo, de evitar, gracias al alejamiento, la condena social inherente a este tipo de nacimiento.

El certificado de bautizo entrega también una información interesante sobre la clase socioeconómica de Jorge (Georges en su idioma natal) Beauchef, describiendo la profesión de su madre como comerciante (*marchande* en francés), lo que indica una vida urbana de clase media baja con educación básica para los niños: de hecho Beauchef sabe leer y escribir cuando entra en el ejército y, al leer sus memorias, uno puede darse cuenta de su, bastante amplia, cultura general y de un estilo, el cual, sin ser el de un escritor, denota ciertas capacidades literarias. Beauchef, además del francés, hablaba alemán, español y, probablemente, inglés después de su estancia de tres años en la isla británica de Malte.

SU CARRERA EN EL EJÉRCITO NAPOLEÓNICO

Llegado al 4º regimiento de húsares el 13 de Frimaire An XIV (según el calendario revolucionario todavía en vigor: 3 de diciembre de 1804) Jorge Beauchef está descrito de la manera siguiente: 1 m 71 de altura, rostro oval, frente mediana, ojos castaños, nariz puntiaguda, boca mediana, barbilla con hoyuelos, cabello y pestañas pardos.

En la guarnición¹⁰ durante los primeros meses en el reino ocupado de Hanovre cerca de Dinamarca, Beauchef se dirige, bajo el mando del coronel Burthe¹¹ y en octubre de 1805, hacia Austria por Hesse, Hesse-Darmstadt y Hanau con su regimiento en el seno del primer cuerpo de la "Grande Armée" (nombre del "gran ejército" napoleónico), para participar en la primera campaña del imperio francés contra las fuerzas de Prusia, Austria y Rusia.

Como lo escribe en sus memorias, sirve en el sitio de Ulm (16-26 de octubre) y en la famosa batalla de Austerlitz (2 de diciembre), participando en varias cargas de caballería durante esta última, las que causaron cincuenta y nueve muertos y heridos en el 4º. Acantonado en el principado de Eischadt durante los primeros meses de 1806, el 4º de húsares participa a la toma de Saalbourg en Prusia el 9 de octubre, pero, contrariamente a lo que escribe Beauchef, no combate en la batalla de Iéna (14 de octubre) tomando parte solamente durante la noche en la persecución y captura de las tropas enemigas. Él hará lo mismo los 15 y 19 después del combate de Halle. Este día, el cuerpo de Bernadotte¹² hace varios miles de prisioneros, dos generales, cinco coroneles, cuatro banderas y treinta y cuatro cañones. El 5 de noviembre participa en el combate de Siltz contra la caballería prusiana, en el de Pulstuck el 26 de diciembre y pasa el

¹⁰ Histórico del 4º regimiento de Húsares, SHAT, cf. n 4, 4 M 155.

¹¹ Burthe André (1772-1830), general del imperio napoleónico.

¹² Mariscal de Imperio y futuro rey de Suecia, comandante del primer cuerpo de la Grande Armée al cual pertenece el 4º húsares en 1806-1807.

invierno en Hobstein en la frontera polaca. El 4º se va a distinguir el 18 de enero de 1807 en Morhungen donde el coronel Burthe y el teniente coronel Boudhinon reciben una grave herida¹³. Beauchef no participa en la batalla de Eylau (2 de febrero) ocupando con su regimiento las regiones de la Passargue entre Elbing y Braunsberg. En esta última ciudad, el 4º se distingue de nuevo tomando mil quinientos prisioneros y capturando toda la artillería pruso-rusa el 20 de febrero.

Después de unos meses de tranquilidad, la guerra retoma su curso y Beauchef con el 4º sirven en la batalla de Friedland (14 de junio). Luego de la paz de Tilsit se quedan en Alemania hasta principios del año 1808 cuando empieza la guerra con España. Nombrado brigadier de la octava compañía el 1 de julio de 1808, Beauchef parte para España el 17 de agosto y llega a Bayona, ciudad-frontera, el 24 de diciembre, cruzando Alemania, Luxemburgo y Francia.

El regimiento va a operar en el valle del Ebre y el noreste de España, llegando el 5 de enero de 1809 a Zaragoza para participar en el sitio bajo el mando del mariscal Lannes. Beauchef participa en la toma de decenas de prisioneros españoles en Blanquillos de Valencia y cae preso poco después frente a Zaragoza¹⁴. El registro de su regimiento lo da de baja como preso en España el 30 de noviembre de 1809. En sus memorias, indica que posee ya el grado de sargento-mayor, siendo que su informe militar da octubre de 1813 como fecha de obtención de este grado¹⁵.

Las memorias son bastante precisas sobre su tiempo como preso entre 1809 y 1813, sobre su escape y su vuelta a Francia, pero vale la pena precisar su actitud en ese entonces.

Él dice lo siguiente:

“El Emperador Napoleón se encuentra en Dresde. Hallándome en Bavaria, tuve pena de no estar presente en Sajonia para presentarme ante él. Siendo joven, sin mucha experiencia, el recuerdo de los sitios de mi infancia y el deseo de ver a mi madre viuda, sin más hijo que yo, prevalecieron a pesar de los consejos de los que sabían más que yo. Mi carrera militar desde este momento se perdió. Ya no había medio de volver a continuarla. Todo no fue más que desastre después de mi vuelta al servicio, Así, pues, es inútil que diga más. Se ha escrito tanto sobre nuestras desgracias”¹⁶.

Entonces no combate ni en Alemania en 1813, ni en Francia en 1814, lo que no deja de sorprender. Además, como acabamos de afirmar, obtiene su grado de sargento-mayor de la séptima compañía en octubre de 1813 después de su reinte-

¹³ Nombrado por Beauchef en sus memorias, p. 71. A propósito del rol del 4º húsares en esta ocasión, el mariscal Bernadotte declara en una carta a Napoleón: “Todas las tropas se comportaron muy bien pero el 5º de cazadores y el 4º de húsares se distinguieron”. SHAT, *op. cit.*, Histórico del 4º regimiento de húsares.

¹⁴ Véase p. 62.

¹⁵ SHAT, *op. cit.*

¹⁶ Véase p. 67.

gración oficial con fecha 11 de octubre, lo que no es posible sin ser parte activa del ejército; la única explicación es su presencia durante estos dos años (1813-1814) en el cuartel del regimiento en Malines, asumiendo un papel de formación para las reclutas, lo que podría explicar el silencio de sus memorias sobre este tiempo.

Después de su ascenso, el 13 de julio de 1814, y de un tiempo “en los lugares de su infancia y para estar con su madre”, Beauchef trata de hacer valer sus derechos a la Legión de Honor escribiendo al señor Ministro de la Guerra, en París, el 3 de septiembre de 1814¹⁷:

“Monseñor,

Permite a un ex militar tomar contacto con su excelencia con el fin de suplicarla otorgarme la condecoración de la Legión de Honor. Preso de guerra durante varios años, no pude obtener una recompensa que me aseguraban varias acciones brillantes. Hoy en día, retirado a causa de mis heridas, me atrevo a someter mis títulos a su Excelencia, a suplicarla otorgarme su protección y asegurarla que soy digno de sus bondades por mi extrema devoción a su Majestad y a la augusta familia de los Borbones”.

En el margen de la carta se encuentran tres comentarios elogiosos de ex comandantes del regimiento de Beauchef:

“– Boudhinon, Mariscal de Campo, ‘Como ex coronel del regimiento de húsares n°4, certifico que el suboficial Beauchef es un sujeto distinguido y que gracias a su valentía y su conducta, mereció la recompensa que solicita. Él la hubiera obtenida sin su cautiverio’.

– Solignac, Teniente General, ‘Es un placer para mi recomendar el suboficial Beauchef a su excelencia el Ministro de la Guerra. Este oficial tiene derecho a la recompensa solicitada por su valentía y su devoción a la augusta familia de los Borbones’.

– Burthe, Mariscal de Campo, ‘El Mariscal de Campo que suscribe atestigua que el señor Beauchef se distinguió en todos los combates en los cuales se encontró el regimiento, que él fue capturado después de defenderse de la más brava manera en una casa fortificada: él salvó su capitán que había sido capturado y, por múltiples hazañas, tiene derecho a la recompensa solicitada. Me atrevo a recomendarlo a su Excelencia el Ministro de la Guerra’ ”.

No debemos sorprendernos de leer esta declaración a favor de los Borbones en contradicción con el pensamiento político de Beauchef. Él, como muchos de sus compañeros, dados de baja a la vuelta del rey Luis XVIII, trata de reinsertarse utilizando esta estrategia, la cual, lógicamente, no tuvo éxito. Nunca obtendrá la Legión de Honor.

¹⁷ Carta inserta en la hoja de vida de Beauchef, SHAT, *op. cit.*, 2YE, 202.

A la vuelta de Napoleón desde su exilio en Elba en abril de 1815, se enrola en el 2º regimiento de cazadores a caballo de la Guardia Imperial, unidad creada durante este período llamado de los Cien Días.

Él no habla de su presencia en Waterloo (18 de junio) y este regimiento por su reciente creación no tiene un archivo constituido en el SHAT. No obstante, podemos afirmar que Beauchef no combatió en esta batalla. Su regimiento, creado por decreto el 15 de mayo de 1815 y constituido el 21 del mismo mes, se quedó durante toda la campaña en su cuartel de Chantilly, cerca de París, principalmente por falta de caballos, y fue dado de alta entre octubre y noviembre después de encontrarse con el ejército “del otro lado del río Loire”¹⁸.

EN CHILE DESPUÉS DE SU RETIRO DEL EJÉRCITO DE LA INDEPENDENCIA

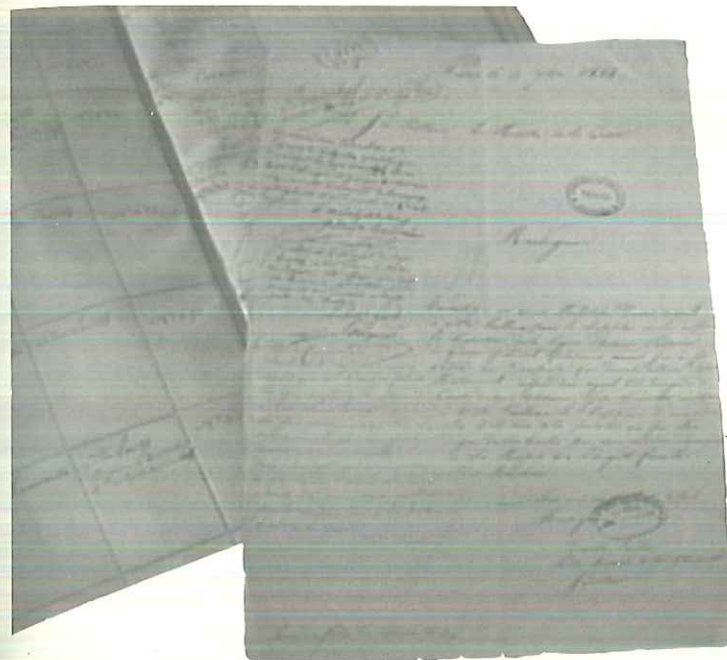
Poco se sabe sobre los once años que separan el retiro de Beauchef, el 23 de marzo de 1829, de su fallecimiento en Santiago en 1840¹⁹. Casado en 1822, padre de cinco niños de los cuales dos, Manuel y Jorge, llegarán a ser diputados, el coronel Beauchef se va a instalar en la hacienda de su esposa en Polpaico donde, hasta 1835, “llevaba una vida retirada, enteramente ajena al movimiento político de esos años borrascosos, y sin cultivar más relaciones que las de aquellos hombres que se interesaban más o menos directamente por los estudios científicos”²⁰. Introdujo muchas tecnologías modernas de explotación agrícola y provocó así un importante auge de la hacienda. Construida en 1613 por Antonio Mendez de Contreras, reconstruida en 1730, después del terremoto del 8 de julio, por el abuelo de su esposa, don José Antonio de Rojas, uno de los precursores de la independencia²¹, la hacienda se ha transmitido desde su origen en el seno de la

¹⁸ Constituido el 21 de mayo de 1815 por el general Lefebvre-Desnouettes con elementos de los cuatro regimientos de Caballería de la Guardia Imperial y bautizado 2º regimiento de Cazadores a Caballo bajo el mandato de Napoleón. Así se dirigió Lefebvre-Desnouettes a los caballeros del regimiento, el 27 de mayo: “Anuncio con gusto al cuerpo de caballería de la Joven Guardia Imperial que su majestad, para recompensar su buen rendimiento desde la llegada de los nuevos conscriptos, ha decidido darle el nombre de 2º regimiento de Cazadores a Caballo de la Joven Guardia. Con este favor, el Emperador quiso recompensar los valientes de la Joven Guardia quienes combatieron durante las últimas campañas con tanto heroísmo”. A. Pigeard, “Les chasseurs à cheval de la Jeune garde (1813-1815), en *Tradition magazine*, N° 193, (octubre de 2003), pp. 15-19.

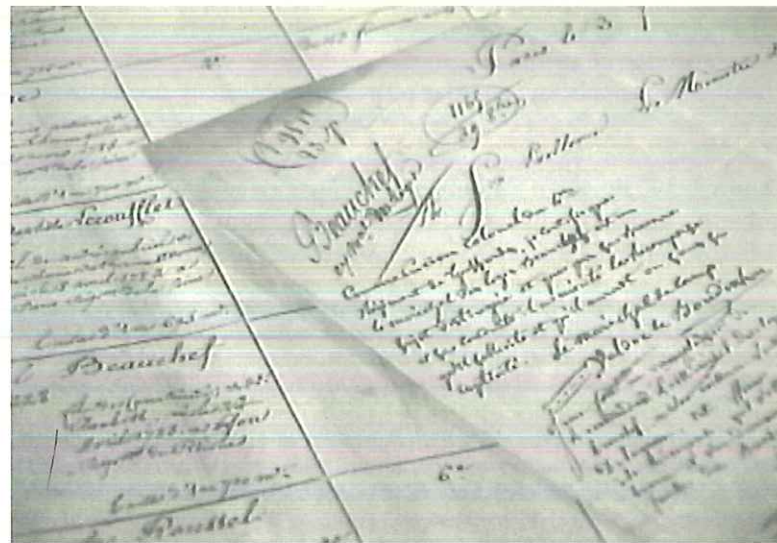
¹⁹ Un resumen de este apartado sobre los últimos años de Jorge Beauchef, se encuentra en nuestro libro publicado en 2001 por la editorial La Vouivre/Fondation Napoléon en París, Francia, *Mémoires pour servir à l'indépendance du Chili*, pp. 165-166. Cabe señalar que el texto publicado por Guillermo Feliú Cruz en 1964 contiene parte de estas informaciones.

²⁰ Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965).

²¹ Cabe señalar que esta hacienda sirvió de lugar de incubación de la conspiración de “los tres Antonio”, Rojas y los franceses Gramusset y Berney que, en 1780, tuvo por objetivo “hacer independiente a este bello país”.



Carta de Jorge Beauchef, 13 de julio de 1814.



Carta y Registro de control del regimiento de húsares N° 4.

misma familia. Está ocupada hoy en día por doña Alicia Donoso Covarrubias de Gillet, descendiente por alianza del hijo de Jorge, Manuel Beauchef Manso. De hecho, este último no tuvo descendencia y la hacienda se transmitió a su muerte, en 1888, a la hermana de su esposa, Pastora Rivera Serrano. Constituye una de las últimas haciendas del período colonial en funcionamiento y su deterioro es tal que, si no hay en los próximos años una acción pública o privada para conservarla, lo que parece indispensable por sus características arquitectónicas y por la importancia histórica de dos de sus propietarios, Antonio Rojas y Jorge Beauchef, idesaparecerá!²²

Graves crisis de gota y fuertes dolores reumáticos debido a su brazo herido en Talcahuano en 1817, obligaron a Beauchef a abandonar esta actividad y volver a Santiago donde se instala en su casa ubicada en la esquina de Merced con Miraflores.

Desde su retiro del ejército, se rehusó sistemáticamente a tomar parte en favor de uno u otro bando político, especialmente durante la tormenta revolucionaria de 1829 a la cual, no obstante, se opuso. Cabe señalar que cada vez que, en el pasado, tuvo que entrar en política, tuvo primero que vencer sus propias dudas como, por ejemplo, al momento de escoger entre Freire y O'Higgins en 1823, y en 1825 cuando, después de apoyar la contrarrevolución de O'Higgins, decide permanecer fiel a Freire gracias solamente a la insistencia de su edecán Tupper²³. Si bien Beauchef es republicano, no es revolucionario como lo expresa ampliamente en el siguiente texto:

“Es un axioma tan viejo como el mundo civilizado de que una muy pequeña parte de la sociedad esta destinada por la naturaleza a mandar, y la otra, muy grande, a obedecer. La igualdad es el delirio del republicano fanático y la libertad frenética, el sepulcro de las repúblicas. Por tanto, el ciudadano virtuoso que abraza en su alma el amor sagrado de la patria, debe tributar homenaje y obediencia a la ley, guardar respeto al gobierno y nunca ambicionarlo”²⁴.

Este pensamiento explica, por ejemplo, sus dudas al momento de apoyar Freire en contra de O'Higgins, o al momento de entrar en cualquier movimiento opuesto al gobierno instalado. Beauchef tiene en alta estima el poder político, sin estar sistemáticamente de acuerdo con él, y profesa la necesaria obediencia del ejército

²² Entrevista con doña Alicia Donoso Covarrubias de Gillet el 22 de febrero de 2004 en Polpaico. También se puede consultar la tesis de arquitectura de Cristina Gillmore Escoda, *Hacienda casas de Polpaico* (Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, septiembre de 1979).

²³ B. Tupper, *Memorias del coronel Tupper* (Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1972), pp. 22-23: “Procuré convencerlo (Beauchef) de que siempre la guerra civil debía ser un juego peligroso para oficiales extranjeros. Sin embargo, él no quería ver las cosas como yo... De nuevo le aconsejé que no se arruinará para siempre. Al fin, admitió conducir el cuerpo en apoyo del Director Freire”.

²⁴ Feliú Cruz, *Memorias...*, *op. cit.*, Epistolario, N° 136 “Ideas generales para la organización del ejército de la República”, p. 387.

hacia este mismo gobierno o hacía la autoridad: así cuando en 1821 ocurre la rebelión de los sargentos en Osorno y Valdivia con la muerte del gobernador Letelier y de casi todos los oficiales, él afirma que estos eventos “constituyen un atentado a todas las leyes humanas y sobre todo a la disciplina militar, base fundamental del ejército, de la seguridad pública y de todas las garantías sociales”²⁵.

No obstante, el profundo amor que profesa por Chile, Beauchef se siente desengañando y lleno de amargura. Varias razones explican su estado: primero, no llegó al grado de general cuando sus servicios le daban derecho a éste. Su viva disputa con Freire, entonces director supremo de Chile, a la vuelta de la expedición fracasada de Chiloé en 1824 (él le reprocha en público de haber preferido jugar cartas en vez de tomar en cuenta las necesidades de sus soldados) podría constituir una razón de peso para explicar este hecho. Esto podría constituir también la explicación a una frase misteriosa de sus memorias: “No se debe jamás abrazar la carrera militar sino en su propio país”²⁶.

Además, en varias ocasiones, Beauchef fue objeto de fuertes críticas: primero en 1824, durante una campaña nacionalista y partidista en contra de los jefes extranjeros de los tres principales cuerpos de la guarnición de Santiago, Viel, Rondizzoni y Beauchef (todos ex oficiales del ejército napoleónico)²⁷, y en 1827, acusado por el diputado Rodríguez (hermano de Manuel Rodríguez) de insultos hacia el Parlamento y la nación²⁸. En los dos casos, el gobierno lo apoyó e hizo callar estas injustas críticas.

²⁵ Véase, 197.

²⁶ *Op. cit.*, p. 22.

²⁷ Carta de J. Beauchef a Diego Benavente (22 de noviembre de 1824), Archivo Nacional, Archivos Varios, Correspondencia de D. Benavente, 1822-1847, vol. 821, documento 48: “Hacen correr voces bastante desagradables sobre las primeras sesiones del Congreso. Yo no creo palabra. Teresita (Teresa Manso y Rojas, esposa de Beauchef) me escribe que se trata de quitar el mando de los cuerpos a los extranjeros. Si se nos debe llamar así, en mi conciencia, no lo creo... pero las pasiones suelen cegar a los hombres y particularmente en este país en donde no faltan las aspiraciones y si correspondiesen las facultades, jamás país fuere mejor servido”. Respuesta de Benavente el 25 del mismo mes: “Cuatro disculos, vergüenza de la patria, buscan todo medio de efectuar un trastorno. No pudiendo ganar a los jefes de los cuerpos para que los execren de honor y virtudes, se han valido de hacer correr que se van a quitar por el gobierno a Viel, para poner Benavente, Beauchef por Campino y Rondizzoni por no sé qué otro. El pobre turco mandó a su ayudante a preguntar a Viel lo que había, y este le contestó la verdad, es decir, que eran arterias movidas por los malvados que ya desesperan de sus malditas intenciones”. Archivo Nacional, Archivos Varios, 1815-1833, vol. 127, documento 33.

²⁸ Acusación del diputado Carlos Rodríguez: “Hago acusación contra la persona del señor coronel don Jorge Beauchef, como cómplice en ciertas representaciones de los oficiales del ejército; protesto manifestar que estas son subversivas y de sedición y acuso al citado coronel de haberse expresado en la publicidad de un banquete ridiculizando la Representación Nacional y con expresiones demasiado fuertes e indecorosas, dirigiéndose a un representante que allí había”. Valentín Letelier (recop.), *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (1811-1845)* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1889), tomo XI, p. 239. Respuesta de Beauchef: “El señor diputado Rodríguez en su delirio, que ha creído ser energía, ha pensado hacer temblar a un veterano de Chile, que en el curso de nueve o diez años ha mostrado un semblante algo severo a los enemigos de la patria y del orden... Séame permitido recordar que nunca he aparecido como un apoyo del

Jorge Beauchef era un hombre de carácter y siempre asumió los riesgos derivados de la franqueza de sus expresiones.

Un hecho va a transformar su amargura en profunda tristeza, entre 1831 y 1834, viaja a Francia; ningún documento, ninguna carta, ningún testimonio se conoce sobre este viaje salvo un texto muy corto escrito por Beauchef: "En Francia, ya no hay nada de lo que vi. Todo ha desaparecido, familia, amigos, ideas, glorias y cuanto fue de mi tiempo. La soledad fue mi compañera de viaje. ¡Que turbación la que sentí! Era un extraño en mi patria"²⁹. Sabemos solamente que en estos mismos años viaja su amigo, el científico Claude Gay, pero nada confirma si se vieron o no en Francia.

En Santiago, después de 1836, su casa se transforma en el lugar de encuentro de un grupo de franceses: ex compañeros como los generales Viel y Rondizzoni, científicos residentes en Chile como Hypolite Beauchemin, Louis Vendel, el pintor Rugendas de Bavaria y, por supuesto, el naturalista Claudio Gay. Frecuentemente, evocan los recuerdos del periodo imperial, pero Claudio Gay insiste para escuchar a Beauchef hablar de sus campañas en Chile. De hecho, esta insistencia es probablemente la causa principal de la decisión de Beauchef de escribir sus memorias terminadas en julio de 1837.

Nuestra opinión es que Claudio Gay impulsó la escritura de las memorias. En éstas, encontramos de hecho descripciones de la flora, fauna y hábitos de la población, particularmente de los pueblos indígenas que van mucho más allá del simple resultado de las observaciones de un militar en campaña. Pensamos que Gay asistió a Beauchef no solamente en la relectura de su texto, también en la escritura de una parte por lo menos. Cabe señalar que en la *Historia...* de Gay³⁰ se encuentran párrafos muy parecidos a los de Beauchef, lo que, indudablemente, indica la gran influencia del primero sobre el segundo.

Físicamente disminuido y sufriendo enormemente, Jorge Beauchef vive sus últimos años en Santiago donde fallece el 10 de junio de 1840. Claudio Gay escribe entonces a su esposa, Teresa Manso y Rojas:

"Tengo que llorar muy amargamente a mi buen amigo y compañero Beauchef, con quien me unían sentimientos e ideas, principios y esperanzas, que dan a la amistad la significación de ser la vida menos dura cuando hay hombres como mi buen amigo. Me siento más triste todavía cuando no he tenido la suerte de encontrarme a su lado y con Ud. en el duro paso sin vuelta, pero mis recuerdos han estado en cada momento con el amigo y el compatriota. Le expreso a Ud. mi pesar y le acompaño en la fatalidad que Dios hará menos dura. Cordialmente, con todo respeto"³¹.

despotismo, que siempre he vivido separado de facciones, y que, en fin, ceñido en mis obligaciones, todo mi anhelo ha sido asegurar la tranquilidad pública sin entrometerme en asuntos políticos." Archivo Nacional. Archivos Varios (1815-1833), vol.127, documento 101-102.

²⁹ Feliú Cruz, *Memorias...*, *op. cit.*, introducción, p. XIII.

³⁰ Claudio Gay, *Historia física y política de Chile* (París, Imp. Thunot, 1849), 28 vols.

³¹ Feliú Cruz, *Memorias...*, *op. cit.*, introducción, p. XVIII.

Por desgracia, su casa en Merced con Miraflores, fotografiada por Feliú Cruz en 1964 para su publicación de las memorias de Beauchef³², ha desaparecido, destruida, como muchas otras casas antiguas del centro de la capital, por la voracidad de la industria inmobiliaria. Teresa Manso y Rojas no sobrevivirá mucho a Beauchef, muriendo en Valparaíso en 1847, cuando el mayor de sus hijos tenía a penas 19 años. Ellos serán entonces cuidados por la madre de Teresa, María Mercedes Rojas Salas, en su casona de calle Monjitas en Santiago.

BEAUCHEF, DE SU FALLECIMIENTO HASTA HOY

Su fallecimiento no significó su desaparición: muchos historiadores o intelectuales, conociendo o no sus memorias van, en la segunda parte del siglo XIX y durante el siglo XX, a publicar textos biográficos sobre él³³.

El ejército le rindió un homenaje haciéndolo patrono del regimiento de infantería de montaña N° 8 "Tucapel", el cual mando Beauchef desde su creación en Valdivia el 14 de abril 1823 bajo el nombre de Batallón de Infantería N° 8³⁴.

En 1908, la Dirección General de la Marina decidió bautizar las fortalezas de Talcahuano, y entre otros dio los nombres de coronel Jorge Beauchef al fuerte Tumbes y el de general José Rondizzoni al fuerte Quiriquina Sur³⁵.

Las ciudades de Valdivia, Río Bueno y Santiago nombrarán una calle con su apellido; en Santiago, las calles Beauchef, Viel y Rondizzoni delimitan un parque en el cual estaba situada la antigua escuela militar en referencia al papel de Jorge Beauchef como director adjunto del plantel en 1817. En los lugares de sus más famosos hechos de armas, el fuerte de la Aguada del Inglés en Corral y el sitio de la batalla del Toro, dos placas valoran su papel y en 1970, conmemorando el aniversario 150 de la toma de Valdivia, la Municipalidad y el Círculo Valdiviano de Santiago van a revivir la imagen, un poco eclipsada de Beauchef, inaugurando la estatua del coronel, realizada por el escultor José Carvallo Venegas en el centro de "un pequeño territorio francés en la costanera"³⁶. Esta inauguración se

³² Feliú Cruz, *Memorias...*, *op. cit.*, láminas, p. 455.

³³ José Miguel Infante, Esteban Hipólito Beauchemin, Andrés Bello, Benjamín Vicuña Mackenna, José Bernardo Suarez, Gonzalo Bulnes, Diego Barros Arana, Pedro Pablo Figueroa, Virgilio Figueroa, Ernesto de la Cruz y Pedro Pablo Dartnell E. Todos ellos se encuentran citados en la edición de Feliú Cruz de 1964.

³⁴ A. Cartóni, *Historia de la IV división de Ejército* (Santiago, Ed. Ejército de Chile, 2001).

³⁵ E. Dartnell, *Algunos próceres de la independencia y la fortaleza de Talcahuano* (Santiago, Imprenta Cabeza y Cía, 1908). Cabe señalar que una visita del autor a este fuerte en febrero de 2004 le permitió constatar su estado de abandono total por parte del ejército, propietario del sitio. Este fuerte, como el fuerte Rondizzoni, fue construido en 1908 después de la compra de la isla Quiriquina para proteger la bahía de Talcahuano.

³⁶ D. Rodríguez Lamas, "Un pequeño territorio francés en la costanera", *El Correo de Valdivia*, 14 de julio de 1970.

hizo en presencia de uno de sus descendientes, Alberto Bambach Laso, y alrededor de la estatua se encontraba un arreglo de flores tricolores, “el rojo de la sangre de nuestro héroe franco-chileno, el azul del cielo de Chile y de Francia y el blanco de los nobles ideales de los pueblos de estas dos naciones”³⁷.

Tuvimos el honor de participar en el desarrollo contemporáneo de la imagen y obra de Beauchef, primero publicando en Francia en 2001 una traducción de sus memorias³⁸, segundo presentando y ganando el premio nacional (categoría Región) del Consejo Nacional de Televisión con una serie de seis documentales demostrando la evolución de la Décima Región de Chile a partir de las memorias de Beauchef³⁹ y por fin, publicando gracias al director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Rafael Sagredo Baeza, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, una nueva edición de las memorias.

Esta permanencia de Beauchef en el tiempo, particularmente durante el siglo XIX se debe en gran parte a las huellas profundas que él dejó en el ejército chileno, primero por su papel en la Escuela Militar, segundo por su ejemplo de jefe competente y bizarro, y por fin, también, por su aporte en materia de teoría de la organización militar. En 1824, hizo públicas sus ideas sobre como organizar el ejército a partir de tres ejes principales: el primero, la administración porque

“la existencia del soldado no puede depender del capricho de los tiempos ni de los de su jefe, ni tampoco de las escaseases. Para evitar estas dificultades, el gobierno, en su sabiduría, debe tomar a tiempo las providencias necesarias para no tener estas alternativas, sistematizando la administración del ejército de la República para efectuarlo”⁴⁰.

Esto revela, sin duda, la situación vivida por Beauchef con el ejército chileno, los constantes problemas de aprovisionamiento tanto en alimentación como en pertrechos de guerra. El segundo, la creación de una policía militar

“puesto que no hay enemigo ni guerra en el país, y difícilmente los Españoles podrán continuarla, y que el reconocimiento de la independencia depende únicamente de la organización interior de los gobiernos de América, lo que se conseguirá organizando un sistema de policía, para el efecto se podría

³⁷ Rodríguez Lamas, *op. cit.*

³⁸ P. Puigmal, *Mémoires pour servir à l'indépendance du Chili* (Paris, Editions La Vouivre, Fondation Napoléon, 2001).

³⁹ Este proyecto, llamado “La huella de Beauchef”, fue presentado por el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Los Lagos (profesores Claudio Rosales, Gonzalo Mardones, Alberto Utreras, Patrick Puigmal), por Valdivia Film S.A. (Fernando Lataste, Bruno Bettati) y por Apata Producción (Carlos Bertrán, Jorge Garrido), en 2002 ganó un premio CORFO, en 2004 se realizó y la difusión se llevó a cabo en Canal 13 entre junio y julio de 2005.

⁴⁰ Feliú Cruz, *Memorias...*, *op. cit.*, Epistolario, Ideas generales para la organización del ejército de la República. Archivo Nacional, Archivos Varios 1815-1833, vol. 127, documento 104. p. 387.

formar un cuerpo de caballería de todos los soldados veteranos que ya han hecho una costumbre de su carrera”⁴¹.

En esto, podemos reconocer el método napoleónico que utilizó los cuerpos de veteranos para las tareas de mantenimiento del orden interior. El último eje es la organización misma del ejército:

“Relativo a la fuerza del ejército en tiempo de paz y para que sea bien asistido según los recursos de la República se deberá formar cuatro batallones provinciales con el nombre de sus provincias... Batallón de Chile, Concepción, Coquimbo y Valdivia. Cada provincia mantendrá el contingente de su cuerpo. La fuerza sería de quinientos hombres por cada batallón. Darían los piquetes necesarios a los barcos de guerra para evitar un batallón de marina de modo que cuatro batallones, un regimiento bueno de caballería y un cuerpo bien organizado de artillería, harían 3000 hombres. Bien organizados los cuerpos y con buenos cuadros”⁴².

Todo esto hace de Beauchef el perfecto representante de estas decenas de oficiales napoleónicos quienes participaron en las luchas de la independencia de Chile.

No podemos concluir esta biografía sin referirnos al historiador quien, con Barros Arana y Feliú Cruz, fue ciertamente el que más investigó y escribió sobre Beauchef, Benjamín Vicuña Mackenna. Así describía su importancia:

“En la larga cuenta de nuestros hechos de armas, no recordamos ninguno más verdaderamente heroico que el sostenido en el Toro, allá en los confines más remotos de nuestro continente. Hubo en el curso de aquellas guerras, defensas sin dispute admirables, pero salir al encuentro de un enemigo casi triple por su número, sin retirada, por desfiladeros, en un país ignoto, en el último rincón de Chile, con el ánimo sublime de morir, es algo que solo cabe en el alma grande de los héroes, y tal era sin disputa la de Don Jorge Beauchef”⁴³.

LA DESCENDENCIA DE JORGE BEAUCHEF

Presentamos el árbol genealógico de Jorge Beauchef desde su llegada a Chile. Este árbol ha sido establecido a partir de las investigaciones de la historiadora

⁴¹ Feliú Cruz, *Memorias...*, *op. cit.*, Epistolario, p. 389.

⁴² *Op. cit.*, Epistolario, p. 390.

⁴³ Benjamín Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte* (Santiago, Ed. Francisco de Aguirre, 1972). Esta cita se encuentra grabada en el monolito conmemorando la batalla de El Toro en la comuna de Fresia.

valdiviana Digna Rodríguez Lamas⁴⁴ y de los historiadores Gabriel Guarda y Sergio Vergara⁴⁵. Nos permitió completar el árbol, Jaime Guzmán Fernández, tataratataranieto de Jorge Beauchef. Agregamos la lista de los propietarios de la hacienda de Polpaico desde 1610 hasta hoy⁴⁶. Estos dos elementos adicionales permiten medir la integración del oficial francés en la sociedad chilena a través de su matrimonio. De hecho, otros oficiales napoleónicos como Viel, Rondizzoni, el inglés Tupper o el alemán Guticke se van a relacionar con la oligarquía chilena gracias a su matrimonio, lo que podemos ver también como el resultado de una política de Estado a raíz de la intervención de los ministros Zenteno y Rodríguez en 1822 para facilitarlos. Así lo describe el propio Beauchef: "Si dependiera de él (el ministro Rodríguez), este matrimonio se haría al momento, porque era necesario establecer hombres como yo en el país, que los necesitaba"⁴⁷.

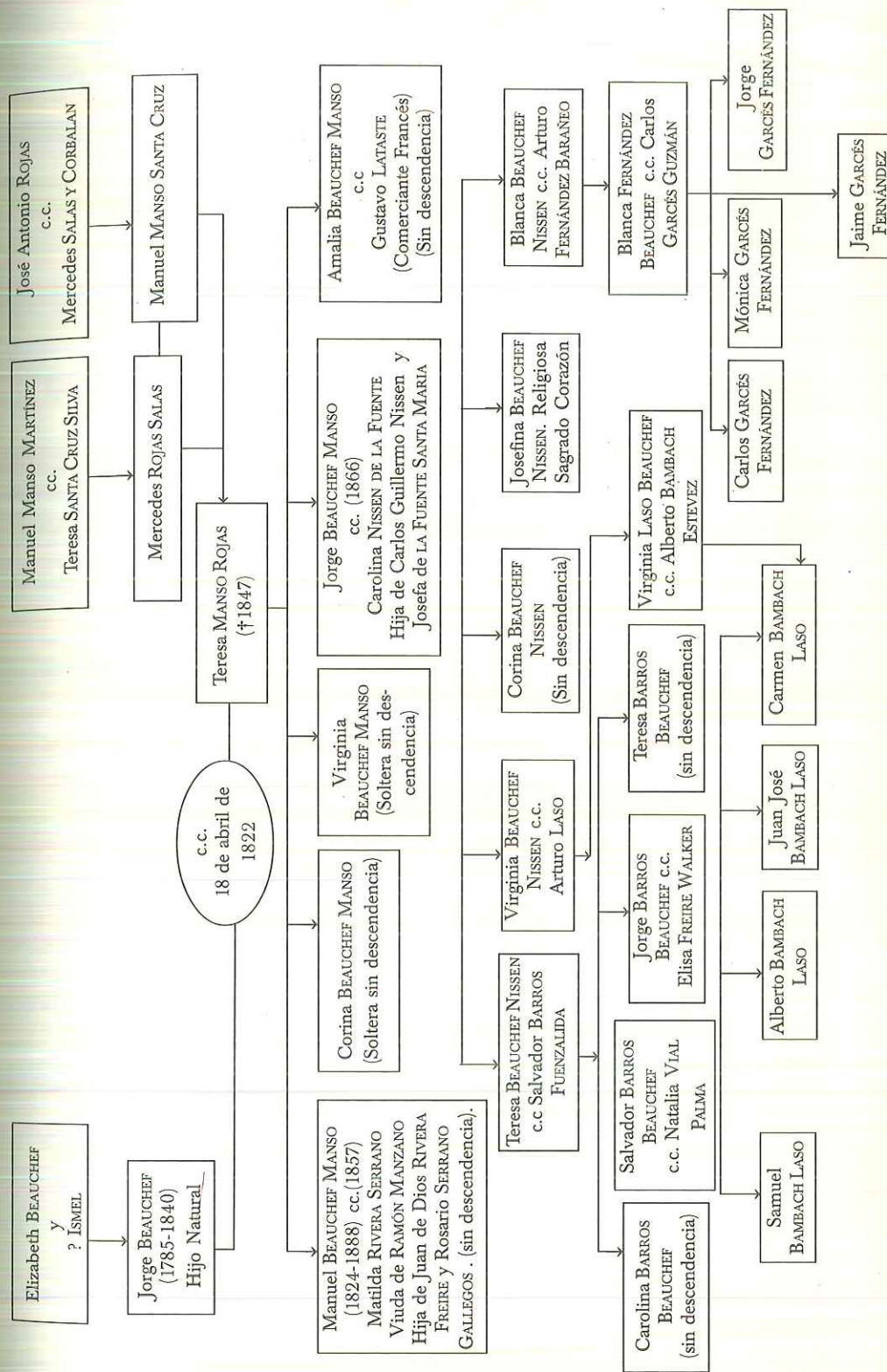
PATRICK PUIGMAL

⁴⁴ Agradecemos la generosidad de Digna Rodríguez Lamas quien, durante la investigación del autor, le ofreció, además de entrevistarse en varias ocasiones con él, el producto de sus años de búsqueda sobre Jorge Beauchef con, entre otras cosas, parte de estos elementos genealógicos.

⁴⁵ Gabriel Guarda, *La sociedad en Chile Austral antes de la colonización alemana* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979) y Sergio Vergara, *Historia social del ejército de Chile* (Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1993), tomos I y II.

⁴⁶ Este trabajo incluido en la tesis de Cristina Gillmore (véase nota 1) fue llevado a cabo por Miguel de la Cerda.

⁴⁷ Véase p. 189.



DUEÑOS DE LA HACIENDA DE POLPAICO

1610	Antonio Méndez de Contreras c.c. Baltazar de Mondragón	
1661	Teresa de Contreras y Mondragón c.c. Alonso de La Cerda	
1696	Juan de La Cerda y Contreras c.c. Mariana Hermúa y Contreras	
1705	Juan de Dios de la Cerda y Hermúa c.c. María de Carvajal y Calderón	
1735	Catalina de la Cerda y Carvajal c.c.	Andrés de Rojas La Madrid c.º c.
1775		Mercedes Urtuguren Calderón José Antonio de Rojas y Urtuguren c.c. Mercedes de Salas y Corvalán
1817		Mercedes de Rojas y Salas c.c. Manuel Manso de Velasco y Santa Cruz Teresa Manso de Velasco y Rojas c.c. Coronel Jorge Beaucheff
1897		Manuel Beaucheff Manso de Velasco c.c. Matilde Rivera y Serrano
1902	Pastora Rivera Serrano c.c. Enrique Campino Landa Carmen Campino Rivera c.c. Santiago Covarrubias Cañas Inés Covarrubias Campino c.c. Gustabo Donoso Donoso	
1979	Alicia Donoso Covarrubias c.c. Denis Gillet	

INFLUENCIA MILITAR FRANCESA
DURANTE LA INDEPENDENCIA CHILENA¹

Escribir sobre la presencia extranjera en Chile es escribir sobre historia de Chile.

Este fenómeno de migraciones continuas ha marcado el pasado del país y sigue marcando el presente, a pesar de su lejanía y de las estrictas reglas de inmigración impuestas particularmente por los españoles durante la Colonia.

Este movimiento se acentuó con el arribo de los europeos (en su mayoría y dependiendo de la época, españoles, ingleses y alemanes), sin olvidar una multitud de comunidades reducidas, pero activas, entre otras, sirios, libaneses, croatas y hasta los peruanos de la actualidad.

Cabe insistir en el lado “aventurero” de esos inmigrantes (por lo menos hasta la segunda mitad del siglo XIX), lejos de sus bases y tradiciones; un espíritu aventurero fruto de su carácter emprendedor, que muchas veces les dará una importancia y una influencia mucho mayor a su proporción numérica.

Cada grupo hizo o hace su aporte y, a menudo, el tiempo lo transforma en una de las bases de este multiculturalismo tan específico del Chile actual. Reconocer el valor de esos aportes y estudiarlos permite entender mejor la evolución histórica de este país, principalmente durante los dos últimos siglos.

Un grupo humano, ajeno a esta zona geográfica del globo, y también al afán colonizador de esta parte del continente, hizo su aparición en el principio del siglo XVII: los franceses.

El objetivo de este texto, no es proponer una historia exhaustiva de la presencia e influencia francesa en Chile, pero sí de mostrar cómo en un período definido, el de la Independencia, un grupo humano bastante reducido logró obtener una cierta influencia y representar un papel importante en el ámbito militar, sector primordial en el proceso de creación de los países sudamericanos, y también en el nacimiento del concepto de nación. No es mi propósito hacer de esta influencia algo mayor de lo que representó; solamente dar a conocer una serie de hechos, los cuales tomando lugar en un contexto, ayudaron a la evolución de este último. La necesidad de la escritura de una historia “oficial y nacional” por parte

¹ Este texto es el resultado de un trabajo inserto en el proyecto “Influencia militar francesa durante la independencia de Chile” financiado por la Dirección de Investigación de la Universidad de Los Lagos (2002-2004). Dio lugar a varias ponencias en congresos y seminarios, nacionales e internacionales, y a varios artículos a los cuales haremos referencia cuando sea necesario.

de los historiadores chilenos del siglo XIX ha dejado en el olvido, o casi, esos hechos, razón principal de este trabajo².

PRIMEROS HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Al principio del siglo XVIII, llegan los primeros barcos mercantes franceses y se instalan en Valparaíso, Talcahuano (de hecho crean esta ciudad), Concepción y Coquimbo, las primeras comunidades encargadas de comercializar los productos recién llegados de Francia³. Los franceses en Chile, como en la mayoría de las posesiones españolas en América, son más numerosos de lo que se cree, constituyendo un mundo menos cerrado de lo que se piensa.

Hombres y mercancías pasan primeramente de Francia a América por la Península, luego llegan directamente. Soldados, cirujanos, peluqueros, sastres, orfebres, impresores, cocineros, artistas o bailarines siguen hasta México, Lima o Santiago, iniciando una corriente que se prolongara a lo largo de todo el siglo siguiente⁴.

Los itinerarios son múltiples: desde América del Norte, México, Luisiana, las Antillas, etc... Pero para alcanzar Chile, no hay más vía que la magallánica, la más larga, si bien la más directa. Muchos son corsos, exploradores y contrabandistas. En la época colonial, la mayoría escapa a toda contabilidad ya que su presencia es ilegal o simplemente tolerada⁵. Pero unos pocos resultan conocidos, al menos gracias a una descendencia prolífica cuyas figuras permanecerán ligadas a la historia nacional. Que hay de más chileno que un Cármas, un Picarte, un Pinochet, un Letelier o un Subercaseaux! Llegan después de 1701 cuando los borbones recién llegados al trono español otorgan a la ciudad de Saint-Malo, puerto famoso del oeste de Francia dando hacia el Atlántico, el privilegio del comercio con Chile. Otros, hoy desaparecidos por lo menos a los ojos del ciudadano, tienen un papel importante en el Chile de principios de la Independencia; dos ejemplos: un señor Lavigne actúa entre 1810 y 1815 en Santiago como cónsul para todos los europeos, salvo los españoles y los ingleses por supuesto, y un señor Carabu es el dueño de las más grandes minas de oro de Coquimbo, descubiertas por dos de sus esclavos en 1810.

Con ellos, penetran a Chile también, a pesar de la Inquisición española, las ideas de reforma. Otras puertas de entrada de esas ideas las constituyen los viajeros

² E. Moradiellos, *El oficio del historiador* (Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1999). "Del mismo modo que los historiadores prusianos de la segunda mitad del siglo XIX, Niebuhr y Mommsen, los historiadores chilenos de la misma época, como entre otros Vicuña Mackenna y Barros Arana, consideraban su obra como una contribución a la construcción de un estado nacional".

³ A. Cartes Montory, "Franceses en la frontera militar del Reino de Chile", *Revista de Derecho*, N° 10 (Universidad Católica de Concepción, 2002), pp. 369-380.

⁴ G. Masur, *Simón Bolívar* (Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1980), tomos I y II.

⁵ Fernando Campos Harriet, *Véleros franceses en el mar del sur* (Santiago, Ed. Zig-Zag, 1964).

de la clase criolla a Europa y las numerosas relaciones establecidas con el Perú y las provincias del Río de la Plata. Así, Rousseau, Voltaire, los abates Pradt y Raynal, o entre otros, Montesquieu, están presentes a través de las obras escritas por el pequeño grupo de intelectuales chilenos, quienes van, a partir de principios del siglo XIX, a transformar el deseo de autonomía frente a los españoles en una lucha por la independencia y por la instauración de un régimen republicano⁶.

Estos intelectuales chilenos (abogados, médicos y jóvenes oficiales todos relacionados a la oligarquía local) leen sus libros, comentan vivamente sus textos, desarrollan sus deseos de autonomía⁷. Mezclan esas lecturas con sus conocimientos de la antigüedad greco-romana, con el ejemplo de la independencia de América del Norte y con las instituciones inglesas sin el Rey.

Quieren encontrar una forma perfecta de gobierno⁸.

⁶ Campos Harriet, *Véleros...*, op. cit.

⁷ Luis Alberto Sánchez, *Historia general de América* (Santiago, Ed. Ercilla, 1942), tomo V.

⁸ El tema general de la penetración de estas ideas en Chile ha sido ampliamente tratado en las obras de Sergio Villalobos, "Tradicición y modernidad en la emancipación chilena", en Ricardo Krebs y Cristián Gazmuri, *La revolución francesa y Chile* (Santiago, Editorial Universitaria, 1990); Simon Collier, *Ideas y política de la independencia de Chile (1808-1833)* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1977); Fernando Campos Harriet, *Los defensores del Rey* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1958); R. Donoso, "Los enciclopedistas y la revolución francesa", revista *Atenea*, N° 4 (1927); Jaime Eyzaguirre, *Ideario y ruta de la emancipación chilena* (Santiago, Editorial Universitaria, 1957); Cristián Gazmuri, "Libros e ideas en la gestación de la independencia de Chile", en Ricardo Krebs y Cristián Gazmuri, *La revolución francesa y Chile* (Santiago, Editorial Universitaria, 1990); J. Godechot, *Europa y América en la época napoleónica (1800-1815)* (Barcelona, Editorial Labor, 1976); Alejandro Guzmán, "El constitucionalismo francés y las cartas fundamentales chilenas del siglo XIX", en Ricardo Krebs y Cristián Gazmuri, *La revolución francesa y Chile* (Santiago, Editorial Universitaria, 1990); L.A. Herrera, *La revolución francesa y Sud América* (Valencia, Editorial F. Sempere y Cía., 1910); M. Picón Salas, "La independencia y los ideólogos del progreso (fines del siglo XVIII a 1830)", en revista *Clio*, N° 5 y 6 (1935); Benjamín Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (Santiago, Editorial Universitaria, 1997), tomo I; O. Baulny, "La naissance de l'Argentine et l'entreprise ibérique de Napoleón" *Revue de l'Institut Napoleón*, N° 112 (juillet 1969); R. Caillet-Bois, *Ensayo sobre el Río de la Plata y la revolución francesa* (Buenos Aires, Imprenta de la Universidad Buenos Aires, 1929); A. Cisneros y C. Escude, "La revolución de mayo: una deuda argentina a Napoleón", en *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina* (Grupo Editor Latinoamericano, www.argentina-ree.com), parte I, tomo II, capítulo 5; T. Claro, "La revolución francesa y la independencia hispanoamericana", *Revista Chilena de Humanidades*, número especial sobre el bicentenario de la revolución francesa (Santiago, Universidad de Chile, 1989); R. Lévêne, *Historia de América* (Buenos Aires, Ed. Jackson de Ediciones Selectas, 1947), tomo VII: Independencia y organización constitucional; J. Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas* (Barcelona, Editorial, Ariel, 1976); Robert Manguis, Oscar Marti y Joseph Pérez, *La revolución francesa y el mundo ibérico* (Ed. Turner/ Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1992); W. Robertson, *France and latin american independence* (New York, Ortagon books inc. 1967); F. Sánchez Durán, *El fulgor del relámpago. Alianza francesa en el bicentenario de la revolución francesa* (Santiago, Editorial Rumbos, 1989); Sol Serrano, "La revolución francesa y la formación del sistema educacional en Chile", en Ricardo Krebs y Cristián Gazmuri, *La revolución francesa y Chile* (Santiago, Editorial Universitaria, 1990); C. Soto, "Les procédures electorales et le systeme de représentation au Chili", en Dorigny et Rossignol, *La France et les Amériques au temps de Jefferson et Miranda* (Paris, Société des études robespierristes, 2001) y Cartes Montory, "La sangre y las luces de Francia en la emancipación chilena", *Revista de Derecho*, N° 9 (Universidad Católica de Concepción, 2001).

Pero este movimiento intelectual no hubiera sido suficiente para llegar a una revolución y a la independencia de Chile. Cuatro hechos bien diferentes, aunque todos de una manera o otra relacionados a Francia, nos permiten vislumbrar unas de las condiciones del levantamiento chileno.

- A. El nacimiento del "ideal de la unión americana" (el gran sueño de los Miranda, Bolívar y San Martín), siguiendo el modelo del Abate francés Charles Castel de St-Pierre quien en 1713 escribió su "projet de paix perpetuelle" (proyecto de paz perpetua), obra en que preconiza la reunión de un congreso de las naciones europeas para que decidiese sus dificultades. Uno de los resultados de esta idea es desde 1806, el principio de las guerras de independencia en todo el continente desde México hasta la Patagonia⁹.
- B. La conspiración y la tentativa de revolución en Santiago, en 1780, de dos franceses, Alexandre Antoine Berney y Antoine Gramusset con José Antonio Rojas. Trataron, por la fuerza, de establecer en Chile una nueva forma social y política elaborada por su fantasía y presentarla pacíficamente a las demás naciones del mundo, inclusive España, para que la imitasen. Este hecho en si no tuvo ninguna relevancia concreta, pero las ideas expuestas impregnaron fuertemente el pensamiento de numerosos intelectuales chilenos quienes, años mas tarde, representarán un papel notable en la independencia chilena¹⁰, en particular el propio Rojas.
- C. El nacimiento de las logias masónicas, sociedades secretas que actuaron en los siglos XVIII y XIX especialmente en Inglaterra y Francia como círculos de reflexión y de reformas. Esas logias son totalmente influenciadas e impregnadas por las ideas de los enciclopedistas franceses del siglo XVIII y de unos ingleses, como el filosofo Locke. Casi todos los jefes del ejercito independentista de América, Miranda, San Martín, Bolívar, O'Higgins, y muchos oficiales franceses son miembros de las logias europeas y pertenecen a la gran logia de América Latina llamada la "Lautarina" creada por Miranda; si bien esta logia no es una logia masónica (sus metas no son las de los masones; de hecho la meta principal es la obtención de la independencia del continente), seguía un funcionamiento idéntico¹¹.
- D. "La leyenda negra contra España". Existe un repudio casi general del pasado y presente español, hay una critica acerba del régimen colonial

⁹ Ver Sergio Villalobos, *op. cit.*; Subercaseaux, *op. cit.*; Sánchez Durán, *op. cit.*; Maniquis, *op. cit.* y Meza Villalobos, *La actividad política del reino de Chile entre 1806 y 1810* (Santiago, Editorial del Pacífico, 1958).

¹⁰ Ver Krebs/Gazmuri, *op. cit.*; Eyzaguirre, *op. cit.*; Sánchez Durán, *op. cit.*, Cartes Montory y Amunategui Solar, "Génesis de la emancipación de Chile", en *Anales de la Universidad de Chile* año LXVIII, N° 118 (2° semestre 1960), y Donoso, *op. cit.* A este propósito, nos parece importante señalar que el nieto de Berney, Francisco Bilbao, después de pasar su juventud en Francia, regresara a Chile donde, a partir de la segunda mitad del siglo XIX será el portavoz, con Santiago Arcos (hijo de un oficial napoleónico), de la ideología socialista.

¹¹ Jaime Eyzaguirre, *La logia lautarina y otros estudios sobre la independencia* (Santiago, Editorial Francisco de Aguirre), 1973.

con a veces desconocimiento de sus excelencias y exageración de sus defectos, hay en fin un concepto despectivo del pueblo español. Un filósofo francés, el Abate Raynal, tiene gran consideración en Chile, no tanto por lo brillante de sus ideas, pero si porque es implacable con el régimen español en el que no encuentra nada destacable¹².

Afirmamos que este movimiento intelectual, importante en el fin del siglo XVIII, sirvió de perfecta introducción al impulso que dará a partir de 1789 la Revolución Francesa y después el imperio napoleónico. El temor o terror provocado en Chile por los excesos de la primera no impidieron la entrada de sus ideas o de sus logros. Por ejemplo, la mayoría de las constituciones y de las leyes chilenas vienen de los tratados de legislación civil y penal franceses de la revolución y del imperio de Napoleón. Ricardo Krebs afirma: "La revolución francesa constituye un hecho histórico decisivo y no quedo limitado a Francia, sino que repercutió en todos los países del occidente, siendo el punto de partida del moderno desarrollo constitucional, del desarrollo del nacionalismo y de la formación de los estados nacionales"¹³.

La influencia de la revolución francesa se dejo sentir con fuerza en el ambiente posrevolucionario más que en la génesis de la emancipación. Las consecuencias de la influencia jacobina fueron las mismas o casi que en Francia: libertad por libertad, derechos sin deberes, licencia sin sanciones; todo eso creando un ambiente de perpetua inestabilidad con odios, violencias, insultos, calumnias, conspiraciones y asesinatos políticos (ejemplos en Chile: las numerosas luchas internas y las muertes entre otros de Manuel Rodríguez y de los hermanos Carrera).

Para bien o para mal, este jacobinismo nacido del ideal de democracia, aunque impuesto por la fuerza, fue aniquilado por la admiración por Napoleón de muchos lideres (Bolívar, Sucre, O'Higgins, San Martín, Freire...) transformándose este sueño de libertad y de democracia en realidad militarista. Una realidad que siguió marcando la vida de Chile y de América Latina durante buena parte del siglo XX¹⁴.

INFLUENCIA DIRECTA DEL IMPERIO NAPOLEÓNICO: TRAFALGAR, EL BLOQUEO CONTINENTAL Y LA INVASIÓN DE ESPAÑA

Desde antes de la Revolución Francesa, algunos latinoamericanos están convencidos de que la dominación española es frágil: El obispo de Granada, Moscoso y Peralta, de Arequipa en Perú escribe, "La conservación de América esta ligada a

¹² Carrasco Domínguez, "El absolutismo europeo y la independencia de América", *Revista de la Marina* (enero 1960); Dorigny/Rossignol, *op. cit.*; Eyzaguirre, *op. cit.*; Gazmuri, *op. cit.* y Salvador Madariaga, *El ocaso del imperio español* (Buenos Aires, Ed. Sudamérica, 1959).

¹³ Ricardo Krebs, en Krebs/Gazmuri, *op. cit.*

¹⁴ Francisco Encina, *Bolívar, la lucha por la estructuración política de los pueblos libertadores* (Santiago, Ed. Nascimento, 1964).

la tranquilidad de España y cualquier cambio de gobierno o invasión extranjera de la metrópolis provocaría la disidencia del nuevo mundo”¹⁵.

La alianza de España con el Imperio Napoleónico y las primeras campañas marítimas comunes en contra de Inglaterra van a constituir el primer signo anunciador de esta evolución posible, con la desaparición casi total de la armada española en Trafalgar (1805) y, por consecuencia, la imposibilidad para España de mandar barcos hacia sus colonias de ultramar.

El bloqueo continental impuesto por Napoleón a sus aliados para arruinar y aislar a Inglaterra va a movilizar lo que queda de la armada y, así, acentuar este movimiento.

Pero, el evento principal tiene lugar en 1807-1808 con la abdicación de Carlos VI, el nombramiento de Fernando VII, su deposición, la toma de poder de José Bonaparte, hermano de Napoleón, y la entrada en España del ejército imperial, “la Grande Armée”.

Francisco Encina escribe: “Sin el encarcelamiento de Fernando VII y la invasión de España por el ejército de Napoleón, la independencia de la América española hubiera sido pospuesta por decenas de años”¹⁶.

Napoleón, por intermedio de José Bonaparte y del mariscal Joachim Murat, entonces capitán general de España, va a tratar de imponer, sin éxito, su autoridad sobre las “nuevas colonias”. Éstas van, entonces, a dotarse de juntas de gobierno, fieles a Fernando VII, aunque deseaban más autonomía de funcionamiento. Este deseo de autonomía viene de la negación de obedecer al “...dominio abominable de José Bonaparte, el intruso...” y no va a desaparecer con este último. Según Amunategui: “Eso se hizo en favor del rey Fernando VII, pero había que temer, más tarde, una vuelta en contra de sus intereses”¹⁷.

Durante la invasión de España, Napoleón pensó de hecho poder apoderarse de las colonias americanas, pero frente al rechazo de esas últimas y, más que todo, por miedo de verlas caer bajo el dominio inglés, cambió de opinión. El almirante Jurien de la Gravière, buen conocedor del continente americano desde su misión a Brasil y La Plata en 1796, escribe en sus memorias.

“Los primeros levantamientos de la península hicieron temer al gobierno francés que las colonias españolas, asociándose a las protestas de la madre patria, quisieran proclamar su independencia o tirarse en los brazos de Inglaterra. Se buscaba frenéticamente oficiales de marina capaces de dar informaciones sobre la situación de estas posesiones lejanas. Yo era, en ese entonces en Francia, el único oficial que había penetrado en La Plata”¹⁸.

¹⁵ Carrasco Domínguez, *op. cit.*

¹⁶ Francisco Encina, *Historia de Chile* (Santiago, Ed. Nascimento, 1913), tomo VI, p. 158.

¹⁷ Miguel Luis Amunategui, *La reconquista española* (Imprenta Barcelona, 1952), p. 99.

¹⁸ J.P.E. Jurien de la Gravière, *Souvenirs d'un amiral* (Paris, Editions Librairie de la Hachette, 1860), p. 132. Véase, además, “Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Paris, Memoires et Documents, Fonds Divers, Amerique, N° 19, 28 a 37, Chili, Argentine, Perou, Bolivie, Colombie, Brésil, Uruguay, por la correspondencia diplomática sobre las relaciones entre Francia y los países

El Ministro de la Marina, Decrés, le pide un informe y poco después lo invita a su despacho para comunicarle lo siguiente:

“Usted va a tener la más importante de las misiones; si logra la meta (la aceptación del dominio francés por las posesiones españolas de América), las puertas de las Tuileries (El palacio de Napoleón) no estarán suficientemente grandes para recibirlo. Guarda Ud. el más profundo secreto sobre el viaje que esta a punto de empezar y prepara muy discretamente su salida. Un coronel de artillería estará puesto bajo sus ordenes con veinticinco hombres de elite de su regimiento, quinientos fusiles estarán puestos a su disposición, Ud. los distribuirá a sus partisanos”.

Napoleón agrego de su mano, leyendo el informe de Jurien, “No emitir ninguna instrucción escrita”.

La muerte de De Liniers, el contacto de Jurien, en Buenos Aires en 1809, impedirá su salida de Francia y el cumplimiento de la misión¹⁹.

Según las palabras de Maret, duque de Bassano, entonces Ministro francés de Relaciones Exteriores en una cita con Russel, diplomático de Estados Unidos en Francia en 1810: “el Emperador está dispuesto a ofrecer armas, municiones y oficiales con el propósito de llevar a cabo la independencia de los pueblos hispanoamericanos”²⁰.

Esta voluntad fue confirmada el año siguiente por Serurier, embajador francés en Washington durante una conversación con el ministro Monroe. Eso, según Francisco Encina, convenció el presidente Madison de acentuar su simpatía hacia la causa de esos pueblos en su discurso del 5 de noviembre de 1811.

Napoleón fijó una sola condición a su ayuda: que los pueblos nuevos no cedan ningún privilegio comercial a los ingleses.

Miranda, durante su exilio en Londres, afirmó en un encuentro con Simón Bolívar: “Francia, enemiga de Inglaterra, nos ofrece oficialmente su apoyo; la Revolución Francesa nos considera como su hijo mayor”²¹.

Al mismo tiempo, con el deseo de aprovecharse de estas buenas intenciones, el gobierno chileno de la Patria Vieja mandó a Francia e Inglaterra el futuro general Pinto para solicitar ayuda para la revolución chilena. Los fracasos napoleónicos en España y en Rusia (1812) van a precipitar su regreso a Buenos Aires.

La caída de Napoleón en 1814 va a poner fin a todos esos proyectos antes de sus inicios.

de América del Sur. Archives du Ministère de Affaires Etrangères, Nantes, Archives des Ambassades; New York, La Haye, Anvers, Lisbonne, Philadelphie, Boston, Baltimore, Nouvelle Orleans.

¹⁹ Jurien de la Gravière, *op. cit.*, p. 133.

²⁰ O. Baulny, “La naissance de l’Argentine et l’entreprise ibérique de Napoléon”, *Revue de l’Institut Napoléon*, N° 112 (juillet 1969).

²¹ Francisco Encina, *Bolívar y la independencia de la América española* (Santiago, Ed. Nascimento, 1958), p. 140.

No es un azar que el año 1810, cuando Francia domina España y, esta última, incapaz de mandar barcos, tropas y armas a América Latina, sea el año de la primera manifestación de independencia o autonomía de Venezuela, Argentina, Colombia, México, Ecuador y Chile.

Entre 1810 y 1814, la atención de la opinión pública latinoamericana (por lo menos la minoría activa) se gira exclusivamente hacia los acontecimientos de Europa. Los patriotas esperan que los problemas de España se prolonguen mucho tiempo y tengan resultados desastrosos para esta última. Algunos, como Irrizarri, piensan "que Fernando VII se queda en Francia obedeciendo a los caprichos de su padre adoptivo o vuelva a ocupar el trono de los bárbaros, debemos ser independientes si no queremos caer bajo una esclavitud más cruel que la precedente"²². Mientras tanto, en 1811, José Miguel Carrera, de vuelta de Europa donde combatió en el seno del ejército español presume que "Napoleón no va a ganar la guerra, entonces tenemos que actuar rápidamente en Chile para hacer la revolución"²³.

Regina Claro analiza así la influencia tanto de la Revolución Francesa como de Napoleón:

"El detonante de la independencia fue sin duda Napoleón. En cuanto él es el producto de la Revolución Francesa, podemos decir que está indirectamente proporcionó la oportunidad para que se desencadenasen sucesos que fatalmente habrían de llegar pero sin fecha precisa. Y Napoleón continuará gravitando en América, tanto por los intentos de imitar su personalidad como por la admiración hacia sus tácticas militares y sus concepciones en política y derecho"²⁴.

A partir de 1811, todo deja suponer un fracaso del Emperador y un regreso de Fernando VII en el trono. Eso constituye una gran decepción para los patriotas por dos razones: primero, va a impedir el pronunciamiento de algunos a favor de la independencia y, segundo, anuncia el envío rápido de nuevas tropas españolas para reconquistar el continente. De hecho entre 1807 y 1814, muy pocos buques de guerra españoles han cruzado el Atlántico, pero en 1814-1815, dos expediciones, entre otras, están organizadas, una en dirección a Montevideo (dos mil quinientos hombres) y otra hacia Venezuela (dieciocho buques de guerra, cuarenta y dos de transporte, más de diez mil hombres) encabezada por el general Pablo Morillo. Esos refuerzos, las derrotas independentistas del Alto Perú y la caída de Napoleón van a aislar Chile y disminuir considerablemente sus probabilidades de conservar su independencia. No obstante, todos los patriotas se dan rápidamente cuenta que, aún en España, el regreso de Fernando VII no ha impedido la adopción de

una constitución con gran influencia del pensamiento liberal francés. Algunos, O'Higgins por ejemplo, se contentarían con eso, otros como Carrera quieren más. La firma del tratado de Lircay, obligando Chile a reconocer su dependencia de España, de nuevo en posición fuerte, va a ampliar la división entre esos dos y provocar, entre otras cosas, la derrota de Rancagua en 1814.

LA PRESENCIA MILITAR FRANCESA EN AMÉRICA LATINA

Además de las tropas estacionadas en las colonias francesas del Caribe y de Guyana, oficiales franceses participan, desde el principio del Imperio (1805), en las luchas por la independencia. Algunos, Loppenet, de Belhay, de Frezier y de Rouvray forman parte de la primera y desastrosa tentativa del general Miranda en Venezuela en 1806. Cabe señalar que otras tropas francesas, desde la isla de Guadalupe y bajo las órdenes del comandante Madier, cooperan al rechazo de esta expedición en el contexto de la alianza todavía vigente entre Francia y España.

En 1808, los oficiales Lamanon y Cerloy tratan de imponer sin éxito el nuevo poder de José Bonaparte en Caracas. Otros oficiales conocen la misma suerte en México, Buenos Aires, La Paz y Montevideo.

Este mismo año, el buque *Consolateur* de Dauriac y Delaubarats trata de traer armas y municiones para ayudar a la ciudad de Montevideo contra los ataques ingleses. A partir de 1811, con el regreso de Miranda, numerosos son los franceses luchando primero en Venezuela y después siguiendo a Simón Bolívar en sus campañas en gran parte del continente. Un oficial español declara en 1811: "Caracas está llena de franceses, tenemos una invasión de oficiales franceses..."²⁵. Entre ellos, el coronel du Cayla, los oficiales Chatillon, Colot, d'Elhuyard, Peru de Lacroix y Serviez, futuro general de Bolívar.

Pero, después de la caída de Napoleón, primero en 1814 y después de los "Cent-Jours" en 1815 (entre marzo y junio de 1815, Napoleón vuelve de su exilio en la isla de Elba, toma fácilmente el control del país, pero debe enfrentarse a la coalición de casi toda Europa; resultado: la derrota de Waterloo y el exilio definitivo en la isla de Santa Helena en el Atlántico sur después de un gobierno de cien días, los "Cent-Jours"), este movimiento va a aumentar considerablemente. Gonzalo Bulnes lo describe así: "Singular coincidencia. Noble destino que aquel de Francia. Su propia infelicidad fue fecunda para las naciones influenciadas por su brillante civilización. Cuando el coloso imperial se derrumbó, sus elementos sirvieron a resucitar otros pueblos"²⁶.

No obstante, la influencia militar de la Revolución y del Imperio se hace sentir en Chile. En 1811, la primera Junta Nacional de Gobierno publica su declaración de militarización para todos los hombres de dieciséis a sesenta años; este

²² Heredia, *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica* (Buenos Aires, Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1974), p. 47.

²³ J. Pérez, *San Martín y Carrera* (Ed. Universidad Eva Perón, 1954), p. 92.

²⁴ Regina Claro Tocornal, "La revolución francesa y la independencia hispanoamericana", *Revista Chilena de Humanidades*, número especial bicentenarios de la Revolución Francesa (Santiago, Universidad de Chile, 1989).

²⁵ Encina, *Historia...*, *op. cit.*, tomo VI, p. 68.

²⁶ Gonzalo Bulnes, *Historia de la expedición libertadora del Perú*, p. 168.

texto tiene como origen la *nation en armes* (nación en armas) del “Comité de Salut Public” de la Revolución Francesa y marca el début en Chile del soldado-ciudadano²⁷. La creación del ejército independentista en 1810-1814 se hace bajo la influencia de las proclamaciones y los discursos de Napoleón tanto como de los ejemplos de O’Higgins o Carrera. Hasta los nuevos uniformes del ejército independentista siguen este movimiento: los pantalones inspirados por la revolución reemplazando rápidamente las tradicionales ballerinas. Dorigny/Thibaud escriben: “El sistema revolucionario francés fue copiado hasta sus mínimos detalles (constitución del ejército) y es el manual de los Ayudantes Generales y de los oficiales de estado mayor de Paul Thiebault que sirvió de modelo a esta nueva organización”²⁸.

Maldonado agrega “Con ese caudal de oficiales europeos, la labor organizadora de O’Higgins se simplificó enormemente”²⁹.

El almirante francés Mackau, en misión en el Pacífico en 1822, recibió esta confidencia de O’Higgins, “el Director Supremo me confió que es gracias a los oficiales franceses que lo rodean que él ha podido formar a los soldados del ejército”³⁰.

En 1817, O’Higgins crea la Legión del Mérito para recompensar a los mejores servidores de la patria, fiel copia de la Legión de Honor creada por Napoleón en 1804. Era necesario reconocer el valor de los que se destacaban, pero también crear una clase nueva, cercana o ligada al poder por esta condecoración.

Además, como en Francia, los militares son, en Chile, los héroes de la emancipación y los creadores de la nacionalidad. Creen naturalmente que el gobierno de la república les pertenece y menosprecian a los civiles que no contribuyeron con sus brazos o su sangre a conquistar la independencia. Lo que ocurre con Bonaparte al fin de la revolución, ocurre también en Chile con los primeros jefes de la lucha armada por la independencia: Carrera, O’Higgins, Freire y Pinto, todos generales ejerciendo el más alto poder.

²⁷ Véase, además, el decreto del 14 de enero de 1814 instituyendo la creación del servicio militar obligatorio en *Historia del ejército de Chile* (Santiago, Estado Mayor General del Ejército, Talleres de Impresos Vicuña, 1980), tomo II, pp. 271-273. Este decreto usa en su introducción parte del mismo texto de la “nación en armas”: “Siendo la primera obligación de todo habitante de un país libre prepararse con los conocimientos e instrucción militar necesarios para defender a su patria; sobre todo en circunstancias que la tiranía hace los últimos esfuerzos para destruirla...”.

²⁸ M. Dorigny y M. Rossignol, *La France et les Amériques au temps de Jefferson et de Miranda* (Paris, Société des Etudes Robespierristes, 2001); C. Thibaud, “La culture de guerre napoléonienne et l’indépendance des pays bolivariens”, en M. Dorigny y M. Rossignol, *La France et les Amériques au temps de Jefferson et de Miranda* (Paris, Société des Etudes Robespierristes, 2001), pp. 107-124.

²⁹ Carlos Maldonado, “El ejército chileno en el siglo XIX: génesis histórica del ideal heroico (1810-1885)”, en www.geocities.com/capitolhill/7109/eje1.html, (visitado en mayo de 2003).

³⁰ Archives de la Marine, lettre de l’amiral Mackau au Ministre de la Marine, 15 de junio de 1822, BB4 434.f.93.

LOS ESTADOS UNIDOS COMO LUGAR ESTRATÉGICO

Es principalmente desde Estados Unidos que los oficiales franceses van a llegar a América Latina. Son numerosos, fundan colonias como *Le Champ d’Asile* (Campo de Asilo) en Texas y constituyen grupos de influencia importante en las ciudades del Este, principalmente Nueva York, Filadelfia y Baltimore.

Según Barros Arana: “En 1816, las ciudades del litoral de Estados Unidos sirven de asilo a un considerable número de militares franceses”³¹. José Bonaparte, el mariscal Grouchy y el general Clauzel son los más altos dignatarios del ex imperio francés; alrededor de ellos, cientos de oficiales y ex oficiales desocupados y buscando una causa, una vida, un futuro.

José Miguel Carrera, en su *Diario de Estados Unidos*, escribe: “Viernes 2 de agosto del 1816, Baltimore: llega de Francia un barco con numerosos pasajeros, particularmente oficiales franceses. Novoa (oficial español compañero de Carrera) esta encargado de contratar varios, útiles para Chile”³².

Cabe señalar, sin embargo, que algunos viven con dudas este “sueño norteamericano”, por ejemplo, Beauchef, quien declara en sus memorias:

“Por último, al fin de nueve meses de residencia en la cuna de la libertad, éramos libres, claro está que conformándonos a los usos y a las costumbres de los Norteamericanos, lo que no nos entretenía de ninguna manera. Puedo asegurar que yo era mil veces más libre en el suburbio de Pera, en Constantinopla, que en la cuna de la libertad; pues, por lo menos, ahí se podía reír, cantar, bailar los días de fiesta sin que su patrona se inquietara de modo alguno. En América del Norte, teníamos siempre a los esbirros detrás de nosotros. Ni siquiera podíamos ir a reír en los bosques, pues si subíamos varios a caballo, nos acusaban de querer conspirar contra el Estado. Nos prohibían hasta este inocente entretenimiento”³³.

Es probable también que la propia Embajada de Francia ejerciera control sobre estos oficiales como lo señala, aunque en 1825, una carta del cónsul de Nueva York al ministro Mareuil en Washington:

“Los emigrantes de Francia, por razones de política, de partido u otra, aprovechan los barcos para llegar a Nueva York, y de allí, van a otras ciudades de Estados Unidos. No obstante, quedan en Nueva York muchos de ellos y Su Excelencia puede estar convencida que no son para nada favorables a nuestro augusto monarca y a su familia”³⁴.

³¹ Diego Barros Arana, *Historia de Chile* (Ed. Cesar Sanchez, 1940), tomo XI, p. 214.

³² José Miguel Carrera, *Diario de viaje a Estados Unidos* (Santiago, Ed. Universitaria, 1996), p. 93.

³³ Véase, p. 69.

³⁴ Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Nantes, Correspondance des Ambassades, New York, série B, N° 110, traducción del autor.

No obstante esta reflexión, los Estados Unidos representan el primer país democrático que supo, gracias a una lucha armada, salir de su situación de colonia. Es un ejemplo para todos los patriotas de América Latina y al mismo tiempo una esperanza de apoyo.

Así, enviados de las Provincias del Río de la Plata, de la Nueva Granada de Bolívar como Pedro Gual, combatientes de la libertad como el famoso guerrillero español Francisco Javier Espoz y Mina (quien va a armar una expedición hacia México) y representantes chilenos se encuentran allá para obtener una ayuda o porque no, una alianza. Un ejemplo: el representante oficial de Chile, Manuel de Aguirre, arma un barco construido y financiado por estadounidenses favorables a la independencia.

También van a reunirse con esos oficiales y van a lograr interesar algunos para su causa. Thompson el argentino y Carrera el chileno, mientras negocian con las autoridades, mantienen relaciones constantes, especialmente con José Bonaparte y Grouchy. José Bonaparte sostiene varios encuentros con Carrera y cada vez acentúa sus proposiciones de ayuda. Ejemplos de esas conversaciones extractadas del *Diario de Estados Unidos* de Carrera son:

“Uno me dice que Bonaparte me protege... Grouchy me presenta a los franceses Jacquelin y Durand para comprar armas para los insurgentes... El mariscal Grouchy y Clauzel están muy optimistas en cuanto a un barco de trescientas toneladas y diez a doce mil libras de pólvora para lo cual me han dado una carta de recomendación... Gran conversación en camino con el mariscal Grouchy, nuevas ofertas de amistad, explicación de sus intenciones... Encuentro entre Grouchy, Clauzel y yo sobre los proyectos del primer en América. Transmitiré sus proposiciones a Buenos Aires...”³⁵

Grouchy, rápidamente convencido de la legitimidad de su causa, propone el 1 de septiembre del 1816, su “Proyecto sobre la organización de la guerra en América del Sur y su propuesta para venir a Chile”.

LA PROPUESTA DE GROUCHY

Enseguida, ofrecemos la proposición integral de Grouchy, en ella ofrece, tanto una explicación a los fracasos de los independentistas como las soluciones a sus problemas:

“La independencia de la América española no puede menos que triunfar; sin embargo, parece que encontrara para su establecimiento y consolidación, más grandes obstáculos que los que se había imaginado. Son estos ocasionados

³⁵ Carrera, *op. cit.*, pp. 83-119.

de todos modos por la desunión de los habitantes de más influencia; ellos han destruido las fuerzas reales y han fatigado los pueblos más decididos por la libertad de la patria con las convulsiones interiores que han fomentado.

La falta de organización, de recursos militares suficientes, seguida de una falsa dirección, y la adopción de un sistema de guerra poco conforme para tropas nacientes que combaten contra cuerpos aguerridos, han facilitado el éxito a un puñado de realistas que hace correr la sangre de tantos patriotas aniquilados en diferentes puntos, estableciendo un orden de cosas del que deben esperarse grandes y pronto resultados.

Por esto es que la falta de proclamación de los principios y bases sobre las que se quiere levantar y hacer descansar el edificio social y las inquietudes propias al corazón de todos los propietarios, a la vista de una revolución, cuyo fin no está positivamente señalado, y cuyos resultados pueden causar males a sus fortunas y propiedades, han contrariado la desenvoltura del espíritu público y recreado un partido real en los mismos países poco antes, tan dispuestos a sacudir el yugo de la metrópolis.

Por otra parte, las desgracias sucesivas experimentadas por los numerosos ejércitos de la independencia, han sido débilmente sostenidas por la masa de los habitantes del país en el que han hecho la guerra. Si así no fuese, ¿ochenta mil insurgentes reunidos casi juntos a los muros de la capital de México habrían sido dispersados por algunos millares de soldados? Venezuela y el nuevo reino de Granada ¿habrían sido reducidos al yugo de menos de ocho mil españoles? Chile ¿obedecería tranquilamente y Bolívar habría sufrido los últimos reveses?

Es verdad que Buenos Aires se sostiene aún con gloria; más qué de cambios desastrosos pueden agitarla, si un gobierno enérgico y nacional no se apresurase a completar los medios de resistencia proporcionados a los ataques probables de España, y, puede ser, de Portugal; ataques que la falta de numerario de la primera, el destrozo de su marina y la situación general de los negocios de la Europa han retardado hasta hoy.

La independencia de las naciones se efectúa por la voluntad general, pero no se sostiene sino por la energía de las armas destinadas a la defensa. Se sabe que existe en Buenos Aires una fuerza militar organizada; la recluta se hace fácilmente, los soldados son valientes, la seguridad y la generalización de la independencia son la mira del mayor número; sin embargo, las tropas de Buenos Aires no han obtenido ni en el Perú, ni en Chile los sucesos que debían esperarse, por los vicios de la organización, por la falta de disciplina, por el muy corto número de oficiales instruidos y experimentados y por la adopción de planes, tal vez mal calculados o débilmente ejecutados; no es menos la ninguna combinación en los movimientos insurreccionales del Perú y del Chile, en donde se ha mirado con abandono el modo de sostenerlos por la totalidad de enemigos que los españoles se han creado en todas las clases de la población americana.

Tales son las causas principales que han podido retardar hasta hoy la emancipación de las interesantes porciones del Nuevo Mundo.

No importa que todas las provincias de la Plata constituyan en un gobierno único y federal con tal que ofrezcan todas las garantías posibles de libertad, de justicia, de estabilidad y de energía: que un pueblo no crea suceder sólo en los derechos de Fernando; que el gobierno siga un sistema de guerra más adoptable a las circunstancias y al genio nacional; que organice sobre mejor pie y sobre una escala más larga los medios militares ofensivos y defensivos; que lleve a su ejército oficiales que hayan hecho la guerra, o que puedan apresurar el desarrollo de talento y suplir las faltas de experiencia de los oficiales del país; que se haga de generales que hayan estudiado y practicado el ejercicio de las armas, y, en fin, que obren con la íntima convicción que la decisión, el celo y el patriotismo no bastan para dar al alma del soldado aquella útil seguridad, y aquel enérgico sentimiento que duplica sus fuerzas, pues que esto no puede adquirirse sino por una gran práctica, y por una entera confianza en los jefes que los conduzcan en la sangrienta carrera de los combates; entonces serán exterminados los esfuerzos liberticidas de los déspotas de la Europa y serán asegurados los completos sucesos de la más noble de las causas,

La pacificación del antiguo mundo, debe por otra parte ser para la América del Sur un constante móvil de ansiedad, por que no se puede negar que ella la expone a ser rigurosamente atacada por la Metrópoli, o por sus aliados, de un modo más terrible que hasta aquí.

Pero al mismo tiempo por una especie de compensación, los nuevos intereses políticos creados en Europa ofrecen a los independientes la posibilidad de alianza, facilitadas por el atractivo de las ventajas comerciales, tan importantes que las potencias marítimas no pueden dejar de apresurarse a tomarlas. Por otra parte, las reacciones y las persecuciones que afligen diversos estados, les darán los medios de acrecentar, y de hacerse verdaderamente respetables auxiliares, preciosos y propios para hacerse temer de los Españoles.

En la situación vacilante de los negocios, los intereses bien entendidos de las provincias de la Plata deben inducir e reunir bajo las banderas de la independencia un número de oficiales, y suboficiales europeos, que privados de su estado en el país que los vio nacer, se encuentran expuestos a las vejaciones de todo género. Ellos se consagrarán con adhesión a la patria adoptiva que les abrirá los brazos.

La América del sur deberá también ofrecer un nuevo teatro de gloria a los oficiales generales que actualmente se encuentran en Estados Unidos; la reputación que ellos han adquirido, y las direcciones hábiles que han mostrado en el ejército que han mandado, como en las operaciones políticas de que han estado encargados, son una prueba de su utilidad, y con su experiencia y talentos podrán asegurar la causa de la libertad americana. Su adhesión a esta causa será uno de los medios más seguros para atraer un gran número de hombres que han estado bajo sus órdenes. Ningún grado puede ciertamente

ofrecérseles como incitativo o recompensa, pues que han llegado ha mucho tiempo a la cumbre de los honores y de los empleos militares; pero sí, ventajas de otra especie y, al mismo tiempo, una simple compensación de aquellos que podrían perder en su patria: esto bastará probablemente para determinarlos a abrazar la defensa de una causa que debe serles más cara, y tanto más sagrada, cuanto que han combatido y sufrido mucho tiempo por ella.

No teniendo ellos el pensamiento de fijarse para siempre en América, ni el deseo de ejercer empleos civiles o políticos, jamás podrán hacer sombra a ningún gobierno ni a ninguno de los amigos verdaderos de la patria. Podrá encargárseles por un cierto número de años de la dirección superior de los ejércitos de tierra y de mar, de la ejecución de planes adoptados para asegurar la defensa de la patria, para favorecer la independencia del Perú y del Chile; de la formación de los arsenales; del establecimiento de manufacturas de armas y de escuelas militares; del complemento de la organización de algunos nuevos regimientos; de la instrucción de los cuerpos existentes, y últimamente de la formación de algunas compañías de artillería a pie y a caballo, para las que se harán venir de Europa los cuadros de oficiales y de suboficiales. Estas medidas serán sin duda, el triunfo de los ejércitos de la independencia de la América, móviles los más poderosos y las más ciertas recompensas que pueden esperar.

Las solas condiciones bajo las cuales podrán ser presentados los servicios serán: que un fondo 120 000 duros será enviado a los Estados Unidos y colocados por ellos, o bajo su nombre, en los bancos americanos o en el banco nacional. En el caso que sus bienes y propiedades sean confiscadas en Europa, se obligará a entregarles los dichos fondos, cuyos intereses de todos modos les pertenecerán. Su tratamiento durante el tiempo de su servicio será el correspondiente a su graduación³⁶.

Aun si Grouchy no irá a América Latina (mandará el general Brayer), su texto va a fijar las reglas y permitirá la salida de numerosos oficiales hacia el sur del continente, principalmente hacia los ejércitos del general San Martín en Argentina y en Chile, y del general Bolívar.

HACIA CHILE POR ARGENTINA

Casi todos los oficiales franceses del imperio napoleónico que combatieron en Chile van a pasar por Argentina. Llegan como Beauchef, Bellina-Skupieski³⁷,

³⁶ E. Grouchy, "Proyecto sobre la organización de la guerra en América del Sur y su propuesta para venir a Chile", en *Revista Chilena de Historia y Geografía de Chile*, N° 44 (Santiago, 1921).

³⁷ Fueron consultados para todos los oficiales del ejército napoleónico, sus hojas de vida en el SHAT (Service Historique de l'Armée de Terre, Vincennes, France), en el fondo 2YE. Se consultaron, también, Archivo Nacional, Santiago, Ministerio de Guerra (1773-1900), vols. 4, 19,

Deslandes y algunos otros, en la fragata *Oceana*, gracias al coronel Thompson, enviado de las provincias de la Plata en Estados Unidos, y están directamente integrados con sus grados en el ejército del general San Martín preparándose entonces a pasar los Andes para liberar Chile.

A otros, la mayoría, los va a convencer el general José Miguel Carrera, quien logrará hacer salir no menos de cinco barcos desde Baltimore: *Dover*, *Salvage*, *General Scott*, *Regente* y principalmente el *Clifton*, el cual transportará un grupo heterogéneo, imagen bastante fiel de la ex *Grande Armée*: dos italianos, Marguti y el futuro general chileno Rondizzoni, un español Peña, un sajón Jentseh, un holandés Vanderzee, un irlandés Adams, varios franceses entre ellos Charles Lozier y Joseph Bacler d'Albe, numerosos estadounidenses y un grupo de artesanos y obreros militares dirigidos por el francés Ramel, ex director de la manufactura de armas de Boulogne (norte de Francia).

Otros ya están en Chile como el comandante Cramer y el ingeniero militar español Arcos. Participaron en la victoria de Chacabuco en 1817. Según Encina: "Cramer es uno de los jefes más competentes entre los militares extranjeros que combatieron para la libertad de Chile"³⁸.

Varios deciden venir directamente de Francia como Viel (futuro general chileno), Magnan, Grabert (cuñado prusiano del mariscal Lefebvre), Gola (oficial de caballería del Piemonte) y Brandsen (futuro coronel). Salen de Calais (norte de Francia) para llegar a Buenos Aires en 1817.

Diego Barros Arana escribe sobre este tema:

"Buenos Aires era, en 1817, el lugar de encuentro de numerosos oficiales extranjeros, principalmente franceses, quienes habían huido de las persecuciones resultado de la restauración de diversos soberanos europeos, o quienes habían perdido sus empleos después de la desmilitarización de numerosas tropas siguiendo la caída del imperio napoleónico. Habían empezado a llegar desde fines de 1815, unos de Estados Unidos, otros directamente de Europa. El gobierno de la Provincias Unidas del Río de la Plata, deseoso por utilizar los conocimientos de esos oficiales, los había rápidamente integrados a su ejército independentista, conservando sus grados y, para los más prestigiosos, dándolos uno más importante"³⁹.

En Chile, alrededor de un centenar va a entrar en las filas de los independentistas, en todas las armas: Jean Joseph Tortel será capitán del puerto de Valparaíso entre 1817 y 1820, los hermanos Bruix (hijos de un almirante de Napoleón)

encontrarán ambos la muerte (uno cerca de Los Ángeles en 1819 y el otro más tarde en Perú) después de haberse distinguido en la caballería, Granville y Drinot entrarán en la armada como oficiales, Drouet (hijo del que permitió el arresto de Luis XVI en Varennes en 1792) será oficial de estado mayor, y, entre otros, Raulet, gran caballero, será coronel en Perú en 1821.

Todos, según Fernando Campos Harriet, van: "a luchar para la emancipación americana y mostrar con sus actos, cada uno a su manera, la influencia del gran hombre que les había formado"⁴⁰. Más allá de sus deseos de no quedarse en Francia bajo el régimen de los borbones, ellos saben perfectamente porqué están aquí. Beauchef: "me retiraba después de haber servido la causa de la independencia de un país según mi conciencia liberal enemiga de las tiranías"⁴¹; Brandsen: "yo vine voluntariamente desde Francia para buscar la aventura, pero esta aventura tenía como meta la independencia de esta gran región del mundo"⁴²; Persat: "yo vine para servir la causa de los independentistas"⁴³; Robert: "deje Francia para vivir en un país independiente y libre"⁴⁴; Mercher: "me entusiasme por la independencia de América y deje Francia para servir la causa de la libertad"⁴⁵; Roul: "¡americanos! Cuando vine a sus regiones, tenía los mismos sentimientos que me habían caracterizado en los ejércitos franceses. Quiero pensar que nunca dudaron de mis sentimientos hacia su causa"⁴⁶; Deslandes: "viendo la patria fuera de peligro, pienso que me puede ser permitido ocuparme de mis intereses personales después de haber cumplido con los intereses comunes"⁴⁷; Blaye: "habiendo ya cesado los peligros de la patria por el resultado glorioso de la acción de Maipú a que asiste..."⁴⁸. Eustaquio Bruix, gravemente herido cerca de Nacimiento en 1819, vive sus últimos momentos acompañado por Beauchef, el cual declara, "sus últimas palabras fueron para Napoleón y la independencia de Chile", excelente síntesis de lo ya expuesto⁴⁹.

Además, estos hombres, en su mayoría niños durante la revolución de 1789, fueron educados según sus principios y, aún si el imperio napoleónico no constituyó su aplicación ideal, lejos de esto, supo mantenerlos ideológicamente. Aun

⁴⁰ Fernando Campos Harriet, "Soldados de Napoleón en la independencia de Chile", en *Memorial del Ejército de Chile*, N° 350 (Santiago, julio-agosto 1969).

⁴¹ Véase p. 267.

⁴² F. Brandsen, *Diario de la campaña del sur de Chile o Bio Bio, desde el 5 de noviembre de 1818 al 1° de marzo de 1819* (Buenos Aires, Federico Santa Colonia Brandsen, 1910), p. 53.

⁴³ M. Persat, *Mémoires de Persat (1806-1844)* (Paris, Editions Plon Nourrit, 1910), p. 226.

⁴⁴ J. Rondeau, *Resumen documentado de la causa criminal seguida y sentenciada en el tribunal de la comisión militar de esta capital contra los reos Carlos Robert, Juan Lagresse, Agustín Dragumette, Narciso Parchappe y Marcos Mercher por el delito de conspiración contra las Supremas Autoridades de las Provincias Unidas y de Chile en Sud América* (Buenos Aires, Imprenta de la Independencia, 1819), p. 10.

⁴⁵ Rondeau, *op. cit.*, p. 14.

⁴⁶ Roul, Biblioteca Nacional de Santiago, Sala Barros Arana, AAG 2359.

⁴⁷ F. Deslandes, carta del 19 de abril de 1818, en Archivo Nacional, Ministerio de la Guerra, vol. 59.

⁴⁸ L. Blaye, carta del 20 de abril 1818, en Archivo Nacional, Ministerio de la Guerra, vol. 59.

⁴⁹ Véase p. 115.

37, 45, 57, 59, 62, 69, 83, 87, 93, 124, 142, 143, 159, 169, 170, 187, 191; Ministerio de la Marina (1877-1900), vols. 1, 2, 4, 10, 13, 16, 24, 34, 35, 50; Ministerio del Interior (1653-1889), vol. 103; Ministerio de Relaciones Exteriores (1810-1900), Vols. 16, 18, 23, 26, 27, 28 y archivo Claudio Gay, vols. 13, 38, 46, 51, 52, 55, 56, 59, 60, 61, 65.

³⁸ Encina, *Historia...*, *op. cit.*, tomo VI, p. 132.

³⁹ Barros Arana, *Historia...*, *op. cit.*, tomo XI, p. 352.

los enemigos de la Independencia entendieron estos principios como, por ejemplo, el coronel español Ballesteros quien escribe en sus memorias:

“En medio de aquellos americanos valientes defensores de la libertad y la independencia de su patria, había extranjeros fieles a la causa, en cuyo obsequio habían perecido tantos otros paisanos suyos. Entre los que sobrevivían a tantos peligros y tantas fatigas, se hallaban hombres que habían combatido en las orillas del Guardiano y del Rin y habían presenciado el incendio de Moscú y la capitulación de París. Tales eran los hombres reunidos en aquel punto, haciendo causa común; Americanos o Europeos, todos estaban animados del deseo unánime de asegurar la existencia política de un vasto continente”⁵⁰.

LOS FRANCESES EN CHILE; ENTRE LA POLÍTICA Y EL EJÉRCITO

Múltiples son sus destinos una vez en Chile.

Viel, Rondizzoni y Beauchef entran en la historia nacional gracias a su rol militar preponderante: en varias ocasiones, se les confía grandes responsabilidades militares, por ejemplo, durante los ataques a Chiloé, contra los Pincheira o, de nuevo, durante la expedición fracasada hacia Perú en 1823, para reforzar al general Santa Cruz. Como lo escribe Bulnes en esta ocasión: “el mando de las unidades estaba ocupado por los más brillantes oficiales del ejército, Santiago Aldunate, Benjamin Viel y Jorge Beauchef”⁵¹.

Pero sus fortunas serán, a veces, menos brillantes o por lo menos, más complicadas. Unos volverán a Francia después de varias campañas, como Bardel y Arcos.

Otros tendrán una suerte menos deseada: Drouet destituido dos veces por incapacidad (bajo las órdenes de Brayer⁵² y Beauchef) será fusilado en Córdoba en Argentina en 1823, Roul otorgándose el grado de general en Argentina será expulsado, Dauxion-Lavaysse, supuesto coronel de ingenieros, después de tomar contacto con Carrera en Estados Unidos y colaborar con él, lo traicionará en Buenos Aires cuando él trata de volver a Chile en 1817; Bellina-Skupieski quien

⁵⁰ J. Ballesteros, *Historia de la revolución y guerra de la independencia del Perú desde 1818 hasta 1826*, en *Colección de Historiadores y Documentos relativos a la independencia de Chile* (Santiago, Biblioteca Nacional, 1949), tomo xxxiv, pp. 295-296.

⁵¹ Bulnes, *op. cit.*, p. 24.

⁵² Para obtener mayor información sobre el papel y la situación de Brayer en Chile, véase Archivo General de la Nación Argentina, Buenos Aires, Impresos 1809-1823, s/f 2048; Colección de Diarios 1817-1818, *El Abogado Nacional*; Bibliothéque Dosne-Thiers, Fondation Thiers, Paris, Carton N° 240, folios 463 a 479 et Carton N° 194, folios 333 a 344; Library of Notre Dame University (Estados Unidos) Sourthern Cone Historial MSS “José San Martín”, MSH/SCH 4011-22 y MSH/SCH 4011-12; Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina, AAD 9968, AAD 9969, AAD 2524, SM 2.4, SM 68.21; Museo Histórico Nacional, Buenos Aires, Memorias y antohografías (Buenos Aires, Imprenta Rosas, 1920), tomo iii.

terminará como “curandero” en Ecuador, será expulsado del ejército por, entre otras cosas, “haberse presentado tan ebrio que se cayó de su caballo y que varios granaderos fueron necesarios para transportarlo”⁵³; por fin Lozier, no va a servir en el ejército y va a vivir treinta años con los indígenas de la Araucanía después de dirigir el Instituto Nacional.

Otros por fin tendrán que alejarse del ejército o del país por razones políticas: Cramer, Holley, Deslandes, Blaye y también Viel y Rondizzoni durante varios años.

De hecho, cuatro conflictos políticos internos a las luchas de la independencia tuvieron efecto sobre las carreras de muchos de estos oficiales: el desacuerdo entre O’Higgins y Carrera sobre como construir el Chile independiente (1814-1817), la pugna entre San Martín y Carrera en Argentina (1817-1821), la lucha por el poder entre O’Higgins y Freire en 1823-1826 y lo que marca el fin del proceso de independencia en Chile con la victoria de los conservadores sobre los liberales, la oposición entre Freire y Prieto en 1830.

En cada uno de estos conflictos, los oficiales napoleónicos van, en general, a escoger el lado de la fidelidad al gobierno instalado como, asimismo, defender el que más se acerca a sus principios revolucionarios. Estas tomas de posiciones afectaron considerablemente no solamente sus carreras militares (ascenso o destitución), también sus estadías en estos países (exilios temporales o definitivos) y provocaron, en unos casos, sus muertes. Empezamos con el primero generado a partir de las diferencias entre O’Higgins y Carrera sobre como conducir la independencia chilena. El italiano Rondizzoni, después de diez años en los ejércitos napoleónicos llegó a Argentina en 1817 en uno de los barcos de José Miguel Carrera con el cual desarrolló una relación de amistad y de convergencia política. No obstante la situación de Carrera a la llegada a Buenos Aires, él decidió combatir con San Martín para la liberación de Chile⁵⁴. Pero los acontecimientos relacionados a Carrera (imposibilidad para volver a Chile, procesamiento de sus hermanos, asesinato de Manuel Rodríguez) empujaron a Rondizzoni a pedir y obtener, el 6 de mayo de 1818, su retiro absoluto del ejército con goce de fuero y uso del uniforme. Ibáñez escribe sobre esto: “...Aquellos desgraciados sucesos lastimaron su alma profundamente, y formó desde entonces la resolución de separarse del servicio, protestando así contra estos actos...”⁵⁵. Retirado en su campo hasta 1823, cuando O’Higgins lo llamó a entrar de nuevo en servicio, él no aceptó; solamente después de la deposición de este último por Freire, entrará de nuevo en el ejército en el cual servirá hasta 1830 como lo veremos después. En

⁵³ *Archivo O’Higgins*, tomo xii, *Operaciones Militares*, 1818, p. 256.

⁵⁴ A. Ibáñez, José Toribio Medina, *Hoja de servicios de don José Rondizzoni* (Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1865). Microfilm, Biblioteca Nacional: “El ministro de la Guerra en Buenos Aires propuso a Rondizzoni que pasara a Chile bajo las ordenes de San Martín, propuesta que aceptó después de haber obtenido la completa aprobación y asentimiento de Carrera”, p. 8.

⁵⁵ Ibáñez, *op. cit.* “Rondizzoni no podía tampoco ser indiferente a ellos. Su carácter franco y leal le hacía rechazar con indignación toda medida que no estuviese conforme con los severos principios que siempre le guiaron en su conducta...” p. 10-11.

las mismas circunstancias, otros oficiales renuncian o son expulsados: Blaye obtiene licencia absoluta con goce de fuero y uso de uniforme, Deslandes, licencia absoluta. Roul toma posición contra Puyerrredon y a favor de Carrera en Argentina y es expulsado, Cramer, renuncia después del asesinato de los Carrera. Cabe señalar que Cramer y Brayer, sobre este último hablaremos enseguida, desarrollaron también un acercamiento con Manuel Rodríguez, lo que políticamente no ayudó a mejorar su relación con O'Higgins.

Es importante insistir en el hecho de que casi todos estos oficiales llegan a Buenos Aires contratados en Estados Unidos por Carrera o en Francia por Rivadavia. La gran mayoría decide seguir San Martín a través de los Andes hacia Chile con todo el material, fusiles, sables y pólvora transportados en los barcos de Carrera, lo cual será utilizado en la batalla de Maipú⁵⁶. Pero otros deciden quedarse en Argentina o vuelven rápidamente para seguir luchando por la independencia de este país sin hacerlo bajo las órdenes de San Martín: Danel, Brayer hijo y Trolé con el general Alvear durante la guerra contra Brasil en 1827⁵⁷. Dos casos bien particulares demuestran el nivel de violencia provocado por estas disensiones políticas entre San Martín y Carrera: primero, la expulsión del general Brayer después de actuar como mayor general del ejército de los Andes y del Sur. Una reciente investigación nuestra demuestra que, si bien Brayer no actuó todo el tiempo de la manera la más adecuada, la razón principal de su alejamiento fue su desacuerdo político con San Martín debido a su relación con Carrera y Rodríguez⁵⁸. Segundo, la causa criminal sentenciada en Buenos Aires en 1818 contra cinco oficiales franceses por conspiración: Robert, Lagresse, Dragumette, Parchappe y Mercher, a los cuales debemos agregar el francés Young muerto durante su arresto y el chileno Vigil, ex oficial de José Bonaparte en España, son arrestados por complot destinado a eliminar O'Higgins y San Martín. En el documento oficial del juicio⁵⁹, no aparece ningún elemento comprobatorio de la realidad de los hechos, pero la sentencia condena a los dos primeros a muerte (y serán ejecutados) y a los otros al exilio, salvo Vigil declarado inocente. La relación cercana de varios de ellos con Carrera, en este entonces exiliado en Montevideo, odiado por el director supremo Rondeau: "bien notoria es la historia de los tres hermanos D. José Miguel, D. Juan José y D. Luis Carrera. ¡Ojalá pudiera borrarse de nuestra revolución! Estos corrompidos y ambiciosos americanos se apoderaron del gobierno de su patria para sacrificarla a los españoles"⁶⁰. Es, sin lugar a dudas, el elemento explicativo presente en el juicio y constante en la interpretación de la documentación disponible⁶¹.

⁵⁶ A. Merino, "Recordando al general", Instituto de Investigaciones Históricas General José Miguel Carrera, en www.jmcarrera.cl/articulos/ (visitado en julio de 2003).

⁵⁷ E. Ocampo, *Alvear en la guerra con el imperio de Brasil* (Buenos Aires, Ed. Claridad, 2003).

⁵⁸ Patrick Puigmal, *Dialogo de sordos entre José de San Martín y Michel Brayer, cartas, artículos y manifiestos argentinos, chilenos y franceses durante la independencia de Chile (1817-1819)* (Osorno, Ed. Universidad de Los Lagos, Programa de Estudios y Documentación en Ciencias Humanas, 2003).

⁵⁹ Rondeau, *op. cit.*, véase todo el documento.

⁶⁰ *Op. cit.*, p. 3.

⁶¹ *Op. cit.*, Cartas de Robert, Lagresse, Xaviera Carrera, pp. 20-30.

Otros viven las consecuencias de este conflicto: Blaye, de nuevo, retirado por decreto el 7 de septiembre de 1824 o Rondizzoni rechazando la oferta de O'Higgins de reincorporarse al ejército. Podemos agregar en este contexto que Viel y Beauchef son separados de sus funciones transitoriamente en 1825 por el Congreso⁶².

Uno de los momentos cruciales en estas luchas internas de la independencia chilena, en particular, lo constituye la guerra civil, que concluye en Lircay en 1830 sobre la cual Luis Vitale escribió:

"Algunos oficiales, herederos de las ideas liberales de la ilustración francesa, como Ramón Freire, trataron de implementar entre 1823 y 1828 algunas medidas progresistas respecto de los privilegios de la Iglesia y de los terratenientes, aunque sin caer en el militarismo como sistema de gobierno. Otros actuaron a favor de la oligarquía latifundista y comercial, como fue el caso del general Prieto, jefe de la conspiración conservadora que desencadenó la guerra civil de 1829-1830"⁶³.

Todos los franceses todavía presentes en Chile, y la mayoría de los extranjeros, toman partido por el liberal Freire, mucho más cercano a sus ideales. Evidentemente, su derrota en Lircay en 1830 significó para muchos de ellos el fin de su servicio chileno o, por lo menos, su alejamiento por varios años. Entre los 132 oficiales exonerados se encuentran los nombres de Viel, Rondizzoni, Holley (padre e hijo), Tortel, Labbé y Guiticke (alemán del ejército napoleónico). El caso de Labbé es ejemplificador porque después de obtener una licencia absoluta con goce de fuero y uso del uniforme en 1829, es dado de baja en 1830, pero se subleva en 1832 y, arrestado, es expulsado a Perú⁶⁴.

Entre julio y septiembre de 1830 aparece en Santiago el diario *El Defensor de los Militares denominados Constitucionales* publicado por José Joaquín de Mora y Pedro Godoy⁶⁵ en él son numerosas las referencias a Viel, el segundo de Freire en este conflicto, y a que "el militar que delibera por sí en materias ajenas de su profesión es rebelde y perjuró: no hay un Estado en el mundo donde se le permita legalmente. Si lo hace, considérese establecido el gobierno militar"⁶⁶. No podemos no ver la mano de Viel en la frase siguiente "la Francia en nuestros tiempos, libre del poder monárquico a pesar de los esfuerzos formidables de toda la Europa, volvió a él por haber caído bajo la férula del poder militar"⁶⁷. El mismo Viel recibió la carta siguiente firmada por Portales y Ovalle, "...El general Ramón Freire y los militares que lo siguen son los más encarnizados enemigos de la

⁶² C. Maldonado, "El ejército chileno en el siglo XIX: génesis histórica del 'ideal heroico' (1810-1885)", en www.geocities.com/capitolhill/7109/eje1.html (visitado en abril de 2003).

⁶³ Luis Vitale, "Intervenciones militares y poder fáctico en la política chilena (1830-2000)", Santiago, 2000, en www.mazinger.sisib.uchile (visitado en mayo de 2003).

⁶⁴ Maldonado, *op. cit.*

⁶⁵ La colección entera, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Santiago, Sección Periódicos.

⁶⁶ *El Defensor de los Militares denominados Constitucionales*, N° 2 (julio 17 de 1830), p. 1.

⁶⁷ *Op. cit.*, p. 2.

patria... por lo cual hay que excluirlos de la lista del ejército nacional al cual no deben pertenecer sin deshonrarlo con sus nombres...”⁶⁸. No obstante, Figueroa dice lo siguiente de Viel, “en esta época turbulenta de nuestra historia política, Viel se distinguió por su afición a la causa liberal al mismo tiempo que por su lealtad al gobierno constituido”⁶⁹. Él y Rondizzoni quedarán casi diez años fuera de servicio antes de volver y transformarse en generales del ejército chileno. Cabe señalar, como lo escribe Luis Vitale, que: “la historiografía nacional, de tendencia conservadora, se encargó de crear la imagen de que Lircay quedará en la historia como el triunfo del orden sobre el ‘caos’. No por casualidad, Santiago apareció rayado con el nombre Lircay *ad portas* del golpe militar de 1973”⁷⁰. Ibáñez agrega un elemento no menor sobre este asunto: “la condición de extranjero era lo que más excitaba la animosidad del vencedor, y el valiente Tupper debió a esto su desastrosa muerte; Rondizzoni hubiera también sido víctima por igual circunstancias pero debió su salvación a su serenidad y presencia de ánimo”⁷¹. El mismo Tupper afirmaba antes de sostener el gobierno constitucional que al militar solo le cabía apoyar al gobierno legal “...y no decidir puntos de legislación por la fuerza de las armas” lamentando lo común que se había hecho ese mal hábito en América del sur⁷².

Este último episodio de las luchas internas marca también el fin de las intervenciones políticas de los oficiales napoleónicos en Chile y Argentina; no obstante, cabe señalar los casos de Brandsen expulsado a Argentina por Bolívar por haber tomado posición a favor de Riva Agüero en Perú en 1825 (una corte marcial le prohíbe entrar en la función pública del país) y Raullet expulsado de Chile por razones políticas y fusilado en Perú en 1824 por las mismas causas.

OFICIALES Y ASESORES

En cuanto al general Brayer, ya mencionado, vale la pena estudiar su destino chileno bastante particular porque, llegando a América con una impresionante reputación debido a sus hazañas durante la Revolución y el Imperio, se va a retirar rápidamente, tanto a causa de sus torpezas como por el celo de los oficiales superiores chilenos y argentinos. Cuando llega (después de haber organizado en Anverso (Bélgica) una base logística para los oficiales), enviado por José Bonaparte y Grouchy⁷³, San Martín lo nombra inmediatamente mayor general del ejército con la misión de reorganizarlo. Su grado y su responsabilidad le dan

⁶⁸ Carta del 17 de abril de 1830. Archivo Nacional de Santiago, Ministerio de la Guerra, vol. 191.

⁶⁹ P. Figueroa, *Diccionario biográfico de extranjeros en Chile* (Santiago, Imprenta Moderna, 1900). Biografía de Benjamín Viel.

⁷⁰ Vitale, *op. cit.*, capítulo 1, p. 337.

⁷¹ Ibáñez, *op. cit.*, p. 21.

⁷² Diego Barros Arana, *Historia general de Chile* (Santiago, Rafael Jover Editor, 1886-1902), tomo xv, p. 432. Véase también Vergara Quiroz, *op. cit.* p. 110.

⁷³ I. Murat, *Napoleón et le reve américain* (Paris, Fayard, 1976), p. 229.

una posición más alta que la de todos los oficiales del ejército, el cual cuenta con solamente tres generales: O'Higgins, San Martín y Soler. Aunque, según Beauchef: “él hacia todo con las mejores intenciones del mundo y sin pretensión”⁷⁴, el escepticismo de los oficiales se transforma en crítica sobre todo después de la derrota de Talcahuano, de la cual va a tener que asumir, de manera exagerada, la total responsabilidad. El sirve de chivo expiatorio. Como lo escribe Beauchef, “en una palabra, el escenario era demasiado reducido para un teniente general francés”⁷⁵, del cual según una bien severa canción de la época “la jactancia de veinte años de combate vino a distraer nuestra juventud...”⁷⁶.

De hecho, es bastante difícil comparar el ejército chileno, que cuenta entre cinco y seis mil hombres, con los ejércitos del imperio francés, los cuales, como durante la campaña de Rusia, contaron más de seiscientos mil hombres. Es aún más difícil actuar de la misma manera y exigir el mismo comportamiento.

O'Higgins describe así Brayer en una carta a San Martín con fecha del 1 de octubre del 1817: “Brayer está aquí. Lo que pude observar corresponde a lo que usted me dijo: su presencia, como extranjero, no es del gusto de la mayoría de los oficiales, pero el sabe ignorar eso y todo debería arreglarse rápidamente”⁷⁷.

Encina escribe de Talcahuano: “Brayer rindió un gran servicio como chivo expiatorio atrayendo toda la responsabilidad del fracaso, el cual de otra manera hubiera caído sobre O'Higgins y San Martín”⁷⁸.

La influencia de los oficiales del Imperio se hizo sentir por su presencia efectiva en los combates, pero también y, probablemente, sobre todo por su papel de asesor; así Antonio Arcos, Georges Beauchef, Ambroise Cramer y Felix Deslandes, van a formar la primera generación de oficiales chilenos quienes, en 1817, estudian en la Escuela Militar de Santiago recién creada por O'Higgins y dirigida por los dos primeros. Numerosos oficiales y suboficiales, quienes van a distinguirse durante los próximos años, pertenecen a esta primera promoción.

Allí, aprendieron las estrategias de infantería y caballería publicadas en Francia en 1792 con las modificaciones hasta 1815. Según Encina: “Beauchef es la verdadera alma de la escuela... y Cramer ha sugerido las normas fundamentales del establecimiento de enseñanza militar”⁷⁹. Cabe señalar que la biblioteca del Museo Histórico y Militar de Santiago está llena de libros de estrategia militar en francés y editados durante la Revolución y el Imperio; la gran mayoría de estos textos pertenecían a altos oficiales del ejército independentista como, por ejemplo, el general Borgoño, el cual hacía campaña con *Le manuel pour l'attaque des places* del general Cormontaigne publicado en 1806 en París.

⁷⁴ Véase p. 96.

⁷⁵ *Ibid.*

⁷⁶ *Archivo O'Higgins*, tomo xx, *Operaciones Militares*, 1817, p. 317.

⁷⁷ *Archivo O'Higgins*, *op. cit.*, p. 319.

⁷⁸ Encina, *op. cit.*, p. 157.

⁷⁹ *Op. cit.*, p. 342.

Bacler d'Albe permite a la topografía integrarse a las ciencias indispensables a la acción militar. Sus planos de las batallas de Talcahuano y Chacabuco son los primeros realizados en Chile con fines exclusivamente militares⁸⁰.

La armada chilena, creada en 1817, cuenta únicamente en sus orígenes con oficiales extranjeros, la mayoría ingleses, estadounidenses y unos franceses. François Dublé es, por ejemplo, a partir de 1822, uno de los profesores de la primera escuela náutica creada por O'Higgins.

No vamos a citarlos a todos, pero algunos merecen salir del anonimato: Giroust, paje de José Bonaparte, Bautista, caballerizo de Napoleón, Lebas, teniente de caballería, Waldeck, oficial de la armada de Cochrane, Holley, Lasalle y Mathieu, oficiales.

Esta influencia también se hace sentir con los oficiales de otras nacionalidades que combaten en Chile. Algunos a favor de la Independencia, como los ingleses Miller, O'Brien y Cochrane, han combatido contra Napoleón durante numerosos años, pero admiran su genio. ¡Lord Cochrane propone al ministro Zenteno a su llegada en 1819, ir hasta Santa-Helena, liberar Napoleón y traerlo a Chile!⁸¹

Carrera, el chileno, y San Martín, el argentino, combatieron en España contra el ejército imperial, el primero recibió la medalla de la victoria de Talavera, el segundo la de Baylen. Así pudieron estudiar las tácticas de Napoleón. Totoro Taunis afirma por ejemplo: "estas fuerzas (división de los Andes, división chilena de O'Higgins y fuerzas de mar de Cochrane para la expedición libertadora de Perú) inspiradas en los preceptos de la Revolución Francesa, eran descendientes de la iniciativa original de San Martín a su regreso de España en 1812"⁸².

Otros combaten la independencia; numerosos españoles llegaron en 1814 después de múltiples combates contra los franceses, por ejemplo, Narvaez, Senosian, Bobadilla. Algunos combatieron con los franceses: Fausto de Los Hoyos (el futuro defensor de Corral y Valdivia) sirvió en las tropas del general La Romana en el ejército del Elba en Alemania al lado de la *Grande Armée*, Pareja y Capaz de León combatieron como oficiales de la armada y Pablo de Morillo como suboficial de infantería en Trafalgar (1805).

El chileno Cayetano Letellier (de origen francés), fue capitán y sirvió en el ejército de España de José Bonaparte desde 1807 a 1814 y volvió después a Chile como los españoles Novoa, de la Peña, Gravier del Valle y otro chileno, Vigil.

Todos los grandes jefes militares de la independencia latinoamericana, Bolívar, O'Higgins, Sucre, Alvear, San Martín y Freire, poseían en sus bibliotecas libros

⁸⁰ Se encuentran en el sitio web de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, www.memoriachilena.cl. Ver reproducción pp. 228 y 243.

⁸¹ Alamiro Ávila Martel, *Cochrane y la independencia del Pacífico* (Santiago, Ed. Universitaria, 1976), p. 138; José Miguel Barros, "Cochrane y Bonaparte, un Inglés al rescate del Emperador", en *El Mercurio*, Santiago, 5 de agosto de 2001. Emilio Rodríguez Mendoza, *Estrella sobre los mástiles, de Cochrane a Prat* (Santiago, Ed. Ercilla, 1934).

⁸² D. Totoro Taunis, *La cofradía blindada, Chile civil y Chile militar: trauma y conflicto* (Santiago, Planeta, 1998).

sobre Napoleón y el imperio. Bolívar, incluso, asistió a la coronación de Napoleón como Emperador en 1804 y a las grandes maniobras celebrando el cumpleaños de la batalla de Marengo, en el campo de batalla italiano en 1805.

Viajeros (Lafond de Lurcy o María Graham) o almirantes franceses en misión en los mares del sur durante o después de la independencia (Mackau, Dumont d'Urville, Jurien de la Graviere, Duperrey y Rosamel, ex oficiales de la armada imperial) describen la influencia de estos oficiales a través de sus encuentros con ellos.

Así, Gabriel Lafond de Lurcy escribe:

"En 1824, los franceses residentes en Chile quisieron celebrar el aniversario del nacimiento de Napoleón y dieron con este motivo un baile a la sociedad chilena, en la que tan bien recibidos habían sido. Un parisiense, M. Coliau, puso generosamente su casa a nuestra disposición.

Esta casa, como todas las de Chile, tenía tres patios, uno a la calle y dos interiores. En el primero se arregló un jardín hermosísimo. Las piezas situadas bajo los corredores de este patio estaban dispuestas para usos diferentes: en unas, flores, guantes, encajes, zapatos, servían para reparar el desorden de las toilettes de las damas; en otras había pomadas, esencias, aguas de olor y otros objetos de tocador. Los hombres tenían un lado distinto de las señoras.

La sala de baile estaba espléndidamente adornada. Los muebles, espejos, entrepaños, habían sido arreglados por varios sobrecargos y especialmente por el señor Rosales. Los tapices eran de seda de Francia y de la China. Había tantas luces que las joyas de las damas quedaban eclipsadas. Entre todos los trajes y adornos de las damas había dos que llamaban la atención. El capitán Descombes, de Burdeos, había traído a Chile dos magníficos aderezos, uno de brillantes y el otro de acero.

El primero lo llevaba la señora Carmen Gana de Blanco y el segundo la señora de Solar. Estas dos damas parecían querer rivalizar en brillo con el sol.

En lo alto de la sala, la gente se agolpaba alrededor de un hermoso busto de Napoleón. El segundo patio interior estaba cubierto de una tienda bajo la cual se había arreglado la mesa, que representaba una cruz de la Legión de Honor de cinco brazos. Los festones de la cruz estaban formados con platos verdes de porcelana de la China. En cada punta había un juego de agua y en el centro se veía una estatua ecuestre del emperador. Todas las galerías estaban adornadas con flores y es fácil imaginar cuán espléndida e inolvidable fue esta fiesta, bajo el hermoso cielo de Chile, con una tarde resplandeciente de estrellas"⁸³.

Para concluir este texto, proponemos algunas palabras de Diego Barros Arana: "Beauchef nos da la oportunidad de poner luz sobre un hecho generalmente olvidado o desconocido, el extraordinario aporte de los oficiales franceses, for-

⁸³ G. Lafond de Lurcy, *Viaje a Chile* (Santiago, Ed. Universitaria, 1970), p. 115.

mados en los ejércitos napoleónicos, no solamente a la causa de la independencia pero también a la mejora permanente del ejército...⁸⁴.

En la conclusión de su "Génesis de la independencia chilena" Amunátegui Solar afirma: "...de la anterior exposición, se desprende que, entre las naciones de Europa, Francia fue la que ejerció una acción más directa a favor de la independencia de Chile: primero, por medio de sus filósofos; i en seguida, con la invasión de la Península, ordenada por Napoleón I"⁸⁵.

Podemos agregar que Francia o los franceses tuvieron también en el ámbito militar una influencia importante no solamente en el proceso de creación del ejército chileno (tanto del ejército mismo como de la escuela militar), sino en su transformación rápida en una herramienta moderna y duradera, por lo menos hasta la presencia prusiana de la segunda parte del siglo XIX.

Este hecho, agregado a la influencia de las ideas de reforma hijas de la ilustración francesa, y al impacto evidente de la invasión napoleónica de España, hacen de esta influencia uno de los elementos indispensables para la puesta en marcha del *puzzle* de piezas tan diversas que constituyen el proceso de la independencia chilena y, volviendo a la afirmación de Amunátegui Solar, la refuerzan.

Lejos de nuestra voluntad el querer transformar esta influencia en la *conditio sine qua non* de la independencia chilena, pero si en uno de los elementos que contribuyeron a dar a Chile el primer paso hasta el país que todos conocemos hoy.

MEMORIAS MILITARES
SOBRE LA INDEPENDENCIA DE CHILE
(1817-1829)

por el
coronel Jorge Beauchef¹

⁸⁴ Barros Arana, *op. cit.*, tomo XI, pp. 33-34.

⁸⁵ Miguel Luis Amunátegui, "Génesis de la independencia chilena", en *Anales de la Universidad de Chile*, año LXVIII, (Santiago, 2° semestre, 1924), pp. 146-172.

¹ Se ha utilizado para la publicación de estas memorias de Jorge Beauchef el texto editado en 1964 por Guillermo Feliú Cruz, pero se han consultado también las versiones conservadas en el Archivo Nacional y la Biblioteca Nacional de Santiago. Se citarán estas fuentes cuando sea necesario.

CAPÍTULO I
ANTES DE PARTIR A FRANCIA

Salí de París en 1805 para engancharme, de acuerdo con mis deseos, en el 4º Regimiento de Húsares. El teniente coronel Boudhinon², que servía en dicho regimiento, era coterráneo mío, quiero expresar, de mi misma natal ciudad, es decir, de Le Puy-en-Velay (Haute-Loire), donde nací en 1787³.

Había yo hecho ya la campaña de Austria, Prusia y Polonia (1805). Había asistido por ese tiempo a las batallas de Ulm, Austerlitz, Jena, Mōhringen y Friedland. De allí pasé a España.

Lord Wellington había atravesado el río Aguera⁴ y ocupado los puntos fortificados de Salamanca.

El gran Ejército, comandado por Marmont⁵, enviado por Napoleón para reemplazar al desgraciado mariscal Massena⁶, se había retirado; pero reforzado por el general Bonnet⁷, avanzó de nuevo sobre el Duero⁸.

Los ingleses y los portugueses eran recibidos con entusiasmo en todas las regiones de España, porque estaban fatigados de sufrir las vejaciones de los invasores. Al mismo tiempo, hubo varias acciones, aunque de poca importancia, en Cuenca, sobre el Guadalete⁹, en Andalucía, Cataluña y alrededores de Alicante.

Lord Wellington y el mariscal Marmont maniobraban frente a frente y se empeñaban en combates parciales, pero ninguno decisivo, hasta el 22 de julio, cuando se trabó la famosa batalla de Los Arapiles.

Marmont resultó gravemente herido, su ejército completamente derrotado y con inmensas pérdidas de artillería, municiones, estandartes y banderas. Además, 7.000 prisioneros y numerosos muertos y, entre ellos, varios generales de excelente reputación.

² J.C. Boudhinon-Valdec, general francés (1771-1846).

³ Ver biografía de Beauchef para la verdadera fecha de nacimiento de Jorge Beauchef, p. 16.

⁴ Beauchef se equivoca nombrando este río; se trata del río Águeda, separando España de Portugal.

⁵ Mariscal francés, 1774-1852.

⁶ Mariscal francés, 1758-1817.

⁷ General francés, 1768-1857.

⁸ Río de España y Portugal, nace en la sierra de Urbión (Esp.) y desemboca en Oporto (Port.).

⁹ Río español desde Jérez hacia la bahía de Cádiz.

Los que quedaron, comandados por el general Clausel¹⁰, se vieron obligados a retirarse precipitadamente por Tormes y Peñaranda a Tordesillas, detrás del Duero.

Los efectos de esta brillante victoria fueron de gran importancia para los españoles. Se levantó el sitio de Cádiz.

Sevilla fue tomada por las fuerzas de las armas y los franceses, concentrados en la parte noreste de la Península, quedaron sin comunicación con su país durante varias semanas.

Mientras José Bonaparte celebraba su reunión con Soult¹¹ entre Madrid y Valencia, una parte del ejército aliado había avanzado por Castilla la Vieja hacia Burgos y puso sitio a esta ciudad.

El conde Caffarelli¹², que comandaba el ejército francés, llamado del norte de España, el 22 de octubre, trabó un vigoroso ataque con estos resultados: los aliados se retiraron al otro lado del Pisuerga¹³; Caffarelli, reforzado por 10.000 hombres llegados de Francia, quedó en situación de poder esperar con más holgura a sus enemigos; tuvo varios choques, aunque poco sangrientos, que le facilitaron a los franceses la entrada a Valladolid y sucesivamente a Aranjuez y otros lugares de los alrededores.

Los tres ejércitos franceses llamados del Norte, Centro y Mediodía, que se reunían en los alrededores de Madrid, alcanzaban a 80.000 hombres.

Como los aliados eran inferiores en fuerza, se vieron obligados a evacuar la Corte, a la cual entró nuevamente José Bonaparte el 3 de noviembre.

El general Ballesteros¹⁴ fue tomado prisionero y enviado a Ceuta por no haber querido conocer al duque de Ciudad de Rodrigo en la persona de lord Wellington, generalísimo de los ejércitos españoles, y haber desobedecido la orden que le había comunicado el mismo Lord de marchar hacia la Mancha y atacar a Soult por el flanco izquierdo.

A esta falta se atribuyó la pérdida que sufrió el ejército aliado.

José Bonaparte salió de Madrid para Guadarrama al día siguiente de su entrada en la capital. Su movimiento fue seguido por todo el ejército francés con el fin de impedir la unión del General Hill con lord Wellington. Pero la habilidad de este último, frustró la tentativa del enemigo y se aseguró una fácil y cómoda retirada.

Al comenzar la campaña de 1813, se contaban bajo las órdenes del Generalísimo 43.000 ingleses de todas las armas, reforzados poco tiempo después por la expedición de Sicilia y por otros contingentes de tropas de los puertos británicos, a los que se agregaron 29.000 portugueses y 80.000 españoles, sin contar muchos otros cuerpos aislados y numerosas guerrillas de las cuales algunas merecían el nombre de ejército y que ascendían a varios miles de hombres.

¹⁰ General francés, 1772-1842.

¹¹ Mariscal francés, 1769-1851.

¹² General francés, 1766-1849.

¹³ Río de España, afluente del Duero en la provincia de Palencia.

¹⁴ General español sin parentesco con el oficial del mismo apellido de los ataques a Chiloé en 1824 y 1826.

El plan de lord Wellington fue dividir sus tropas en tres columnas casi iguales en número.

Con la primera, había resuelto defender la frontera norte de Portugal; con la segunda, avanzar por la línea del Tajo¹⁵ hacia Toledo y reunirse ahí con las tropas desembarcadas en Alicante; con la tercera, entrar por el norte de Portugal a España para obligar a los franceses a retirarse y tomar pronto la línea de Benavente a Burgos, siendo el sitio de esta plaza la última parte del plan que debía ejecutarse en el momento en que el mismo lord Wellington llegara al Ebro¹⁶ con la mayor parte del ejército que se encontraba en el centro, para reducir al enemigo a una completa desorganización.

Aunque este plan estaba bien concebido, sufrió algunas alteraciones por no haber producido el resultado que se esperaba de la expedición que se hizo contra Tarragona al mando del general Murray, con un ejército anglo-hispano-siciliano, con el fin de fijar la atención del mariscal Suchet.

Pero no por esto, la situación de los franceses era menos incómoda en la Península.

Habiendo sido combatido diariamente por choques parciales en toda la línea; obligado a retirarse, punto por punto; debilitado por el retiro de una parte de la guardia veterana y del mariscal Soult, que las vicisitudes de la guerra habían puesto a Napoleón en la necesidad de llamar a Alemania, los franceses debieron concentrarse en las regiones situadas al otro lado del Ebro, hasta llegar a abandonar el resto de España y aún la capital, y establecer una línea tan endeble e insegura que hizo temer ya por la propia frontera.

La derrota que determinó la suerte de la guerra, fue la que los franceses recibieron en Vitoria el 21 de junio (1813).

En esta batalla el rey José fue completamente derrotado y obligado a marcharse a Francia con todo su ejército en desorden, dejando en poder de los aliados todos sus tesoros, que eran inmensos: carruajes, equipajes y hasta su propio sombrero.

Después de tan brillante victoria, los aliados estuvieron en situación de poner sitio a las plazas de Pamplona y San Sebastián.

José, aconsejado por Jourdan¹⁷, después de dejar una guarnición en Pamplona, envió el ejército de Andalucía al valle de San Juan de Pie de Puerto, el del Centro del valle de Baztán y el de Portugal al valle del Bidasoa¹⁸, de manera de cubrir todas las avenidas y de tomar espacio para rehacer la artillería.

Al considerar, por una parte, los resultados y, por la otra, las faltas imputadas a José y al mariscal Jourdan, Napoleón, irritado, confirió el título de lugarteniente en España al mariscal Soult, a la sazón en Dresde, ordenándole partir sin tardanza y marchar a Bayona para juntar allí al ejército y resistir a los ingleses.

¹⁵ Río de España y Portugal desde la sierra de Albarracín hacia Lisboa.

¹⁶ Río de España desde Fontlibre hacia el delta de los Alfaques en el Mediterráneo.

¹⁷ Mariscal francés, 1762-1833.

¹⁸ Río de los Pirineos, frontera entre Francia y España.

Soult, hizo una furiosa embestida en el mes de julio contra las líneas enemigas colocadas en la frontera con el objeto de socorrer las plazas sitiadas, pero fue rechazado en todos los puntos.

Este Mariscal tomó la resolución de efectuar varios ataques con el mismo fin, pero siempre infructuosamente.

En una de esas acciones, en la llamada de San Mariscal, efectuada en la Bidasoa el 31 de agosto, el cuarto ejército español se cubrió de gloria.

Lo comandaba el general Freire¹⁹.

En recompensa, el rey Fernando VII creó posteriormente una condecoración especial.

El resultado de esos ataques fue la rendición a los ingleses en el mes de octubre de la plaza de San Sebastián enteramente destruida por los dos ejércitos, y la de Pamplona rendida a don Carlos de España.

Durante ese tiempo lord Bentink y las tropas españolas, estaban combatiendo en Cataluña contra el mariscal Suchet²⁰ que había abandonado Valencia, Navarra, Vizcaya y Aragón, excepto algunos fuertes y solamente podía comunicarse con la izquierda de Soult por los Pirineos.

Los franceses fueron derrotados por lord Wellington cada vez que tenían encuentros, abandonando posiciones como San Juan de Luz, retirándose a Bayona y acampando entre los ríos Nive y Adur.

Tal fue la campaña de 1813 en España, tan tristemente célebre por el desastre de Victoria.

En España fui hecho prisionero²¹.

En el momento de mi prisión yo era primer cuartel maestre.

Fuimos conducidos a Cartagena a bordo de un pontón en el cual permanecí cautivo durante trece meses.

Aburrido de esta terrible existencia, resolví perder la vida o salvarme.

Sin comunicar a ninguno de mis camaradas mis proyectos, aproveché la llegada de varias naves inglesas cargadas de tropas que volvían de Portugal.

A medianoche, me dejé deslizar al mar sin hacer ruido y completamente desnudo. Nadé bajo el agua cuanto me fue posible, porque el pontón estaba rodeado de centinelas. Tuve la felicidad de alejarme sin haber sido descubierto y abordé unos de los transportes.

La casualidad hizo que el coronel del 22º de Dragones, un inglés que se encontraba a bordo, Mr. Black, me recibiera sin dificultades.

Mandó darme ropa y de comer, porque me moría de hambre. Le conté alegremente mi historia, lo que lo entretuvo bastante, igual que a los señores oficiales.

En resumen, las tropas conducidas en el transporte, iban de viaje para Sicilia.

Con ellas hice la jornada.

¹⁹ General español sin parentesco con el general chileno Ramón Freire.

²⁰ Mariscal francés, 1770-1826.

²¹ Cabe señalar que Beauchef hace este relato sobre las campañas de España a partir de libros y conversaciones con participantes porque su estado de prisionero desde 1809 le impidió participar en estos combates.

Cinco semanas después desembarcamos en Messina²².

El coronel Black no sabía que hacer conmigo y me propuso mandarme a Malta²³ recomendado a un comerciante amigo suyo, de la Casa Robinson y Bell.

Acepté y emprendí el viaje.

Allí fui recibido amablemente por estos caballeros y me hice útil a la Casa.

Permanecí más de tres años sin que jamás, a pesar de mis tentativas, hallase una ocasión de volver a Francia.

La peste había aparecido en Malta.

Pude obtener un pasaporte del gobernador inglés, general Ox, para pasar a Constantinopla con el cajero de los señores Robinson y Bell, de nacionalidad suiza, que deseaba volver a su patria.

Así, pues, salimos de Malta en 1812.

Llegamos a Constantinopla con mucha suerte.

Me encontraba libre para volver a Francia.

Mi compañero de viaje, el señor Pilet, me propuso ir a Suiza, lo que acepté. Después de seis semanas en Pera, fuimos a Buyerata, residencia del embajador de Austria, barón de Strumer, para pedirle pasaportes, como súbditos alemanes.

El señor Pilet era de Morges, y yo me dije de Ginebra.

Los pasaportes con nuestras recomendaciones nos fueron graciosamente acordados por el señor barón de Strumer.

Volvimos a Pera para hacer nuestros preparativos.

Otros dos alemanes se juntaron con nosotros para este viaje. Tomamos un jenízaro mediante cien piastras de Turquía y emprendimos el viaje en una pequeña goleta que nos desembarcó en Varna.

Pasamos el Balcán. Nos hallamos a orillas del Danubio en medio de un ejército turco, que iba a Serbia a castigar al Bajá²⁴ que se había sublevado y quería independizarse, según la versión que supimos entonces.

Nuestro Jenízaro, Sali Aga, nos hizo respetar.

En medio de esos bárbaros, habríamos sido, sin ayuda, despojados y golpeados con toda seguridad y certeza.

Atravesamos la Valaquia.

Llegamos a Bucarest y aquí despedimos a nuestro jenízaro muy satisfecho de nosotros.

Se condujo muy bien y nos fue de absoluta necesidad.

Entramos a Hungría.

La atravesamos en el apogeo de los grandes preparativos de guerra contra Francia.

Los desastres de la campaña de Moscú ya eran conocidos.

En Budapest reinaba el mayor entusiasmo contra Francia, e igualmente a nuestra llegada a Viena.

²² Ciudad importante de la isla de Sicilia, parte del reino de Napoli, ocupada por los ingleses.

²³ Isla situada entre Sicilia y Tunes en África del Norte, ocupada por los ingleses desde 1801.

²⁴ Probablemente Pacha.

Gracias a nuestros pasaportes de la embajada austriaca, no fuimos perseguidos, porque el señor Pilet y yo hablábamos el alemán como el francés.

Nuestra permanencia en Viena fue corta, a pesar de nuestras recomendaciones. Estábamos impacientes por volver a la patria.

El señor Pilet sentía nostalgia, y yo deseaba vivamente combatir a los enemigos de mi patria.

Todos mis sufrimientos en las prisiones de esos bárbaros españoles no se me habían olvidado.

Atravesamos la Baviera y la Suiza.

Acompañé al señor Pilet al seno de su familia, en Morges, donde permanecí algunos días, de donde me dirigí a Ginebra.

Al llegar a esta ciudad, me presenté al señor barón de Melún, Prefecto de la Alta Policía.

Le conté mi historia, a la cual, a pesar de mis recomendaciones, no pareció dar crédito, aunque este magistrado me recibió con mucha cortesía.

Lo cierto es que mi relación tenía mucha semejanza con un cuento.

Su respuesta fue que permaneciera en Ginebra hasta que él estuviera seguro de mi nacionalidad; que iba, al efecto, a escribir enseguida al Prefecto de mi Departamento, y me despidió después de informarse de mi habitación.

Por mi parte, escribí a mi madre que me creía muerto hacía mucho tiempo, porque en el Regimiento ya no pensaban en mí. Estaba borrado del registro como muerto en avanzada.

Al cabo de 15 días, que pasé deliciosamente en Ginebra en el seno de la sociedad llamada de los *Favoritos*, recibí una carta de mi madre, quien vio al señor Prefecto del Puy. Este escribió al señor de Melún, quien me invitó a almorzar con él, y me dio excusas por haberme retenido; pero —me dijo—, que los deberes de su cargo lo obligaban a mucha prudencia, sobre todo en las graves circunstancias en que se hallaba Francia.

El emperador Napoleón se encontraba en Dresde.

Hallándome en Baviera, tuve pena de no estar presente en Sajonia para presentarme ante él.

Siendo joven, sin mucha experiencia, el recuerdo de los sitios de mi infancia y el deseo de ver a mi madre viuda²⁵, sin más hijo que yo, prevalecieron a pesar de los consejos de los que sabían más que yo.

Mi carrera militar desde ese momento se perdió.

Ya no había medio de volver a continuarla.

Todo no fue más que desastres después de mi vuelta al servicio.

Así, pues, es inútil que diga más.

Se ha escrito tanto sobre muestras desgracias.

²⁵ Esto constituye la única mención del padre de Beauchef en todas las memorias, pero como lo hemos demostrado en la introducción, esto no significa obligatoriamente el fallecimiento de su padre, pero más bien una manera de no contar su origen.

1ª RELACIÓN DE BEAUCHEF ESCRITA EN BORRADOR ACERCA DE SU PRISIÓN Y HUIDA DE LOS GALEONES ESPAÑOLES HASTA SU EMBARQUE PARA LA AMÉRICA DEL SUR²⁶

Por mi propia voluntad salí de París en 1805 destinado al 4º Regimiento de Húsares, porque el teniente coronel Boudinhon, que servía en ese mismo cuerpo, era mi coterráneo, es decir, originario de mi ciudad natal: Le Puy-en-Velay (Alto Loira), donde nací en 1787.

Había yo hecho ya las compañías de Austria, Prusia y Polonia en 1805 y la de España, donde fui hecho prisionero. Había, por consiguiente, asistido a las batallas de Ulm, de Austerlitz, Jena, Marengo²⁷ y Friedland.

Cuando me tomaron prisionero, en España, yo era primer cuartel maestro (maréchal des-logis-chef).

Con los demás prisioneros, fui conducido a Cartagena, a bordo de un pontón, donde quedé cautivo 13 meses. Fastidiado con esta terrible existencia, resolví perder la vida o conquistar la libertad.

Sin participarles mis proyectos a ninguno de mis compañeros, aproveché la ocasión que se presentaba con la llegada de varios buques ingleses cargados de tropas, que volvían de Portugal.

A medianoche, me dejé caer al mar sin ruido, completamente desnudo. Nadé bajo el agua lo más que pude, pues el pontón estaba rodeado de centinelas. Tuve la felicidad de poder alejarme sin haber sido descubierto, y me acerqué a unos de los transportes.

Quiso la suerte que el Coronel del 22º de Dragones ingleses se encontrara a bordo.

Mr. Black me recibió sin dificultad y me hizo entregar ropa y comida, pues estaba muriéndome de hambre.

Le conté alegremente mi historia, la que le divirtió mucho, así como también a los señores oficiales.

²⁶ El ejemplar de las memorias utilizado para esta publicación se encuentra en el Archivo Nacional, Fondo Claudio Gay, vol. 56. Pero existen otras versiones, particularmente en la sala Diego Barros Arana de la Biblioteca Nacional, A.A.F 9777. La mayoría de los textos están en castellano, pero existen varios extractos en francés. Este segundo texto introductorio de Beauchef pertenece a la versión de la Biblioteca Nacional y nos pareció interesante agregarlo porque aporta elementos nuevos sobre esta parte de la vida del oficial de Napoleón. Propondremos en esta edición tres versiones diferentes de esta primera parte.

²⁷ Evidente confusión de Beauchef porque la batalla de Marengo ocurrió el 14 de junio de 1800, se trata probablemente de la batalla de Mohringen el 25 de enero de 1807.

Como las tropas seguían camino hacia Sicilia, hice con ellas el viaje y, cinco semanas más tarde, desembarqué en Messina.

El coronel Black no sabía qué hacer conmigo.

Me propuso mandarme a Malta recomendado a un comerciante amigo suyo, de la casa Robinson y Bell.

Acepté y partí siendo recibido por esos caballeros perfectamente bien.

Traté de hacerme útil a su casa de comercio.

Estuve allí más de tres años sin encontrar jamás una ocasión para volver a Francia.

Como la peste se introdujera en la isla de Malta, conseguí un pasaporte del gobernador inglés, general Ox, para pasar a Constantinopla con el cajero de los señores Robinson y Bell, de nacionalidad suiza, que deseaba volver a su patria.

Nos marchamos, por consiguiente, de Malta en 1812 y llegamos a Constantinopla muy felizmente.

Estaba, pues, libre para volver a Francia.

Mi compañero de viaje, Mr. Pilet, me propuso ir a Suiza; lo que fue aceptado.

Después de seis semanas de estar en Pera, nos fuimos a Buyuetara, residencia del embajador de Austria, Barón de Streemer²⁸, para pedirle pasaportes como sujetos alemanes.

Mr. Pilet era de Morges, y yo me dije oriundo de Ginebra.

Los pasaportes con nuestras recomendaciones nos fueron concedidos graciosamente por el señor barón de Streemer.

Volvimos a Pera para hacer nuestros preparativos de viaje.

Dos caballeros alemanes se juntaron con nosotros.

Contratamos un jenízaro mediante cien piastras de Turquía, y nos embarcamos en una pequeña goleta que nos llevó a Varna.

Pasamos el Balkán.

Nos encontramos a orillas del Danubio en medio de un ejército turco que iba a Serbia a castigar al Pachá que se había alzado en armas y quería volverse independiente, que fue lo que supimos entonces.

Nuestro jenízaro, Sali Aga, nos hizo respetar, pues, en medio de estos salvajes sin él hubiésemos sido irremediabilmente saqueados y golpeados.

Atravesamos la Valaquia.

Al llegar a Bucarest, despachamos a nuestro jenízaro, muy satisfecho con nosotros.

Se portó muy bien y nos fue muy útil.

Entramos a Hungría, la que atravesamos en medio de grandes preparativos de guerra contra Francia.

Los desastres de la compañía de Moscú ya eran conocidos.

En Pest²⁹, reinaba el mayor entusiasmo en contra de Francia, lo mismo al llegar a Viena.

²⁸ O Strumer como en la versión precedente.

²⁹ Parte antigua de la actual capital de Hungría, Budapest.

Gracias a nuestros pasaportes de la embajada austriaca ante el gobierno de la Puerta, no fuimos molestados, a pesar de que Mr. Pilet y yo hablábamos el alemán con acento francés. Nuestra permanencia en Prusia³⁰ fue corta, pues a pesar de las recomendaciones que teníamos estábamos apurados en volver a la patria.

Mr. Pilet tenía lo que llaman vulgarmente los suizos el mal del país, y yo ardía del deseo de combatir a los enemigos de mi patria.

Mis sufrimientos en las cárceles de los bárbaros españoles no estaban olvidados. Atravesamos la Baviera y la Suiza.

Conduje a Mr. Pilet al seno de su familia en Morges, donde residí algunos días. De allí, partí para Ginebra.

Al llegar allí, me presenté al barón de Melun, Prefecto de la Alta Policía. Le conté mi historia, a la cual, a pesar de mis recomendaciones, no pareció prestar mucho crédito, aunque este magistrado me recibió con mucha amabilidad.

Cierto es que mi relato parecía una novela.

Su contestación fue que me quedara en Ginebra mientras se aseguraba de mi nacionalidad, y que, con tal fin, escribiría al Prefecto de mi Departamento.

Me despidió después de informarse del sitio donde me hospedaba.

Por mi lado, escribí a mi madre que me creía muerto desde largo tiempo, pues en el regimiento ya no se pensaba en mí.

Había sido rayado de los registros del cuerpo como desaparecido.

Después de unos quince días que pasé deliciosamente en Ginebra, en medio de la sociedad llamada de los "Mignons", recibí una carta de mi madre que había visto al Prefecto de Puy.

Este escribió a Mr. de Melun, el cual me convidó a comer en su compañía, y me presentó excusas por haberme retenido, diciéndome que los deberes de su cargo lo obligaban a mucha prudencia, sobre todo en las circunstancias difíciles por las cuales atravesaba Francia.

El emperador Napoleón se encontraba en Dresden³¹. Tuve lugar de deplorar no haber ido a Sajonia a presentarme ante él. Pero joven, sin mucha experiencia, las ganas de volver a ver los lugares de mi infancia, el deseo de abrazar a mi madre viuda sin otro hijo que yo, me hicieron obrar sin oír los consejos de los que sabían más que yo.

Mi carera militar desde entonces había concluido.

Ya no tuve medio de recuperar el tiempo perdido, pues no hubo sino desastres desde mi vuelta al servicio.

Es, pues, inútil que me alargue sobre este tema. ¡Se ha escrito tanto sobre nuestras desgracias!

Lo que voy a escribir son mis *Memorias* desde mi salida de Francia para los Estados Unidos de América, y mi llegada a este país para seguir a la América del Sur, donde fui contratado para servir durante la guerra de la independencia. Estas

³⁰ Probable confusión de Beauchef; Viena capital de Austria se encuentra en el Imperio Austro-Húngaro y no en Prusia.

³¹ Sajonia.

Memorias podrían servir a la historia de esa guerra, tal vez la más justa de las que se hayan hecho en ambos mundos.

En 1815, a la vuelta de los Borbones, que no conocíamos absolutamente, y, por consiguiente, cuando cayó el Emperador, a quien conocíamos mucho, yo servía en el 2º Regimiento de Cazadores a caballo de la Guardia Imperial, y estábamos al otro lado del Loira. Se nos exigía sumisión particular a los Borbones de parte de los oficiales, lo que nos pareció el colmo de la desgracia.

Resolví entonces, con bastante ligereza, expatriarme.

Es cierto que tenía entonces 28 años, y que servía en la Vieja Guardia.

Fuera del Emperador, no veía ninguna salvación posible para Francia, ni honor ni patria.

Sólo veía a cosacos, prusianos, alemanes, ingleses y muchos desafíos para mi tierra.

Abandoné muy pronto el arnés militar, y me retiré a mi ciudad natal de Le Puy a ver a mi vieja madre.

Seis austriacos estaban alojados en su casa.

Tomé todo el dinero que pudo entregarme y le dejé en cambio mis uniformes de la Vieja Guardia, siguiendo mi camino hacia París.

He ahí, en pocas líneas, mi vida de joven, al abandonar la bella Francia, mi querida Patria, que no olvidaré jamás. Sin embargo, tendría que morir lejos de ella. Agregaré, más para los que ignoran, que no se debe jamás sacar la espada, sino en su patria.

Decidido a desterrarme, me presenté a la policía con un pasaporte que tenía del año anterior, pues a la vuelta de los borbones, y al salir el Emperador para la isla de Elba, había abandonado el servicio militar y el pasaporte me fue dado como negociante que se dirigía a los Estados Unidos de América.

La policía no me conocía, pero adivinaba a un perturbador del orden en la levita azul abotonada y en el cuello negro, como llamaban a los soldados del viejo ejército (les collets-noirs³²).

Al salir de París, sentí una opresión que me presagiaba un largo destierro.

Yo había tomado mi determinación con mucha conciencia, pero jamás había sentido tal depresión de espíritu en mis largos viajes y campañas.

Cierto que marchábamos entonces a la sombra de la espada del gran hombre, y para la Gloria de la Patria. ¡Qué diferencia!

Llegado al Havre, se presentó para mí inmediatamente un pasaje para Nueva York.

Al cabo de veintinueve días de feliz navegación desembarqué en esa ciudad.

Entre los pasajeros estaba un señor Bellina³³, barón de Skupieski, polaco, coronel de Estado Mayor que había seguido al Emperador a la isla de Elba, con

³² Los "Cuellos Negros" por la chaqueta de uniforme o "Demi-Soldes" por el medio sueldo que recibían después de su despedida del ejército.

³³ A. Bellina-Skupieski, nacido en Polonia en 1778, sargento en Italia con los franceses en 1797, subteniente en 1802, herido en Italia y Polonia (1806-1807), sirvió en el estado-mayor en

una encantadora aragonesa que él decía ser su esposa, y que había desempeñado el puesto de dama de honor al servicio de la madre del Emperador en su destierro, mientras él desempeñaba el cargo de escudero del Emperador.

Durante la travesía tuvimos los pasajeros todas las atenciones posibles, en consideración a su rango, especialmente para la bella española.

Como soldado de la Vieja Guardia, el barón de Bellina me tomó una gran amistad. Sin embargo, tuve ocasión de darme cuenta, en nuestras relaciones, que no era un águila, ni aún en el conocimiento de su estado. Aunque balbuceaba algo de latín como casi todos los polacos, su instrucción para un Barón había sido, a mi juicio, singularmente desatendida.

Sin embargo, podría ser un soldado muy bueno y muy valiente.

Lo respetaba por su grado, pues, propios o ajenos, tenía sólo papeles en inglés.

A pesar de todo, encontraba en él mucho de intrigante, lo que no me impedía frecuentarlo y conservar con él relaciones de amistad o, mejor dicho, de buena educación.

Por fin, pasamos nueve meses en el país que fue la era de la libertad, donde estábamos libres, siempre que nos conformásemos a las leyes y costumbres de los señores americanos, lo que no nos satisfacía del todo.

Puedo asegurar que me encontraba mucho más libre en el suburbio de Pera, en Constantinopla, que en la cuna de la libertad.

Allí, por lo menos, se podía reír, cantar y bailar los días festivos, sin que Su Alteza, el Sultán, se inquietase por ello.

En la América del Norte siempre teníamos esbirros detrás de nosotros. No podíamos tampoco ir a reírnos en los bosques; y si montábamos a caballo, entre varios, se nos acusaba de conspiración contra el Estado y se nos prohibía hasta esa entretención inocente.

Cierto día el señor de Bellina me hizo llamar y me dijo que acababa de llegar a Nueva York un enviado de las Provincias Unidas de la Plata, con la comisión de contratar oficiales instruidos en diferentes armas.

Este enviado había sido presentado al ex rey José Bonaparte que le recomendó al coronel Bellina, e inmediatamente el enviado le hizo proposiciones para tomar servicio en la guerra de la independencia como coronel-mayor, lo que correspondía al grado de general de brigada, lo que aceptó.

A más, le había encargado, en el caso de conocer a oficiales subalternos, de presentárselos, si los juzgaba capaces para el servicio.

Fui uno de los primeros, y por cierto acepté con entusiasmo.

Les guardaba singular rencor a esos bárbaros españoles que me habían maltratado tan cruelmente, ya que esa gente confundía la barbarie con el patriotismo.

Rusia (1812) como teniente, en Sajonia (1813), capitán de caballería en Francia (1814), el sigue Napoleón en la Isla de Elba (1814-5) y se exilia en los Estados Unidos en 1817. Los datos biográficos sobre los oficiales del Imperio Napoleónico vienen del Archivo Militar de Vincennes (SHAT), 2Y19 y, para sus carreras en Chile, del Archivo Nacional, Ministerio de la Guerra, escalafones de servicio, vol. 19.

En poco tiempo, el coronel tuvo organizada una pequeña expedición compuesta de nueve oficiales subalternos, varios artesanos de efectos militares, algunos oficiales de Marina americana, etc.

El enviado fletó una nave y adquirió todo lo necesario para nuestro viaje a Buenos Aires.

Estuvimos muy pronto listos para salir, a pesar de las amenazas del embajador español y de los buques españoles que, según decía, bloqueaban el Río de la Plata.

Si caíamos en sus manos, seríamos tratados como los rebeldes de la América del Sud, pero, ¿qué podían temer jóvenes militares que iban a combatir por esos hermosos países, oprimidos bajo el yugo español?

Sea como fuese, nos embarcamos felices y contentos.

La mañana de nuestra partida tuvo lugar una escena muy escandalosa. Se presentó un polaco independiente, inició una disputa en esa lengua con nuestro coronel. Claro está que no comprendimos nada. El resultado fue que se rompieron mutuamente la cabeza sirviéndose de un gran cuchillo y de una pequeña hacha de abordaje. El coronel fue atacado primero, pero aun siendo así, no era menos deplorable³⁴.

La vergonzosa escena tuvo lugar en presencia del gran Sheriff de Nueva York que se hallaba a bordo para asistir a nuestra partida.

Todos estuvimos a punto de volver a tierra porque nuestro celo se había singularmente enfriado.

Juzgamos inmediatamente al coronel incapaz de llevar a buen término la aventura. En fin, el gran Sheriff arregló este molesto incidente, dejando en tierra al polaco agresor.

Nunca supimos el motivo de tal disputa.

El buque levantó el ancla y se puso inmediatamente a la vela.

Después de una navegación penosísima de ochenta días, en la que todo faltaba, no obstante que sabíamos que el enviado había dado 300 piastras por cada uno de nosotros.

Ignoro a quién aprovecharía ese dinero.

¿Al capitán del barco, o al coronel, nuestro jefe?

Lo cierto es que durante esta navegación de ochenta días, fuimos envenenados con agua corrompida, y nos alimentamos con todo lo que podíamos extraer del mar; cachalotes, tiburones, etc.

³⁴ Este oficial polaco es probablemente el teniente coronel Schultz, de la guardia imperial, de gran prestigio militar, quien, exiliado en Estados Unidos participará a la aventura de la colonia "Le Champ d'Asile" en Texas en 1817-1818. El motivo de la altercación, que ocurrió el 14 de octubre de 1816, fue ciertamente la poca estima que él tenía hacia Bellina; una poca estima de la cual descubriremos la razón en las páginas siguientes de las memorias. Informaciones aportadas por Eric Saugera, profesor de la Universidad de Alabama (Estados Unidos) y especialista de la historia de los oficiales franceses exiliados en este país, y, confirmadas por *El diario de viaje a Estados Unidos* de José Miguel Carrera (Santiago, Ed. Universitaria, 1996), quien habla de un teniente coronel Polaco, Schultz siendo el único polaco de su grado en Estados Unidos en este tiempo.

Nos encontramos un día a la desembocadura del río de la Plata y con buen viento. Como estábamos a la altura de Montevideo apercibimos a una fragata de guerra, de inmediatamente nos disparó un cañonazo. Claro está que la creímos española. Principiábamos a tener miedo. Veinte minutos más tarde nuestro buque encalló. Nos hallábamos sin piloto, y el capitán no había jamás navegado en el Plata. Hicimos echar la sonda inmediatamente y se encontró dos brazas y media. De cuando en cuando la quilla del buque seguía rozando el fondo ligeramente. Nuestra situación no era muy halagüeña, nos mirábamos en silencio y con resignación y teníamos el ojo y la oreja alertas hacia el que lanzaba la sonda y siempre daba con dos brazas y media. Después de veinte años corridos, sigue vibrando aún mi cabeza.

2ª RELACIÓN DE BEAUCHEF ESCRITA
PARA EL COMPENDIO DE SUS MEMORIAS
ACERCA DE LAS CIRCUNSTANCIAS
QUE LO OBLIGARON A SALIR DE FRANCIA
Y TRASLADAR A LA AMERICA DEL NORTE³⁵



Fuerte San Luis de Alba, San José de la Mariquina. Foto de Carlos Bertrán.

Las circunstancias que obligaron a Napoleón a abdicar la corona del Imperio Francés, en el año de 1815, son conocidas del mundo entero, como también las que soportó el ejército nacional en un gran número de sus veteranos, triste resultado de las grandes conmociones políticas.

Me separé de mi adorada patria en ese mismo año.

Debo confesarlo ahora: fue con bastante ligereza; pero era un paso natural en un joven de 28 años, y que servía en la Guardia Imperial.

Resuelto a pasar a la América del Norte, solicité como comerciante un pasaporte, que me fue concedido sin la menor dificultad.

Al dejar París, mi corazón experimentaba una opresión hasta entonces desconocida, la que no había sufrido en diez años de una vida errante, bajo los auspicios del Conquistador.

Los motivos también eran bien diferentes.

¡La gloria de la patria nos guiaba!

Todo estaba olvidado.

En fin, marché al Havre de Grace y muy pronto se me proporcionó un pasaje a bordo de un bergantín americano.

A los 29 días de una navegación feliz, llegamos a Nueva York.

A los 9 meses de residencia en dicha ciudad, fui informado de que había llegado de las Provincias Unidas del Río de la Plata, un enviado con la comisión de buscar algunos oficiales instruidos, en las diferentes armas.

Este señor, llamado Thompson³⁶, fue presentado al ex rey José Bonaparte, que residía entonces en Nueva York.

Le confió el objeto de su misión.

Un tal Bellina Skupieski, coronel polaco, tenía acceso cerca de José, y lo hizo entrar en conocimiento con el enviado, que inmediatamente le hizo proposiciones muy ventajosas para que pasase al servicio de esta nueva República.

La casualidad me había reunido a mi salida de Francia, en el mismo buque, con el citado Coronel.

³⁵ Ejemplar de las memorias del Archivo Claudio Gay, Archivo Nacional de Santiago, vol. 56.

³⁶ Martín Jacobo Thompson (1771-1819), argentino, cadete de la escuela naval en Madrid, combate en Trafalgar en 1805, sirve contra los ingleses en Montevideo y en el Río de la Plata, miembro del Cabildo apoyando la revolución de mayo, capitán del puerto de Buenos Aires, enviado en 1816 a Estados Unidos para obtener cooperación. Su misión tuvo poco éxito y muere a bordo viajando de vuelta a Buenos Aires, siendo coronel de marina.

Por consiguiente, existía con él una pequeña relación de amistad, o por mejor decir de política.

El Coronel, que sabía que era yo un militar regular, por nuestro anterior conocimiento, me mandó a llamar para darme aquella noticia participándome las proposiciones del enviado y el encargo que tenía de él de buscar oficiales; que por su parte, había admitido, y que estaba persuadido que le habría honor, etc.

Le contesté que al día siguiente le daría la respuesta.

Me encargó también que si conocía otros oficiales amigos míos, se los presentase.

Al día siguiente me reuní con cuatro amigos, que eran los señores Deslandes³⁷, de Nantes; Maká, de Saint Malo; Raverot³⁸ y Renard³⁹, de Rouen.

Entre todos nos decidimos, y los presenté.

Fueron admitidos gustosos de parte del enviado, y del Coronel, que también de su parte le presentó a un tal capitán Laroche que no conocíamos, dos norteamericanos y también varios artesanos de objetos militares.

En fin, se formó una pequeña expedición. Luego fue fletado y preparado un buque de transporte para Buenos Aires, que nos recibió todos a bordo.

No dejó de hacer algún ruido antes de su salida nuestra pequeña expedición como para que el embajador de España estuviese muy quieto y contento.

No pudiendo impedirla, pues estábamos todos como particulares que pasábamos a Buenos Aires, hizo correr unas voces nada lisonjeras a nuestra empresa; pero que podían descalificar a unos jóvenes militares que iban a combatir por la independencia de un hermoso país oprimido por el yugo español⁴⁰.

Yo, por mi parte, tenía la guerra de España muy presente; sus crueldades llamadas patriotismo, y los trece meses de prisión de guerra que sufrí entre esos bárbaros entonces.

Es preciso confesar que me animaba todavía un pequeño espíritu de venganza.

En fin, nos embarcamos.

El primer día que estuvimos a bordo, todavía en el puerto, hubo una escena entre el Coronel y otro polaco que se apareció a bordo.

Hablaron en su idioma que no entendíamos y, por consiguiente, no supimos el objeto de esta escandalosa disputa que concluyó rompiéndose ambos la cabeza, uno con un cuchillo y el otro con una pequeña hacha de abordaje.

El Coronel fue atacado primero.

Debo decir que había reconocido muy poco talento en el Coronel en el curso de nuestro viaje de Francia a América, ni aún en lo de su profesión.

³⁷ Felix Marie Deslandes, oficial de estado mayor del ejército imperial, subayudante de la Escuela Militar (1817), ayudante mayor Batallón 1 de Cazadores, capitán de la 6ª compañía (1820).

³⁸ Alphonse Raverot, subteniente.

³⁹ Charles Prosper Renard, nacido en 1793, teniente del ejército de los Andes, sirve en Maipú (1818) y muere más tarde en Chile.

⁴⁰ Cabe señalar que los embajadores de los reinos de Francia, Hyde de Neuville, y de España, De Onis, observaban de cerca los oficiales napoleónicos exiliados en Estados Unidos. Querían, particularmente De Onis, impedir su participación en las luchas de la independencia de América del Sur y tenían la instalación de sus colonias como el "Champ d'Asile" en Texas, tan cerca de México. Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Nantes, Fonds New York, Série C.

Con todo, era coronel que tenía sus papeles en orden; había acompañado al Emperador en la isla de Elba; era conocido de varios generales que se hallaban en la época en Nueva York, y del ex rey José.

Pero a mí me hacía el efecto de un intrigante, y casi estuvimos al desembarcarnos al ocurrir el incidente, pero se acomodó la situación después de aquella disputa, con dejar al polaco agresor en tierra, y el buque echó inmediatamente a la vela.

Ya no era tiempo de volver atrás. Seguimos el viaje; a los 80 días de una navegación muy penosa y de mucha escasez llegamos al Río de la Plata.

CAPÍTULO II

DESDE MI SALIDA DE FRANCIA.

VALOR DE MIS MEMORIAS PARA LA HISTORIA PASO A LOS ESTADOS UNIDOS⁴¹

Lo que voy a escribir son mis *Memorias* desde mi salida de Francia para los Estados Unidos de América y mi partida desde este país para la América del Sur, donde fui contratado para servir durante la guerra de la independencia.

Espero que mis *Memorias* podrán servir a la historia de estas luchas, tal vez la más justas de las que se han hecho en ambos mundos.

En 1815, a la vuelta de los Borbones que nada nos decían al sentimiento nacional y a la caída del Emperador, que mucho nos hablaba, yo servía en el 2º Regimiento de Cazadores a Caballo, Guardia Imperial.

Estábamos al otro lado del Loira.

Se exigían sumisiones particulares a los borbones de parte de los oficiales, lo que nos pareció el colmo de nuestras miserias.

Entonces, ante esa humillación, resolví expatriarme.

Con bastante ligereza lo hice, es cierto.

Yo tenía entonces 28 años.

Servía en la Vieja Guardia.

Después del Emperador no veía yo ya salvación, ni honor, ni patria.

No veía más que cosacos, prusianos, alemanes, ingleses y duelos por todas partes.

Pronto abandoné el traje militar y me volví al Puy a ver a mi anciana madre.

Seis austriacos se alojaban en su casa.

Tomé todo el dinero que mi madre pudo darme.

Le dejé en su lugar mis uniformes de la Vieja Guardia y me puse en camino para París.

Ésta fue, en pocas líneas, mi vida de joven a mi partida de la hermosa Francia, mi patria querida que nunca olvidaré y que, no obstante eso, deberé morir lejos de ella.

Agregaré para los que lo saben y más aún para los que no lo saben: que no se debe jamás abrazar la carrera militar sino en su propia patria.

Decidido a partir, me presenté a la policía con un pasaporte que tenía del año anterior.

⁴¹ Volvemos definitivamente con este texto a la versión publicada por Feliú Cruz en 1964.

A la vuelta de los Borbones y a la partida del Emperador para la isla de Elba, yo había abandonado el servicio, y me fue concedido entonces ese pasaporte como comerciante que iba a los Estados Unidos de América.

La policía no me conocía; pero preveía un perturbador en el traje azul abotonado y de cuello negro.

Eran así llamados los soldados del ejército del tiempo pasado.

A mi salida de París sentí una opresión que me presagiaba un largo destierro; pero mi decisión era cosa resuelta.

Sin embargo, nunca había experimentado semejante estado de alma.

En mis largos viajes y campañas es cierto que marchábamos a la sombra de la espada del *grande hombre* y de las glorias de la patria.

¡Qué diferencia!

Al llegar al Havre, se me presentó inmediatamente un pasaje para Nueva York. Después de veintinueve días de feliz navegación, desembarqué en esta ciudad.

Habíamos tenido como pasajero a un señor Bellina, barón de Skupieski, polaco, coronel de Estado Mayor, que había seguido al Emperador a la isla de Elba con una encantadora aragonesa que él decía ser su cónyuge y que había ocupado el lugar de dama de honor de la madre del Emperador⁴² en su destierro, y él, el de escudero del Emperador.

Durante la navegación los pasajeros tuvimos todas las consideraciones debidas a nuestro rango y, sobre todo, para la hermosa Española.

Como soldado de la Vieja Guardia, este señor barón de Bellina Skupieski, me tomó mucho afecto. Pero tuve ocasión de darme cuenta, en nuestras relaciones, que no era un hombre de capacidad ni aun en los conocimientos necesarios a su condición, aunque chapurraba un poco de latín, como casi todos los poloneses.

Su educación para un Barón como él, era, en mi opinión, singularmente descuidada.

Por otra parte, podía ser muy bueno y valiente soldado.

Yo lo respetaba por su grado, porque para él o para los otros, tenía documentos.

Sin embargo, le hallé mucho del intrigante, lo que no me impedía verlo a menudo y de guardarle relaciones amistosas, o más bien de cortesía.

Por último, al fin de nueve meses de residencia en la cuna de la libertad, éramos libres, claro está que conformándonos a los usos y a las costumbres de los norteamericanos, lo que no nos entretenía de ninguna manera.

Puedo asegurar que yo era mil veces más libre en el suburbio de Pera, en Constantinopla, que en la cuna de la Libertad; pues, por lo menos, ahí se podía reír, cantar, bailar los días de fiesta sin que su patrona se inquietara de modo alguno.

En América del Norte, teníamos siempre a los esbirros detrás de nosotros.

Ni siquiera podíamos ir a reír en los bosques, pues si subíamos varios a caballo, nos acusaban de querer conspirar contra el Estado.

Nos prohibían hasta este inocente entretenimiento.

⁴² G. Godlewski, en su artículo "Napoléon a l'île d'Elbe, la vie ostensible", *Revue du Souvenir Napoléonien*, N° 307, 1979, señala que, probablemente, ella fue "invitada" por la hermana de Napoleón, Pauline, para ir a Elba y allá, actuó tal como otras invitadas, como amante del Emperador.

CAPÍTULO III

ME ENROLO EN EXPEDICIÓN LIBERTADORA DE AMÉRICA

Un día el señor Bellina Skupieski me mandó llamar y me dijo que acababa de llegar a Nueva York un enviado de las Provincias Unidas del Río de la Plata con la misión de buscar oficiales instruidos en las diferentes armas.

Este enviado había sido presentado al rey José Bonaparte, que le recomendó al coronel Bellina Skupieski, e inmediatamente el enviado le hizo proposiciones para venir a servir en la guerra de la Independencia como coronel mayor, grado que correspondía al de general de brigada y lo había aceptado.

Además, le había encargado que si conocía oficiales subalternos se los presentase, siempre que los juzgara capaces.

Fui uno de los primeros en ser llamado, y ciertamente acepté con entusiasmo: les tenía singular mala voluntad a esos bárbaros españoles que me habían maltratado tan cruelmente; pues esa gente confundía la barbarie con el patriotismo.

Al día siguiente de mi entrevista con el coronel Bellina Skupieski, me reuní con cuatro amigos que eran los señores Deslandes, de Nantes; Maká, de Saint Malo; Raverot y Renard, de Rouen. Entre todos, nos decidimos a enrolarnos.

Fuimos admitidos gustosos de parte del enviado de Provincias Unidas del Río de la Plata.

El coronel Bellina, por su parte le presentó a un capitán Laroche, que no conocíamos, dos norteamericanos y también varios artesanos de objetos militares.

En poco tiempo el Coronel organizó una pequeña expedición compuesta de nueve oficiales subalternos y algunos oficiales de marina americana, etc.

El enviado fletó un barco⁴³, y todo lo que era necesario para nuestro viaje a Buenos Aires.

Estuvimos muy pronto preparados para partir, a pesar de las amenazas del embajador de España y de los navíos de ese país que, según decían, bloqueaban el Río de la Plata. Si caíamos en sus manos, seríamos tratados como los rebeldes de América del Sur.

¡Pero qué podían temer jóvenes militares que iban a combatir por esos hermosos países oprimidos por el yugo español!

En resumen, nos embarcamos felices y contentos.

En la mañana de nuestra partida hubo a bordo una escena muy escandalosa. Un polaco se nos presentó e inmediatamente se trabó de palabras en esta lengua con nuestro Coronel. Claro está que no entendimos nada; pero el resultado fue que se rompieron la cabeza mutuamente, sirviéndose uno de un gran cuchillo y el otro de una hachuela de abordaje.

El Coronel, nuestro jefe, fue atacado primero; pero no por eso era menos desagradable; y esta horrible escena ocurrió en presencia del gran Sheriff de Nueva York que se encontraba a bordo para vernos partir.

⁴³ Se trata de la fragata *Oceanía*, Carrera, *op. cit.*

Todos estuvimos a punto de desembarcarnos, pues nuestro fervor se había enfriado de un modo extraño.

En el acto juzgamos al coronel incapaz de conducir esta empresa.

Al fin el gran Sheriff arregló esta riña indecente dejando en tierra al polaco agresor.

Jamás supimos los motivos de la pelea.

El buque levó anclas e inmediatamente se puso a la vela.

Después de ochenta días de una navegación de las más fatigosas, pues carecíamos casi de todo, a pesar de que sabíamos que el enviado había dado trescientos pesos para cada uno de nosotros. No se quién los aprovechó: ¿el capitán o el Coronel, nuestro jefe?

Lo cierto es que fuimos envenenados durante esos ochenta días con agua corrompida, devorando todo lo que se podía sacar del mar: marsopas, tiburones, etc.

Sin embargo, siempre como buen francés acostumbrado a las privaciones, me comportaba.

Nos encontramos por aquel entonces con buen viento en la desembocadura del Río de la Plata.

A la altura de Montevideo, divisamos una fragata de guerra, inmediatamente nos disparó un cañonazo. Tomámosla, sin duda, por española.

Ya principiábamos a tener miedo; pero estando el viento fresco, nos retiramos sin preocuparnos.

Veinte minutos después, nuestro barco tropezó en la arena.

Estábamos sin piloto y el capitán no había navegado nunca en el Río de la Plata. Inmediatamente mandaron echar la sonda.

Hallaron dos brazas y media, y de vez en cuando el barco continuaba tocando ligeramente.

Nuestra situación no era, pues, halagüeña.

Nos mirábamos silenciosa y resignadamente, con la vista y el oído dirigidos a aquel que echaba la sonda, y siempre idos brazas y media!

Todavía, después de veinte años, me impresiona el recuerdo de esta aventura cada vez que pienso en ella.

Al fin, tocamos el fondo después de chocar duramente diez veces; naturalmente estábamos sobre el Banco chico (sic).

CAPÍTULO IV

INESPERADO DESEMBARCO EN EL RÍO DE LA PLATA Y SALIDA EN DESCUBIERTA

Apenas habíamos salido de este peligro y de aquel de la fragata elogiándonos mutuamente, cuando vimos varios barcos a la vela.

El capitán fue presa del miedo y nos dijo que, sin duda, eran buques españoles; que la fragata nos había dejado pasar para ser atrapados en mejor forma por estos otros buques que, sin duda, bloqueaban a Buenos Aires.

Nos dijo, dirigiéndose a nosotros: señores, los harán prisioneros, y yo perderé mi buque.

Al instante, nos reunimos en consejo.

Se acordó que el capitán pondría el gran bote en el río para llegar a la playa. La empresa era peligrosa, porque soplaban viento muy fresco.

Pero no había que elegir.

Dijimos que valía más ahogarnos todos que quedar prisioneros de los españoles y fue esta la opinión de todos nosotros los franceses.

Los americanos se quedaron tranquilamente a bordo, pues el capitán podía disimular su preocupación.

Así entramos en el gran bote los nueve oficiales, el Coronel y su criado en medio del río, y bogamos hacia la orilla. No habíamos hecho nada para vaciar el agua que en cantidad entraba en el gran bote.

Al fin, nuestros sombreros hicieron las veces de bombas. Nos vimos en grandes dificultades; pero los marineros trabajaron esforzadamente y nosotros ayudábamos con todas nuestras fuerzas.

Por último, llegamos cerca de la playa en donde se levantaba una barra que no nos dejaba tocar tierra.

Cansado de ser burlado, me hice atar por la mitad del cuerpo con una cuerda y esperé el momento favorable y me lancé al agua.

La ola me arrojó a tierra.

Pasé la cuerda alrededor de un árbol y pudo el bote tocar tierra, con los aplausos de los camaradas.

Me pareció muy poca cosa para tanto alboroto.

Nos encontrábamos en un desierto.

Por toda provisión teníamos un poco de galleta, un jamón y un queso inglés; un fusil de caza, una lanza modelo del Coronel y un hacha.

Era necesario tomar una resolución definitiva y firme prontamente.

Se resolvió una descubierta; cuatro fuimos en avanzada para reconocer los lugares; caminamos casi dos horas hundiéndonos hasta las rodillas en un barro negro y pesado.

De repente, nos encontramos detenidos por un manso río bastante ancho que corría en la dirección que debíamos tomar.

Como el día había avanzado, fue necesario retroceder y dejar la empresa para el día siguiente. A nuestro regreso, después de comunicar al Coronel lo que habíamos visto, nos dispusimos a pasar la noche lo mejor que nos fuera posible y nos colocamos junto a un gran árbol.

Recogimos mucha leña e hicimos una gran fogata que nos protegió de manera eficaz, pues en la noche oíamos muy cerca de nosotros rugidos de tigres, que no se aproximaban a causa del gran fuego. A pesar de ello nos refugiamos en el árbol con nuestras armas y pasamos la noche a la manera de don Quijote, alegremente, porque en estos casos uno disimula el miedo con algunas bravatas.

Amaneció sin otro accidente que el de haber pasado muy mala noche.

Enseguida, resolvimos continuar nuestro reconocimiento iniciado la víspera, y salimos los mismos cuatro.

Esta vez el Coronel quiso acompañarnos.

A pesar del camino peligroso que seguíamos, hay que decir que esos parajes eran deliciosos por la diversidad de la naturaleza salvaje. Es increíble representarse mayor cantidad de pájaros de toda variedad de colores y desconocidos para nosotros.

Evoco todavía con placer esos lugares encantados.

Nos encontramos pronto a la orilla del río que habíamos hallado la víspera.

¿Cómo pasarlo? Tres de nosotros no sabían nadar.

Se nos puso la idea que había cocodrilos; pero al fin, de todas maneras, había que cruzarlo.

Me resolví a ello y lo atravesé sin accidente.

Se acordó que se pondría un árbol en el agua para que pasaran los que no sabían nadar, lo que se ejecutó al instante.

Me puse sobre el árbol e hice ver que me resistía perfectamente.

Entonces lo amarré por la mitad con una cuerda.

El Coronel fue el primero que se metió al agua apoyado en el árbol y con las piernas colgando.

Le recomendé que no hiciera ningún movimiento.

De esta manera, lo arrastré a la otra orilla bastante fácilmente y sin el menor accidente.

Los demás y nuestros objetos se pasaron de la misma manera. Cruzamos derecho delante de nosotros en la dirección de la ensenada.

Después de media hora de marcha, entre matorrales muy espesos, llegamos a una llanura inmensa, que la reverberación del sol hacía parecerse a un vasto océano.

No descubríamos nada más que una gran cantidad de vacas, yeguas y caballos semisalvajes.

De repente, vimos venir hacia nosotros un tropel de toros que nos parecieron enfurecidos o, por lo menos, el miedo nos lo hizo ver de esta manera.

Nos botamos boca abajo detrás de algunos matorrales.

Los toros continuaron su carrera sin hacer caso de nosotros.

Entonces nos levantamos riendo del miedo que habíamos tenido y seguimos nuestro camino.

Habíamos caminado más de una hora cuando divisamos un hombre a caballo. Le hicimos señas, y a nuestros gritos vino hasta nosotros.

Vimos en él lo que se llama en el país el gaucho.

El Coronel y yo hablábamos un poco el español y le preguntamos a qué distancia nos hallábamos del pequeño puerto llamado "La Ensenada" y cuáles eran los buques que lo bloqueaban y si eran españoles.

Nos contestó que el puerto no estaba bloqueado y que no había ahí españoles; que los barcos que habíamos visto eran del país y extranjeros; que todo estaba completamente tranquilo, lo que nos causó una agradable sorpresa, pues no podíamos imaginarnos que los españoles no estuvieran allí.

Este hombre nos miraba con asombro al ver cinco individuos con uniforme y a pie en medio de la pampa.

Le preguntamos si estábamos lejos de "La Ensenada" y si había alguna habitación vecina.

Nos contestó que estábamos a cuatro leguas y que, más o menos, a un cuarto de legua de donde nos hallábamos, había lo que se llama en el país una "estancia" (granja) y que si queríamos nos conduciría allí. Que él estaba a las órdenes de la estancia, lo que aceptamos gustosos.

Llegamos, efectivamente a una hermosísima posesión y fuimos recibidos por una gentil dama que nos dijo que su marido se encontraba en el campo; pero que estaba dispuesta a servirnos en lo que pudiera sernos necesario.

Le hicimos una relación de lo que nos había sucedido después de nuestra salida del barco y que deseábamos pasar cuanto antes a "La Ensenada".

Nos confirmó de nuevo lo que nos había dicho su campesino: que no existían en absoluto los españoles en Buenos Aires y que todo estaba enteramente tranquilo y en orden.

Nos invitó a descansar y que nos haría servir el almuerzo, mientras iban a buscar caballos para conducirnos, lo que aceptamos con alegría.

El hambre, en efecto, principiaba a hacerse sentir.

Durante el almuerzo habían preparado los caballos, y terminada la merienda nos despedimos de la graciosa dama.

El Coronel le dejó una linda sortija, como recuerdo de nuestro feliz encuentro y de su generosa hospitalidad.

Bien montados, salimos inmediatamente para "La Ensenada", y nos servía de guía el mismo campesino con que nos habíamos encontrado anteriormente.

Pronto llegamos y nos presentamos al Gobernador del lugar, quien nos recibió cumplidamente después de exponerle el objeto de nuestra misión.

Se rió mucho del miedo que le habíamos tenido a los buques españoles que con nuestra imaginación bloqueaban el puerto y de nuestras aventuras de la noche: de los tigres, de los toros, etc.

Nos dijo que efectivamente estos animales, a veces feroces, no faltaban en esos parajes.

El Coronel le dio a conocer en seguida al señor Gobernador el deseo que tenía que dos de nosotros volviéramos a buscar a nuestros compañeros que habían quedado en la playa.

Este contestó que era muy justo y que iba a ordenar, consecutivamente, a uno de sus hombres que subiera a caballo y que nos acompañara.

Me ofrecí al coronel para ir con ellos, tomando conmigo a su criado Bautista. Éste había sido palafrenero del Emperador y ciertamente era hombre famoso. Subimos a caballo con cuatro soldados del Gobernador y dos campesinos con las herramientas, las cosas necesarias para la construcción de una pequeña balsa y los caballos para nuestros camaradas.

Nos pusimos en marcha inmediatamente.

El criado Bautista me aseguraba que reconocería el camino por donde habíamos venido y el sitio en que habíamos pasado el río, cosa muy difícil en esos desiertos.

En cuanto a mí, no sabía nada.

Por lo demás, teníamos a esos hombres que conocían el lugar.

Llegamos a cierto sitio que Bautista reconoció por aquel en que habíamos atravesado el río, hicimos pasar al otro lado tres caballos, dos para nosotros y uno para un campesino que nos acompañaría.

Al otro lado subimos a caballo.

El resto de nuestra gente debía esperarnos ahí. Atravesamos derecho a la playa a través de los pantanos. Nuestros caballos se hundieron hasta las rodillas y avanzábamos lentamente.

Llegamos con mucho trabajo a la playa. Dejamos descansar un poco nuestras cabalgaduras. Después ordené a Bautista que siguiera costeando el río hacia su origen, y yo, con el campesino, lo haría por el lado contrario, pues no reconocíamos absolutamente nada.

Cuando lo hubiera remontado a cierta distancia, le expresé, que volviera a juntarse conmigo.

Hacía casi una hora que yo descendía del río sin hallar nada cuando hice alto para esperar al criado Bautista, lo que duró otra hora.

Cuando se juntó conmigo, dijo que había galopado mucho y que no había visto nada.

Así que los tres estábamos en conjeturas. El campesino decía que, sin duda, la embarcación que nos había conducido a la playa habría venido a buscar a nuestros compañeros y que éstos estarían a bordo. Eso parecía muy probable; pero yo quería encontrar el lugar en que habíamos pasado la noche.

Allí habíamos hecho una gran fogata, cuyas cenizas nos servirían para reconocerlo. En cuanto al criado Bautista, que pretendía reconocer mejor el sitio, estaba completamente desorientado.

Veía con pena que el día transcurría en el entretanto.

Tomé la resolución de seguir descendiendo a lo largo del río.

Después de galopar todavía una media hora, divisé un punto blanco que hice notar al campesino que me dijo: "Sin duda, sus compañeros están allí. Este punto blanco no existe en estos parajes; son ellos los que habrán puesto esa señal".

A medida que nos acercábamos, resaltaba el pabellón blanco. Así, pues, pronto estuvimos todos reunidos con gran alegría. Nuestros compañeros abrazaban al criado, al campesino y a mí.

Uno de ellos había colgado su camisa en la punta de un palo en lo alto de un árbol, porque principiaba a impacientarse y a tener hambre, pues los pocos víveres que habíamos dejado se habían consumido hacía varias horas.

Como no había tiempo que perder, tomamos tres en ancas; los otros tres seguían a pie. Todo el terreno que habíamos recorrido descendiendo el río, lo remontamos para llegar al sitio en que habíamos atravesado la charca y encontrar aquél en que habíamos dejado a nuestros hombres y nuestros caballos, lo que realizaremos fácilmente.

A nuestra llegada encontramos la pequeña balsa que habíamos confeccionado para cruzar el río, lo que se efectuó con prontitud, pues la noche llegaba.

Reunidos todos, nos pusimos en camino muy contentos y llegamos muy tarde a "La Ensenada".

El Gobernador nos esperaba a cenar.

Nos reímos mucho durante la comida de nuestra caravana desde la salida del barco. El Gobernador nos había hecho preparar camas y pasamos una buena noche.

Nos conversó durante la comida acerca de la prosperidad de Buenos Aires bajo la administración del señor director supremo Pueyrredón, del cual nos habló con mucho entusiasmo haciendo los mayores elogios y no dejaba de asegurarnos que nos haría un buen recibimiento.

Este augurio contribuyó a hacernos pasar muy buena noche.

CAPÍTULO V

RECIBIMIENTO DEL DIRECTOR PUEYRRREDÓN

Al día siguiente teníamos caballos dispuestos y dos soldados para acompañarnos.

Pasamos a casa del Gobernador para saludarlo y agradecerle su generosa hospitalidad. Después de esta ceremonia, montamos a caballo y nos pusimos en marcha para Buenos Aires, como a doce leguas de "La Ensenada".

Allá llegamos temprano; nos apeamos en una posada inglesa, en la cual estuvimos hasta que sacamos nuestros enseres que estaban a bordo del barco que ya había entrado, como se esperaba, sin la menor dificultad.

Cuando estuvimos preparados, el Coronel se hizo anunciar al señor Director Supremo pidiéndole una audiencia.

Le mandó contestar que al día siguiente, a mediodía, nos recibiría.

Todos de uniforme nos presentamos a la hora indicada. Fuimos recibidos cortésmente.

La conferencia fue corta, como visita de ceremonia.

Después de las frases ceremoniosas acostumbradas, el Director Supremo despidió al Coronel diciéndole que iba a mandar preparar una casa particular, en la cual estaríamos mejor que en un hotel, y que en ella hallaríamos todo lo que nos fuera necesario.

Efectivamente, al día siguiente vino uno de sus ayudantes para acompañarnos a esa casa. Encontramos la casa provista de todo y aun con lujo.

Permanecimos en ella durante veinte y tantos días; fuimos tratados espléndidamente. Este tiempo se empleó en visitar a los primeros magistrados y a las mejores familias de la ciudad. Las que se distinguieron en nuestro favor fueron las de la señora Thompson, cónyuge del enviado a los Estados Unidos con el cual el coronel había tratado, y las del señor Manuel Encalada. Aquí fue donde recibimos más halagos y fuimos tratados como niños mimados. Durante este tiempo solicitamos, siempre con ardor, reunirnos con el ejército del general San Martín que se encontraba en Mendoza, a trescientas leguas de Buenos Aires.

CAPÍTULO VI

MARCHO A REUNIRME CON EL EJÉRCITO DEL GENERAL SAN MARTÍN

En los primeros días de enero de 1817, recibimos del gobierno nuestros títulos cada uno según su grado, como había sido estipulado con el enviado en los Estados Unidos, excepto el Coronel que fue nombrado coronel mayor, lo que equivalía, como he dicho anteriormente, al grado de general de brigada.

¡Pluguiera a Dios que su capacidad hubiese sido análoga a su grado!

La suplía con una dosis de audacia poco común, la que podía engañar un momento. Pero yo, que lo había conocido tan bien en los dos viajes que acabábamos de hacer juntos, no podía creer durable su prosperidad.

Por último en la primera quincena de enero nos pusimos en camino para atravesar la pampa a las órdenes del coronel mayor hasta nuestra reunión con el ejército del general San Martín.

Durante el camino, el valeroso barón de Bellina Skupieski nos trataba completamente a lo Napoleón. No podía ver más miserable y ridícula imitación.

Se figuraba, sin duda, que iba a tener que tratar con hotentotes o salvajes. Nos aturdía con sus grandes proyectos, a cual más ridículo.

¡Nunca don Quijote había desvariado tanto!

Llegamos sin el menor accidente hasta la posta llamada el "Saladillo", que se encuentra situado casi a medio camino entre Buenos Aires y Mendoza.

Estábamos apenas instalados aquí cuando vimos llegar hasta nosotros, más o menos, unos dieciséis hombres a caballo y regularmente armados.

Se habían detenido a cierta distancia de la posta.

No sabíamos qué pensar.

Como estábamos vestidos todos con traje de paisanos, propuse al Coronel adelantarme e ir a hablar con el jefe de este pelotón, al cual llamé a cierta distancia.

Vino inmediatamente hacia mí y me preguntó quiénes éramos.

Le contesté que unos viajeros que íbamos a Mendoza para pasar a Chile, si el ejército de San Martín hubiera expulsado a los españoles.

Se desmontó y habló conmigo durante un momento.

Dijo que creía que el ejército de San Martín estaba todavía en Mendoza y qué íbamos a hacer a Chile.

A fe mía estaba bastante confundido para responder, pues no sabía con quién hablaba.

En todo caso, le contesté que al pasar a ese país era para ejercer el comercio.

A los pocos instantes vimos llegar trescientos o cuatrocientos hombres, todos montados y bien armados y que llevaban tras sí 2 piezas de 4 de artillería de montaña y una carreta cargada de diferentes bagajes.

El jefe de esta vanguardia nos anunció al comandante Bulnes⁴⁴ y su segundo Quintanilla⁴⁵ que no tardaron en reunirse con nosotros.

⁴⁴ Este oficial español no tiene ningún parentesco con el general chileno Gonzalo Bulnes.

⁴⁵ Este oficial tampoco tiene parentesco alguno con el gobernador español de Chiloé entre 1820 y 1826, general Quintanilla.

Después de informarse quiénes éramos, vimos a esos dos jefes apartarse para hablar entre sí, mientras su tropa se colocaba alrededor de las casas de la posta.

En cuanto a nosotros, no augurábamos nada bueno de toda aquella gente.

El Coronel, nuestro jefe, tenía algunas cajas de vino Burdeos y de Champaña.

Me encargó ir a visitar a esos jefes que vinieran a reparar las fuerzas con nosotros, lo que aceptaron cordialmente.

Entonces empezamos a conversar.

No parecían tener ninguna mira hostil contra nosotros.

Hablaban con violencia contra el gobierno de Buenos Aires.

Mucho cuidamos de no darnos a conocer como oficiales que iban a juntarse con el ejército de San Martín; pero a la vez que vaciaban sus vasos, demostraban con la mirada el vivo deseo de poseer algunas armas que habíamos colocado encima de una mesa y nos preguntaron amigablemente si queríamos venderles algunas, ya que eran tan bonitas.

En el acto, el Coronel y yo regalamos a cada uno un par de pistolas y una espada sable, que ofrecieron pagarnos; no quisimos recibir nada y les dijimos que era para que se acordaran de nuestro encuentro.

Agradeciéndonos, se retiraron al lado de sus tropas.

Se marcharon a las dos de la mañana.

Parece que habían tenido aviso que venía de Córdoba un poderoso destacamento en su persecución. Supimos después que esa gente había arrebatado todo el dinero que pertenecía al gobierno de esta ciudad y que iban reunirse con la montonera de Artigas.

Es necesario que cuente una pequeña anécdota que pasó en los instantes que estuvimos entre aquella gente.

De repente, me vi rodeado de una cantidad de esos soldados merodeadores que me dijeron que me conocían; que, sin duda, yo había hecho la campaña de España en tiempo de Napoleón; que yo servía en el 4° de Húsares; que yo era sargento mayor en tal compañía; que este regimiento había hecho muchos prisioneros en Blanquillos de Valencia; que como tales habían sido bien tratados, y que yo mismo les había distribuido enseres y víveres.

Todo esto lo encontraba yo perfectamente exacto.

Les respondí que me acordada perfectamente de eso y que era muy extraordinario volverlos a encontrar en la pampa de Buenos Aires, aunque no me acordaba nada de lo que me referían.

Pero había visos de verdad en todo eso, porque yo servía en el 4° Regimiento de Húsares de España.

Lo que hay de seguro es que debimos la salvación de nuestras personas y de nuestros bagajes a esta gente, por lo que nos dijo el jefe de la posta al día siguiente.

Los jefes de la montonera habían resuelto entre sí conducirnos a Artigas; pero que los soldados, de nacionalidad española en su mayor parte, se habían opuesto decididamente a tal intención, en señal de agradecimiento, y como eran numerosos, el jefe Bulnes debió ceder.

Ignorábamos todo eso.

Fue la relación que nos hizo el jefe de la posta, quien nos felicitó por haber escapado de este mal paso; y tuvimos sobrada razón de felicitarnos nosotros mismos, porque una vez que hubiéramos estado en las manos de Artigas, no nos hubiera sido fácil escapar.

A la verdad, hubiera sido preciso hacer lo que ello hacían, es decir, el merodeo, y adaptar su vida errante en esas inmensas pampas.

Seguimos nuestro camino galopando siempre a través de esas vastas llanuras, cubiertas de animales de toda especie, lo que constituía una diversión dentro de esta monotonía.

Me creía jinete, porque había servido diez años en la caballería; pero vi que no era más que un pobre diablo al lado de los gauchos que nos acompañaban.

Son unos centauros.

Se diría que el hombre y el caballo forman un solo cuerpo con el mismo animal.

Para distraernos, corríamos detrás de los avestruces que se burlaban de nosotros.

Cuando el caballo estaba cerca de alcanzarlas, cambiaban de dirección, volviéndose bruscamente de un lado a otro.

Los caballos acostumbrados a seguirlas, giraban bruscamente y nos tendían en medio de la llanura con gran satisfacción de los gauchos que se morían de risa.

Nada era más divertido para ellos; por eso, nos exhortaban a continuar, diciéndonos que quebrándonos las costillas nos haríamos jinetes.

Sin embargo, preferíamos la caza de perdices.

Era más cómoda y menos peligrosa.

Si Alejandro Dumas, padre, en sus viajes a Suiza pescaba truchas con un podón, nosotros pescábamos en las pampas las perdices con caña.

¡Y he aquí cómo! En el extremo de un palo largo, se armaba un nudo corredizo de crin.

Uno ve volar la perdiz, cuyo vuelo es corto, porque son pesadas y entonces describe alrededor de ella un círculo que se va estrechando insensiblemente.

La perdiz se queda acurrucada sin moverse, sin duda, adormecida por haber visto dar vuelta al caballo alrededor de ella. Se le pasa tranquilamente el nudo corredizo por la cabeza; quiere volar y queda colgando en el extremo del palo.

Los gauchos no se dan tanto trabajo: las matan a riendazos.

Todos estos pequeños entretenimientos no nos impedían caminar rápidamente.

Otro entretenimiento, eran los cuentos del coronel Bellina Skupieski y sus proyectos de organización de ejército: sus coraceros, sus lanceros, sus cazadores y sus húsares, sus modelos de corazas y lanzas, pues llevaba todo eso.

Nosotros le observábamos cómo quería formar todo esto en países en que los ejércitos se componían de cuatro a cinco mil hombres. Se ponía colérico cuando contrariábamos sus proyectos y decía que éramos jóvenes no entendíamos nada.

Lo repito: representaba de Napoleón, pero ¡que Napoleón!, ¡Dios mío!

CAPÍTULO VII

LLEGADA A MENDOZA Y NOTICIA DE LA VICTORIA DE CHACABUCO

Al fin llegamos a Mendoza.

En lugar de encontrar ahí al general San Martín, nos hallamos al capitán don Mariano Escalada, portador de la noticia de la batalla ganada en la llanura de Chacabuco, a diez leguas de Santiago y que había ocurrido el 12 de febrero de 1817 sobre el ejército español.

Su derrota fue completa y había entrado el general San Martín a la capital de Chile.

Quedamos todos contrariados al pensar que habíamos llegado demasiado tarde. En cuanto a mí, no me podía consolar. El oficial Escalada, después de informarnos, continuó su camino para Buenos Aires para llevar esta gran noticia a S. E. el director supremo Pueyrredón.

Toda la ciudad de Mendoza estaba de fiesta.

Veía sus nobles esfuerzos coronados por el éxito, pues había hecho grandes gastos y ayudado al General con todos sus medios. Vimos al Gobernador de la ciudad, quien nos mandó dar habitaciones.

El Coronel decidió que descansaríamos cuatro días, porque estábamos muy fatigados.

Habíamos andado las trescientas leguas de las pampas en diez días.

Ciertamente, ninguno de nosotros estaba acostumbrado a recorrer la posta a la ligera.

Después de esos cuatro días de descanso, nos pusimos en camino para pasar la cordillera y preparados para ello nos encontramos en medio de este horrible camino.

Yo admiraba el proyecto del General patriota.

Lo consideraba ufano de haberlo concebido, pero ¿qué era haberlo ejecutado?

Es cierto que en todas partes de América se quería— y lo deseaban verdaderamente sacudir el yugo español, y el General había servido ventajosamente para ese fin; pero, con todo eso, hubiera sido fácil al general español tener algunos pequeños puestos en los tres diferentes puntos por los cuales el general patriota decidió pasar, en lugar de diseminar sus tropas y dejarse engañar por falsos avisos.

En verdad que tenía que habérselas con un hombre superior.

Era necesaria toda la inteligencia, la capacidad, la sagacidad del General patriota para engañar a su enemigo y ponerlo en el caso de dispersar sus fuerzas.

El objeto principal de su adversario, el español no lo supo conocer.

En pocas palabras, San Martín pasó los Andes por tres puntos.

Dos de sus divisiones desembocaron al mismo tiempo en el hermoso valle de Aconcagua, donde hubo un combate de caballería de vanguardia en el cual la caballería española fue completamente derrotada por el teniente coronel Necochea, mientras que el General español ignoraba todavía si el General adversario cuyo estaba a este lado o al otro lado de la cordillera.

El General patriota no perdió su tiempo y seguía valientemente y de cerca su enemigo. Se encontraron, frente a frente, como he dicho, en la llanura de Chacabuco, donde el ejército español fue derrotado.

La relación de esta memorable batalla se conoce en Francia.

El señor abate de Pradt escribió algunas páginas con este motivo.

El ingeniero Arcos⁴⁶ fue de mucha utilidad al general San Martín, lo mismo que el teniente coronel Cramer⁴⁷, alumno de la Escuela de Saint-Cyr y veterano de la guerra de España.

Se puede comparar el paso de la cordillera al de los Alpes por Aníbal⁴⁸ y la conducta del General en su campaña del Perú a la de Fabio⁴⁹.

La recompensa de sus nobles servicios es hoy el destierro.

Este valeroso General vive ignorado en una pequeña casa de campo en Montmorency, cerca de París.

¡Así pues haga Ud. república y tendrá la recompensa!

CAPÍTULO VIII ARRIBO A SANTIAGO

Después de siete días de marcha llegamos a Santiago.

Se hacía salva de artillería.

He aquí a mi coronel Bellina Skupieski que se la atribuye para sí y nos toma la delantera con un joven oficial que le servía de ayudante.

Va derecho a la habitación del General que se hallaba rodeado de todo su Estado Mayor: se desmonta, entra, reconoce al General según las señas que le han dado de su persona, se acerca osadamente a él y se deshace en agradecimientos, diciéndole que era un desmedido honor, que no había ganado todavía, para que se disparara el cañón por él.

El General lo miraba con aire asombrado, como todos los oficiales que estaban ahí.

En el momento que entrábamos le respondió:

“Señor, no tengo el honor de conocerlo; sin embargo, sea Ud., bienvenido. Si se ha disparado el cañón es por el aniversario...” (ya no sé por qué fecha).

⁴⁶ Antonio Santiago Arcos Arjona, ingeniero militar español del estado mayor del ejército francés de Jourdan en España, llegado a Argentina en 1816, primer director de la Escuela Militar de Santiago en 1817, deja el ejército después de Maipú para ser Asentista. Vuelve a Francia antes de la caída de O'Higgins y muere en París después de 1850.

⁴⁷ Ambroise Cramer (1790-1839), en el ejército napoleónico desde 1807, teniente en 1810 y capitán en 1812, sirve en Francia en 1814 y a Waterloo en 1815. Sirve con San Martín en Argentina en 1816, a Chacabuco en Chile (1817), renuncia después de la ejecución de los Carrera, sirve de nuevo en 1823 y muere en el combate de Chascomus.

⁴⁸ General cartagenensis quien atravesó los Alpes en 218 antes de Cristo y venció los romanos en varias ocasiones en 216 antes de volver a África.

⁴⁹ Fabio Cunctator, general romano quien logró detener, gracias a sus tácticas, las conquistas de Aníbal en 216.



Fuerte San Luis de Alba, San José de la mariquina. Foto de Carlos Bertrán.

Los jefes hablaban entre sí.

Se sonreían, nos miraban de arriba abajo, y nosotros no presentábamos muy buena facha. El coronel Bellina Skupieski, que no era hombre que se desconcertara, continuaba su conversación dando a conocer al General su misión.

En resumen, se nos mandó señalar alojamientos en casas particulares y fuimos despedidos cortésmente.

Algunos oficiales nos acompañaron para platicar con nosotros.

Esos caballeros, se comprende, nos preguntaban por el personaje que sabía tan bien apropiarse de las salvas de artillería.

Entre subalternos y militares de todos los países, uno se conoce dentro de poco tiempo.

Nosotros nos sentíamos un poco mortificados por venir bajo los auspicios de un hombre tan ridículo que hacía tal entrada.

Terminamos por reír con nuestros nuevos compañeros de América.

Un ayudante del General nos condujo a los alojamientos que se nos habían designado.

El Coronel, su ayudante y yo, fuimos alojados en la misma casa, porque éste me quería siempre a su lado, a despecho de mi disgusto, lo que no me divertía de ninguna manera, aunque creía él que para mí era un gran honor.

Al día siguiente de nuestra llegada, fuimos todos colocados en los diferentes cuerpos: yo entré en el Cazadores de Escolta del General en jefe mandada por el teniente coronel Necochea.

Al anoecer del tercer día de nuestra llegada, el coronel barón de Bellina Skupieski, tuvo una disputa con la dueña de casa de su alojamiento.

Estando separados, ignorábamos el por qué.

El ayudante y yo oímos mucho ruido y para informarnos, nos acercamos a la habitación.

Vimos sentados en una gran mesa una cantidad de soldados negros que estaban bebiendo y comiendo y que el Coronel quería obligar a las damas que les sirvieran.

Como se comprenderá, la queja fue presentada al instante al general San Martín, quien mandó en el acto al coronel Necochea, quien principió por echar a huascazos a esa soldadesca africana, y rogó cortésmente al señor Coronel, de parte del General en jefe, le hiciera notar que no estaba en un país conquistado y que esperaba que tales escenas no se repitieran.

Eso fue dicho de manera bastante áspera.

El polaco estaba siempre, y en cualquiera circunstancia, muy satisfecho de sí mismo.

Fuimos todos invitados a almorzar en la habitación del General en jefe.

Se alegró mucho de conocernos de cerca, y a su vez, nosotros teníamos que tratar con un hombre sagaz y de una delicadez exquisita, de lo que teníamos noticias.

Nos hallamos en la mesa entre todos los jefes del pequeño ejército y ciertamente vimos en ellos hombres de alta estatura, con buen uniforme, aunque sencillo como su General, y, sobre todo, que tenían esbeltas estampas militares.

El General en jefe es de veras un hombre esbelto, con mirada de águila, viva, penetrante, y de modales llenos de dignidad.

Después de él, se hacían notar el general Soler, los coroneles Las Heras, Necochea, Zapiola, Melián, Condé y nuestro compatriota Cramer.

A pesar del escándalo que había armado el coronel Bellina Skupieski a sus dueños de casa, sus anfitriones, el General en jefe lo trató con distinción de la misma suerte que a los demás jefes, de lo que él estaba muy orgulloso.

Algunos días después de esta comida, estando de servicio como jefe diurno, el coronel Bellina Skupieski quiso hacerse popular: daba la mano a todos los soldados de los puestos que visitaba e hizo otras mil deplorables necesidades de este género.

El General en jefe, que lo hacía observar, lo juzgó dentro de poco tiempo y lo despachó para Buenos Aires.

Supimos después que había ido a Paraguay a presentarse al presidente Gaspar Rodríguez de Francia, como doctor en Medicina de la facultad de París, completamente disfrazado como médico de Molière. Rodríguez de Francia lo recibió como lo merecía y le ordenó que dentro de las veinticuatro horas estuviera fuera de su territorio, o la haría ahorcar.

Parece que el doctor tirano de Paraguay había sido prevenido sobre los conocimientos médicos de Bellina Skupieski, quien se volvió muy pronto a Buenos Aires y no pudiendo ser coronel, quiso solamente ser médico.

En los diferentes pueblos de la pampa administró, después el Panquimagogo⁵⁰. No sé qué se ha hecho.

Se dice que seguía en la República del Ecuador en 1829 o 1830⁵¹.

CAPÍTULO IX FUNDACIÓN DE LA ESCUELA MILITAR

Hacia tres meses que yo servía en los Cazadores de la Escolta.

Estaba muy contento y muy amigo de mis jefes, particularmente con mi compatriota el teniente coronel Cramer, con el cual me encontraba unido por la simpatía. Éste era apreciado por el General en jefe, al cual no dejaba de recomendarme.

Durante este tiempo, el general O'Higgins fue nombrado director supremo de la República de Chile.

⁵⁰ O "Quimagogo", "Aguardiente Aleman" o "Purgante del doctor Leroy".

⁵¹ No deja de extrañar esta ignorancia de Beauchef sobre el futuro de Bellina Skupieski, porque este último servirá en 1825 de agente en Chile de O'Higgins, entonces en Perú, en su tentativa para desestabilizar Freire; episodio en el cual el oficial francés tuvo una participación. Si bien Skupieski terminará su vida en Ecuador, su esposa o compañera, la famosa "Aragonesa" (en realidad de Castilla) terminará la suya en Lima, administrando un albergue para señoritas. Godlewski, *op. cit.*

Se trataba de formar el ejército que debía tener la república, y al efecto apareció un decreto del Jefe del Gobierno con este objeto que ordenaba el establecimiento de una escuela militar, e invitaba a los jóvenes de buenas familias a entrar en ella.

Se le abonarían diez pesos mensuales para su manutención y se designaba en el decreto para local de la escuela el convento de San Agustín, que era cómodo y espacioso.

El señor ingeniero Santiago Arcos fue nombrado director del establecimiento y recibió los fondos necesarios para los trabajos que exigía dicho local.

Había sido designado con la condición de que yo fuera el suplente, lo que se aceptó.

Salí entonces de los Cazadores a Caballo y fui nombrado ayudante mayor con un sobresueldo de 12 pesos mensuales además de mi sueldo.

Y pusimos mansos a la obra.

El ingeniero Arcos trazó su plano y yo hice ejecutar los trabajos.

En poco tiempo, la juventud, entusiasmada por la independencia de su patria, se alistaba en gran número; se presentaron en poco tiempo 90 jóvenes de las mejores familias que alcanzaron el título de cadete; además, a la segunda sección de sargentos y cabos, llegaron 120 hombres escogidos.

A éstos el gobierno les daba 6 pesos al mes.

Un comisario se estableció en la escuela para la contabilidad.

El oficial Deslandes, mi compatriota, fue mi adjunto.

Las armas, los caballos y el equipo, todo estuvo listo en poco tiempo; la juventud se entregaba con mucho ardor a sus faenas; era necesario, porque había una gran labor.

En el acto principiamos a enseñar los primeros elementos de las tres armas; infantería, caballería y artillería.

Yo estaba encargado de los dos primeros; pues aunque no había servido en la infantería, el comandante Cramer me había instruido en poco tiempo.

La carga era un poco pesada; pero yo la llevaba con mucho gusto; porque había en todos comprensión y buena voluntad. Todos no más respirábamos deseos de trabajo.

Por otra parte, me agradaba mucho hacerme útil a mi nueva patria.

En poco tiempo se vio a esta esbelta juventud con uniforme, con el fusil al brazo y la mochila a la espalda, y eso con mucha gracia, pues los chilenos están perfectamente dispuestos para las armas.

No se dejó que nos faltara nada, así es que al término de tres meses todo estaba en orden perfecto.

En esta época el general Brayer⁵² llegó al ejército para ser su mayor general. La Escuela Militar tuvo pronta la visita del General.

⁵² Sobre el general francés Brayer (1769-1840) y sus futuros problemas en Chile, ver: Patrick Puigmal, *Diálogo de sordos entre José de San Martín y Michel Brayer* (Osorno, Ed. Universidad de Los Lagos, Colección Fuentes Documentales, Programa de Estudios y Documentación en Ciencias Humanas, 2003).

Tuvimos el placer de recibir sus elogios.

Después de visitar lo que se había hecho, mereció toda su aprobación.

Dirigió una alocución a los alumnos; alentó sus buenas disposiciones y les prometió su entera protección, y a mí, su amistad, pues yo había conocido al General en Francia, es decir, como un subalterno conoce a un teniente general.

En fin, transcurrieron seis meses en un trabajo continuo desde las cuatro de la mañana hasta el anochecer.

Enseñaba a mis alumnos la actividad, la exactitud en cumplir los deberes militares; el cuidado, la limpieza tan necesaria en esta carrera y principalmente la fatiga: les ordenaba ejecutar marchas con armas y bagaje, de modo que aprendieran a saber conducir al soldado.

En resumen, todo lo que correspondía a su nueva profesión.

Al fin de este tiempo que pasé en la instrucción, quedé muy sorprendido al saber que el general San Martín me daba un jefe que no entendía nada en esta actividad⁵³.

En la dirección de la Escuela se puso a un teniente coronel.

¿Qué me quedaba que hacer?

Pedir mi alejamiento y lo hice en el acto, lo que se me acordó de un modo semejante.

De oficial de escuela, llegué a ser oficial de sociedad; pues el General reunía una brillante sociedad en la cual yo era admitido como todos los demás.

El general Brayer pidió para mí al General en jefe un despacho de capitán que creía que yo había ganado ventajosamente; lo cual se concedió y me nombró su ayudante.

Esto me convenía mucho más que ser oficial de escuela.

Yo quería ser oficial de guerra y eso no demoró.

La Escuela no tardó al poco tiempo en quedar vacía. No podía ser de otra manera, como lo expresé antes; mi reemplazante no entendía nada absolutamente.

Formaron dos regimientos con los cadetes de la Escuela: los Cazadores de Coquimbo y el N° 2 de Chile, en los cuales se colocaron todos mis alumnos y la Escuela Militar se terminó.

CAPÍTULO X

RESTOS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL SE ORGANIZAN EN EL SUR.

PARTIDA AL SUR DEL DIRECTOR SUPREMO O'HIGGINS

Mientras bailábamos y hacíamos la corte a las bellezas de Santiago, los restos del ejército español, escapados de la batalla de Chacabuco, no habían perdido su tiempo.

⁵³ Se trata del coronel argentino Mariano Pascual Necochea (1792-1849), alférez de los granaderos a caballo de San Martín en 1812, coronel del ejército libertador en Mendoza en 1816, sirve en Chacabuco, Talcahuano y pasa a Perú donde llega a ser general de división. Bolívar lo designó director de la Casa de la Moneda de Lima y es ascendido a gran mariscal del Perú.

Se habían refugiado en el sur y se fortificaban en el puesto de Talcahuano. El general San Martín había perdido una ocasión preciosa al no perseguir o destruir esos restos.

Me habría alegrado mucho equivocarme, porque al General lo apreciaba como a un héroe.

El coronel Las Heras fue enviado, en efecto, con el regimiento N° 11 y derrotó a los enemigos que encontró a algunas leguas antes de llegar a la ciudad de Concepción; pero éstos se retiraron a Talcahuano en donde el Coronel no pudo vencerlos.

La situación principiaba a ponerse seria.

Entonces salió el Director Supremo de la República, O'Higgins, con varios cuerpos y como General en jefe del Ejército del Sur. Los españoles recibían refuerzos del virrey del Perú y con ardor continuaban atrincherándose ventajosamente en Talcahuano.

Tenían ahí un buen oficial ingeniero, José Ordóñez, que dirigía rápidamente los trabajos y tuvo el tiempo necesario para terminar y hacer muy respetable la plaza de Talcahuano.

Las fuerzas de Talcahuano aumentaban.

Aquí llegaban pequeños cuerpos del Perú y aun de España.

Esto daba inquietud al general en jefe que ya había echado una ojeada de águila sobre Perú.

Sin embargo, bailábamos todavía; la sociedad del general era cada día más brillante.

El general Brayer, dotado de un hermoso físico, elegante presentación y porte militar, era muy atendido. Yo veía con pena que el Mayor General asediaba en demasía al general San Martín; lo acaparaba durante todas las tertulias: yo que no bailaba mucho, observaba y veía con pena que todos los jefes del ejército le echaban el ojo de suerte que no me gustaba nada.

Esos caballeros habían vencido sin él en Chacabuco.

La emulación militar existía ahí como en cualquier otro lugar y tal vez más.

La situación que ocupaba el Mayor General era envidiada por muchos otros; era natural. El Mayor General preconizaba reformas necesarias que no convenían a todos.

La crítica principiaba ya.

Previne a mi General que se contentó con contestarme que conocía mucho al general San Martín.

Cramer, por su parte, que había sido muy útil al ejército por sus conocimientos militares y su bravura, se tomaba libertades con el General en jefe que no eran convenientes.

Era joven y tenía toda la alegría de un oficial de cazadores, pero nada de la dignidad de un jefe de cuerpo, lo que presentaba un raro contraste con el tono de superioridad de los demás.

Se burlaba de mí y de mis observaciones

A fe mía, me contenté con eso, y no me inquieté ya.

Hice la corte esperando la guerra, lo que no demoró.

CAPÍTULO XI

EL MAYOR GENERAL BRAYER PARTE AL SUR

El general Brayer recibió orden de trasladarse al Ejército del Sur a ocupar sus funciones, y partimos.

Llegamos a Concepción el 8 de noviembre del mismo año de 1817. El General iba acompañado de un piquete de caballería, del ingeniero Bacler d'Albe⁵⁴, hijo del ingeniero de este nombre muy conocido en el ejército de Napoleón como hombre hábil y su hijo lo era también en su arte; el ayudante de campo Warner, el secretario Blaye⁵⁵ y yo.

El general O'Higgins dio una buena recepción al general Brayer y le ofreció una gran comida a la cual fueron invitados todos los jefes del ejército del sur y nosotros también.

Me puse a observar y no notaba nada ventajoso ni más ni menos favorable a mi General.

De todas esas figuras, la única franca y sincera era la del general O'Higgins que iba de buena fe, pues consideraba necesaria para el ejército la presencia del Mayor General.

Mi jefe de la Escuela Militar, el mayor de ingenieros Arcos, se había adelantado a nosotros en el Ejército del Sur y, en verdad, se puede decir que en aquel momento era el hombre de confianza del general San Martín.

Durante la comida, pareció hacerse el órgano de los demás jefes, conociendo sin duda su descontento; pues, a fe mía, su conversación no tenía nada de más o menos lisonjero para el Mayor General, y eso hasta el punto que, de una manera clara, precisa y muy educadamente le impusiera silencio, rogándole, con severa dignidad que no diera sus opiniones más que cuando se las pidieran. Esto a mi manera de ver, produjo un buen efecto.

El general Brayer manifestaba así esa firmeza tan necesaria en el mando.

El Mayor General se dio a conocer en poco tiempo en el ejército como hombre capaz y entendido en sus funciones como se podía presumir en un hombre que de simple granadero se había elevado a teniente general en tiempos de la República y del Imperio.

Se ocupó entonces de algunas reformas necesarias que no agradaban a todos, principalmente a un intrigante inglés llamado Diego Paroissien, que ocupaba el puesto de cirujano mayor del ejército y que era el jefe de los hospitales militares.

Principió probándole a éste que su administración no era muy clara y sobre todo muy poco favorable al pobre soldado; pero, en cambio, muy lucrativa para él, y eso en términos muy severos.

⁵⁴ Joseph Albert Bacler D'Albe (1789-1824) subteniente francés en 1809, teniente en Rusia (1812), edecán de Napoleón en 1813, ingeniero topográfico en Francia (1814) y Waterloo (1815), llega a Argentina con Carrera en 1817, coronel en Chile en 1822.

⁵⁵ Lucien Santiago Blaye, oficial de Estado Mayor francés, capitán bajo San Martín (1817), Teniente Coronel (1822), retirado en 1843 y muerto en Santiago en 1861.

El ejército sufría mucho por el frío y las lluvias continuas.

El servicio era muy activo al aire libre y era preciso cuidarse mucho.

El enemigo efectuaba salidas, trataba de sorprendernos, porque no había más que tres cortas leguas de Talcahuano a Concepción.

Las tres vanguardias que ocupaban los puestos avanzados recibían la lluvia sobre el cuerpo durante toda la noche.

Era prohibido tener fuego; por consiguiente, se tenían muchos enfermos.

Era menester mucho cuidado en los hospitales como en los campamentos de las tropas.

El Mayor General se mostraba severo.

El ejército era reciente y, sin duda, le faltaba mucho para una perfecta organización, la cual únicamente el tiempo y la experiencia podían remediar.

Era preciso entonces que el general Brayer tuviera prisa. Todo lo hacía, sin duda, con la mejor intención y sin pretensión: todo esto era muy bueno para mí que lo conocía, lo mismo que sus generosos sentimientos para con su nueva Patria, pero su obra encontraba otra interpretación nada favorable; en una palabra, el teatro era muy estrecho para un teniente general francés.

Era bueno para nosotros los subalternos; porque no causábamos celos a nadie y había situación para todos.

También nuestra formación militar era diversa.

Poco tiempo después de nuestra llegada al ejército del sur, estalló en el N° 1 del Chile una especie de movimiento de insurrección.

El mayor de este Regimiento no era ajeno a este desorden.

Quería, por lo que se pudo presumir, tener el mando a costa del teniente coronel Rivera que lo comandaba; éste estaba muy fastidiado por tal intriga, porque había varios oficiales interesados por el mayor.

Se resistía a luchar por su carácter bondadoso contra los revoltosos.

El general O'Higgins pensaba disolver el cuerpo.

El Mayor General le hizo observaciones al respecto y le propuso hablar con el comandante Rivera para hacerme entrar en ese cuerpo, sacando al mayor indisciplinado, y tuvo la bondad de asegurar al general O'Higgins que yo lo reemplazaría dignamente y que se evitaría por este medio disolver un cuerpo de setecientos hombres frente al enemigo que lo sabría y sacaría partido para levantar la moral de sus tropas.

Se llamó al comandante Rivera y le fui propuesto y aceptado por él con interés.

Por otra parte, yo era ya conocido.

Al día siguiente, fui puesto en la orden del día y reconocido como mayor interinamente.

Principié enseguida mis funciones. Fui bien recibo dentro del cuerpo, lo mismo que por todos los oficiales. El comandante Rivera me colmó con pruebas de amistad que han durado hasta hoy.

Uní mis esfuerzos a los del comandante, y el Regimiento estuvo en poco tiempo en condiciones de rivalizar con los veteranos de Buenos Aires.

CAPÍTULO XII

ATAQUE A LA FORTALEZA RALISTA DE TALCAHUANO.

QUEDO GRAVEMENTE HERIDO

Habiéndose mejorado la estación, el general O'Higgins hizo un reconocimiento con una fuerte escolta de Granaderos de Caballos, a las órdenes del teniente coronel don Manuel Escalada⁵⁶, a fin de reconocer el terreno y elegir uno para alojar el ejército y bloquear de cerca Talcahuano.

Hubo un encuentro con los españoles, en el cual fueron sableados y se hicieron prisioneros a varios soldados españoles. Éstos tenían una vanguardia de caballería fuera de la plaza de donde fueron obligados enérgicamente a retirarse.

El pequeño Ejército del Sur recibió la orden de formarse para pasar revista y de mantenerse listo para ponerse en marcha, lo que tuvo lugar al día siguiente.

Estaba compuesto del N° 1 y 3 de Chile, del N° 11, mandado por el bravo coronel Las Heras; del N° 7, por el comandante Conde; del Regimiento de los Granaderos a Caballo, por Escalada; y los tres últimos cuerpos del general San Martín.

También una brigada de artillería del Chile y cuerpo de Cazadores a Caballo, mandados por el coronel Freire y la artillería por el muy distinguido coronel Borgoño.

El total formaba, más o menos, 3.500 hombres de buenas tropas.

El batallón N° 7, era formado por negros, y no era lo mejor que había.

Nos pusimos en marcha para ocupar el terreno que había sido elegido por el Mayor General.

El ejército fue colocado en una colina frente a Talcahuano, a la distancia del disparo de cañón de 24, ya que las balas de este calibre llegaban hasta la eminencia ocupada por el ejército, pero sin herirlo.

La bahía de San Vicente daba frente a nuestro flanco izquierdo, y los españoles, dueños entonces del mar, mandaban chalupas y un brick que nos disparaban balas por elevación, lo que no nos causaban gran daño.

A pesar de ello, el comandante Borgoño instaló en la playa algunas piezas de 4 en orden de batalla, cubiertas por montículos de arena y les impidió el bombardeo, porque ellos recibían más daño que nosotros.

Terminaron por dejarnos dueños del terreno que ocupábamos.

El General dio orden de que cada noche una compañía de cazadores fuese a ejecutar falsos ataques para alarmar al enemigo y reconocer completamente el terreno.

Llegó el turno a mi batallón y quise dirigirlo, pues era de soldados inexpertos, lo que se me concedió.

Me puse en marcha.

La compañía dividida en cuatro pelotones, llegaba casi a los fosos en el mayor silencio, al extremo que oíamos hablar a los soldados españoles. La situación

⁵⁶ De la misma familia argentina que dio la bienvenida a Beauchef en Buenos Aires.

de Talcahuano, o por lo menos el terreno elevado que protege el puerto, forma una especie de mulaeta.

Dos de mis pelotones hacían frente a una altura llamada "El Morro", y otros dos pelotones daban frente al otro lado llamado la "Batería del Cura".

Tan luego como fuimos oídos, se dio la voz de alerta a la guarnición, que principió su fuego de mosquetería y de artillería sobre nosotros.

Yo había ordenado a mis cazadores que cuando diera la señal de retirada, avanzarán lo más que pudieran a las trincheras, haciéndoles comprender que cuando más cerca estuvieran tanto menos podían ser atacados.

Era la primera vez que asistían a un combate.

Esos bravos soldaditos se condujeron con una sangre fría y una precisión asombrosa, a pesar del estrépito de una formidable artillería, pues sesenta piezas de cañones protegían la plaza y tronaban sobre ella.

El enemigo creyó verdaderamente en un ataque general, de modo que toda su línea disparaba sobre nosotros.

Mandé suspender los disparos a mis cazadores y tocar retirada.

Entonces avanzaron más y el enemigo redobló el fuego que pasaba sobre nuestras cabezas.

Cuando estuvieron muy fatigado de disparar al aire, reuní en silencio la compañía.

Tuve dos hombres heridos por la metralla: uno tenía la mitad de la cara arrancada y el otro una parte de la nalga.

El teniente Correa de Saa⁵⁷ recibió una bala de fusil en la pierna.

A pesar de sus heridas, los dos soldados no quisieron ser llevados por sus compañeros y marcharon valientemente en sus filas, lo mismo que el oficial.

El soldado herido en la cara murió dos días después.

Mi retirada se efectuó tarde.

El General principiaba a alarmarse y había despachado órdenes de retirada; pero estábamos tan cerca de las trincheras que las instrucciones no llegaron hasta nosotros.

El comandante Rivera había dado iguales avisos. Estaba muy preocupado por la suerte de su hermosa compañía de Cazadores; pero no vi a nadie cuando llegué al campamento, a las dos de la mañana. Con la compañía en orden perfecto. Se creyó que todos habíamos sido hecho prisioneros.

Recibimos las felicitaciones del jefe diurno coronel Freire, del general en jefe O'Higgins, que mandó a felicitar al comandante Rivera por la buena conducta de su compañía de Cazadores.

⁵⁷ Rafael Correa de Saa, Argentino (muerto en 1846), subteniente en 1818, teniente de Granaderos, participará en la toma de Valdivia en 1820, capitán en 1821, al estado mayor en 1823.

IMPORTANTE: Los datos sobre los oficiales americanos se encontraron en: Sergio Vergara, *Historia social del ejército* (Santiago, Universidad de Chile, 1993) tomo I y II; Gabriel Guarda, *La sociedad en el Chile Austral antes de la colonización alemana* (Santiago, Ed. Andrés Bello, 1979); Archivo Nacional, Ministerio de la Guerra, Escalafón del ejército, vol. 19. Cabe señalar que no se incluyeron datos biográficos sobre los oficiales de alto rango por ser ya muy conocidos.

Los soldados veteranos de los Andes rodearon a mis Cazadores, los acariciaron y desde entonces fueron considerados como sus iguales.

Pocos días después, se resolvió el ataque formal bajo la dirección del mayor general Brayer, que me mandó llamar para darme a conocer que el general O'Higgins me había concedido el honor de elegirme para mandar la primera columna de ataque compuesta de cuatro compañías de Cazadores, diciéndome que el General en jefe estaba muy satisfecho de mi conducta de la noche del falso ataque y que esperaba de mi entusiasmo y valentía un buen resultado, lo mismo que de mis aptitudes.

Entonces el Mayor General me comunicó el plan y me instruyó sobre la parte que yo debía tomar, pues tenía el plan a la vista y los planos levantados por el teniente-coronel de ingenieros don Alberto Bacler D'Albe, muy diestro en su profesión.

Por mi parte, le rogué que asegurara al General que yo pondría todo lo que dependiera de mí para corresponder a la buena opinión que se había formado de mi competencia militar.

Lo que tenía que hacer era claro.

Se necesitaba solamente valor y dar el ejemplo a los soldados que condujera.

La posición de Talcahuano está defendida por la propia naturaleza.

En el exterior, por alturas, anchos fosos, bien guarnecidos de empalizadas; por el otro lado, el mar y la bahía de San Vicente, donde desagua el río Bío Bío.

Yo debía atacar el "Morro", la parte mejor fortificada, la más difícil, la más próxima a la plaza.

Otra columna debía atacar por el lado de la bahía de San Vicente; otra más, por el camposanto.

Pero era en mi columna en la cual se cifraban todas las esperanzas. Yo debía tomar el "Morro" y de ahí debía arrojarme sobre el puente levadizo y abrirlo, a fin de que pudiera entrar la caballería del coronel Freire.

Dispuesto de esta manera, el ataque quedó resuelto para la mañana, a las tres, una hora antes del amanecer del día 5 de diciembre de 1817.

Yo tenía orden de reunir mi columna en la llanura, al pie de la altura en que estaba situado el campamento, y todo el ejército se puso en movimiento. A las dos de la mañana, estaba en mi puesto con mi compañía de Cazadores. Pocos instantes después se había unido conmigo la compañía N° 11 y la del N° 7.

Faltaba todavía la del N° 3 del Chile.

Me puse en movimiento para reunir la compañía; pero en vano.

Sin duda, se había perdido en la oscuridad de la noche.

Eran cerca de las tres y todavía no se había unido a mi columna.

Pregunté al coronel Las Heras, jefe diurno, lo que debía hacer.

"-A fe mía -me dijo-, no sé nada; lo que Ud. quiera".

"-En cuanto a mí -le contesté-, es la misma cosa atacar con tres compañías que con cuatro".

Estaba sostenido por cuatro compañías de Granaderos, mandadas por el mayor del N° 7, don Cirilo Correa.

Rompí al instante la marcha en columna cerrada por divisiones, diciendo a los oficiales que para un ataque de noche, no solamente se precisaba la decisión sino valor y rapidez.

A nosotros no nos hacía falta y marchábamos sin tropiezos ni rodeos y en el más profundo silencio.

Casi a mitad de la distancia que tenía que recorrer, el enemigo disparó un cañonazo de 24 que tenía en la punta del alto del "Morro" que hacía frente a nuestro campamento.

El capitán que marchaba a la cabeza a mi lado me dijo:

"-Mi mayor, estamos descubiertos. Sin duda el enemigo está advertido de nuestra marcha. Creo que haríamos bien regresar".

No sabía qué sentimiento agitaba al capitán.

Es cierto que una bala de cañón de 24 en el silencio de la noche no es la música más dulce que se pueda oír.

Contesté a este valiente que si el General juzgaba conveniente hacernos retroceder y postergar el ataque de la plaza para otro día, nos mandaría sus órdenes y que nuestro deber era marchar a pesar de los cañonazos que entre tanto no se repetían.

A menudo, el enemigo disparaba ese cañonazo de 24 cuya bala llegaba a nuestro campamento. Así que era por casualidad.

Nuestra marcha no estaba descubierta. Estábamos a punto de llegar al lugar que debíamos atacar, cuando divisamos en la oscuridad como un árbol que sabíamos que no existía ahí.

Nos acercamos en silencio. Pero siempre una columna en marcha hace siempre bastante ruido.

Descubrimos pronto un hombre a caballo que se balanceaba, dormitando. Inmediatamente hice señas que no le dispararan, porque algunos soldados se preparaban para hacerlo.

Este desgraciado despertó, disparó un tiro de carabina, desapareció como un relámpago y dio la alarma en el mismo instante.

Ordené tranquilamente el cambio de frente que tenía que hacer, lo que se efectuó con el mayor orden, marché derecho al medio del "Morro" y ordené el paso acelerado, porque para arrojarnos en el foso ya no había que guardar orden.

El enemigo nos recibió con una descarga de cerca de 200 tiros de fusil, que me echaron por tierra una veintena de hombres.

Al llegar al borde del foso, los soldados retrocedieron diciendo que allí había agua.

Me precipité entonces al fondo y me siguieron.

La empalizada era alta; no sabíamos cómo alcanzarla; estábamos siempre al abrigo de los disparos de fusil.

Dije a los soldados que me suspendieran, lo que hicieron en el acto, y me encontré encima de la empalizada sin saber cómo.

El capitán del 11º, Videla, estaba a mi lado, y hacíamos esfuerzos para arrancar los troncos de madera a fin de abrir un paso.

La tropa nos había seguido en el momento que arrancábamos las estacas. Un grupo de soldados enemigos que corrían sin saber a dónde iban, nos hizo a quemarropa una descarga.

El bravo capitán Videla cayó muerto en el foso y yo recibí un balazo que me atravesó el hueso del brazo a una pulgada de la articulación del hombro, lo que me hizo dar media vuelta.

Sin embargo, no caí y penetré en el recinto del "Morro".

Viéndonos atacar con tanta resolución, el enemigo huyó, precipitándose por el lado del mar, desde una gran altura, quebrándose los brazos y las piernas. La muerte del capitán Videla y mi herida fueron una desgracia de la casualidad, pues los soldados enemigos al huir disparaban sobre nosotros sin saber lo que hacían.

En un momento, todos, mis soldados habían ocupado el "Morro", y los gritos de, ¡victoria!, se dejaron oír.

Las cuatro compañías de Granaderos llegaron también; entonces transmití la orden que tenía de hacer correr el puente levadizo y bajarlo para que la caballería pudiera entrar.

Se oía, entretanto, un desorden espantoso en el campamento enemigo.

De las embarcaciones se escuchaban los gritos de los marineros y de los fugitivos. Entonces no dudé de que la plaza fuera nuestra y pensé en la retirada.

Yo mismo había suspendido mi brazo fracturado con mi corbata negra, y como perdía mucha sangre, me sentí debilitado.

Sin embargo, tuve fuerzas todavía para saltar al foso.

Los soldados me suspendieron al otro lado.

Principiaba a despuntar el día.

Volvía yo al campamento tranquilamente solo.

Encontré pronto al coronel Freire, que tan luego como me vio dejó su caballería y vino al galope a preguntarme dónde estaban mis tropas.

"-En Talcahuano", le contesté.

"-¿Bajaron el puente levadizo?", me interrogó.

"-Di la orden", le respondí.

Se dio cuenta entonces de mi palidez.

Vio el agujero de mi herida y la sangre con que mi pantalón y mi brazo estaban cubiertos.

Comprendió que estaba herido.

"-¡Oh!, mi amigo -me dijo-, en este estado y enteramente solo. Voy a enviarle soldados para que lo acompañen".

Le dije que eso era inútil; que por otra parte no podría soportarlo, porque habiéndose enfriado mi herida, principiaba a tener dolores horribles.

El Coronel se unió a su cuerpo, y yo continué mi camino.

Sin pensarlo, tenía siempre mi sable en el puño, suspendido de la dragona, y cuando quise envainarlo, andando siempre, sin mirar donde pisaba, caí en un pantano sin poder ponerme a salvo.

Después de mi retirada del "Morro" se había producido un silencio por lo menos de tres cuartos de hora, lo que me asustaba mucho. En un momento, el

cañón enemigo principió a retumbar de una manera espantosa, con balas de metralla.

Todo eso llegaba hasta mí y me cubría de lodo.

No me era posible retirarme y buscar un abrigo.

Vi pronto varios grupos de soldados correr dispersos; no entendía nada.

Llamé con todas mis fuerzas; pero nadie ponía atención a mis órdenes. Al fin, un hombre me divisó, me oyó y vino donde me encontraba.

Era el sargento 1° de la compañía de Granaderos de mi cuerpo.

Mi primera palabra fue preguntarle de dónde provenía el desorden que notaba. Se arrojó sobre mí sin contestarme, porque la metralla seguía su curso.

Solamente no sé cómo nos escapamos.

Me sacó del lodazal y principió a correr llevándome medio a la rastra, pues yo sufría a punto de caer en un síncope.

Al fin, pudimos llegar a una pequeña eminencia que nos abrigaba.

¡Estábamos salvados!

Me sentó en el suelo, porque yo estaba sin fuerzas. Vuelto un poco en mí, eché la mirada a mi alrededor y vi la llanura cubierta de nuestros soldados en derrota, diezmados por la metralla y las balas de cañón.

—“¡Ah, Dios mío! Dije al sargento, ¿ésta es una derrota?”

—“¡Ay!, sí, mi mayor” (pues ese valiente soldado estaba tan triste como yo).

—“¡Eh! ¿Qué ha sucedido, pues?, exclamé.

—“A fe mía, no sé nada, mi mayor; pero oí tocar la retirada, y todos corrieron como yo. Eso es todo lo que sé. Pensemos, primeramente, en retirarnos de aquí, mi mayor, porque no hay nada bueno que esperar?”

Y seguí tranquilamente al sargento, a pesar de mis sufrimientos físicos a los cuales unía los morales.

Caminé así al campamento, al cual llegaba todo el ejército en desorden y diezmado por el cañón enemigo. No tardé en ser informado de todo lo que había ocurrido desde el momento que me había retirado.

Después del foso y de la empalizada que yo había pasado, se encuentra la altura llamada “El Morro”, cortada por un ancho foso que impedía llegar al puente levadizo, de todo lo cual estaba bien instruido cuando atacué.

Hay que creer que el jefe de las cuatro compañías de Granaderos que me había reemplazado no lo estaba; porque hubo vacilación y los gritos de victoria terminaron.

El enemigo se dio cuenta enseguida y el terror desapareció y cada uno volvió a su puesto cuando vieron que el vigor del ataque se había detenido por el obstáculo citado.

Recobraron valor y al llegar la luz del día, vieron nuestro ejército en confusión en “El Morro” e hicieron funcionar su artillería de manera espantosa, con más vigor que nunca.

Como sucede siempre en esto casos, la retirada fue tocada por lo que decían, no habiéndola ordenado ningún jefe, como se evidenció.

En fin, el resultado era que todo estaba perdido.

¡Cuánto sufría yo con estos relatos! Era entonces inútil que yo estuviera herido de muerte.

¡Qué situación la mía!

La prueba de la cual esperaba gloria, ascenso, todo estaba perdido. Estaba consumido... ¡Oh!, exclamé, si hubiera podido prever todo esto. A pesar de mi herida, tenía todavía bastantes fuerzas para saltar el canal, seguro de que los soldados me habrían seguido y Talcahuano sería nuestro.

“Inútiles quejas” —me contestó el general Brayer, que estaba a mi lado.

No lo había visto, pues a tal punto estaba preocupado de tan fatal resultado. El general me dijo:

“Mi querido amigo, consuélase, Ud. ha cumplido con su deber, y bien ha correspondido a la confianza que el general O’Higgins ha depositado en Ud. Su ataque ha sido brillante, y hemos creído un momento juntos que la plaza estaba tomada. Si aquel que lo reemplazó no cumplió con su deber, tanto peor para él y para mi, mi querido Beauchef. Según el giro de las opiniones, es en mí sobre quien caerá todo lo odioso de tan triste resultado, pues hemos perdido mucha gente”.

El valiente general Brayer parecía tan triste como yo.

Al hacerme conducir donde el cirujano mayor para colocar el primer aparato en mi herida, tuvo la bondad de acompañarme hasta allá.

En fin, el ejército se reunió en el campamento y guardó su posición todavía algunos días. Todos los heridos fueron conducidos al hospital de Concepción.

Había muchos y fui, pues, uno de ellos.

Lo que sufrí entonces en este trayecto a caballo es imposible describirlo. El calor era excesivo, grandes tábanos picaban el caballo que, para librarse de estos terribles insectos, se sacudía fuertemente y se paraba bruscamente para hacerlo más fácilmente, y yo encima sin poderlo gobernar ni aún guiar, con mi brazo quebrado.

Estuve a punto mil veces de echarme al suelo y expirar allí. Pero el amor propio, más fuerte aún que todos los dolores, me lo impidió.

Llegué a Concepción en un estado horroroso, devorado por una fiebre que me hizo perder el conocimiento y la sensación de mis dolores.

La tranquilidad, los cuidados que me prodigaron y la juventud triunfaron sobre la enfermedad.

Al cabo de quince días, estaba mejor.

El retiro era necesario.

Nuevas fuerzas llegaban a Talcahuano.

Debo decir que fui solicitado por el señor Lavandero (amigo que yo había hecho en Concepción) para ser llevado a su casa, donde toda su familia me cuidó particularmente y a la cual he guardado toda mi vida un perfecto agradecimiento.



Hacienda de Polpaico. Foto "La huella de Beauchef", Valdivia Film.

CAPITULO XIII

ÉXODO HACIA EL NORTE DE LOS PATRIOTAS DE CONCEPCIÓN

El ejército volvió a Concepción y la retirada fue ordenada, de la misma manera que la evacuación de todos los heridos y enfermos.

El valiente coronel Las Heras se encargó de mí, porque todos o casi todos los habitantes de la ciudad la abandonaban para sustraerse a la venganza española; los que no andaban con mano blanda para los patriotas que llamaban insurgentes, de modo que Concepción quedó desierta.

¡Qué triste presagio para los españoles! ¡Cuántas reflexiones esto trae consigo!

Los españoles continuaban siempre su marcha y no miraban de cerca. Les quedaban, sin embargo, algunos partidarios, pero en muy corto número y particularmente en la clase baja, de modo que la ciudad abandonada por los patriotas y antes que los españoles entraran en ella, era despojada, saqueada y medio incendiada. El coronel Rivera mandó entre treinta soldados y campesinos, dirigidos por un sargento, para acompañarme.

Arreglaron una cama portátil con varas para que yo fuese llevado en hombros, porque era imposible trasladarme de otra manera. Se ordenó a todos los heridos seguir el mismo camino de mi destacamento y así se juntó con nosotros una innumerable cantidad de mujeres y niños.

¡Qué triste espectáculo! ¡Nada era tan desgarrador, ni aun la suerte de los heridos!, que no era ciertamente agradable ver ni oír las maldiciones arrancadas por los dolores.

Caminamos lentamente hasta la ciudad de Talca, a ochenta leguas de Concepción, después de sufrimientos indecibles, y al cabo de 15 días llegamos allí.

Al pasar el Maule (río bastante caudaloso), muy cerca de Talca, rogué y supliqué que me arrojaran a la corriente, porque, a pesar de mi valor, estaba abatido, no sabiendo cómo pude resistir.

En una herida tan grave, con calores tan excesivos, ¡cómo la gangrena no se produjo? Porque me envenenaba yo mismo.

Creía fallecer cada instante y deseaba estar muerto con toda mi alma.

La providencia, sin embargo, había dispuesto de otra manera. Por lo que parece, mi hora no había llegado. El término del sufrimiento no había concluido, porque veinte años después todavía sufro la herida. Estamos en 1837.

En una palabra, llegamos a Talca.

Me alojaron en casa del señor Juan Esteban Castro, buena familia que me recibió como hijo y me prodigó toda clase de cuidados, tan bien, que al cabo de quince días estaba mucho mejor. Pero era preciso partir pronto y no querían dejarme caer en las manos de españoles, que me habrían masacrado sin piedad en mi calidad de francés.

El general Brayer me visitaba continuamente.

Estaba consumido por la pena.

Como lo había pensado, la desgracia sería atribuida a las circunstancias o a alguien, y era a él a quien se achacaba la derrota de Talcahuano.

Este buen General, que me quería con sinceridad, cometió la grave ligereza de decir, sin duda en un momento de impaciencia y cuando echaban sobre sus disposiciones amargas sátiras, que si yo no hubiera sido herido tan pronto, Talcahuano habría sido tomado.

Hirió así muchos amores propios y eso le acarreó muchos enemigos.

A Dios gracias, no los necesitaba.

Debo decir, por lo que me toca, que si no hubiera sido herido tan gravemente, no me habría detenido el segundo foso del "Morro" más que en el primero y la empalizada. Los soldados me habrían seguido y lo que hubiera resultado no lo sé a ciencia cierta.

Todo lo que puedo decir es que me faltaba un gran accidente para detenerme.

Había servido diez años bajo Napoleón; esta escuela valía bien otra; es mucho decir.

Fue preciso ponerse en camino.

El enemigo se acercaba con cuatro o cinco mil hombres.

El general Osorio había venido de Lima con una fuerte división que mandaba como jefe.

Anduvimos en el mismo orden: todos los heridos, mujeres y niños. Los sufrimientos volvieron a principiar con todo lo que ellos originan.

Once días después llegamos a las orillas del río Cachapoal, a una legua de Rancagua y a veinticinco de Santiago.

Ahí fuimos detenidos.

El general San Martín pasaba dicho río a la cabeza de su ejército e iba al encuentro de su adversario Osorio.

Mis angarillas fueron depositadas a la orilla del río mientras el ejército lo atravesaba. Pronto quedé rodeado de muchos oficiales y al primero que vi fue a mi ex comandante Necochea.

El General en jefe me hizo también su visita y tuvo la bondad de felicitarme sobre lo que llamaba mi sobresaliente conducta en el asalto de Talcahuano y me manifestó lo que sentía mi desgracia.

Le contesté que efectivamente había sido muy desgraciado, sin obtener ningún resultado, lo que mucho me afligía.

Me dirigió palabras consoladoras y me dijo que iba al encuentro de los españoles y que sería vengado; ¡triste consuelo para mí que no podía ya compartir su gloria!, lo que me causó gran impresión.

Los oficiales de todos los grados se sucedían al lado de mis parihuelas.

Recuerdo a mi amigo Juan Lavalle, capitán de los Granaderos a Caballo de San Martín, oficial distinguido, apasionado por su regimiento y deseoso de distinguirse. Después de manifestar sus sentimientos por el triste estado en que me veía, me dijo:

"Amigo, no digo *viles y despreciables* españoles (que llamaba murrangos) que si Dios bajara a la tierra y se pusiera de parte de ellos, no nos vencerían".

Tuve pronto una veintena de mis cadetes a mi alrededor que estaban en los Cazadores de Coquimbo y desfilaban en ese momento.

Esos jóvenes me querían mucho y se quedaron todos delante de mí en silencio. Me habían visto tan vigoroso y me hallaban un cadáver, sin fuerzas ni expresión en el rostro, porque estaba con una palidez mortal.

Les dirigí la palabra hablándoles de la hermosa carrera que se abría ante ellos y que esperaba verlos pronto a todos como oficiales; que la gloria que iban a adquirir refluiría sobre sus maestros; que era un desconuelo para mí no poder acompañarlos; que hubiera deseado darles ejemplo de valor y actividad; y, en fin, que estaba persuadido de que se portarían todos honrosamente y que defenderían valientemente su Patria.

Salieron todos haciendo votos por mi restablecimiento.

El ejército desfilaba siempre.

Cruzó el río por torrentes que tienen vados muy incómodos. Se componía más o menos de nueve mil hombres de todas las armas.

La caballería se hacía notar por su gallardía; tenía buenos caballos; la artillería ligera, compuesta de una treintena de piezas de 4, de batalla, era excelente también; todo esto me anunciaba una gran derrota para los españoles.

Sin embargo, no sucedió así.

A los pocos días, llegué a Santiago y fui llevado a mi anterior residencia en casa de las señoras Landa, de las cuales estoy muy agradecido por los desinteresados cuidados que tuvieron par conmigo.

CAPÍTULO XIV SORPRESA DE CANCHA RAYADA

Algunos días después de mi llegada a la capital, esperaba con impaciencia noticias del ejército, al que estaba confiada la suerte de la patria, y en el que descansaba la seguridad de los habitantes de Santiago, como la causa de la independencia.

De repente, llegó a Santiago el oficial Samaniego que había andado ochenta leguas en veinticuatro horas para anunciar la derrota completa del general San Martín.

No la creyeron, naturalmente; pero las noticias se repetían con rapidez.

El segundo personaje que se presentó al gobierno fue el ingeniero Santiago Arcos; no hubo más que creer.

El estupor llegó a su colmo.

En cuanto a mí, no entendía nada.

¡Cómo en tan pocos días, un ejército tan bizarro, tan entusiasta y mucho más fuerte, sin duda, que el que podían presentar los españoles, había sucumbido tan prontamente!

Yo no sabía qué conjeturas hacer; la reflexión las destruía todas.

Pronto supimos los detalles siguientes: el general San Martín había encontrado al ejército español, mandado por el general Osorio, al lado del Lontué, río y desfiladero muy difícil. Después de reconocerse mutuamente, Osorio se había colocado en retirada.

La crítica dice que el general San Martín tenía la ocasión favorable; pero que no supo aprovecharla.

Por lo demás, no hago sino repetir lo que decían entonces; yo no estaba ahí y a menudo los que se encuentran en las batallas se equivocan; habría que estar en el espíritu del que manda; la victoria es la que justifica las medidas del jefe.

La derrota es lo difícil de justificar.

La opinión del general Brayer, que no mandaba ya nada y cuyos consejos despreciaron los oficiales después de la desgracia de Talcahuano, era atacar. Pero no lo hicieron.

El general San Martín mandó al coronel Freire con un fuerte destacamento al otro lado del Lontué, cuando los españoles estaban en ese lado, para observarlos; pero éste fue cargado vigorosamente, y sin el buen caballo que montaba y que franqueó un alto muro llamado tapia, lo hubieran apresado.

San Martín seguía a su enemigo que se retiraba hacia Talca y lo perseguía con ahínco, demasiado, por lo que se dice todavía.

Fue a pasar por la llanura de Cancha Rayada, llanura inmensa de cuatro leguas de extensión. El General se acercó mucho al enemigo que tenía a la espalda del gran río Maule, y sin medios de atravesarlo con presteza para evitar a su enemigo.

Los españoles se hallaban en una situación desesperada. La distancia que separaba los dos ejércitos era de una legua. El General llegó tarde a la posición que quería ocupar y en la noche formó, con un poco de desorden, la línea de batalla.

Ordóñez, oficial general distinguido de ingenieros, dio a conocer a Osorio la crítica posición en que se encontraba su ejército y le propuso ponerse a la cabeza de una fuerte columna de tropas escogidas y cuatro piezas de artillería, e ir al instante mismo a atacar al ejército patriota.

Éstos habían despreciado tomar todas las precauciones que exigía el caso, desestimando imprudentemente las opiniones del general Brayer.

Entre las veintitrés y las veinticuatro horas, el centro de la línea de batalla del general San Martín fue atacada vigorosamente.

Ordóñez estaba ya sobre el ejército patriota cuando se dieron cuenta: de aquí resultó una derrota completa que aumentaba la oscuridad de la noche, de modo que la artillería, bagajes, etc., cayeron en poder de los españoles.

El coronel Las Heras, que mandaba el ala derecha, se retiró en orden.

El coronel Blanco Encalada salvó también las piezas de artillería que mandaba.

Si el general Osorio hubiera estado bien instruido como Ordóñez, que le pedía caballería para perseguir su triunfo, no se sabe lo que hubiera llegado a ser el ejército del general San Martín, y tal vez la independencia de Chile y del Perú; pero Osorio se hizo el sordo.

Tal vez obraron los celos en ese rechazo.

CAPÍTULO XV

CONCENTRACIÓN DE LAS FUERZAS PATRIOTAS EN EL LLANO DE MAIPO
Y BATALLA DE MAIPÚ

En lugar de perseguir al enemigo, Osorio se entretuvo recogiendo sus despojos. Los patriotas habían perdido pocos hombres.

La mayor parte de las pérdidas consistía en botín y veintidós piezas de artillería. San Martín se retiró lo más pronto posible, sin detenerse más que el tiempo necesario para dar descanso a los hombres y a los caballos.

Llegó al llano de Maipo, dejó atrás este caudaloso río y se detuvo a seis leguas de Santiago y tomó posesión de las casas de Lo Espejo. El valiente coronel Las Heras con su división se reunió con él, lo mismo que el coronel de artillería Blanco Encalada y muy pronto todo su ejército.

Osorio, sin duda, satisfecho de haber derrotado a su enemigo, perdió como quince días, que San Martín supo aprovechar.

El abatimiento en que estaba la capital fue en poco tiempo reemplazando por una asombrosa energía en cuanto pudieron recobrase.

Los españoles no avanzaban.

Todos los recursos de Santiago se prodigaron al general San Martín, que no perdía su tiempo. Su ejército fue reorganizado prontamente. Se debió mucho al entusiasmo del valiente Manuel Rodríguez, hombre distinguido, astuto y emprendedor que, como buen patriota, había servido mucho al general San Martín, ayudándole a engañar al ejército español cuando aquél debía atravesar la cordillera.

En el llano de Maipo había reunido una inmensa cantidad de gaucos a caballo.

El ejército español, después de pasar tranquilamente el Maipo sin ser molestado por el enemigo, se presentó arrogante por el éxito de Cancha Rayada, el 5 de abril de 1818, en el hermoso llano de Maipú, en el cual fue completamente derrotado.

Solamente el general Osorio y algunos jinetes escaparon a los vendedores.

El valiente Ordóñez quedó prisionero.

La noticia de la batalla fue muy pronto conocida en Santiago.

Estaban sus habitantes tan cerca y tenían muchos hombres a caballo, la llanura también estaba protegida, lo que, sin duda, contribuyó no poco a menoscabar la moral de los españoles.

Describir la alegría de los habitantes de Santiago, los inmensos resultados de esta batalla, etc., está reservado a la historia y a hábiles escritores.

Diré solamente que millares de familias fueron preservadas de una ruina total. Había ya una gran cantidad de las más comprometidas que se disponía a atravesar la cordillera y estaban ya muy lejos, y con razón, al saber el triste resultado de la acción de Cancha Rayada.

CAPÍTULO XVI
ESTADO DE MI SALUD

En cuanto a mí, tendido en mi lecho de muerte, estaba casi insensible; apenas tenía fuerza siquiera para tener algún deseo.

Había sido abandonado por los médicos.

La cuadrilla de Esculapio se había fugado también

Los señores Arlegui, sobrinos del obispo Rodríguez Zorrilla, me ofrecieron, si los españoles eran vencedores, llevarme a su casa, pues allí estaría al abrigo de insultos y de venganzas.

“A fe mía –les contesté–, si los enemigos acaban conmigo, me harían un gran servicio”.

Me dejaron.

Con la victoria, los médicos reaparecieron. Era tiempo; pues yo mismo me corrompía; la supuración de mi herida putrefacta era inmensa; la gangrena podía seguir; una fiebre hética me consumía.

Me encontraba en un estado de flacura espantoso; los huesos me rompían la piel por todas partes; todo mi cuerpo, en poco tiempo, no sería más que una llaga.

Sin embargo, la victoria de Maipú y la alegría general, me reanimaban un poco; a pesar de eso estaba en el último extremo de la enfermedad, a tal punto que los médicos (seis) entre sí convinieron de reunirse en junta. Resultó de sus muy discutidas observaciones, que podría vivir todavía tres días.

La buena mujer que me cuidaba, criada esclava de las señoras Landa, queriendo velar por mi alma, creyó de su deber advertirme, según, me dijo, para ponerme bien con Dios, que no me quedaban más que tres días de vida y que era preciso emplearlos con un sacerdote y que ella iba a decir a sus amas que mandaran uno inmediatamente; lo que así se hizo.

Ya que mi fin estaba tan próximo, quise reunir a todos mis amigos y compatriotas que formaban parte del ejército, tales como los hijos del célebre almirante Bruix, Alexis⁵⁸ y Eustaquio⁵⁹; Viel⁶⁰; Brandsen⁶¹, Bacler d’Albe, Giroux⁶²; Gola⁶³; Cramer, etc.; todos ex oficiales del Gran Ejército.

⁵⁸ Alexis Vital Joseph Bruix (1795-1826). Después de la Escuela Militar, sirve como secretario de Napoleón, combate en Rusia (1812), subteniente de caballería en 1813, teniente en 1814 y llega a Chile con Viel en 1817. Coronel de los granaderos a caballo, en Perú, muere en Lima en 1826.

⁵⁹ Eustache Augustin Bruix. Después de la Escuela Militar, sirve como subteniente de caballería en 1814 y combate en Bélgica en 1815. Llegado con su hermano a Chile, encuentra la muerte en un combate cerca de Los Ángeles el 19 de enero de 1819.

⁶⁰ Benjamín Viel (1787-1868). Húsar en 1801, cabo a Austerlitz (1805), subteniente en España (1808), teniente en Rusia (1812), capitán en Waterloo (1815), llega a Chile en 1817, coronel en 1822, general en 1847, muere en Santiago.

⁶¹ Frederic Philippe Brandsen (1785-1827). Subteniente en Italia en 1811, teniente en 1813, sirve en el Estado Mayor de Napoleón, capitán en 1814 después de servir en Sajonia y Francia. Llega a América con Viel y sirve en Chile, Perú y Argentina donde muere como coronel en la batalla de Chascomus en 1827.

⁶² Eugene Giroux (1794-1860). Subteniente de artillería en 1811, de infantería en 1813, preso en Leipzig (1813), sirve en 1815 y llega a América en 1817. Sirve en Chile y en Perú donde reside en 1860.

⁶³ Gola, capitán de Piamonte, sirve en la caballería imperial de 1805 a 1815 en el regimiento 26 de cazadores a caballo y llega a Chile con Viel en 1817.

Con este objetivo hice poner en el gran departamento que ocupaba, una gran mesa bien servida y, sobre todo, muchas botellas de buenos vinos, champaña, burdeos, etc., y todos mis amigos fueron avisados.

Llegaron contritos al lado de mi lecho de muerte, lamentándose de verme en tan mísero estado, ya que yo era casi un cadáver.

Les dije, en voz tan alta como pude – mi voz estaba casi apagada– que; Puesto que me quedaban tan pocos instantes de vida, quería irme alegremente al otro mundo. Que se sentaran a la mesa a comer bien, especialmente a beber mejor, y que todos me proporcionaran un inmenso placer.

A fe mía, cumplieron tan bien que, a la hora, no me entendían.

Saltaban tan alto alrededor de mi cama que parecía que la casa estaba derrumbándose. Había encima de mi pieza una tienda de lona que se vino abajo. Los destrozos de esta alegría alcanzaron a doscientos pesos.

Giroux, hijo del ordenador, capitán de artillería, tomó una botella de la Rose⁶⁴, me abrió la boca y me la vació entera. No opuse resistencia, de modo que al cabo de unos minutos estaba al unísono con ellos, es decir, enteramente achispado, como era natural.

Principié a repetir en coro, tanto como mi débil voz me lo permitía, lo que mis compañeros cantaban. Al fin, terminada la bacanal, todos se fueron. Después de once meses que yo estaba en cama sin conciliar el sueño, dormí doce horas seguidas sin despertar. Al día siguiente, el primero que apareció en mi cuarto fue el capitán de los Granaderos a Caballo de San Martín. Gola, piamontés de nacionalidad, y que entre nosotros era considerado como francés, porque había servido diez años en el ejército nuestro.

Había sido capitán en el 26° de Cazadores a Caballo.

Tan luego como abrió la puerta de mi pieza, estiró la cabeza por el lado de mi cama donde creía hallarme muerto.

Lo llamé al instante.

Se dirigió a mí muy asombrado.

“Pues bien, capitán –le dije–, he pasado una noche extraordinaria y me siento fortalecido por ese benéfico sueño”.

“A fe mía, mayor –me dijo–, yo lo creía muerto después de la locura que cometió con Ud. el capitán Giroux”.

Le respondí:

“Trate de levantarme de esta cama de muerte y déjeme donde pueda. Es absolutamente necesario que cambie todo; me parece que debo vivir”.

El Capitán me levantó entre sus brazos como una pluma; pero tan luego como me puso sobre mis pies, me sentí mal. Me tendió encima de un sofá y me repuse pronto.

Le dije que fuera a buscar buen vino, lo que hizo, y me trajo pejerreyes fritos.

Chupé dos o tres y tragué un gran vaso de vino.

Durante ese tiempo habían cambiado toda mi cama.

⁶⁴ Probablemente un vino rosado.

El capitán me acostó al cabo de una hora. Me quedé dormido profundamente; así pues seguí mi método sin decirle nada al médico, que estaba muy asombrado de los progresos de mi salud.

Al cabo de veinticinco días me paseaba en las calles.

Hay que creer que la medicina se equivoca a veces; esta debilidad, esta abundante supuración, el opio que me daban ya en gran cantidad para darme un poco de tranquilidad, esa dieta severa, en fin, todo ese sistema, me habría llevado a la tumba sin la feliz idea del capitán Giroux.

He contado todo esto pensando que pueda ser de utilidad, aunque lo que me salvó pudiera ciertamente matar a otro.

Tenía entonces treinta años.

Era robusto y de buena constitución.

CAPÍTULO XVII

EL GENERAL SAN MARTÍN SE DIRIGE A BUENOS AIRES Y OSORIO AL PERÚ.

EL ALMIRANTE BLANCO ENCALADA CAPTURA LA FRAGATA *MARÍA ISABEL*.

SÁNCHEZ ORGANIZA EL EJÉRCITO REALISTA

Después de la batalla de Maipú, que fue una de las más completas de la independencia americana, el general San Martín partió a Buenos Aires para recibir los elogios que merecía su brillante empresa y acordar con el gobierno otra empresa más vasta todavía, la de dar libertad al Perú, como acababa de obtener por su triunfo la de Chile.

Osorio se marchó a Lima sin detenerse, porque el miedo que tuvo fue muy grande. Una cuarentena de jinetes lo acompañaron hasta Talcahuano. Los guasos lo persiguieron sin descanso y le arrebataron varios hombres con lazo o boleadoras; todos los que se quedaban un poco atrás, o aquellos cuyos caballos se cansaban, estaban perdidos.

Se embarcó inmediatamente para el Perú y dejó el mando al general Sánchez, hombre activo y tenaz. Reunió los fugitivos y organizó las milicias del país.

Me parece que el general San Martín debiera haberlos hecho perseguir y no dejar a los españoles el tiempo de reorganizarse.

Fue una culpa que, como se verá, prolongó la guerra más de tres años.

Ordóñez fue hecho prisionero. Se debe considerar a este oficial general como uno de los mejores que España envió a América. En el momento de su partida de Santiago para la Punta de San Luis, le envié un buen caballo bien ensillado, aun cuando no le conocía, ni tenía aún el placer de tratarle.

A su salida, ya estaba muy enfermo.

El general Sánchez, al fin de tres o cuatro meses, había formado un nuevo ejército en la provincia de Concepción que, por decirlo así, los patriotas habían consentido. Además, sabían que debía llegar de España una nueva expedición marítima.

El señor Manuel Blanco Encalada fue nombrado almirante de las fuerzas navales que había organizado el gobierno de Chile, ayudado de los americanos del Norte y de un gran número de oficiales de la marina inglesa y francesa.

El almirante Blanco recibió orden de ir a recorrer en todas direcciones con su escuadrilla el puerto de Talcahuano. A su llegada, la fragata de 44 cañones *María Isabel* y varios transportes ya habían entrado a este puerto.

El Almirante no vaciló; resolvió inmediatamente atacar a la fragata fondeada en el puerto y tuvo éxito forzando los puestos.

El momento era oportuno; la mayor parte de su tripulación, lo mismo que el comandante y muchos oficiales, estaban en tierra, divirtiéndose; todo se ignoraba a bordo de la escuadra española. Fue, por consiguiente, un brillante éxito para el nuevo almirante.

Algunos transportes que no habían entrado al puerto cayeron también en su poder, con algunas tropas.

Dos embarcaciones con tropas se sublevaron a la altura de Buenos Aires.

Los soldados obligaron a sus jefes a entrar al puerto y se entregaron a las autoridades del país.

CAPÍTULO XVIII

SÁNCHEZ SE PROPONE AVANZAR HACIA TALCA

Entre tanto, a pesar de todos esos desastres, el general Sánchez no se desanimó.

Las tropas que traía la *María Isabel* estaban en tierra, así como las de algunos transportes. Formó pronto un ejército de 3.500 hombres bien organizados y bien equipados.

Fue entonces necesario que Chile se pusiera en campaña para oponerse a Sánchez, que avanzaba hacia la provincia y ciudad de Talca. El coronel Freire fue nombrado para dirigirla, lo que me determinó a hacer la campaña, aunque mi herida estaba abierta todavía y sufría dolores de reumatismo.

Pensaba que la vida activa terminaría por restablecerme.

Como mi regimiento había sido designado para la campaña, y el coronel Rivera estaba enfermo, me ofrecí para comandarlo, lo que se aceptó.

Los cuerpos que formaban este pequeño ejército eran los N^{os} 1^o del Chile, 1^o y 3^o de Coquimbo, los Cazadores de los Andes y Granaderos a Caballo de San Martín y una brigada de artillería.

El total formaba 3.500 a 4.000 hombres bien equipados.

Partí de Santiago donde se encontraba mi regimiento, pero al llegar a Rancagua fui obligado a detenerme, porque mis dolores de reumatismo me atormentaban horriblemente. El Coronel llegó y siguió con el regimiento.

Tan luego como me restablecí, lo que no demoró, me uní al ejército que encontré acampado cerca de tres leguas de distancia del paso y río llamado el Laja.

CAPÍTULO XIX

BALCARCE TOMA EL MANDO DEL EJÉRCITO DEL SUR

En lugar de encontrar al coronel Freire en el comando del ejército, hallé al general Balcarce, que yo no conocía, lo que me causó despecho.

Yo era conocido ya por Freire. Este podía colocarme en situación de distinguirme por alguna comisión digna de estimación, o por una acción brillante.

No era lo mismo con el otro que venía de Buenos Aires y no me conocía.

Después de Talcahuano, Freire me había manifestado afecto.

Al día siguiente de mi llegada, el general Balcarce fue avisado por sus espías de que sería fácil, caminando toda la noche, sorprender al general Sánchez y una porción de su ejército, porque la mayor parte ya había atravesado el río Laja. Los campesinos espías decían que sabían con certeza donde se encontraba el general Sánchez con pocas fuerzas y sin mucha precaución, debido a que el ejército patriota hasta entonces no lo había atacado.

Decían que le temía. Tenía muchos motivos para pensarlo; cuando se detenía, su enemigo también se paraba. No se había disparado un balazo durante treinta leguas de retirada.

El general Balcarce me mandó llamar, lo mismo que al mayor Viel, con un escuadrón de Granaderos a Caballo de su regimiento, y yo con las cuatro compañías de los Granaderos de los cuatro batallones.

En el momento que las tropas estuvieran listas, nos daría las instrucciones.

Nos retiramos Viel y yo, dando gracias a Dios, a hacer nuestros preparativos, pues no queríamos demorarnos lo más mínimo.

Pero, ¡ay!, en pocos instantes la orden fue suspendida. Supimos que el coronel Escalada, de los Granaderos y el coronel Alvarado, que mandaba los Cazadores de los Andes, habían ido a reclamar al General el honor de atacar al enemigo cada uno con su regimiento, emulación ciertamente digna de elogio, pero desgraciadamente no sucedió ningún hecho.

Continuamos siguiendo al enemigo, que paso el terrible paso del Laja sin ser acosado, molestado ni por un disparo.

El general Sánchez seguía su retirada hacia la ciudad de Los Ángeles y nosotros detrás sin hacer nada. Evacuó esta ciudad y seguimos tras él. El general Sánchez se dirigió a la fortaleza de Nacimiento, que estaba más al sur del gran río Bío Bío, para atravesarlo.

Era la mejor ocasión para aniquilarlo, y todos esperábamos que era ahí donde el general Balcarce quería dejarse caer encima; pero cual sería nuestra sorpresa al ver que permanecíamos tranquilamente en la ciudad, mientras el enemigo atravesaba el río; no se le inquietó sino por el mayor Viel que, con más o menos treinta o cuarenta granaderos, cayó como un desesperado sobre un escuadrón de lanceros que protegía la retirada.

Estaba colocado en una altura, mientras el ejército de Sánchez pasaba el río en balsas, en una sola embarcación menor que servía para la comunicación del fuerte; el escuadrón fue derribado por el grueso del ejército, y el mayor Viel

obligado a no salir de ahí, pidiendo a grito herido al general Balcarce algunas compañías de infantería y diciendo que respondía, si llegaban prontamente, que ningún español pasaría al otro lado.

Ninguno de nosotros se movió.

Nos quedamos en Los Ángeles tres días, durante los cuales el enemigo supo aprovechar su tiempo para pasar el terrible río, ¡y con qué medios! En cuatro o cinco balsas y en una chalupa, es decir, que podían transportar en cada viaje sesenta o setenta hombres.

CAPÍTULO XX

PERSECUCIÓN DEL EJÉRCITO DE SÁNCHEZ SOLAMENTE

POR EL CAPITÁN ALEJO BRUIX CON UNA PARTE DE LOS GRANADEROS

Al fin, una parte de los granaderos a caballo llegó al terreno cuando no había que transportar sino las desgraciadas familias chilenas que seguían a los españoles y su partido, las que nunca faltaban, por la fuerza de la costumbre.

El fuerte disparaba sus cañones sobre los granaderos, mientras que éstos trataban de salvar esas familias que estaban en una pequeña isla que formaba un brazo del río.

Había mujeres gravemente heridas por las balas de los cañones y metralletas que enviaban esos bárbaros.

El capitán Alejo Bruix mandaba esos granaderos.

Su hermano Eustaquio lo siguió en el paso de ese brazo del río. Como estaba muy mal montado y podía ser arrebatado por la corriente, su hermano lo hizo volver y montar un caballo mejor. Al volverse, este desgraciado joven recibió una herida mortal de una bala de cañón de cuatro que le voló parte del abdomen y murió tres o cuatro horas después.

Fue llevado a Los Ángeles y vino a expirar en mi lecho, porque estábamos todavía allí.

Yo lo había reclamado.

Este infortunado joven no había recibido todavía su diploma de Buenos Aires, el que llegó algunos días después de su muerte que fue la de un valiente.

Sus últimas palabras fueron para Napoleón y la independencia de América del Sur.

Su hermano Alejo murió algunos años después de una caída de cabriolé en Lima, siendo coronel de los granaderos a caballo.

De esta manera se extinguió el linaje del famoso almirante Bruix que, para desgracia de la marina francesa y para Napoleón, murió joven, muy temprano.

El Emperador había tomado bajo su protección a estos niños y les había hecho dar una educación completamente militar.

A su caída buscaron fortuna.

Obrando como tantos otros, vinieron a combatir por la hermosa causa de la independencia de América del Sur.

Alejo había sido paje, enseguida oficial en la Guardia Imperial y barón.

Eustaquio servía en un regimiento de cazadores a caballo de la ligne.

Le hicimos los honores de la guerra.

Su cuerpo reposa en la iglesia de Los Ángeles.

Su hermano estuvo inconsolable por su pérdida y buscó con frecuencia la ocasión de hacerse quitar la vida.

La muerte lo libraba en las batallas hasta que murió aplastado por un vehículo.

¡Qué fatalidad!

Eran dos brillantes jóvenes, llenos de ardimiento, dignos de mejor suerte.

Fueron muy lamentados.

Todavía se habla de ellos con entusiasmo.

En cuanto a mí, los quería como hermanos, ¡cómo uno quiere en el ejército!

CAPÍTULO XXI

MALA DIRECCIÓN EN LA PERSECUCIÓN DE SÁNCHEZ

En fin, salimos de Los Ángeles y llegamos a las encantadoras orillas del Bío Bío.

El enemigo estaba formado en dos columnas apretadas al otro lado del río y hacían tocar marchas a sus soberbios músicos como para burlarse de nosotros y parecían decirnos:

“Ahora tenemos terreno; Ud. nos han dejado librarnos de una buena”.

Los que lean esta relación verán que el general Balcarce, tenía una rara manera de hacer la guerra, porque en el Laja como en el Bío Bío la destrucción del enemigo era inevitable.

A mí no me toca explicar esta conducta; pero hay que creer que la política se metía por algo; porque su conducta era demasiado ridícula.

La historia dirá lo que le corresponde.

Al General de repente se le antojaba ordenar una marcha nocturna para engañar al enemigo y no ponía atención en nosotros. A veces debíamos ir a atravesar el Bío Bío cuatro leguas más debajo de lo que había pasado el enemigo, lo que se efectuó muchas veces.

Puedo asegurar que nunca uno vio de 3 a 4.000 hombres en mayor confusión.

Comprometidos una noche oscura en esa vastas llanuras cubiertas de matorrales, sin un camino, los batallones se mezclaron, los mulares de carga se perdieron y los gritos de los animales y los de los arrieros que los conducían, todo eso, formó un vocerío de lo más indescriptible, Además, era curioso ver la confusión de nuestro Mayor General que quería engañar al enemigo con su marcha nocturna dejándolo ignorante del lugar en que el ejército pasaba el río, de lo que se inquietaba muy poco.

Era muy fácil ver que no quería esperarnos y nosotros mucho menos atacarlo.

De su retirada de los alrededores de Talca al Bío Bío, había más de sesenta leguas. No habían faltado sitios favorables para hacerlo; no había ni el último cabo que no lo supiera.

El señor Juan de la Paz del Castillo (colombiano) se había introducido, no sé cómo, al lado del general San Martín, quien con su ojo de águila conocía la gente; lo que hay de cierto es que el Mayor General nunca estuvo mejor adaptado a su General y el ayudante a su Mayor General. Era prusiano; pasó toda una noche risible, corriendo de un lado para otro, y el objeto de tantas fatigas era hacer callar las mulas de parte de su General que estaba afligiéndose al ver que su ridículo movimiento podía ser descubierto por el enemigo.

¡Cuántas inquietudes! ¡Tanto mal humor le causaron esas malditas mulas, a pesar de las reiteradas órdenes del pobre ayudante prusiano que obraba lo mejor posible para que objeto de tan elevada concepción militar fuera coronado por un gran éxito!

En fin, a los primeros rayos del sol llegamos todos en desorden. Hacía un frío del demonio a las orillas de este río. A fe mía, tomé una resolución.

Llegaban cañones arrastrados por bueyes; estos pobres animales estaban tan cansados que todos se echaron en la hierba con sus piezas detrás.

Elegí uno que me parecía buen compañero para camarada de lecho, es decir, me acosté encima.

El suave calor reanimó el mío y dormí un buen sueño.

Fue preciso despertar para ponerse en disposición y hacer frente al río, porque en cuanto a enemigos, no había más que mantequilla, como dicen los soldados.

Nuestro Mayor General se daba, en verdad, un movimiento diabólico poniendo y sacando sus avanzadas y vanguardias par evitar toda sorpresa que, como uno lo sabe, son peligrosas.

Jamás un guerrero trabajó tanto por la seguridad de su ejército. Tanto hizo que pasamos el río sin que nadie nos preguntara adónde íbamos, lo que es muy grato en la guerra; pero lo que no fue de ninguna manera cómodo, fue la lluvia que se presentó en forma torrencial durante toda la noche que siguió a nuestro paso del río efectuado sin disparar un tiro.

Al día siguiente, marchamos sobre el fuerte de Nacimiento, al cual el enemigo había tenido la ruindad de incendiar al marcharse, pero el capitán Bruix con sus granaderos llegó a tiempo para apagarlo. En toda la campaña no vimos más que aquel fuego. Encontraron en el fuerte mucho papel y tabaco para el consumo de los fumadores de cigarrillos y de este modo terminó la campaña de 1819.

Los cirujanos tuvieron poca labor y los soldados fumaron mucho.

Sin embargo, hay que decir que se hizo el enemigo.

Pues bien, el general Sánchez con una fuerte columna marchó, atravesando la tierra de los indios, hacia la fortaleza de Valdivia y otra columna se dejó a éstos para hacer la guerra de guerrilla y destruir la hermosa provincia de Concepción.

CAPÍTULO XXII

BALCARCE VUELVE A SANTIAGO CREYENDO EN LA DERROTA DEL ENEMIGO.
FREIRE ES NOMBRADO INTENDENTE DE CONCEPCIÓN

El general Balcarce se volvió a Santiago con todos los laureles diciendo al general O'Higgins, que ocupaba la primera magistratura, que el enemigo estaba destruido.

Conducía consigo la mayor parte de las tropas.

El coronel Freire fue nombrado intendente de la provincia; por consiguiente, encargado del cuidado y de su conservación con muy pocas tropas, pero su valentía y sus conocimientos locales llenaron lo que faltaba.

El bandido Benavides le hizo una guerra atroz.

A principios de 1820, el almirante lord Cochrane entró al puerto de Talcahuano con la fragata de guerra *María Isabel*, el bergantín *Congreso* y la goleta *Montezuma*. Acababa de reconocer el puerto de Valdivia.

Al llegar, había izado la bandera española en el momento de ser reconocido. El jefe de la guarnición de la fortaleza envió a bordo dos oficiales y tres o cuatro soldados con toda confianza, sin más precauciones, porque había reconocido el pabellón español.

Cuando estos individuos reconocieron su error, ya no era tiempo.

El Almirante los hizo subir a bordo y los trajo consigo a Concepción. Un cabo español de la guarnición de Valdivia dio al noble Lord todos los detalles posibles acerca del estado de la plaza, y éste concibió al momento la idea de apoderarse de ella por un golpe audaz.

Con este objeto pidió al coronel Freire trescientos hombres escogidos de los batallones de infantería que se encontraban en Concepción, los números 1 y 3, y especialmente un oficial capaz de secundarlo.

Explicó al coronel Freire su plan; pero era preciso realizarlo inmediatamente sin comunicarlo al gobierno.

Freire, tomó la responsabilidad de confiarle doscientos cincuenta hombres que reunían las condiciones fijadas por el noble Lord.

Éste tenía necesidad de rehabilitar su crédito que había quedado comprometido por el fracaso frente al Callao de sus cohetes a la Congreve, cuyos grandes resultados había prometido y que no sirvieron más que para estropear a varias personas, lo que había dado lugar a la crítica más amarga tanto entre los patriotas como entre los españoles.

El entusiasmo de Chile cuando tomó el mando de la escuadra se había menoscabado.

Así, pues, era necesaria una acción brillante que lo pusiera en situación de conservar su primera influencia.



Hacienda de Polpaico. Foto "La huella de Beauchef", Valdivia Film.

CAPÍTULO XXIII

LORD COCHRANE TOMA LA FORTALEZA DE VALDIVIA

De acuerdo con el Lord, Freire me propuso para mandar el destacamento.

Tuvo entonces la bondad de hacer elogios de mi, siendo garante de mi valentía y capacidad militar.

Me llamaron a la Intendencia.

Ahí fue donde tuve el honor de conocer por vez primera al noble Lord.

Freire le dijo que yo era francés, y además soldado de Napoleón.

Con este pretexto, me colmó de adhesiones y alabanzas, me habló mucho del valor de los soldados franceses, de mis campañas bajo Napoleón y me llamó su amigo, etc.

Entramos en materia.

Me explicaron todo el proyecto.

Recibí orden del coronel Freire de ir a los dos cuarteles, reunir los batallones y escoger doscientos cincuenta hombres, comprendiendo las dos compañías de granaderos, lo que cumplí en el acto. Yo conocía los soldados de los dos cuerpos; eran todos buenos.

Los preparativos no demoraron y partimos de Concepción para Talcahuano, a tres leguas de distancia. Nadie sabía nuestra destinación; no se divulgó sino después de estar embarcados. Llegado a Talcahuano, el destacamento fue embarcado inmediatamente a bordo de la fragata y nos dimos a la vela con viento contrario.

El Almirante pensaba poder salir dando bordadas. Pero se trabajaba mucho y se avanzaba apenas.

Al anochecer, sintiéndose muy fatigado, el Almirante dejó el puente y se fue a descansar, dejando el comando a su lugarteniente; éste hizo otro tanto.

En resumen, entre tres y cuatro de la mañana sentí una terrible sacudida y los chirridos de los perroquetes mezclados a los gritos de los marineros.

Salté de mi cama y fui al puente.

El Almirante llegaba al mismo tiempo que yo en medio de esta confusión. Ordenó silencio y que cada uno tomara su lugar, lo que fue obedecido en un abrir y cerrar de ojos, pues todos los marinos y soldados respetaban mucho al noble Lord y tenían la mayor confianza en él.

La fragata se hallaba atajada en la isla de la Quiriquina. El bauprés había chocado contra una roca y los perroquetes volaban como diablos.

El Almirante, con la mayor sangre fría, daba sus órdenes que eran cumplidas rigurosamente con tranquila puntualidad y sin la menor confusión. En poco tiempo, la fragata fue puesta a flote.

Felizmente se había atascado en un pequeño banco de arena que se hallaba ente las rocas y, a pesar de eso, vimos el mar cubierto de tablas. Todo el forro de la quilla había volado en astillas; se reconoció que hacía 7 a 8 pulgadas de agua en la hora.

El Almirante me mandó a llamar y me preguntó si tenía el valor para continuar el viaje. Le contesté que estaba a sus órdenes hasta la muerte.

Me miró sonriendo y me dijo, estrechándome la mano:

“Querido amigo, no dudaba de su valor, sé que a los franceses nunca les falta, pero la fragata hace mucho agua y necesito para continuar nuestra empresa toda su gente en las bombas, porque sería muy cruel para mí quedarme aquí”.

Le respondí que mi tropa y yo estábamos enteramente a sus órdenes. Me anunció que se establecerían cuatro bombas y que había que trabajar noche y día.

Al momento los soldados fueron distribuidos para este servicio y proseguimos con resolución.

El tiempo nos favoreció.

Al cabo de cuatro días estábamos a treinta millas del puerto.

El Almirante mandó indicar al bergantín y a la goleta que se unieran a nosotros y me ordenó que preparara la tropa para embarcarnos todos a bordo de una de las pequeñas embarcaciones, lo que así se efectuó. El Almirante me llevó consigo en la goleta y me declaró que dejaba la fragata detrás de nosotros por ser conocida y daría la alarma.

Yo debía acercarme lo más posible de la Aguada del Inglés con el pabellón español, ganar tiempo y reconocer sobre poco más o menos el sitio más favorable para nuestro desembarco, que se efectuaría entre este lugar y el “Morro González”.

Teníamos a la vista el plano de la fortificación en escala bastante grande.

A las 4 y media horas llegamos a la entrada del puerto.

La fragata tenía orden de no aparecer hasta el día siguiente. Nos acercábamos francamente con el pabellón español hasta poder hacernos oír de viva voz con la batería de la Aguada. Nos llamaron con la bocina; nos preguntaron quiénes éramos y de dónde veníamos.

El Almirante mandó contestar:

“Españoles que vienen de Cádiz en buques del Rey”.

Nos contestaron que pusieramos inmediatamente un bote en el mar.

Esta vez los españoles no parecían querer dejarse engañar.

Al mismo tiempo, salió un destacamento de la Aguada de 70 a 80 hombres para defender la playa. Habíamos escondido nuestros hombres cuanto más podíamos; nos quedaba muy poca gente en el puente de las dos pequeñas embarcaciones.

Pedían siempre que echáramos un bote al mar. Les contestábamos que nos enviaran un piloto, porque no éramos prácticos, etc.

El Almirante me decía:

“¿No nos estarán reconociendo? ¿Desconfiarán de nosotros? Tengo deseos de entrar directamente en el puerto y de desembarcar en la fortaleza de Corral, porque se puede anclar muy cerca de tierra. Antes que se repongan de la sorpresa, los habremos aplastado”.

Contesté al Almirante que por lo que les había ocurrido en días pasados estarían alertas y que corríamos muchos riesgos; también le observé que había mucho movimiento de las baterías y que entrar en el puerto sería arriesgar nuestra existencia y que el éxito del desembarco quedaría a la casualidad.

No había terminado mis observaciones cuando los españoles de la Aguada nos enviaron un cañonazo de 24: la bala atravesó al bergantín y nos derribó siete hombres.

Al momento el Almirante cambió de rumbo y dio señales de desembarco, con gran alegría de los soldados, que se sofocaban estando unos sobre otros.

Además de mis doscientos cincuenta hombres había sesenta soldados de marina a las órdenes del mayor Miller; los más listos fueron los primeros en saltar a las embarcaciones que se iban poniendo sucesivamente en el mar.

Teníamos a bordo de la goleta una pieza de 18, de apoyo, mientras el mayor Miller avanzaba hacia la playa con sus sesenta soldados marineros.

El Almirante enviaba balas al destacamento español que había salido de la fortificación y hacía volar tasquiles de las rocas. Lo que de ningún modo los entretenía. Entretanto, ellos hicieron una descarga contra la embarcación de Miller sin herir a nadie.

El mayor quedó con su sombrero atravesado por una bala.

Salí con la última embarcación, y ello fue hecho en menos de lo que canta un gallo. Hice notar al Almirante que había mucha gente en la Aguada y que si tenía la fortuna, con la oscuridad de la noche, de forzar el primer punto, los conduciría a paso de carga hasta Corral; me estrechó la mano y partí.

Los cañonazos de la goleta habían barrido la playa y desembarcamos sin el menor obstáculo.

El cabo español me servía de guía.

Inmediatamente en tierra, formé mi división para ponerla en marcha.

Me hice preceder por ocho hombres para explorar entre las rocas. Iban mandados por Vidal⁶⁵, un oficial de marina, joven de alma noble; y mandé romper la marcha hacia la Aguada comunicando al mayor Miller que yo había advertido al Lord sobre la gran cantidad de gente que había visto en la Aguada.

El oficial Vidal tenía orden de no perder de vista la cabeza de mi columna y de no adelantarse más de quince o veinte pasos. Yo tenía al guía a mi lado, al cual se había prometido una buena recompensa si la empresa tendría favorable resultado. No obstante, no lo perdía de vista y yo llevaba una pistola en el puño, prometiéndole que al menor movimiento le haría saltar los sesos.

Después de una hora de marcha, pregunté al guía si estábamos lejos todavía; me respondió que nos acercábamos. Media hora después, se detuvo y me anunció que íbamos a llegar pronto a una pequeña explanada de batería de dos piezas de 24 por la orilla del mar, por un reducto situado al lado de tierra y frente a una empalizada que defendía la entrada de la Aguada.

Por consiguiente, tenía a mi izquierda las dos piezas, a mi derecha el reducto, al frente un foso y una empalizada muy defendida.

Yo había hecho alto para ejecutar las instrucciones.

⁶⁵ Francisco Vidal, peruano y futuro presidente del Perú, incorporado en las fuerzas de Cochrane en Huarney, en acción en las costas del virreinato en 1819, subteniente de marina y condecorado después de la toma de Valdivia.

Entonces mandé parar al oficial Vidal, como era natural, a fin de caer todos juntos sobre el enemigo y no dar la alerta. Lo que más me llamaba la atención era ver que esa gente me hubiera dejado llegar hasta ahí sin obstáculos, porque el paso de la playa era espantoso; estaba cortado por rocas, por lo cual estábamos obligados a desfilar de a uno y frecuentemente forzados a ayudarnos con las manos para trepar esas enormes piedras.

¡Con cien hombres se podría asegurar el éxito para detener un ejército de tres mil hombres!

Sin embargo, no hicieron nada. La confianza en las fuerzas del ejército perdió al enemigo. Sin duda, los españoles no podían imaginarse que dos pequeñas embarcaciones llevaran fuerzas suficientes para atreverse a atacar una fortaleza como la de Valdivia, guarnecida por tropas y artillería como lo estaba entonces, y considerada como inexpugnable⁶⁶.

Cuando toda la división se reunió, y siempre en el mayor silencio, pues todo dependía de eso, hice romper la marcha, siempre procedido por algunos pasos del oficial Vidal, a quien había dado la orden de no contestar si el enemigo gritaba.

Entré con cautela en la pequeña explanada con una noche muy oscura.

Apenas estaba en la mitad, cuando nos oyeron los centinelas de los reductos de mi derecha y gritaron tres veces, ¡quién vive!, e hicieron fuego.

Yo iba siempre delante de los disparos de los centinelas.

Las piezas de 2, que estaban a mi izquierda, dispararon.

Su ruido fue muy grande en esta noche de soledad, como también lo era el profundo silencio con que me había acercado con mis soldados. Quedaron atontados debido a que no estaban acostumbrados a las piezas de 24 y al estampido de sus balas. Pronto los reanimé y les instruí que dispararan sobre esas piezas de 24.

Ya estábamos muy cerca.

En el acto me precipité adelante seguido de mis granaderos y pronto estuvimos en la empalizada, a pesar del fuego graneado del enemigo que no nos ofendía mucho, porque estábamos demasiado cerca.

Los dos primeros granaderos que escalaron la empalizada fueron derribados muertos por la espada de dos oficiales españoles que no querían abandonar su puesto. Fueron víctimas de su abnegación y fueron pasados a cuchillo por los granaderos que seguían.

Supe que uno de esos bravos se llamaba Lafuente.

Mis soldados hallaron la abertura por donde había entrado el destacamento español que había salido para oponerse al desembarco, y pronto nos encontramos todos confundidos. Los que habían resistido no podían escapar y pedían cuartel. Sus jefes huían asustados y se precipitaban por el lado del mar donde tenían embarcaciones.

En fin, todo desaparecía delante de nosotros.

Yo, que conocía la importancia de la rapidez del movimiento, pregunté a mi guía, que no se movía de mi lado en este momento de alarma, dónde estaba el

⁶⁶ A tal punto que se le atribuyó el nombre de "Pequeño Gibraltar del Pacífico".

camino del fuerte de San Carlos: me lo mostró y le ordené que me condujera allí. Reuní a mi alrededor a mis granaderos, los más que pude en esos momentos de confusión, y mandé disponer a mi ayudante que siguieran el movimiento.

Era muy importante para mi adueñarme de San Carlos, desde donde podía comunicarme con lord Cochrane haciéndole las señas que me había indicado, reunir mi división y ordenarla antes de seguir sobre los demás fuertes.

Llegué al fuerte San Carlos casi sin resistencia porque, sin duda, el enemigo se había asustado por la rapidez con que iba. Mi guía conocía perfectamente todos esos senderos, lo que nos sirvió prodigiosamente.

Llegado a la primera explanada de San Carlos, reuní rápidamente mi división y el mayor Miller pidió que fuera a darle las señas al Almirante que acababa de recibir una descarga.

Como seguía mi movimiento en su bote, mis soldados lo tomaron por un fugitivo, dándose a conocer con la bocina.

El oficial Erescano⁶⁷ me pidió encargarse de los heridos, lo que era muy importante, yo seguí adelante penetrando a la cabeza de mi división en esos terribles pasos cubiertos de espesas arboledas en que no pueden penetrar los rayos del sol.

No había más que un pequeño sendero para comunicarse de un fuerte al otro, sendero siempre lleno de agua, barro, matorrales, árboles derribados en fin, de cuanto obstáculo hay. Pero mi prontitud no daba tiempo a los españoles para reconocerse; con vigor los obligaba a retirarse, se ocultaban en el bosque o se arrojaban por el lado del mar. Ni siquiera pensaron atajarme, aunque tenían una pequeña pieza de montaña de más en cada fuerte para defender el paso.

A veces, la cabeza de la columna se detenía y el oficial Casson⁶⁸, que marchaba a la cabeza, me mandaba avisar que por el ruido que sentía creía en una emboscada. Entonces me veía obligado, por decirlo así, a pasar por encima de los soldados para llegar a la vanguardia, caía en hoyos llenos de lodo y raíces.

Estaba pintado como un diablo; los canelones de mis charreteras se colgaron de las ramas, mi uniforme estaba desgarrado, y cuando llegaba a la cabeza para reconocer la emboscada, no había nada. Proseguía la marcha y mandaba estrechar los soldados.

En resumen, llegué al fuerte de Corral casi una hora después de medianoche. Mi guía me dijo que había tres entradas.

Tomé al instante mis disposiciones para pasar por esas tres aberturas, y entramos mezclados con los españoles que habían podido llegar a este último refugio.

Los disparos de fusil seguían siempre.

En cuanto a mí, había vuelto a envainar mi espada y la había reemplazado por un grueso bastón de cuatro pies. Mi primer cuidado fue proteger a los prisioneros,

⁶⁷ Francisco Erescano, argentino, teniente en Buenos Aires en 1816, miembro del Ejército de los Andes en 1817-1818 y capitán en Valdivia en 1820.

⁶⁸ Daniel Carson, oficial norteamericano, (1798-1846), llegado con la fragata *Clifton* de Carrera en Buenos Aires el 19 de febrero de 1817, teniente de infantería de marina durante la toma de Valdivia y después, capitán de caballería en 1820, sargento mayor en 1824.

porque los soldados chilenos no son tiernos y tuve la satisfacción de evitar que los maltrataran. Los hice reunir en una casa, les di un guardia y un oficial, y rápidamente restablecí el orden.

Después que todo fue arreglado, el señor coronel don Fausto de los Hoyos⁶⁹, comandante general de todas las fuerzas de la costa, que era mi prisionero, se dio a conocer y pidió al oficial de guardia hablarme.

Al instante me dirigí ante él. Lo tomé bajo mi protección y le prodigué en la desgracia todas las consideraciones debidas.

El valiente Coronel no podía volver de su asombro cuando supo que éramos trescientos diez hombres y que con esta pequeña fuerza me veía dueño de todos los fuertes de la costa sur y de su persona.

Entonces le hice ver, en forma muy prudente, las faltas que había cometido: primeramente, la de no haber hecho defender el paso desde el "Morro González" hasta la Aguada del Inglés. En lugar de haber reunido los seiscientos y tantos hombres en ese punto, haberlos escalonado de San Carlos a Chorocamayo, Amargos y Corral. Yo había observado ya antes del ataque, con un anteojo de larga vista, la gran cantidad de soldados que él tenía en la Aguada, y de ello dado parte a lord Cochrane, quien mandaba la expedición. Le había asegurado que si era tan afortunado de poder forzar este primer punto con el favor de la noche, no daría tiempo al enemigo de reunirse en los otros.

"¡Quién hubiera creído –me respondió– que se hubiese atrevido a venir a atacarnos con tan cortos medios".

Había creído que ese desembarco era hecho únicamente con la intención de inquietarlos y que para el día siguiente tendríamos nosotros, sin duda, otras embarcaciones dejadas atrás con más tropas.

Le dije que la *María Isabel* llevaba las tropas, las que habían sido puestas en las dos pequeñas embarcaciones a treinta millas del puerto, y que los trescientos diez hombres formaban toda la expedición.

El coronel Hoyos se afligió, y yo, fatigado en extremo, muy sucio, desgarrado, con mis charreteras hechas jirones, fui a limpiarme un poco y después a descansar esperando el nuevo día.

Al amanecer mandé salir un pequeño destacamento para recoger las armas, los prisioneros, saber el número de muertos y heridos, porque hasta ahora no conocía nada de la suerte de los seiscientos hombres que cubrían la fortaleza.

No tenía más que una centena de prisioneros.

Pregunté al coronel Hoyos qué se habrían hecho; me contestó que, sin duda, habrían atravesado la montaña para reunirse en los Llanos y llegar a un pueblecito fronterizo de los indios donde había una pequeña fortificación.

De ahí podían pasar a Chiloé si se veían obligados, pero que tenían aquí más de 500 hombres y muchos oficiales.

⁶⁹ Este oficial había sido parte en 1807-8 de las tropas españolas al servicio del imperio napoleónico en Dinamarca, y después de volver a servir España contra Francia a fines de 1808, había sido preso en Francia hasta 1814, para por fin llegar a Chile.

Valdivia y Chiloé era su último refugio.

Yo había pasado muy mala noche: aunque estaba muy fatigado, mis dolores de reumatismo me atormentaban mucho.

Había pasado varias horas en el agua y en el barro.

Lord Cochrane no demoró en entrar con la goleta.

Disparaban sobre ella desde el fuerte de Niebla, lado norte, y de la isla Mancera; el Almirante contestaba con su pieza del 18; desmontó una pieza y no se tocó la goleta; quedó luego fuera del alcance del cañón de Niebla y de Mancera.

El Almirante hizo andar cerca de Corral, saltó a tierra y fue recibido con las aclamaciones de oficiales y soldados que estaban formados en batalla para recibirlo y rendirle los honores.

Se acercó a mí, me estrechó la mano diciéndome que yo era hombre de palabra y que había dirigido este combate sin embarazo ni rodeos y más que al paso de carga.

Enseguida, presenté al Almirante el coronel don Fausto de los Hoyos, al que tomó bajo su protección.

El Almirante me declaró que mis soldados disparaban perfectamente y que habían estado a punto de matarlos. Su bote había recibido varias balas y otras le habían silbado muy cerca de los oídos.

Contesté al Almirante que, sin duda, mis soldados habían tomado su bote por uno de los fugitivos y lo felicité por no haberle ocurrido ninguna desgracia.

Me preguntó si yo había perdido mucha gente.

No había recibido todavía la relación oficial que había mandado hasta la Aguada; pero no debía tardar en recibirla.

El Almirante me llamó aparte para acordar las medidas que debían tomarse para desalojar al enemigo de Niebla y de la isla de Mancera.

Pocos instantes después nos llegó de la ciudad de Valdivia un enviado particular que nos decía que los españoles habían abandonado Niebla, Mancera y la ciudad y que el gobernador Montoya⁷⁰, con la fuerza que había podido reunir, había salido para los Llanos.

Al momento, el Almirante me dijo que escogiera cien hombres para ir a tomar posesión de la ciudad y que evitara todo desorden. Listas las embarcaciones, las tripulé con mis cien hombres. La marea era favorable y en tres horas salvamos las nueve millas que separan la ciudad de los fuertes.

Saltando a tierra, encontré la ciudad en alarma. Algunos rezagados acababan de asesinar al patriota Lapete, comerciante, cuya casa habían saqueado, pero al ver venir mis embarcaciones emprendieron la fuga y no se les pudo alcanzar. El secretario del gobernador Montoya, don Rafael Arce, y el patriota don Vicente Gómez⁷¹, ambos de la región y varios ciudadanos me recibieron con regocijo.

⁷⁰ El gobernador Manuel Montoya era el real jefe de todas las fuerzas, pero no se encontraba en los fuertes durante el desembarco de Beauchef. Tenía 70 años y "era la persona menos indicada para gobernar una plaza de tanta importancia en un momento tan crítico" según Gabriel Guarda, *La toma de Valdivia* (Santiago, Ed. Zig-Zag, 1969), p. 60.

⁷¹ Vicente Gómez Fernández de Lorca (1769-1848), alcalde de Valdivia en 1811, vocal de la 1ª Junta de Gobierno en 1811, primer gobernador patriota (8 de febrero de 1820), diputado de

El primero me entregó las llaves de las Cajas, es decir, del tesoro. Los españoles se habían llevado todo el dinero, pero como estaban tan apurados en huir, no pudieron llevarse veinte grandes cajas con plata labrada de las ceremonias del culto y un gran santo de oro adornado de piedras preciosas.

Después de tomar noticia de todas las propiedades españolas, ordené al Secretario que formara un inventario para presentarlo al Almirante, quien vino al día siguiente acompañado del mayor Miller y le comuniqué todo lo que yo había sabido sobre los bienes del Rey.

Todo fue transportado por mis soldados a bordo de las embarcaciones venidas con las tropas y el Almirante. Terminado eso, se procedió a elección de un gobernador civil; don Vicente Gómez fue elegido por mayoría de votos y se le dejó una pequeña guardia. Después todos nos volvimos a marchar para el fuerte de Corral.

Llegado aquí, al Almirante me comunicó el proyecto que tenía de ir a Chiloé y me preguntó mi opinión.

Me pidió ciento sesenta hombres de mi destacamento. No pude hacer otra cosa que manifestarle mi asombro, expresándole con toda franqueza que su proyecto me parecía impracticable: primero, por las pocas fuerzas disponibles, pues acababa de saber que entre muertos y heridos teníamos treinta y nueve hombres menos; en segundo lugar, por que el gobernador Quintanilla, que mandaba en el archipiélago, estaría sobre aviso por los fugitivos de lo que había sucedido en Valdivia antes que pudiera llegar, y no se necesitaban más de cuatro días de marcha desde los Llanos para alcanzar a Chiloé, donde tenían buenos caballos y, tal vez, en menos tiempo podían recorrer ese camino. Estando prevenido el general Quintanilla, corría grandes riesgos de perder lo que habíamos conquistado y aun cuando tomara el archipiélago, no le sería posible conservar estas dos plazas con doscientos hombres. Seguramente estaríamos expuestos a perderlo todo. Ahora, poniendo ciento sesenta hombres a su disposición, ¿de qué manera, con el resto de esta fuerza, pensaba que yo pudiera defenderme? Habíamos tomado la plaza de Valdivia, pero no teníamos más que una centena de prisioneros y los demás se habían escapado y podían volver de su sorpresa y arrojarse sobre mí.

La fragata estaba desarmada y había que poner manos a la obra para su carena.

El Almirante me contestó que no quería tratar de tomar el archipiélago; que solamente deseaba tomar un buque español que sabía estaba en ese puerto; que, por lo demás, no emplearía en esta expedición más de ocho días para estar de vuelta en Valdivia. Le observé que ciento sesenta hombres era mucho; que en todo caso estaban a sus órdenes y listos para marchar y que suponía que dejaría al mayor Miller para mandar la plaza y que yo partiría con él.

Valdivia (1826-1828). IMPORTANTE: Los datos sobre los habitantes de la provincia de Valdivia vienen de Guarda, *La sociedad...*, op. cit.

El Almirante me replicó que sería Miller el que marcharía con él; que mi presencia en Corral era indispensable por muchas razones; que, en todo caso, solamente a un hombre como yo, de presencia de ánimo y valor, podía confiar una obra tan importante.

Había en eso un halago.

El Almirante podía mandarme y no tomar los soldados que me habían confiado. Le hice la observación, y le agregué que el mayor Miller no conocía la lengua, lo que era indispensable en caso de necesidad; que era preciso que se diera a entender; que el mayor Miller sería más útil que yo en Corral, pues siendo inglés podía entenderse con los oficiales y marinos ingleses y contribuir a la actividad de los trabajos que exigía la fragata.

Todas mis observaciones fueron inútiles.

En efecto, tuve que conformarme. El Almirante me hizo reconocer por los oficiales y marinos como su jefe absoluto, lo que me halagaba muy poco. Mis soldados fueron embarcados y se manifestaron reacios a dejarme. Les di a entender que la obediencia era el primer deber del soldado; los consolé diciéndoles que la ausencia sería pocos días.

El Almirante se dio a la vela inmediatamente, y yo me quedé muy triste por tener que entenderme con esos indomables marinos cuando están en tierra. Es cierto que no había mucho que buscar y menos que beber y así pude conseguir que trabajaran.

Puedo declarar que manifestaron la mayor sumisión y obediencia en todo lo que les exigía, igualmente los señores oficiales de la Marina.

Mi conducta en el ataque a la fortaleza les había agradado y me tenían muchas consideraciones.

Habían transcurrido cuatro días desde la partida del Almirante; el trabajo de reparación de la goleta iba a buen paso; todo estaba en orden.

Durante ese tiempo yo había recorrido las fortificaciones.

Me sorprendí que con trescientos hombres nos hubiéramos adueñado en provecho de la guerra de la independencia, de ciento veinte piezas de cañón de bronce de gran calibre, de una cantidad extraordinaria de balas de cañón del mismo metal, pólvora, un buque de tres palos que se hallaba en el puerto y que había sido capturado por los españoles a los patriotas, gran cantidad de mercaderías que contenía la plaza, argentería de iglesia: todo esto, con la pérdida de treinta y nueve hombres.

Esto podía anunciar la pérdida del nuevo mundo a los españoles.

El general San Martín, con un pequeño ejército de cuatro mil hombres, ocupaba ya la Ciudad de los Reyes (Lima).

CAPÍTULO XXIV

EXPEDICIÓN DEL ALMIRANTE COCHRANE A CHILOÉ.

ME DEJA COMO JEFE DE LA PLAZA Y COMO DESBARATE UNA INTENTONA ESPAÑOLA DE RECONQUISTA

Después de mi inspección de todas las fortalezas, estaba sentado tranquilamente en Corral, absorbido en mis reflexiones, cuando recibí un aviso del Gobernador, don Vicente Gómez, que habíamos dejado en Valdivia, por el cual me decía que unos quinientos españoles se habían reunido en los Llanos y trataban de reconquistar lo que habían perdido; que no se sabía si se dejarían caer sobre la ciudad, o si atravesarían la montaña y se precipitarían sobre Corral.

En verdad, con esta noticia mi situación no era de las más halagüeñas; no obstante eso, tomé al instante mi decisión: primeramente no decir nada a nadie, porque en la situación en que me encontraba hubiera sido peligroso hacerlo; no tenía más que cerca de noventa soldados; no podía contar con los marinos de todas las nacionalidades que formaban la tripulación de la *María Isabel* y sin disciplina militar; así, pues, me serví de una astucia de guerra.

Contesté al gobernador Gómez que yo iba a marchar en el acto contra el enemigo con quinientos hombres, que necesitaba cinco bueyes y tuviera la bondad de mandarlos en mi camino al punto llamado P...⁷², al otro lado de la montaña; que los animales se mataran y destararan, etc. y, principalmente, que era muy importante guardar el más profundo secreto acerca de mi marcha, a fin de que el enemigo no fuera prevenido porque tenían todavía muchos amigos en Valdivia, los que no dejarían darles la noticia.

Como yo podía llegar por el mar y por el río al lugar designado, nadie conocería mis intenciones, El proyecto quedaría entre él y yo. Sucedió lo que había previsto: el Gobernador hizo la confidencia de mi proyecto a un amigo suyo, éste a otro, etc.; de modo que los españoles, que tenían sus espías en la ciudad, fueron advertidos pronto.

Mandaron a reconocer mi marcha; el Gobernador había hecho ejecutar mi petición y los campesinos mataban y destaraban los animales; los espías sin ver más volvieron atrás, corrieron hacia los españoles esparciendo el espanto, diciendo que el mayor francés iba con más de quinientos hombres, que lo habían visto, que la tropa llevaba un capote azul con botones amarillos y que avanzábamos rápidamente; que la tropa había terminado de comer y salía de Piché en el momento que nos habían reconocido.

Ordenaron la retirada al instante y, ¡ide qué manera!: casi en dispersión. Quemaron tras sí las embarcaciones que les servían para pasar el río Trumao, río soberbio, que divide los Llanos. Esta llanura uno la encuentra después de atravesar inmensas montañas cubiertas de árboles centenarios y distante más o menos doce leguas de Valdivia por rutas espantosas. Son senderos impracticables durante el invierno en que las lluvias son muy abundantes, las que forman torrentes capaces

⁷² Este lugar aparece así en el texto de Beauchef, se trata de Piché como lo veremos más adelante.

de arrastras mulas y caballos. Durante el curso de esta estación, la comunicación está cortada con la plaza de Valdivia.

Los españoles quemaron, al conocer mi supuesta marcha, las embarcaciones y hacer la retirada con más facilidad. Ellos mismos destruyeron los medios de volver contra mí, que estaba tranquilamente en el fuerte de Corral de donde no me había movido.

Su retirada fue así una fuga hasta la pequeña ciudad de Osorno, donde había un fuerte en el cual se reunieron.

Pero aún no creyéndose seguros, siguieron hasta Maullín, río y brazo de mar que separaba el continente del archipiélago de Chiloé.

Llegados allí el general Quintanilla, que mandaba el archipiélago, no quiso recibirlos diciéndoles que eran unos cobardes y que tenían que reconquistar lo que habían perdido; que no tenían más que pedir todo lo que necesitaran, tales como armas, municiones, caballos, víveres etc., y que no entrarían a Chiloé.

Fui informado de todos esos detalles por el gobernador Gómez, que tenía también sus espías. Como es fácil pensarlo, me libré de un gran peso, pues lord Cochrane nos había expuesto en extremo.

Si los españoles hubieran estado mejor informados y menos desmoralizados, le habría sido muy fácil derrotarme si hubieran tenido el valor de atravesar las montañas que los separaban del fuerte de Corral que se encuentra al pie, habrían tenido a su favor la altura, los bosques, cuyos senderos conocían, y el número de los nuestros; pero, en lugar de venir en masa a reconocermé, lo que podían hacer sin peligro favorecidos por las circunstancias del terreno, se contentaron con huir, y mi astucia tuvo el éxito que esperaba.

Fue para mí una gran fortuna que esos muy buenos soldados españoles estuvieran mal comandados. Sus jefes, Bobadilla y Santalla, en lugar de reanimar su moral no hacían más que abatirla.

Decían entre sí, y de manera que los soldados les oyeran, que si habíamos tomado todos los fuertes con las tropas que transportaba un bergantín y una goleta, ¡qué sería con las que debía llevar la fragata, y todo eso sin haber visto nada ni habernos conocido! Estuvimos muy afortunados —dije—, porque podían haberme derrotado muy fácilmente; entonces se habrían apoderado del fuerte, de la fragata y tal vez, de lord Cochrane, que al volver de su expedición a Chiloé, en vez de hallarme ahí hubiera encontrado a los españoles.

Si hubieran pasado las cosas de esta manera, ¡cuánto tiempo se habría prolongado la guerra de la independencia! Hubiera sido una hazaña para ellos y un golpe mortal para nosotros, porque con la fragata con cuarenta y cuatro hombres y la persona del Almirante, no se puede inferir adónde nos hubiera conducido nuestra temeridad. No me cansaré, pues, de repetir que fue una gran felicidad haber tenido que luchar con semejantes hombres, tales como don Fausto de los Hoyos, Bobadilla, Santalla y compañía.

CAPÍTULO XXV

REGRESA DE CHILOÉ EL ALMIRANTE LORD COCHRANE

Ocho días más tarde, llegó al puerto lord Cochrane. Después que echó el ancla fui a bordo y, en el momento de darme la mano, me dijo:

“Mi bravo mayor, Ud. tenía razón. Las cosas han andado muy mal en Chiloé. Sin embargo, destruí la fortaleza de la Corona, pero al presentarnos al fuerte de Agui⁷³, fui enérgicamente rechazado. El enemigo estaba prevenido y la resistencia fue vigorosa. He perdido sesenta de sus bravos soldados y está herido el mayor Miller”.

Al momento, hice la relación de lo que había ocurrido en su ausencia. Me respondió:

“Mi valiente mayor, ambos teníamos razón: yo, de dejarle el comando, y Ud. de oponerse a mi proyecto sobre Chiloé; pero hay que olvidar todo eso y disponer su gente para ir a ocupar la ciudad de Valdivia”.

Esto se realizó el mismo día. A mi llegada a la ciudad, mi primera preocupación fue la de instalar un hospital para cuidar a los heridos que hasta entonces estaban bastante descuidados. Organicé, enseguida, mi pequeña división en el cuartel, que era hermoso y espacioso; se aumentó con algunos hombres de la región que habían desertado de las filas españolas y que se presentaron voluntariamente para servir a la Patria. Pronto llegó el Almirante y ordenó recoger todo lo que era de propiedad del Rey y llevarlo al muelle para ser enviado a bordo de sus embarcaciones.

Varias veces había preguntado al almirante qué pensaba hacer de la plaza de Valdivia al ver que mandaba transportar todos los recursos a bordo de las embarcaciones.

Me contestó que no estaba completamente determinado, pero que probablemente destruiría la fortaleza, que consideraba inútil para los patriotas, pudiendo transformarse en un punto de dominación y de refugio para los buques españoles y que la abandonaríamos. No pude hacer otra cosa que manifestar mi opinión al noble Lord.

“Pues bien —le respondí—, ¿qué será de los habitantes sin defensa, entregados a la crueldad de los indios? Ud. sabe que se dice que son numerosos y que solamente la fuerza y la política española los contiene; además, el bandido Benavides está aliado con ellos”. Al abandonar nosotros la plaza, ésta caería en poder de los salvajes y de Benavides, lo que ocasionaría grandes desastres a la República por la prolongación de la guerra de bandolerismo que está haciendo ese tránsito en la provincia de Concepción.

⁷³ En realidad, las tropas de Cochrane no llegaron al fuerte de Agui porque fueron rechazadas en su lugar de desembarco, la playa de Yuste, al oeste del fuerte.

El Almirante replicó que no haría nada sin las órdenes del gobierno chileno y que no hacía otra cosa que manifestar sus ideas relativas a la fortaleza⁷⁴.

Habíamos tomado la plaza el 4 de febrero de 1820, y el 17 partió el Almirante llevándose todos los recursos de ella como lo he dicho antes. Me confió, entonces, la defensa de la provincia y para eso me dejó mil pesos, advirtiéndome que dentro de quince días, a más tardar, tendría nuevas órdenes del gobierno y todo lo que necesitara.

No había réplica; me vi entregado a mí mismo.

A la verdad, era necesario conformarme con eso. Pero me veía rodeado de los partidarios de los españoles y sus amigos; había también algunos buenos patriotas.

Pasé los primeros ocho días medianamente. La buena conducta de mi pequeña división, oficiales y soldados, principiaba a hacernos de amigos; en la ciudad habían admirado su valor y principalmente la modestia de los soldados vencedores.

Todo eso no bastaba; tenía que alimentar la tropa y no tenía nada. El gobernador Gómez me aconsejó partir para los Llanos, porque era difícil prolongar mi permanencia en esta pequeña ciudad privada de provisiones.

Me advirtió también que sería bien recibido, porque todos esos habitantes eran de la provincia de Concepción, buenos patriotas, entregados a la causa de la independencia, sobre todo que encontraría ahí toda clase de provisiones y podría aumentar mi pequeña división.

Tomé mis medidas para ponerme en camino.

Por su parte, el Gobernador mandó un mensajero par prevenir a los habitantes de mi llegada y me recomendó a sus amigos.

CAPÍTULO XXVI

EXCURSIONO A LOS LLANOS.

OCUPO OSORNO

Dejé un piquete al mando de un capitán para cuidar a los heridos y emprendí la marcha satisfecho con los oficiales y soldados, seguro de que los enfermos y los heridos serían bien tratados bajo la protección de Gómez, lo mismo que el piquete que había dejado en el fuerte de Corral.

Salí con doscientos hombres y en la mitad del camino, en un monte cubierto de árboles, encontré al señor Manríquez⁷⁵, a quien iba recomendado, rico propie-

⁷⁴ El propio Cochrane declara lo siguiente a su vuelta a Santiago, "pensé primero en destruir las fortificaciones y embarcar la artillería y los abastecimientos; pero, no pude convencerme de dejar sin defensa el puerto más seguro y más bello del océano pacífico, del cual las fortificaciones debían haber costado más de un millón de piastres". Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Paris, Chili, vols. I y II, p. 28.

⁷⁵ Antonio Manríquez de Lara, uno de los propietarios más ricos de la región, comandante de la milicia y caballería de Los Llanos, colabora en la limpieza de la zona después de la retirada del ejército realista hacia Chiloé en 1821-1822.

tario, varios campesinos y más de doscientos caballos. Quedé asustado de tanta prontitud y lo felicité. Este buen hombre me abrazó, me felicitó también y puso sus caballos a disposición mía. Entonces hice cabalgar a toda mi gente, lo que los entretuvo mucho, pues los chilenos son excelentes jinetes y les gustan los caballos.

A día siguiente llegamos a los Llanos, comarca hermosa, rica en vegetación y de un encantador y pintoresco aspecto, difícil de describir. Encontramos un gran número de sus habitantes reunidos para recibirnos, dándonos con profusión víveres de toda especie gratuitamente.

Por la independencia manifestaron un entusiasmo que no era sospechoso. Aunque me hallaba muy bien entre esas buenas personas, determiné seguir hasta la pequeña ciudad de Osorno, que, como he dicho antes, tiene un pequeño fuerte que podía tener cabida para la tropa que yo tenía bajo mi mando, para disciplinarla y no incomodar así a los habitantes.

Al llegar al hermoso río de Trumao, me encontré con muchos indios y los campesinos de los alrededores que se habían reunido para felicitarme y ofrecerme sus servicios. Los indios de esas regiones están medio civilizados por los misioneros españoles, es decir, van a misa, son católicos, o se les considera así; pero conservan siempre sus costumbres salvajes. Hablan el español en forma que uno puede entenderse con ellos.

Me ofrecieron varios bueyes muy gordos para mi tropa y les correspondí con aguardiente e índigo que llevaba de propósito. Me ayudaron también a transportar la tropa a la otra orilla en sus *bongos* o pequeñas canoas. Me despedí de los indios y de los campesinos de los Llanos como muy buenos amigos, satisfechos unos y otros, y me marché para Osorno. Varios de sus habitantes habían venido a mi encuentro y fuimos muy bien recibidos. Puse mi tropa en el fuerte.

Los oficiales se alojaron en casa de los habitantes que rivalizaban por tenerlos.

Inmediatamente me ocupé de los medios de alimentar a mis soldados; para eso hice nombrar al señor Manríquez, Gobernador provisorio de los Llanos y al señor Reyes⁷⁶, de Osorno, para entenderme con ellos sobre los medios de existencia. Se convino en que estos funcionarios me suministrarían todo lo que necesitaba mediante el recibo del ayudante, recibo que sería visado por mí hasta que el gobierno de Chile estableciera un sistema de administración en esta provincia conquistada a los españoles.

Pocos días después de mi instalación en Osorno, el gobernador don Diego Reyes fue advertido por los indios que los españoles derrotados de la plaza de Valdivia se habían reunido en número de quinientos en el río Maullín, que separa el continente del archipiélago de Chiloé.

El Gobernador de esta plaza no quiso recibir a los derrotados.

Les hizo dar víveres, armas, municiones, caballos y les mandó decir que, si no eran cobardes, tenían que conquistar lo que habían perdido y que lo imitasen;

⁷⁶ Diego Estanislao Plaza de los Reyes y Santillán, (1772-1835), teniente de milicia en Osorno, teniente coronel y sargento mayor, comandante de la milicia de Osorno, gobernador de Osorno (1821), comandante de armas de la provincia, dueño de la estancia de Cipué.



Fuerte San Sebastián de la Cruz de Corral. Fotode Carlos Bertrán.

que en cuanto los insurgentes habían pisado su territorio, los había arrojado avergonzados; que podían estar seguros que, por ninguna circunstancia, los recibiría y que sabía por los prisioneros que había tomado a Cochrane, que ellos, eran en número el doble que nosotros, etc.

Al día siguiente, el gobernador Reyes recibió otro indio enviado por el cacique Railef para advertirnos que los españoles se ponían en marcha al día siguiente con un escuadrón de caballería, dos piezas de montaña y, por lo menos, cuatrocientos hombres de infantería, todos bien armados y bien equipados.

Esta noticia se esparció muy pronto en Osorno, Los Llanos y aun en Valdivia.

Los partidarios de los españoles se regocijaban francamente y los patriotas estaban tristes. Temían y con razón las represalias; los habían molestado en su desordenada retirada, así es que la consternación reinaba en Osorno y en los Llanos.

Al instante me hice dar por Reyes una explicación circunstanciada del estado de los caminos de Osorno a Maullín.

Supe que en casi ochenta leguas no había en medio de esas grandes selvas y montañas más que un solo sendero practicable y algunas cabañas que servían a los vaqueros, que son los que cuidan el ganado vacuno diseminado en esas selvas donde es imposible al extranjero creer que puedan encontrarlo.

Sin embargo, es raro perder un animal, pues éstos tienen también sus hábitos, lo que hace hallarlos, y en lo que se llama rodeo, que se hacen cada año, se hallan todos.

Por medio de la marca de fuego, cada propietario reconoce los suyos. Se marcan los terneros y después se les deja irse tranquilamente hasta el año próximo en que se vuelve a efectuar. Treinta o cuarenta hombres son suficientes para reunir cinco a seis mil vacas en esas inmensas selvas. Estos detalles son muy interesantes, pero no es mi propósito describir este aspecto original de la vida campesina.

CAPÍTULO XXVII

MARCHO A MAULLÍN A COMBATIR LA EXPEDICIÓN DE LOS DERROTADOS DE VALDIVIA Y PERTRECHADOS POR EL GOBERNADOR DE CHILOÉ

Después de mi conversación con el Gobernador, mandé llamar a los oficiales de la guarnición que consistían en dos capitanes y cuatro subalternos.

Uno de los capitanes estaba con permiso en los Llanos; me quedaban cinco. Los otros estaban heridos, enfermos o destacados. Les dije:

“Señores, sin duda, Uds. saben la noticia. Los españoles derrotados de la fortaleza de Valdivia se han reunido en Maullín, marchan hacia Osorno y han jurado al gobernador de Chiloé, general Quintanilla, tomar la plaza o morir todos. Debemos hacer otro tanto para defenderla. Marcharemos mañana a su encuentro. No podemos, no debemos esperarlos, porque siendo en número más del doble de nosotros, teniendo también caballería, en la llanura estaríamos en peligro de ser vencidos; pero, señores, no será lo mismo en ese desfiladero en que la caballería llega a ser inútil, aun estorbo; digo otro tanto

de sus dos pequeños cañones. En un desfiladero, señores no es el número el que decide: es el coraje. Sin duda, éste está de nuestra parte y por otra parte, señores, no tenemos en absoluto retirada. Hay que vencer y venceremos, no lo dudo. Vean a sus soldados, háganles comprender estas razones; y mañana a las cuatro de la mañana Ud. señor ayudante, hará tocar la generala y todos estarán listos para partir”.

Y los despedí.

El gobernador Diego Reyes, propietario rico y buen patriota, enemigo jurado de los españoles, quedó encantado con mi resolución.

Me prometió pagar con su persona y sus bienes, y que a mi paso me tendría tantos caballo y bueyes como tuviera necesidad.

Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, los tambores tocaban la generala para preparar nuestra marcha. Me dirigí al cuartel y al llegar los encontré a todos, oficiales y soldados, reservados y tristes como penitentes.

En el acto, me desmonté al frente a la tropa que estaba formada en batalla. Me serví, al hablarles, de algunas expresiones demasiado enérgicas para ser escritas, pero que agrandan a los soldados, y les dije:

“Amigos, los murrangos (nombre despreciativo con que los patriotas designaban a los españoles), se han reunido en Maullín, avanzan contra nosotros y nosotros vamos a avanzar sobre ellos. El desfiladero en donde vamos a encontrarlos nos es favorable; nos dicen que son quinientos: el número no significa nada. Es el coraje lo que se necesita y nosotros lo tenemos y vamos a probárselo; por otra parte, no quiero conmigo más que voluntarios y hombres decididos a vencer, porque, es preciso decirlo, no tenemos retirada. Primero la muerte mil veces, antes que perder la plaza y ser prisioneros de los españoles que acabamos de vencer en su fortaleza. Que los que quieren seguirme den un paso hacia adelante”.

Todos los soldados gritaron, ¡Viva la Patria!, y, ¡Marchemos, mi mayor! Aparté ciento cuarenta hombres bien dispuestos, pues tenía hombres débiles y enfermos que debían quedar en el cuartel.

En el momento de ponernos en camino, el capitán de granaderos de mi regimiento se declaró enfermo. Le respondí que fuera a acostarse o algo más enérgico y que no tenía necesidad de él.

Así, pues, no tuve más que cuatro subalternos que merecen ser nombrados: Dionisio Vergara⁷⁷, mi ayudante, José Labbé⁷⁸, Pedro Alemparte⁷⁹ y José María

⁷⁷ Dionisio Vergara, subteniente en 1817, teniente en 1819, sirve en la toma de Valdivia, capitán en 1820.

⁷⁸ Joseph Marie (José), de origen francés, alférez en 1811, teniente en 1818, capitán en 1820, ayudante en 1821 y dado de baja como ayudante mayor en 1830 después de la batalla de Lircay.

⁷⁹ Pedro Antonio Alemparte (1796-1821) teniente de granaderos en la toma de Valdivia, capitán en 1818, ayudante poco después, se ahogará entre Arauco y Concepción.

Caraballo⁸⁰. Pasé la revista de armas que encontré en perfecto estado: mandé distribuir cincuenta cartuchos a cada hombre e hice llevar cargados en mula con cuatro mil y nos pusimos en camino.

El señor don Ángel Agüero⁸¹, buen patriota, se ofreció para acompañarme y servirme de guía. Le di a conocer el peligro a que se exponía, pero él persistió y lo admití. A la entrada del desfiladero, encontré a don Diego Reyes con los caballos. Toda mi gente cabalgó: los soldados, oficiales y yo formábamos ciento cuarenta y nueve hombres. Después de tres días de marcha por esas magníficas montañas cubiertas de bosques, sin la menor fatiga, me detuve juzgando que debíamos estar cerca del enemigo.

Pasé una segunda revista de armas e hice colocar pedernales nuevos a todos los fusiles; recordé a los soldados que había llegado el momento de desplegar su valor y que no tardarían veinticuatro horas en encontrar a los murrangos derrotados y que esperaba de su valor un combate hasta el último trance.

“¡A ellos, mi mayor!”, fue la respuesta unánime.

Elegí cincuenta hombres de los Granaderos par formar la vanguardia que confié al bravo Labbé, a quien di las instrucciones siguientes:

“Ud. hará proceder su destacamento por ocho hombres y un cabo inteligente que avance de quince a veinte pasos delante de Ud. para explorar el bosque a cada lado del sendero y esto con mucho cuidado para evitar cualquier sorpresa. El menor fracaso anticipado nos sería fatal y podría ocasionar nuestra ruina; sobre Uds. pesa una gran responsabilidad y toda la seguridad de la división; cuídense mucho de una emboscada; si encuentran al enemigo, sangre fría y valor, quemén sus cincuenta cartuchos sin perder una pulgada de terreno; Uds. tienen en su destacamento los mejores soldados, y yo llegaré a tiempo para dar impulso y el último golpe”.

Di estas instrucciones en alta voz y delante de los cincuenta granaderos para que cada uno se penetrara de lo que de ellos esperaba. Iba a mandar a romper la marcha, cuando mi ayudante me manifestó el deseo de hablarme. Le dije que se explicara.

“Mi mayor –me dijo–, hay en la división un soldado de Chiloé que conozco bien, puede, me parece, hacer un servicio a la división”.

“¿Cuál?”, respondí al ayudante.

“Allí está, me contestó. Ese soldado va a desertar con un hermoso caballo, dirá a los españoles que ya no quiere servir y que desea volver a su isla, al

⁸⁰ Carvallo, de Córdoba, Argentina, teniente y es asesinado durante la sublevación de las tropas en Osorno en 1821.

⁸¹ Juan Ángel Agüero (1786-1829), preso en Corral como patriota en 1812, organiza una guerrilla persiguiendo los españoles, capturando varios oficiales, futuro alcalde y diputado de Valdivia.

lado de su familia, lo que parecerá muy natural, porque saben cuanto apego a su tierra tienen esas gentes. Sin duda, le preguntarán la fuerza de la división; contestará trescientos hombres escogidos, dispuestos a vencer; su lección está toda hecha; dirá también a los soldados que tratamos bien a los prisioneros a la vez que hablará mal de nosotros para evitar las sospechas”.

“Señor ayudante, ¡y si este hombre en vez de hacer lo que Ud. llama un servicio, fuera a entregarnos al enemigo, viéndolo más fuerte que nosotros? Su consejo huele un poco a miedo, me parece”.

Mi buen ayudante se sintió un poco ofendido y me contestó.

“Mi mayor, tiene algo de razón al tratarme así por la indiferencia que mostraron algunos oficiales a la partida, principalmente el capitán de Granaderos que se hizo el enfermo para no marchar. Sin embargo, ese mismo capitán había procurado desanimar a los soldados diciéndoles que Ud. los llevaba al matadero, que no era posible que con este puñado de hombres pudiera resistir a una división bien provista que tiene caballería y artillería”.

Le observé al ayudante que en vez de servirles eso les estorbaría en el desfiladero y si el señor capitán quería ser prisionero de los españoles, podía serlo su persona; pero que yo no era de esa opinión.

El ayudante me contestó que todos los que me acompañaban cumplirían con su deber y se dejarían matar antes que tener la vergüenza de estar prisioneros de los maturrangos.

“Bien, señor ayudante, debo reconocer que el capitán merecía ser fusilado como sedicioso, como un cobarde indigno de servir en clase de oficial; cuidaré de él. Ahora en cuanto concierne a su Chilote, dígame que venga a hablar conmigo”.

Se presentó en el acto.

Lo llamé a un lado para examinarlo. El mozo parecía astuto. Había servido a los españoles. Le pregunté lo que pensaba de ellos.

“Mi mayor –me respondió, los españoles son c... y los patriotas, bravos, y somos de un mismo país y, ¡viva la Patria!”.

Esta respuesta me agradó y principié a gustar el proyecto del ayudante. Pero los chilotes querían mucho al rey de España. Me dijo que los chilotes querían mucho a su país ante todo y que una vez que tomaban un partido eran muy fieles. Los españoles que vienen son muchos y nosotros somos pocos; pero ellos tienen miedo.

“Bien –le dije–, lo que has convenido con el ayudante anda a ejecutarlo y toma mi caballo; parte y obra lo mejor que puedas. Por otra parte, me creo bastante fuerte para derrotar a esos merodeadores, me haré matar y todos mis soldados si es necesario; esa es nuestra última resolución; tú que has estado algunos días entre nosotros, debes saber de lo que somos capaces llegado el momento”.

El chilote tomó mi caballo y antes de montar me dijo:

“Mi mayor, no tengo más que la pena de no combatir al lado de mis nuevos camaradas; pero creo hacer un servicio, porque voy a introducir el desorden”.

Subió a caballo y partió al galope.

Se convino en que yo saldría dos horas después. Pasado este tiempo, puse la división en marcha, haciéndome preceder de un cuarto de hora por la vanguardia.

Para dar a conocer todo el mérito de esta acción o hecho de armas, debo decir lo que sucedió al Chilote. Apenas había galopado una hora cuando cayó en medio de una emboscada enemiga. El oficial que la mandaba notó cierto turbación en el chilote y sospechó que en su relación no decía la verdad.

Lo hizo conducir al comandante Bobadilla, jefe de la expedición, avisándole lo que había observado en el desertor. Fue interrogado con atención. El chilote resistió; sostenía que veníamos trescientos hombres muy decididos, todos montados, etc.

El Coronel lo trató de espía y formó el aparato de hacerlo fusilar.

El chilote tuvo horror y confesó la verdad.

CAPITULO XXVIII

BATALLA DEL TORO

Bobadilla ocupaba una altura donde existían unos ranchos de vaqueros. La altura se llamaba Casas del Toro. Había en ella un gran círculo que era el corral, rodeado de árboles que hacían un buen reducto.

Toda la infantería de Bobadilla estaba dentro en número de trescientos setenta y ocho soldados. El resto de la caballería y algunos artilleros, para servir dos pequeñas piezas de montaña y treinta y dos oficiales, formaban, en total quinientos hombres.

El coronel Bobadilla llamó a sus oficiales a Consejo de Guerra; en él se decidió que nos esperarían en la posición y que se pondrían en emboscada en la selva dos compañías a cuatrocientos pasos de la posición del Toro.

Había a los pies de las casas una pequeña llanura por la cual debíamos desembocar al salir de la selva. Las dos compañías estaban colocadas para cortar mi vanguardia y ponerla entre dos fuegos; destruida ésta, toda la fuerza debía caerme encima. Todos gritaron, ¡viva el Rey! Y dijeron que *no tenían para principiar*: ya se consideraban amos de la plaza de Valdivia.

Tomadas todas sus disposiciones, me esperaron en silencio.

Yo no sabía nada.

Marchaba con mi división con la mayor precaución. Según mis cálculos, estaba casi seguro de encontrar al enemigo ese mismo día; había caminado poco más o menos tres leguas y era medio día cuando oí como un disparo de fusil.

Un soldado que llevaba en ancas saltó al suelo y me dijo:

“Mi mayor, es el enemigo”.

Al momento principió una enérgica descarga de fusilería. Ordené que todos se desmontaran y tomé un fusil y me fue a la cabeza diciéndoles:

“Ha llegado el momento de salvar la plaza de Valdivia. Vamos, mis amigos, ¡viva la Patria y marchemos!”.

Este grito fue repetido por los soldados con entusiasmo.

El señor Ángel Agüero, que me había seguido, recibió orden de retirarse hacia atrás con todos los caballos y de cuidarlos. En aquel momento, seguimos el sendero con paso acelerado; pero había tantas vueltas en esas inmensas montañas que hacía más de un cuarto de hora que marchábamos sin poder llegar al lugar del combate.

Cundo me desmonté, se oía la descarga de fusilería, con tal fuerza, que creía encontrarme muy cerca.

El fuego seguía siempre repetido por el eco de esas antiguas selvas; era una prueba que mi vanguardia se sostenía con vigor; era un feliz presagio que animaba una alta moral a mis soldados, deseosos de socorrer a sus camaradas.

Por el fuego bien nutrido, se podía juzgar que toda la división española se había arrojado sobre los bravos de mi vanguardia.

Por fin, llegué al pie de una pendiente muy elevada.

El sendero estaba cerrado por un grueso árbol derribado que había sido cortado de modo que pudiera pasar un caballo.

Fue en esta incómoda posición donde encontré a los primeros heridos que se retiraban hacia atrás y que me dijeron:

“Mi mayor, son muchos”.

Fue la primera palabra que me dirigieron.

“Son más de quinientos” –les respondí, y que no temieran nada y se retiraran detrás de la división; que todavía podían disparar, pues encontrarían cartuchos ya que había hecho abrir una carga de dos cajas llevadas a lomo de mula por precaución.

El fuego principiaba a cesar.

Mi vanguardia estaba en retirada, pero en orden y en tranquilidad. El último era el oficial Labbé que la comandaba y que me dijo también:

“Mi mayor, son más de quinientos”.

Le ordené que pasara a la retaguardia y distribuyera cartuchos a sus granaderos que se hallaban en estado de combatir y que los heridos fueran a reunirse con el señor Agüero que estaba detrás con los caballos, lo que realizó al momento.

Tenía yo un grupo de granaderos a mi lado cuando los enemigos aparecieron en medio de la cuesta.

Nos hicieron una descarga.

Cuatro de mis granaderos fueron derribados; todos habían sido heridos en la cabeza; las balas venían casi perpendicularmente hacia nosotros.

En el mismo momento divisé un oficial de caballería; le dirigí la puntería y lo derribé.

Al instante, ordené la carga a la bayoneta. Este grito fue repetido por todos los soldados y nos precipitamos sobre ellos a los gritos de, ¡viva la Patria!

Tres a cuatro tambores que yo tenía tocaron la carga; nos encontramos cuerpo a cuerpo con el enemigo asombrado de nuestra impetuosidad. Lo que me asombró más fue encontrarnos en medio de su caballería, infantería, todos juntos.

Mis soldados hacían un fuego terrible y empleaban la bayoneta contra esas tropas en desorden, que ya no trataban de defenderse sino de huir, y mis soldados hacían una carnicería espantosa.

Mi voz no era oída.

Perseguían al enemigo en su fuga con tal vigor, que no me permitían alcanzarlos. Los jinetes abandonaban sus cabalgaduras para ocultarse en el bosque y librarse de una muerte segura.

Mis soldados, como todos los chilenos buenos jinetes, se apoderaban de los caballos y la bayoneta les servía de lanza.

La derrota fue completa.

Los perseguimos a paso acelerado casi cinco leguas. Los soldados quedaron abatidos y se detuvieron, al fin, y así pude alcanzarlos.

Encontré varios tendidos en el suelo, desmayados por el calor y la sed. Pude establecer el orden. En ese momento volvían como veinte de mis soldados montados en caballos del enemigo y a la cabeza el oficial Labbé que nos dijo haber ido cuatro leguas más lejos y que estaba seguro que solamente una veintena de oficiales bien montados habían pasado adelante y que era imposible alcanzarlos y que ente ellos iban el coronel Bobadilla y el comandante Santalla.

Los soldados traían los despojos del enemigo, como capas, cartucheras, armas, etc., que abandonaban al huir con más presteza. El oficial Labbé me dijo que era inútil ir más lejos; que todos estaban detrás de nosotros ocultos en los bosques.

Me situé a caballo en un desfiladero, en un pequeño sembrado de papas.

Eran más o menos las cinco de la tarde.

Ordené a mi ayudante que formara varios pequeños destacamentos y en cada uno de ellos pusiera varios prisioneros españoles para que fueran a recorrer los bosques y llamar a sus camaradas y les dijeran que podían entregarse sin temor, que no se les causaría ningún daño, lo que resultó bien. Por otra parte, no podían escapar, porque en esas vastas selvas, una vez perdido el sendero hay que morir.

Al día siguiente, mandé principiar de nuevo esta maniobra. A mediodía, ya había reunido trescientos hombres y catorce oficiales. El chilote también se había juntado con nosotros apenas se le había pasado el miedo y me dijo con franqueza que, habiendo encontrado a los españoles tan cerca, se había turbado al punto de hacerse sospechoso de espionaje y que lo iban a fusilar y que había creído de verdad estar en su última hora. Con este pretexto le di algunos pesos para consolarlo. Me dijo:

“Mi mayor, cuando vi tantos militares creí verdaderamente que ninguno de la división escaparía. Sin embargo, decía a los soldados que me vigilaban que si Ud. tenía pocos, eran valientes y todos decididos a morir antes que entregarse, lo que les quitaba un poco su alegría; ellos ya lo conocían”.

En ese momento, uno de los oficiales prisioneros llamado Varela⁸², capitán de Granaderos, principió a contarme los motivos de su derrota y me dijo:

⁸² Felipe Varela sirve en Valdivia desde 1813 y se va a instalar en esta ciudad después de la batalla del Toro.

“Señor mayor, mi compañía era una de las dos que estaban en emboscada. Poco tiempo después de estar situado y en el mayor silencio, vimos pasar un pequeño pelotón de ocho hombres montados; los dejamos pasar, cuando, de repente, un momento después, oí un tiro de fusil disparado por la compañía que estaba colocada más arriba que yo: sus soldados contestaron y la batalla comenzó. En el acto tuvimos pelea con los hombres de su vanguardia que se defendían como leones; no ganábamos terreno sobre ellos. Entonces, poco a poco, venían a socorrernos las tropas establecidas en las Casas del Toro, porque habían creído que por la resistencia que encontrábamos toda su fuerza estaba ahí. Su vanguardia principió a plegarse y retirarse poco a poco, haciendo fuego sobre nosotros y aprovechando todas las circunstancias del terreno. Con todo creímos el combate decidido a favor nuestro; nuestro gritos de, ¡viva el Rey!, atrajeron nuestra caballería que estaba detrás de nosotros; porque todos habían abandonado la posición del Toro sin necesidad. Ésa es, mayor, nuestra pérdida. El coronel Bobadilla, que comandaba nuestra división, creyó, como todos los demás, que su fuerza estaba reunida”.

Este capitán agregó a su relación, la conducta heroica de uno de mis granaderos, Este valiente soldado, él solo, había espantado a los granaderos. No teniendo ya tiempo de cargar su fusil, lo había tomado del extremo del cañón y se había echado encima a culatazos, prefiriendo morir a entregarse.

El cabo, el chilote y los ocho hombres habían sido recuperados. El oficial Labbé y el cabo de la vanguardia escuchaban la relación del capitán español. Les pregunté lo que les había sucedido; el cabo me contestó:

“Mi mayor, yo avanzaba con mis ocho hombres, a unos cincuenta pasos delante de la vanguardia, como me lo había ordenado el capitán Labbé. Al salir del desfiladero, vi al enemigo en el alto donde están situadas las casas del Toro. Como no se había visto nada de la emboscada que había dejado detrás de mí, destaqué uno de mis hombres para avisar al oficial. Pronto comenzó el tiro de la fusilería, fuimos tomados, despojados y conducidos detrás del enemigo por un sargento que nos trató bien, llamado Simón Susarte”.

Mandé a llamar al sargento español para recompensarlo. Me pidió servir en lo que él llamaba mi Regimiento y lo coloqué con su grado en los granaderos.

El valiente granadero que prefirió morir a entregarse a los maturrangos se llamaba Juan Ferrey.

Había recibido nueve balazos.

Su noble cabeza, después de su muerte, estaba todavía amenazadora. Era el más guapo de mis granaderos.

Esta gran batalla me costó veintinueve hombres heridos y once muertos.

Ciertamente, los cuatro oficiales que me acompañaban merecieron mis elogios, particularmente el capitán Labbé. Por eso, fueron cuidadosamente recomendados al gobierno en mi informe. Se debe ver que eso valía la pena. La batalla del Toro

aseguraba la provincia de Valdivia para siempre a los patriotas. ¡Y qué no se podía esperar de semejantes soldados y de tan elevada conducta! Un puñado de hombres contra una división bien organizada, con buena infantería, con un escuadrón de caballería, con dos pequeñas piezas de cañón y todo lo necesario, realizó la inaudita empresa. Pues bien, todo cayó en nuestro poder: hombres, armas, provisión y utensilios, tambores, cañones, municiones, etc.

Venían en esta columna treinta y nueve oficiales. Tomé catorce; los demás pudieron salvarse hacia Chiloé para llevar el terror y la vergüenza de su derrota.

Creo que es éste uno de los grandes hechos de armas de la guerra de la independencia de Chile.

Al día siguiente de la batalla del Toro, más o menos una hora después de mediodía, nos pusimos en camino para Osorno. Dos horas después de nuestra salida, nos sorprendió una tempestad. Llovía de manera tan violenta que creí en una inundación; me sería imposible hacer una descripción de esas tempestades en estas vastas selvas tan antiguas como el mundo, donde el Sol apenas puede penetrar. Ciertamente, si esta tempestad nos hubiera cogido antes de la acción, hubiéramos sido derrotados, cada uno por su lado, sin combatir.

El sendero que conduce de Osorno a Maullín se puso impracticable. El suelo estaba tan resbaladizo que nuestros caballos con toda su destreza, no podían sostenerse. Había que vernos descender en esas profundas quebradas, cayendo unos encima de otros. Nuestros caballos resbalaban de sus cuatro patas de alto a bajo. Casi todos los despojos del enemigo que había hecho cargar en veinticinco mulas que el buen Reyes me había mandado a la retaguardia por precaución, se perdieron.

La estación avanzaba.

Estábamos en el mes de abril. Según el decir del señor Agüero, era tiempo de salir de estas selvas.

A las ocho de la noche, había pasado la lluvia. Mi ayudante vino a avisarme que muchos prisioneros se habían quedado en el bosque y que si no enviaba a socorrerlos, morirían todos.

Inmediatamente ordené salir al oficial Alemparte para cumplir esta cruel comisión en la que pasó toda la noche y hasta medio día del siguiente cuando se reunió conmigo donde lo esperaba.

Junto sesenta y nueve hombres.

Si no se hubieran presentado, la mayor parte habría perecido en esas montañas cubiertas de espesas selvas, en las cuales una vez perdido el sendero, como lo he dicho antes, casi es imposible volverlo a encontrar. Daba lástima ver el estado en que llegaban esos desgraciados, lo mismo que el oficial Alemparte que había tenido el arrojo de ir a buscarlos. Se puede decir valor, aun indomable, porque había más peligro en esta tarea que asistir a cuatro batallas como la que acabábamos de tener.

Cuando todos los prisioneros oficiales y soldados españoles estuvieron reunidos, no volvían de su sorpresa de verse prisioneros de un puñado de hombres.

Esta división española tan importante, tan bien equipada, tan bien armada, no presentaba más que una aglomeración de hombres con ropas desgarradas, la

cara, las manos arañadas y ensangrentadas, cubiertos de jirones y de barro. Todos estos desgraciados habían botado su equipaje para aligerarse y así ocultarse más fácilmente en la selva. Muy pocos habían conservado sus cascos y estaban con la cabeza descubierta.

Vuelto el buen tiempo, continuamos nuestro camino. Al llegar a Osorno encontramos a esos buenos habitantes reunidos. Nos recibieron con toque de campanas; habían juntado toda especie de víveres y una buena cantidad de chicha de manzana. Éste es el licor que abunda en la comarca; hay selvas de manzanos.

Los prisioneros fueron tratados al igual que mis soldados. Así lo había recomendado, porque los españoles no eran queridos y no merecían serlo por el desprecio y malos tratamientos que aplicaban a los habitantes.

Al día siguiente, organicé mi división y también los prisioneros fueron organizados por compañías con sus oficiales y entregados a la vigilancia de campesinos armados de lanzas para conducirlos y asistirlos en sus necesidades por el camino.

Salimos para Valdivia.

Encontramos en el río Trumao a los indios y los campesinos de los Llanos, reunidos para ayudarnos a pasar el río. También habían traído víveres y chicha; habían organizado danzas par esperarnos.

Era una verdadera fiesta y fuimos recibidos con gritos de alegría y de, ¡Viva la Patria!

CAPÍTULO XXIX

LLEGA A VALDIVIA LA CORBETA DE GUERRA *INDEPENDENCIA*

Aquí fui informado que acababan de entrar en el puerto de Valdivia dos embarcaciones que venían de Valparaíso: una era la corbeta de guerra *Independencia* y la otra un transporte con víveres y hombres que me enviaban.

El Comandante era Mr. Robert Foster⁸³, cuñado del almirante lord Cochrane.

Al instante, le dirigí un mensajero para que me enviase al lugar de Piche todas sus embarcaciones para transportar por el río todos mis prisioneros que destinaba a la isla de Mancera hasta que el gobierno dispusiera de ellos. Hecho eso, seguí el camino para Valdivia.

Al llegar a Piche encontré un oficial de marina con embarcaciones suficientes para el transporte de los prisioneros y una carta de Mr. Foster en que me felicitaba por la victoria del Toro.

El capitán Varela, español, me pidió pasar conmigo a Valdivia y accedí.

Los demás salieron para la isla de Mancera.

Al separarse de nosotros, nos expresaron su sentido agradecimiento por el buen tratamiento que habían recibido en su desgracia; ellos no tenían el hábito

⁸³ Robert Forster, inglés llegado con Cochrane, sirve en la marina de Chile en Perú en 1819, y en Chiloé en 1822 como capitán de barco.

de tratar de esa manera a sus prisioneros; y yo sabía de esta mala costumbre desde mis calabozos de España...

Llegamos a Valdivia donde fuimos recibidos al toque de todas las campanas que formaban una bulla infernal mezclada al ruido de toda la artillería de la plaza, de los fuertes y de la corbeta.

Me dirigí a la gobernación.

El gobernador Gómez me esperaba con todo lo que había de visible en la ciudad y fui felicitado tanto como César después de la batalla de Farsalia⁸⁴.

El Gobernador me dio una información de lo que había a bordo para nosotros, víveres en abundancia, un poco de ropa, un poco de dinero.

¡Muchas esperanzas!

Una brigada de artilleros había, además, para cubrir las fortalezas bajo las órdenes del capitán Sotomayor⁸⁵ y doscientos demonios, la mayor parte ladrones rematados con las observaciones acerca de cada uno de sus fechorías.

El gobierno los ponía a mi disposición para hacerlos soldados o forzados.

Me enviaban uniformes para ellos.

Es decir, ino tenía que esperar otro socorro de hombres!

CAPÍTULO XXX

ORGANIZACIÓN INTERIOR DE LA PLAZA

Al día siguiente salí para el puerto para recibir todo lo que me habían destinado y para ver al comandante Forster. Al llegar al puerto hallé al oficial que había dejado en el fuerte de Corral inspeccionando los doscientos hombres.

Aproveché el momento para pronunciarles una minuciosa arenga corta, pero muy enérgica. A fin de que me comprendieran enteramente, les declaré que conocía la conducta de cada uno de ellos y que según ella yo arreglaría la mía; que olvidaría sus delitos si querían ser hombres útiles para la patria; que habían sido hombres perjudiciales a la sociedad; que esperaba que no me colocaran en el caso de librarlos de ella; que podían estar seguros que a la primera falta grave no tendrían que esperar más que la muerte, porque tenía plenos poderes del gobierno para tratarlos y que yo mantendría mi palabra. Al contrario, si se conducían bien, serían tratados al igual que mis soldados.

Esos doscientos hombres eran jóvenes, robustos, bien hechos y vigorosos. Las pérdidas que había tenido debían imprescindiblemente ser reemplazadas. En la toma de fortaleza habíamos perdido vidas; el Almirante en Chiloé, rendido más de sesenta hombres: en la batalla que acababa de tener, habiéndose cegado, por lo menos, cuarenta hombres; de modo que mis doscientos cincuenta soldados habían disminuido excesivamente. Hice salir al capitán de Granaderos del N° 1 con el informe de su cobarde conducta dirigido al coronel del Regimiento.

⁸⁴ En el 48 antes de Cristo, Cesar venció a Pompeyo en Farsalia, Grecia.

⁸⁵ José María Sotomayor, de Concepción, capitán, muere de repente en 1824.

Fui a visitar al comandante Forster y le rogué consintiera mandar transportar a Valdivia a mis doscientos impecables sujetos, lo que hizo con mucho gusto.

Yo mismo los conduje.

El comandante Forster me entregó, con una carta muy elogiosa del Ministro de Guerra, el diploma de teniente coronel y una cruz de oro acuñada en conmemoración de la toma de la famosa fortaleza de Valdivia.

Al llegar a la ciudad, después de colocar como convenía a los doscientos hombres, encargué a mis soldados que los vigilaran para que su buena reputación no sufriera con esta unión.

Me ocupé de la organización interior de la plaza para pasar el invierno, lo menos mal posible y aprovechar el tiempo.

En primer lugar, instalé un buen armero que servía a los españoles y que era chileno. Mi armamento y el que habíamos cogido al enemigo estaban en muy mal estado. Hecho eso, se nombró un comisario para los víveres, un guarda almacén para todo lo que pertenecía al Estado. Después, un contralor para regularizar el hospital, porque tenía muchos heridos y enfermos que estaban muy mal atendidos.

Una vez puestas en marcha todas esas cosas, me ocupé seriamente de la instrucción y disciplina.

Muchos jóvenes de las mejores familias de Valdivia solicitaban entrar al servicio militar como cadetes. Admití a varios con la reserva de comunicarlo al gobierno para hacerlos inscribir; de esta manera tenía muchos voluntarios.

La acción del Toro había persuadido a la mayoría de los habitantes de las escasas probabilidades de una vuelta de los españoles que muchos la consideraban como posible y otros estaban muy ligados a su causa.

El temor de los primeros estaba disipado completamente; la esperanza de los segundos, desvanecida en absoluto; lo cual me daba muchos partidarios.

En la corbeta *Independencia* me habían llegado varios oficiales encargados de la conducción de los doscientos hombres.

Para evitar dificultades en la contabilidad de los batallones N° 1° y 3°, pasé una nota al gobierno proponiéndole la formación, con las tropas que tenía a mis órdenes, de un batallón provisorio como la había organizado.

CAPÍTULO XXXI

PAPEL QUE DESEMPEÑABAN LOS "CAPITANES DE AMIGOS"

Yo recibía todos los días la visita de los diferentes caciques que habían sido favorables a los españoles y que decían que venían a ponerse a las órdenes del gobierno de la Patria. Los acogía lo mejor que podía; pero como venían en comitiva, su visita me costaba caro, porque había que gratificarlos a ellos y a su numeroso séquito.

Los españoles los habían habituado así; y ciertamente era necesario halagarlos. El gobierno me había mandado algunas cosas destinadas a este objeto; pero en la forma cómo se conducían, devoraban todas mis provisiones en muy poco tiempo.

Hice solamente los pequeños sacrificios que exigía la política. Mientras yo recibía a maravilla a los indios del sur de Valdivia, los del norte eran engatusados por un sargento del país llamado Palacios⁸⁶, que servía en un regimiento español con otros derrotados que se habían refugiado entre los indios.

Éstos, auxiliados por los intérpretes, que con grandes gastos mantenían los españoles por los eficaces servicios que les prestaban para dominar a los araucanos, que los consideraban como oráculos, eran designados *Capitanes de Amigos*.

Lograron sublevarlos.

Cada vez que los indios proyectaban un ataque contra los españoles, éstos eran advertidos a tiempo por los dichos *Capitanes de Amigos*, de esta manera, derrotados los indios, tenían que quedarse tranquilos en sus bosques.

El gobierno patriota no podía hacer tan grandes desembolsos.

La conservación de la plaza de Valdivia costaba cincuenta mil pesos al año a los españoles y los *Capitanes de Amigos* tenían grandes estipendios.

Ahora veían con claridad que esos tiempos habían concluido para ellos y por eso sublevaban a los indios por todas partes contra los patriotas y de este modo nos hicieron una guerra larga y cruel, sobre todo, en los lugares que ellos ocupaban.

Como estos hombres poseían perfectamente su idioma, hacían creer a esos salvajes lo que querían; vivían entre ellos, aparentaban, para engañarlos mejor, adoptar sus principios, sus costumbres, su voracidad en el pillaje, en las borracheras, en fin en todos sus vicios.

Los salvajes tienen todo lo de los hombres civilizados; pero ninguna de sus virtudes.

El que los conduce a la guerra y los hace robar el botín, tiene siempre la razón. Si algún cacique se pone en orden y quiere unirse a los patriotas, no pueden permitirlo y mucho menos dejar de conducirlos al bandolerismo.

Sería sacrificado al instante por sus subordinados.

Esos individuos no tienen respeto más que al más fuerte, al más valeroso y al más ladrón.

Éste es el más estimado entre ellos.

El niño que manifiesta desde su tierna edad que tendrá más vicios, es el más acariciado y el más estimado de la aldehueta.

Ése es el hombre en el estado de naturaleza.

Aquellos, como ciertos escritores, que no han visto a los salvajes más que en su gabinete y que los pintan mansos, buenos, humanos, sencillos, están muy errados. Hoy, por los viajes alrededor del mundo y sus relaciones, se sabe a qué atenerse.

El salvaje no cede nunca voluntariamente a los buenos tratamientos. La consideración con respecto la atribuye al miedo, a ningún otro sentimiento. Ello es claro, porque él mismo no tiene otro.

Aunque los salvajes de Chile no tienen ninguna religión, poseen, sin embargo, una especie de culto que tributan a Pillán, en su lengua lo que significa el Diablo

⁸⁶ Florentino Palacios, oficial de un regimiento español que se había refugiado en esta zona con otros vencidos después la toma de Valdivia.

o el Dios del mal, porque sienten el mal y el bien lo toman donde lo encuentran, sin preocuparse quién lo envía o de dónde viene.

Aquí se podría hacer muchas reflexiones filosóficas, religiosas, etc., pero no es mi objetivo.

CAPÍTULO XXXII

LEVANTAMIENTO DE LOS INDIOS DEL NORTE DE VALDIVIA
Y MALIGNA DEL FRAILE DE LA MISIÓN DE SAN JOSÉ

El levantamiento de los indios del norte de Valdivia principió a darme inquietudes.

El primer acto de hostilidad fue degollar a uno de los caciques amigos de los patriotas, indio bueno, semicivilizado por los misioneros. Este Palacios quien los sublevó contra nosotros, mantiene contactos en la ciudad. Está asociado con un fraile misionario español diabólico quien vive con los indios⁸⁷.

Ese desgraciado creía, sin duda, que con los salvajes iba a resucitar el partido español.

Era un fraile terrible y nos jugaba una mala partida.

Hacía perseguir y asesinar a todos esos pobres indios que habían venido a ofrecer la sumisión y sus servicios a los patriotas.

Bajos sus auspicios, la montonera aumentaba y extendía sus ramificaciones con el bandido Benavides que asolaba la hermosa provincia de Concepción, y se comunicaba con el general Quintanilla que ocupaba el archipiélago de Chiloé.

Así, pues, fui obligado a organizar una especie de policía y de espionaje, porque la ciudad estaba amenazada de una invasión de los indios conducidos por la montonera y el fraile.

Se necesitaba una vigilancia muy activa y no me fiaba más que en mí mismo.

Mis oficiales eran jóvenes, les gustaba entretenerse y no se inquietaban por nada, ya que se creían invencibles.

Pero yo, sobre quien descansaba toda la responsabilidad, estaba muy lejos de estar tranquilo y tampoco lo estaban los habitantes partidarios nuestros. Estos bandidos podían combinar una invasión por tierra y por el río, por lo cual yo no tenía un momento de tranquilidad, sobre todo, de noche.

Pasaba haciendo rondas a menudo con el agua hasta la rodilla. Las lluvias habían comenzado con violencia. Me hallaba encerrado en la ciudad sin poder emprender nada contra los bandidos, tan temibles en esta estación de las lluvias. Como sus armas eran la lanza, el caballo y la sorpresa, era indispensable una vigilancia muy activa. Los montoneros sabían por sus confidentes todo lo que ocurría en la plaza; pero me temían, porque sabían que no iba con mano blanda.

Sin embargo, no pude resistir.

Sucumbí a la fatiga; mi herida había cicatrizado en falso; resultó un absceso que me hizo guardar cama; no tenía más que un mal cirujano español, prisionero,

⁸⁷ Se trata del fraile franciscano Salvador Racela, nacido en España en 1771 y llegado a Chile como profesor del colegio de Chillán en 1806.



Fuerte San Sebastián de la Cruz de Corral. Foto de Carlos Bertrán.

torpe, ignorante y de malas intenciones. Sufrí el martirio; mi brazo se inflamó de tal manera que tenía paralizado todo el lado izquierdo del cuerpo.

En resumen, estuve un mes en un estado de extraordinarios sufrimientos.

El absceso reventó por la entrada de la bala. Sobre las costillas, debajo del sobaco, salieron pedazos de hueso y pedacitos de género de mi uniforme, del forro y la camisa.

En aquel momento, me alivié y no tardé en estar en pie y en mis quehaceres. Era tiempo.

Al salir de la cama, se me informó que en la mañana habían encontrado asesinado dos de mis granaderos, buenos sujetos, incapaces de mal comportamiento. Estaban masacrados en forma que hacía creer que los que cometieron el crimen experimentaron un placer. Además de varias puñaladas, trataron de separar la cabeza del cuerpo. Esta circunstancia era grave.

Se necesitaba un pronto remedio, porque estaba expuesto al asesinato la flor de mis soldados por los partidarios de los españoles que no faltaban a nuestro alrededor.

Al momento, reuní todos mis recursos de policía y los puse en campaña.

Prometí quinientos pesos al que me entregara a los asesinos.

Al segundo día, estuvieron en nuestro poder, tomados por el señor Sayago⁸⁸, cuyo hermano era cadete, hombre tan valiente como buen patriota.

No quiso la recompensa.

Ordené inmediatamente un consejo de guerra verbal como lo prescribían las circunstancias. Había necesidad de un terrible ejemplo: como la justicia civil, a la cual pertenecían los asesinos, era lenta y la causa seguirla en Santiago, nada yo tenía que ver con el proceso.

Reunido el consejo de guerra, comparecieron los culpables.

Eran dos: confesaron su crimen; no podían negarlo; fueron cogidos con puñales y objetos ensangrentados. Lo habían hecho para recomendarse ante los montoneros, con quienes se iban a juntar.

El señor Sayago me dijo que se le había puesto la idea que los asesinos tomarían ese camino. Fue una idea feliz, porque el ejemplo hubiera sido fatal.

Se les preguntó a esos hombres qué razón habían tenido para asesinar a esos soldados; contestaron que no querían a los patriotas, que esos granaderos le hacían la corte a sus amantes y que si hubieran podido matarlos a todos, lo habrían hecho. Fueron condenados y ejecutados en el mismo sitio en que asesinaron a los dos granaderos. Era una lástima: esos dos hombres eran fuertes y valerosos. Habían servido a los españoles; eran entonces empleados del gobierno para el servicio de las embarcaciones y para la comunicación de la ciudad con el puerto.

Recibía continuamente quejas de los pobres campesinos patriotas que se refugiaban en la ciudad, cerca de nosotros, para eludir las persecuciones y vejaciones del fraile.

⁸⁸ Joaquín Gil Sayago (1791-1868). Teniente de la milicia de artillería, al Estado Mayor de Valdivia (1821), actúa contra las guerrillas en la región, capitán. Hermano de Manuel Vicente Sayago (Valdivia: 1779), cadete de regimiento, subteniente en 1822, capitán en 1829.

Se veían obligados a abandonar sus chozas, sus familias, o a incorporarse en la montonera. A los indios que no querían tomar parte en la pandilla los perseguían a muerte. Éstos venían a atestar la plaza. Semicivilizados por los misioneros, pierden de su estado salvaje toda su energía y no son buenos para nada; traen a nuestro medio todos sus vicios, acompañados de una excesiva flojera; están continuamente ebrios, sucios y enervados al punto de no poder obtener nada de ellos y no hacen otra cosa que consumir nuestros víveres. Sin embargo, era preciso alimentarlos, aunque no fuera más que por conveniencia política, ya que venían hasta nosotros antes que ir a engrosar las filas de los bandidos.

Cansado de todo esto, me vino la idea de sacar al fraile de entre los indios.

La misión de San José estaba a dieciséis leguas de Valdivia, en medio de las montañas.

Como en invierno las continuas lluvias hacían intransitable los caminos, no tenían nada de nosotros, y el fraile estaba tranquilamente en su misión y los bandoleros desparramados por uno y otro lado en las diversas viviendas de los campesinos, indios, capitanes de amigos, etc.

Mandé llamar al oficial Alemparte. Había hecho preparar una embarcación y el oficial compareció solo. Le expresé:

“Sé que Ud. es hombre valiente y emprendedor; por eso voy a encargarlo de una acción digna de Ud.; vaya al cuartel a escoger doce o quince granaderos; se necesitan buenos nadadores. Se embarcará inmediatamente; dirá a sus compañeros y a los soldados que lo mando en comisión al fuerte. Pues bien, no es eso todo: a las nueve de la noche –son las ocho– todos Uds. estarán listos, en el muelle. Estará allí preparada la embarcación con su dotación de remeros. A esta hora tiene Ud. la marea a favor. En tres horas salvará las siete leguas de río y llegará a medianoche al pequeño fuerte de Las Cruces. Ahí tomará un buen guía y se pondrá en marcha de noche para que nadie sospeche lo que va a hacer. Tendrá que recorrer diez u once leguas para llegar a la misión de San José. Caminos horribles dificultarán su marcha a través de esas selvas. Pero con un buen guía eso se facilitará. Debe llegar de noche al río que está antes de la misión. Si no encuentra embarcación de este lado, cuatro o seis de nuestros granaderos se echarán a nado para pasar al otro lado y buscar una para pasarlos a todos Uds. Llegado al otro lado, estará cerca de la misión. La hará cercar por su gente y Ud. prenderá al fraile con todos sus papeles. Todo eso debe hacerse con el mayor silencio, ningún disparo. Si hay necesidad de defenderse, lo que no creo, sírvanse de sus bayonetas. No deben dar la alerta a la montonera, pues en tal caso estarían en peligro. Vayan con confianza. Porque están muy lejos de prever este ataque. Nadie sabe lo que Uds. van a hacer y no lo comuniquen a nadie, si no nuestra acción fallaría. Sabe Ud. que el fraile tiene sus confidentes en la ciudad y sería pronto advertido y Ud. estaría perdido. ¿Ve que el secreto le es necesario?”

El oficial me escuchó sin decir palabra. Tan pronto como terminé de dar mis instrucciones, me contestó:

“Mi Coronel, voy a buscar al fraile. Antes de cuatro días estaré aquí de vuelta”.

Le recomendé mucho que no lo maltrataran. Pero una vez cogido, debía asegurarlo bien y prontamente tomar la retirada.

Cuatro días más tarde, con gran asombro de toda la ciudad, vinieron a avisarme que el oficial Alemparte bajaba el río trayendo al fraile de la misión de San José.

Fui al instante a su encuentro al muelle.

Le di un buen apretón de mano y le recomendé silencio por el momento.

El fraile tenía cara hipócrita y miraba con expresión estúpida a toda la gente que se había juntado para verlo. Mandé llevarlo incomunicado al cuartel.

El oficial me expuso que todo había sido ejecutado siguiendo mis órdenes: que les había costado mucho trabajo atravesar la distancia de Las Cruces a San José por esas horribles montañas, con una lluvia continua; los caminos estaban espantosos, el río de crecida; no habían encontrado embarcación por su lado; que eran las once de la noche, pero que felizmente el guía era tan bueno, que en tanta oscuridad podía reconocer el lugar; que cuatro de sus hombres atravesaron el río y se apoderaron de la primera embarcación que tocaron en sus manos. Pasaron todos a medianoche y él entró sin hacer ruido en la misión.

El fraile estaba al lado de un gran fuego con una sirvienta. Ambos fueron atados. Se les ordenó guardar silencio. Cogió los pocos papeles que tenía y emprendieron la vuelta. Desgraciadamente, el fraile se empantanó en un cenagal del cual no lo pudieron sacar hasta clarear el día. Aseguró que hombres a caballo habían pasado muy cerca de ellos y que suponía que eran montañeros.

El oficial me entregó los papeles, entre otros, una carta del cirujano español, concebida en estos términos.

“A Palacios, jefe de la montonera: Amigo mí, ¿qué hace Ud. entonces? El francés está en su lecho medio podrido. Ud. sabe que es el único de respeto y de bravura. La guarnición de la ciudad que él ya no puede vigilar está en desorden. Los mismos oficiales de la guardia del cuartel van a pasar la noche con sus amantes. Los soldados, por su parte, hacen otro tanto; de modo que el cuartel está abandonado por la noche y muy fácil de emprender. Tenemos también a su disposición tres jefes de embarcaciones con sus correspondientes remeros; de manera de cuando Ud. esté decidido, podemos de noche enviarle esas embarcaciones al pequeño fuerte de Las Cruces sin que nadie lo sepa. En la misma noche puede Ud. bajar el río y sus indios a caballo por tierra, combinando el tiempo y la hora para llegar juntos. Por nuestra parte podemos tomar la guardia del muelle, que no es más de cuatro hombres con un cabo. Ud. sabe que el muelle está a dos pasos del cuartel, del cual podemos apoderarnos con sus hombres armados, casi sin disparar un tiro. Como se lo digo, la falta del jefe enfermo es todo; ellos no tienen cuidado y están muy

lejos de imaginarse semejante ataque. ¡Qué gloria para Ud. si liberta la plaza de Valdivia de los patriotas, así, pues, los fuertes serán nuestros en el momento que el jefe caiga! Además de la gloria, ¡que ganancia y qué ascenso para Ud. “El rey de España lo haría, por lo menos, Coronel”.

Había otra carta del padre de Palacios, barbero cirujano, del país, más vigorosa en exhortaciones virulentas que, seguramente, no era escrita ni dictada por él. Ordené su arresto y el de los tres jefes de embarcaciones.

En el mismo momento, el cirujano español vino a la Gobernación a saber noticias.

Estaba pálido y tembloroso. Veía arrestado al fraile y esto lo intranquilizó.

Sin embargo, cuando me vio recibirlo como de costumbre, se serenó.

Le expresé que estaba muy pálido y qué tenía.

Me contestó que estaba enfermo.

Yo ya no podía contener mi cólera.

Ejecutando este su plan atroz por un hombre valiente, podía haber tenido un resultado fatal para la ciudad y la guarnición. Incontestablemente hubiéramos sido todos pasados a cuchillo si hubiera existido de verdad el mal servicio durante mi enfermedad. Entregada la ciudad a los indios, habría sido saqueada, quemada; ellos no distinguían a los patriotas de los godos, nombre con que eran designados los partidarios de los españoles y éstos mismos.

Ese brutal y cobarde cirujano no había calculado nada de esta tragedia. Sin duda, había sido víctima como todos los demás, excepto el padre de Palacios, que era conocido de los indios y los tres jefes de las embarcaciones que se habrían salvado.

Como el cirujano me contestó que estaba enfermo, fui a mi escritorio, tomé la carta, diciéndole: “Tome esta receta, ella lo sanará”.

Me miró estupefacto, como un hombre que pierde la razón o que la ha perdido, pero el sentimiento del miedo se la devolvió muy pronto.

Se arrojó a mis pies y se revolcaba en el suelo pidiéndome perdón y la vida.

Le pregunté qué podía haberlo llevado a semejante atrocidad; si como prisionero no había sido tratado con todas las consideraciones debidas a su desgracia y si él había visto tratar así por los suyos a los prisioneros americanos que caían en su poder.

“Miserable –le dije–. ¿Cuáles eran tus proyectos al entregar la ciudad a la furia de los salvajes? ¿Creías tú que habrías escapado una vez entregada la ciudad a los indios y a los montoneros? ¿Ignorabas que esos bárbaros habrían degollado indistintamente a todos los que no hablan su lengua?”.

“¡Ah! –exclamó–, soy un bruto, un miserable indigno de perdón”.

Le ordené que me indicara sus cómplices.

Me dijo que no tenía otros que los ya conocidos. No me costó trabajo creerle, aunque teníamos muchos enemigos, pero no tan imbéciles para entregarse a los indios. Lo hice conducir a la prisión y ponerlo incomunicado, lo mismo que el padre de Palacios y a los jefes de las embarcaciones.

Mandé enseguida llamar a todos los oficiales de la guarnición para que conocieran el contenido de la carta del cirujano en relación con el abandono de sus deberes. Les di a entender que yo no debía estar muy satisfecho, aunque estaba muy lejos de creer lo que decía la carta. Pero si había algún relajamiento en sus servicios, debían ver a dónde podía conducirnos.

Todos clamaron contra las mentiras del cirujano.

“En todo caso, señores –les dije–, creo que este hombre los ha calumniado. Semejante conducta sería indigna de oficiales honorables; los estimo demasiado para creer que se hubieran relajado hasta ese punto; pero si entre ellos había alguno a quien pudiera aplicarle esa conducta debía servir de lección y que vieran a qué estaba expuesta una ciudad, una plaza fuerte, cuando se entremetía el abandono”.

Después de la arenga les ordené retirarse.

CAPÍTULO XXXIII

CAMPAÑA CONTRA LA MONTONERA DE PALACIOS

Pocos días después coloqué un destacamento de veinticinco hombres en Las Cruces, que se encuentra a siete leguas al norte de Valdivia, río arriba. Este punto no había sido protegido antes, porque lo había considerado insignificante. Lo cierto es que el plan insinuado por el cirujano español al fraile y a Palacios podía haber tenido un terrible resultado para nosotros y la plaza, pero no para mi división que estaba alojada en su cuartel y par mí, que estaba a veinte pasos de allí; pero sí para esos pobres habitantes, y particularmente los más apartados, que se encontraban al paso de los indios. No obstante, la ciudad estaba demasiado interesada para que al primer rumor no estuviera yo prevenido.

Llegado el buen tiempo, resolví hacer una corta campaña contra los indios enemigos y la montonera de Palacios, no porque esperara una gran éxito. Sabía que apenas me vieran entrar en su territorio, huirían a los antros más profundos de los bosques.

Mi objeto era dar a conocer a los indios que tenía fuerzas capaces de vencerlos y así disuadirlos de proteger a los montoneros que los engañaban y ver si podía conquistar algunos de esos capitanes amigos prometiéndoles la conservación de sus empleos y de sus estipendios como en tiempo de los españoles.

El comisario general de naciones, es decir, el jefe de los intérpretes y el de los capitanes de amigos, don Leandro Uribe⁸⁹, buen patriota, hombre de buen juicio, juzgó muy bueno mi proyecto, ofreció acompañarme y afirmarme con su influencia

⁸⁹ Leandro Uribe y Asenjo (1771-1822), encarcelado en Corral por la junta realista en 1812, capitán del ejército de la patria en 1821, comisario general de naciones y comandante del fuerte de Cruces donde es asesinado por los montoneros realistas el 11 de febrero 1822.

sobre los indios, creía que la expedición produciría buen efecto entre los indios que, viéndose apoyados por las fuerzas patriotas, abandonarían a Palacios y, sin duda, lo entregarían.

Preparé entonces trescientos hombres bien armados y me embarqué, yo a la cabeza. Remontamos el río, aprovechando la marca que llega casi al pequeño fuerte de Las Cruces, en el que hice reparar y montar allí una pieza de artillería para contener los montoneros y los indios, si era necesario.

Ese pequeño fuerte no sirve para otra cosa.

Tomé en Las Cruces dieciséis bueyes y vacas para alimentar a mi gente, hasta la llegada al territorio que ocupaban los montoneros y los indios enemigos.

Después de tres días de marcha, entré en una extensa y espléndida llanura.

Allí estaban reunidos todos los caciques que me habían visitado en Valdivia. Se encontraban acompañados de todos sus mocetones y de sus mujeres y tenían una gran cantidad de provisiones. Después de la ceremonia usual y de hacerles explicar los motivos de mi visita por el intérprete Uribe, que conocían mucho, se desmontaron y me ofrecieron sus dádivas, que consistían en corderos, ovejas y algunas vaquillas.

A mi vez, los gratificaba con todo lo que les gustaba a esos salvajes, tales como espejos, chicherías, índigo, algunas cosas de plata para las bridas del caballo y grandes alfileres de ese metal para las mujeres.

Después, el comisionado Uribe les echó en cara que no habían cumplido su promesa de perseguir a Palacios, o, por lo menos, de negarle el paso por sus tierras y de vengar de alguna manera al cacique Juan José que habían degollado los montoneros por la única razón de haber venido a la plaza a felicitar al jefe patriota, como lo habían hecho ellos mismos y que este cacique era de su sangre, etc.

Contestaron al intérprete que si ellos hubieran sido bastantes fuertes, el cacique, su hermano, ya estaría vengado; pero que Palacios tenía consigo todos los indios de Pitrufquén, Boroa y Maquegua, tres poderosas tribus, que si no hubieran permanecido neutrales, ya los habrían aplastado. A pesar de sus cuidados, habían sido oprimidos y vejados por este bandido.

Durante esta larga conferencia con los indios, que repiten cien veces la misma cosa, lo que mortifica al que está obligado a escucharlos, yo me entretenía mirando el comercio que se había establecido entre los soldados de mi división con los indios y sus mujeres.

Los soldados, que sabían lo que les gustaba, se habían provisto de una buena cantidad de grandes botones de cobre, grandes perlas de vidrio de todos los colores y muchas otras bagatelas. Recibían por esto en cambio muy buenas cosas, como ponchos, pellones y además buenos comistrajos par pasar una alegre noche de campamento.

Mandé llamar a los capitanes de amigos y les di a conocer las intenciones del gobierno patriota de conservarlos en sus cargos mientras guardaran el nuevo sistema con adhesión y obediencia. Me lo prometieron y se ofrecieron acompañarme dos que admití para comprometerlos contra Palacios. De esta manera, una vez alejado de la tierra de los indios, no podrían burlarse de mí. En fin, nos separamos satisfechos unos y otros, y continué mi camino.

Mi intención era proseguir hasta Pitrufrquén, sesenta leguas al norte de Valdivia, tratar de hacer atender a razones a los indios enemigos partidarios de Palacios o imponer una corrección si la ocasión se presentaba. Estaba informado de que el cacique Calcufura, de Pitrufrquén, era poderoso por el número de hombres que tenía a sus órdenes, sus mocetones, y más todavía por su volumen y gordura, que lo hacían considerar como un hechicero por su tribu.

Era horriblemente contrahecho.

Yo debía entonces suponer que él no podía huir muy lejos, y teniéndolo en mi poder lo haría renunciar a la protección que le prestaba a los montoneros.

Después de cuatro días de marcha, el oficial de mi vanguardia que iba en silencio por esas sepulcrales selvas, más o menos a cincuenta pasos de mi división, envió a advertirme que en un prado, en donde había algunas cabañas de indios, se encontraban muchos hombres armados e indios, y además también mujeres. Dispuse que el oficial se replegara en silencio hasta la división.

Al momento, mandé llamar a Uribe y a los dos capitanes de amigos, que conocían perfectamente el terreno, para concertar los medios de rodear esas gentes, lo que se ejecutó con prontitud.

Al momento convenido marché rápidamente y entré en el prado.

Cuando los indios quisieron tomar sus lanzas y montar a caballo, se vieron rodeados por mi infantería en un círculo muy estrecho. Al instante, les envié uno de los dos intérpretes que conocían para invitarles a no oponer resistencia, por ser inútil, diciéndoles que yo deseaba conversar con ellos y no les causaría ningún daño.

Hay que decir que este modo de obrar me lo aconsejó el comisionado Uribe, quien me hizo ver que el resultado sería más favorable a la Patria perdonándolos que degollándolos, porque estaban infraganti, con las armas en la mano para reunirse con los montoneros, pero habían caído sin poder escapar.

Mis intenciones no eran ésas; con todo, cedí a la opinión del comisionado. Todavía no conocía bien a esos salvajes y con el tiempo tuve ocasión de arrepentirme de esta condescendencia, y el pobre comisionado fue la víctima.

En resumen, Uribe avanzó hacia ellos, los obligó a despojarse de sus armas, que dejaron de mal agrado, y formaron un círculo alrededor del comisionado para escucharlo.

Me acerqué, a mi vez, a esos diablos que iban en traje de combate, es decir, cubiertos de cuero endurecido al fuego, otros completamente desnudos, otros embadurnados con sangre y con diversos colores, otros; todos horribles, como demonios del infierno. Eran como sesenta combatientes y el resto no valía nada.

Después de ser interrogados por don Leandro acerca de sus intenciones, contestaron que sabiendo que los patriotas habían entrado en la tierra de los indios, Palacios les había ordenado que se armaran y se juntaran con él para defenderlos; porque veníamos a tomarles sus mujeres y a asolar su comarca; que los había amenazado con castigarlos cuando nos hubiéramos ido si no obedecían sus órdenes, que eran para su bien y conservación.

Por supuesto, Uribe les predicó moral. Les probó que Palacios los engañaba; que nosotros no hacíamos daño a nadie; que en prueba de ello se les entregaban

sus armas, caballos y mujeres, porque durante la conferencia todo estaba asegurado. Prometieron todo lo que el comisionado quiso y todo les fue devuelto, siempre contra mi manera de ver; pero como había comenzado tenía que concluir. Así, pues, se les dejó en libertad de ir adonde les pareciera mejor.

Seguí adelante hasta Pitrufrquén.

Al acercarnos, había huido el cacique con todos sus indios a los bosques y dejando sus cabañas abandonadas. Hice formar varios destacamentos con mis trescientos hombres par recorrer la selva en diferentes direcciones. Dos horas más tarde mis soldados me traían al cacique Calcufura, su yerno, su mujer, sus hijos, varios indios malvados que no servían para nada y varias mujeres ancianas, lo que nos probó que todo aquello que podía ponerse bajo las armas y las mujeres jóvenes, se encontraban con Palacios.

Mi comisionado abordó al cacique Calcufura.

Costaba trabajo reconocer al hombre en este animal, a tal extremo era deforme: no más de cuatro pies de alto y de ancho otro tanto; nunca había visto semejante figura. Por eso, lo tenían en gran veneración. Los salvajes la tienen por todo lo que es extraordinario, aunque entre ellos solamente el valor y la fuerza tienen derecho a su veneración. Por otra parte, este animal estaba dotado de mucha inteligencia para un salvaje y tenía gran poder sobre su tribu, aun sobre las de sus vecinos. Venían a consultarlo como a un oráculo de todas partes.

Dejé obrar a don Leandro Uribe. No me ocupé más de que situar bien a mis soldados para evitar cualquiera sorpresa y alimentarlos convenientemente, ya que teníamos todo en abundancia.

Calcufura era rico en animales. Estos salvajes son, con raras excepciones, pastores. Prometí a mi tropa tres días de descanso, que pasamos de la manera más agradable en la posesión del cacique, la más pintoresca que puede ofrecer la naturaleza. ¡Qué hermosa descripción haría un novelista en mi lugar!

No es mi oficio, por desgracia.

Pasados nuestros días, en los cuales no vimos indios ni montoneros, porque nos cuidábamos atentamente, el cacique se mostró cansado de nuestra presencia. Se hicieron las promesas al comisionado: entregarnos a Palacios y conducirlo a la plaza de Valdivia. Ser favorable a los patriotas, etc. Todo lo cual creyó sinceramente el comisionado; pero a mí no me hacía ese efecto.

Mi propósito se estaba cumpliendo: hacer ver a los indios que teníamos fuerzas, que podían venir a sus tierras y hacerles el bien. En fin, se le hicieron todas las amenazas al cacique si no cumplía su palabra y nuestro regreso fue fijado para el día siguiente. Nuestra retirada se verificó sin que los indios ni los montoneros nos incomodaran en lo más mínimo; nos temían como al fuego.

La toma de la fortaleza de Valdivia y la batalla del Toro, les habían dado una buena opinión de nuestra destreza. Por otra parte, ¿qué podían hacer contra una buena infantería en esas selvas y desfiladeros? Además, la guerra de montoneros no consiste sólo en combatir sino cuasar daño, molestar y hostilizar al enemigo sin correr grandes riesgos, y esto lo saben hacer perfectamente.

Un mes más tarde, yo estaba de vuelta en Valdivia.

En este tiempo mis trescientos hombres habían vivido a expensas de los indios, insignificante compensación de lo que yo había gastado en ellos.

CAPÍTULO XXXIV

LLEGADA A VALDIVIA DEL TENIENTE CORONEL LETELIER,
NOMBRADO GOBERNADOR

Pocos días después, se anunció una embarcación en el puerto y enseguida recibí la correspondencia del gobierno en la cual se me anunciaba que el teniente coronel Letelier⁹⁰ estaba nombrado Gobernador de la plaza de Valdivia y como tal lo recibí.

Al instante, mandé preparar una embarcación para bajar al puerto y saludarlo; volvimos juntos, y tuve el placer de instalarlo en la casa que yo mismo ocupaba, destinada al Gobernador.

Al día siguiente, le entregué el archivo y todo lo que correspondía a su cargo y me retiré modestamente a una casita que arrendé para pasar los últimos días en Valdivia, porque con la llegada del Gobernador yo debía considerar terminada mi tarea; pero éste nada me decía, absolutamente nada, no obstante ser claro que no podía estar bajo las órdenes de un oficial de mi grado y menos antiguo en grado y en el servicio del país.

El señor Letelier, hijo de francés, nacido en Chile, venía llegando de Francia. Se encontraba en España, donde se había refugiado, porque había servido en las tropas del rey José. Llegado a su país, fue nombrado inmediatamente teniente coronel. Era hombre de méritos. Tenía conocimientos en matemática y era un poco ingeniero.

Yo, por mi parte, era extranjero y tenía que tomar mi resolución, y ésta fue la de retirarme. Comunicué entonces mis intenciones al Gobernador, que me contestó que no tenía órdenes para retenerme; pero que mi alejamiento de la plaza lo desesperaba mucho; que se atrevía a rogarme que aplazara mi salida y me quedara con él hasta que hubiera conocido los lugares, las tropas que yo había formado, los oficiales que quedaban con él y los medios de conservar la plaza; que, después de haberla conquistado y sostenido yo, tan gloriosamente, su tarea sería difícil si me iba tan pronto.

Consiguí promesa de que me quedaría un poco de tiempo con él; lo que cumplí sinceramente, porque me había parecido muy amable, de graciosas y elegantes maneras, hombre capaz, lo que me consolaba un poco, porque, si me es permitido decirlo, hallaba que el gobierno se había portado conmigo en forma poco delicada y sin las consideraciones debidas a un militar que acababa de prestar a la patria importaciones servicios.

⁹⁰ Cayetano Letelier Maturana, ingeniero militar combatiendo entre 1808 y 1814 en España con las tropas de José Bonaparte. Sargento mayor en 1818, teniente coronel (1820) de ingenieros en 1821, asesinado en Osorno el 15 de noviembre 1821.

Las tropas habían oído decir que yo iba a dejarlas y al toque de llamada del anoecer se mostraron descontentas, particularmente las pertenecientes a los regimientos 1º y 3º; pero yo las tranquilice y les di a entender que tropas subordinadas no debían manifestar disgusto. Que el cambio de jefe no significaba nada; que su deber era servir a la patria y no debían tener nunca mala voluntad a los hombres de armas; que las armas estaban reservadas para volverse solamente contra los enemigos de la patria. Entonces todos gritaron: ¡Viva la Patria!

Quedó tranquilo el ambiente.

CAPÍTULO XXXV

PROYECTO DE PALACIOS PARA ATACAR A LOS PATRIOTAS
DIRIGIDO AL GENERAL QUINTANILLA

Pasé los primeros días instruyendo al Gobernador de todo lo ocurrido desde la toma de la plaza, del proceso criminal que había que seguir al padre de Palacios, a los jefes de las embarcaciones y al cirujano español.

Fueron los reos juzgados en consejo de guerra y fusilados los tres primeros. Se reconoció por el consejo de guerra que el cirujano español había sido solicitado por el padre de Palacios para escribir la carta ya leída, y que en su calidad de español tenía más gravedad respecto del padre Salvador Racela, fraile español, furioso contra los que llamaba los "insurgentes". En este hombre había más un imbécil y no un conspirador. Por otra parte, calculé que durante mi enfermedad le hubiera sido fácil al cirujano mandarme al otro mundo sin correr ningún riesgo y así hice saber estas razones al Gobernador, y el estúpido cirujano se salvó y fue remitido a Santiago en compañía del fraile a disposición del gobierno.

Los montoneros, entretanto, principiaban a agitarse.

Calcutura estaba muy lejos de mantener su palabra; todo lo contrario, se dejaba caer con toda la fuerza sobre los indios vecinos y amigos nuestros, tildándolos con el epíteto de *pachocos* (patriotas).

El comisionado vino a reconocer un poco tarde que los salvajes consideran que la clemencia se practica por miedo.

Había, pues, que tomar otras medidas.

Estaba pensando en esto, cuando me mandó llamar el Gobernador, muy temprano, lo que no me dejó de sorprender. Pensé que había alguna novedad. Llegado donde él, me dijo que yendo al campo en el llanterío, Sayago (ya conocido) encontró un hombre desconocido y que al verlo comenzó a correr. Bien montado, lo siguió e iba a alcanzarlo cuando el fugitivo le hizo frente con sable en mano.

Sayago estaba armado también.

Se produjo el combate en medio de la soledad.

El desconocido recibió un sablazo en la cabeza, tan bien aplicado, que cayó del caballo y Sayago se desmontó y desarmó a su adversario. Le preguntó quién era y de dónde venía; que dijera la verdad, porque se trataba nada menos que de su vida.

Atónito confesó, al momento, que era hijo del intérprete Caleufo, nuestro mayor enemigo, especie de oráculo de los indios.

Estaba encargado por Palacios de llevar una carta al archipiélago de Chiloé para el general Quintanilla.

Entregó la carta a Sayago, y vino inmediatamente con su prisionero.

El Gobernador me la leyó. Los montoneros decían al general Quintanilla que podía con toda seguridad expedicionar sobre Osorno y ponerse en comunicación con ellos. Que me darían mucho que hacer; que Benavides iba a mandarles mucha gente; le daban un largo detalle de un triunfo obtenido sobre los patriotas. Le anunciaban la muerte del coronel Alcázar en el combate de Tarpellanca y la captura de un batallón entero de los Cazadores de Coquimbo; que únicamente se había escapado el comandante al abandonar su batallón, etc.

En realidad, esas noticias no eran halagüeñas, aunque fueran verdad la mitad.

El Gobernador me dijo que él había obrado bien al retenerme. Que mi partida era imposible ahora, porque no conocía las tropas, ni el terreno, ni los recursos que debía emplear contra esta invasión que parecía grave, combinada de esa manera y que éramos muy felices por el encuentro que había tenido el valiente Sayago. Que, por lo menos, no seríamos tomados por sorpresa; que entonces se entregaba enteramente a mis conocimientos militares, por ser yo como práctico de la región.

¡Quién podría mejor que yo —decía— conservar lo que tan valientemente había defendido hasta hoy! Que el asunto era muy serio y, ¡quién podía saber, efectivamente, las pérdidas que hubiera sufrido el general Freire! Porque había algo de verdad en la carta.

Yo era también de la misma opinión.

CAPÍTULO XXXVI

ORGANIZO LA DEFENSA CONTRA EL PLAN DE PALACIOS

El Gobernador continuó que no teníamos tiempo que perder y me interpeló de la manera siguiente:

“Si yo no hubiera venido como jefe de la provincia, ¿qué habría hecho Ud. o, para decir mejor, supuesto que yo no estuviera aquí, cuáles serían las medidas que Ud. habría dispuesto?”

Contesté al Gobernador que había previsto eso de antemano y que no era difícil que el general Quintanilla, que tenía fuerzas en Chiloé, tratara de recuperar la plaza de Valdivia. Que este punto tenía gran importancia para sostener la guerra que hacía Benavides en la provincia de Concepción; que esas gentes esperaban siempre refuerzos de España, que Chiloé y Valdivia eran los dos más importantes fuertes de la costa; que con eso podían refrescar y descansar con toda seguridad las tropas y las embarcaciones venidas de España; que nunca había dudado que el verano se pasara sin ser atacado por uno u otro lado, o bien por los dos, a la vez, como lo manifestaban en el proyecto.

Mi resolución era entonces situarme en la misión de Cudico, al otro lado de la montaña que separa a Valdivia de los Llanos, y que esta posición me ofrecía un punto céntrico, pues de ahí podía hacer frente por todos lados a los montoneros, a Quintanilla, si venía de Osorno, o bien si hiciera una tentativa por mar sobre el fuerte.

En este caso, yo atravesaría la montaña y caería sobre el fuerte de Corral, lo que deberían haber hecho los españoles cuando lord Cochrane fue a Chiloé y me dejó en Corral con ochenta hombres y los marinos de la fragata *María Isabel*, gente con la cual no se podía contar, perdiéndose una buena ocasión.

Como se ha visto antes, los derroté con una estratagema, porque estaban desmoralizados.

Además, mi intención era organizar en Cudico quinientos hombres de milicias a caballo armados de lanzas, tomar la mitad en los Llanos, la otra en Osorno, y provocar de esta manera la emulación entre esas dos comarcas cuyos habitantes eran buenos patriotas y podía contar con ellos tanto como creyera indispensable esta medida.

Me era fácil escoger veinticinco o treinta hombres entre mis soldados para formar tiradores a caballo, a fin de proteger esta milicia. Las lanzas estaban listas, porque había ordenado a los armeros su confección durante el invierno; también había hecho preparar cuatro piezas de artillería, dos de batalla y dos de montaña. No había más que hacer venir del fuerte a treinta artilleros y dos oficiales.

El batallón provisorio contaba ya con quinientos hombres; todo eso reunido formaría una división bastante respetable.

Solamente me parecía que no había tiempo que perder.

El Gobernador pareció muy satisfecho con mi plan, me estrechó la mano afectuosamente y me dijo que impartiera las órdenes necesarias para ponerlo en ejecución lo antes posible. Ese mismo día las tropas quedaron prevenidas de mantenerse listas para marchar a la primera orden.

Cuando supieron que yo marchaba con ellos, hubo en el cuartel una alegría tan ruidosa que no se entendía absolutamente nada.

El Gobernador se encontraba presente y me dijo:

“Estos soldados tienen confianza en Ud. y lo quieren. Es natural, Ud. los ha disciplinado y conducido dos veces a la victoria. Todo se puede esperar con tales hombres, conducidos por tal jefe”.

Hay que ver que el Gobernador sabía felicitar.

Si era verdad o necesario, es lo que veremos más tarde.

CAPÍTULO XXXVII

SAQUEOS PERPETRADOS POR SOLDADOS CRIMINALES CONFINADOS A VALDIVIA

En este mismo atardecer, a las 8, recibí una información del oficial de guardia del cuartel.

A la caída de la noche, varios soldados habían saqueado una tienda y robado los efectos y mercaderías que tenía. Vi al instante que era un golpe fraguado por algunos de esos individuos que me había mandado el gobierno. Di inmediatamente la información al Gobernador, que me autorizó para tomar las más severas y enérgicas medidas y dar un ejemplo a esos endemoniados.

Me dirigí al cuartel y mandé tocar retreta.

Faltaban al llamado diez de esos bandoleros, los más famosos. Tenía caballos preparados y designé dos oficiales que tomaron cada uno doce o quince hombres y se pusieron en camino la misma noche. Uno se fue por el camino de los Llanos; el otro, por el de tierra de los indios.

Era muy probable que tratasen de llegar a la montonera de Palacios.

Felizmente, los bandoleros no habían podido tomar sus fusiles y sólo habían hallado la manera de sacar del cuartel sus bayonetas, escondidas para no ser vistos por el oficial ni los centinelas.

Di la orden a los oficiales que si los encontraran, los despojaran y los fusilaran y procuraran traer las mercaderías robadas.

Al día siguiente vino a presentarme una señora de los Llanos que venía de Valdivia, siendo robada y violada por tres de ellos.

Ya estaba sobre sus huellas.

Había entre ellos un famoso ladrón llamado Ángel Ortiz, ex galeote de la plaza de Valdivia, que había logrado escaparse por la tierra de los indios y llegado a la provincia de Concepción. Conocía el terreno; era seguro que éste y los otros seis iban a la montonera; los otros tres iban a los Llanos y no podían escapársenos.

Mis preparativos para la partida quedaron terminados pronto.

Me puse en camino para la misión de Cudico y dos oficiales recibieron la orden de juntarse allí con nosotros en compañía de los ladrones, o sin ellos. Los soldados marchaban vigorosamente y con la mayor alegría, porque la situación era deliciosa; allí tenían más libertad, eran queridos de los habitantes y recibían mil golosinas. Los víveres eran más abundantes y mejores que los que habían en la plaza.

Al llegar a la misión, tuve la noticia que mis ladrones habían sido encontrados y que habían opuesto resistencia a los oficiales y a sus compañeros; que cinco habían sido exterminados, y que los otros dos no habían sido encontrados.

Uno era Ángel Ortiz. Éste no se había entretenido en desempeñar el papel de resistencia, sólo se había precavido de antemano contra la persecución y, forzándolo, se había llevado consigo a un soldado.

Era éste un buen hombre, antiguo granadero a caballo de San Martín. Estando como centinela, había dejado escapar a un prisionero de importancia: no tenía otras anotaciones. Al día siguiente recibí la información del Gobernador Manríquez de que tres soldados, cargados de efectos, habían querido violar mujeres de indios amigos y que éstos los habían degollado. Me decía que me haría remitir religiosamente los despojos.

Como se ve, la justicia se hacía prontamente, y eso era necesario en las circunstancias en que nos hallábamos.

Las mercaderías y efectos hallados con los ladrones se entregaron a su propietario. Todo volvió al orden de perfecta tranquilidad. Este ejemplo produjo un buen efecto; ningún otro de los doscientos hombres se movió. Al contrario, todos llegaron a ser buenos y valientes soldados.

CAPÍTULO XXXVIII

ME INSTALO EN LA MISIÓN DE CUDICO PARA PREPARARME
CONTRA LA AMENAZA DE QUINTANILLA

Sin pérdida de tiempo pasé notas a los gobernadores Manríquez y Reyes, previéndoles mi instalación en la misión de Cudico y que tuvieran la bondad de venir, pues tenía que conversar con ellos sobre asuntos importantes concernientes a la seguridad y el bienestar de los habitantes de la provincia.

Al día siguiente estos buenos patriotas estaban a mi lado.

Los informé del contenido de la carta dirigida por Palacios al gobernador Quintanilla, de las noticias de Benavides, etc. Les di a conocer la urgente necesidad de prepararnos, porque en poco tiempo seríamos atacados; que yo pensaba que Quintanilla vendría por tierra más fácilmente que por el lado del mar, pues no veía las embarcaciones necesarias para semejante ataque y el miedo de ser sorprendido por los de la Patria, ya que el nombre de lord Cochrane les daba mucho temor.

Todos, a la vez, me preguntaron en qué podrían ser útiles y que dispusiera de ellos.

Les manifesté mi intención de formar dos escuadrones de caballería de milicias: uno en Osorno y el otro en los Llanos, y que para eso contaba con ellos. Que se necesitaba que cada uno reuniese en su comarca doscientos cincuenta hombres bien dispuestos y bien montados; una vez designada su gente, yo me encargaría de su instrucción y organización; que mi intención era comenzar por las gentes de Osorno; que era preciso que el señor Reyes, a corto plazo, escogiese su gente y que le recomendara a cada uno que preparara un palo par lanza de once pies de largo. Yo haría colocarle la punta de hierro para fijarlo sólidamente, a la manera de los indios. Al señor Manríquez le dije otro tanto.

Me respondieron que sería un verdadero placer para los habitantes y para ellos sernos útiles en algo; que los hombres y los caballos no faltarían. Más aún: la buena voluntad quedó de manifiesto en los campesinos, que se sintieron encantados con mi proyecto, consagrándose a él con ardor.

Enseguida les hablé así:

“Pues bien, señores, manos a la obra Ud. señor Reyes, en el día y momento que pueda tener su gente reunida, hágame avisar y me dirigiré al instante a Osorno. Señor Manríquez, designe Ud. la suya y de Osorno le avisaré el día que debe presentármela”.

Terminada esta conferencia, se retiraron manifestándome que ellos no me harían esperar. Por mi parte, me ocupé de la formación de mis treinta tiradores.



Sable de Mocopulli: Encontrado por Felipe Montiel, director del Museo Histórico de Castro, en el campo de batalla de Mocopulli en 2003. Fabricado en la "Manufacture d'Armes de Châtellerault, France" (como se puede leer en la inscripción de la hoja, foto p. 196) en 1800, este sable tiene dos propietarios posibles: uno de los oficiales napoleónicos presentes en Mocopulli, Beauchef, Rondizzoni, Bacler d'Albe a los cuales podemos agregar Labbe, hijo de francés. Pero, su estado, casi nuevo, impide una utilización durante varios años de combates como fue el caso de estos oficiales tanto en Europa como en América. El propietario es, entonces, probablemente, un oficial español o chilote. De hecho, entre 1800 y 1807, España era aliada de Francia y esta última ayudó al rearmamento del ejército español. Parte de este armamento nuevo se mandó a América y, en general, no se usó sino a partir de las luchas de la independencia. Probablemente, el oficial poseedor de esta arma no había combatido mucho antes de Mocopulli.

Para ello escogí treinta soldados bien dispuesto y los mejores jinetes, lo que era muy fácil, pues los chilenos lo son todos, siendo mi intención poner a la cabeza de esos hombres al señor Sayago.

Creo que, por lo que se ha visto no podía hacer mejor elección.

Para recompensarlo, ideé pedir al gobierno el diploma de lugarteniente. Mi petición fue elevada al Gobernador. Mientras tanto, este bravo fue agregado a este piquete par comandarlo. El señor Sayago fue encargado de ver a los dos gobernadores y juntar, bajo su protección, las treinta monturas y caballos con la condición de devolverlos después de la campaña, si se realizaba.

Mandé traer de Valdivia frenos, estribos y espuelas, todo lo cual puse a disposición del lugarteniente Sayago, y también cuarenta caballos con la seguridad de que serían bien cuidados. Las cuatro piezas de artillería llegaron a la Misión. Fueron montadas y puestas en estado de servicio.

Principié la instrucción del batallón provisorio. En fin, todo quedó pautado. Las tropas estaban bien alimentadas, aseadas y muy contentas; la posición era muy hermosa; había un aire muy puro; teníamos bosques, buena agua, fruta en abundancia, etc.

Todos los domingos teníamos misa en la Misión, adonde se dirigían los habitantes circunvecinos. Era un verdadero día de fiesta y todo ocurría en la mayor decencia.

Yo vigilaba a los soldados y el que faltaba era severamente castigado.

Cuando el servicio quedó bien puesto en orden en la Misión, recibí el aviso del gobernador de Osorno de que el domingo siguiente su gente se reuniría en la llanura y que me esperaban. Entregué el comando al oficial más antiguo y salí para Osorno con mi ayudante.

Al llegar encontré al gobernador Reyes, que me esperaba con una tropa de jinetes, y me condujo a la llanura en la cual estaba reunida toda su gente. Aquí fuimos recibidos a los gritos de, ¡Viva la Patria y el director supremo O'Higgins!

Tenía esa buena gente mucho entusiasmo y demostraba su buena voluntad.

El Gobernador mandó formar en ala a los que estaban designados par formar el escuadrón y me presentó a los que debían ser los oficiales, sargentos y cabos, a los dos capitanes, todos nombrados por elección.

Tuve el placer de ver hombres bien formados, todos jóvenes y robustos, bien dispuestos, bien montados; mandé formar un círculo para hablarles y darles a conocer la utilidad de sus servicios.

"Quintanilla -les dije- nos amenaza con una invasión. Deben Uds. colocarse en situación de defenderse. Los españoles no les perdonan su adhesión a la causa de la Patria y sus propiedades serán destruidas, sus personas perseguidas y marcadas con el anatema de insurgentes, etc."

Sin demora mandé confeccionar la lista de dos compañías y colocar a los hombres en el lugar que debían ocupar, lo mismo a los sargentos, cabos, oficiales y capitanes; recomendé a éstos que cada vez que se reunieran debían ocupar el puesto que se les había designado.

Se convino en que los domingos y jueves serían los días de la instrucción, y todas la tardes en mi habitación para los oficiales y sargentos. Hice distribuir a

los capitanes las puntas de lanza de fierro y una tela roja par banderolas; ordené que el próximo jueves debían reunirse armados para comenzar las maniobras que quería enseñarles, las que serían sencillas y fáciles, y después de esto fueron despedidos.

Algún tiempo después de mi trabajo, recibí del Gobernador la noticia que el gobierno de Chile enviaba un parlamentario al general Quintanilla, con los documentos oficiales en los cuales podía ver los progresos del ejército patriota en el Perú y que ya no había esperanzas de ser socorrido por el Virrey, haciéndole proposiciones honorables para que entregara el archipiélago de Chiloé, como parte integrante del territorio de Chile.

Pero el Gobernador me prevenía que las miras secretas del gobierno eran ganar tiempo y que yo redoblara mi actividad en los preparativos de defensa y en la organización de los escuadrones de milicias.

Pocos días después el parlamentario estaba de vuelta.

Quintanilla lo había recibido en forma arrogante, diciéndole que no tenía necesidad de los socorros del Virrey; que éste cumpliría con su deber en Perú y él en Chiloé.

El parlamentario era un cura del país, y fue muy mal recibido por el Gobernador y por los habitantes.

Esto nos anunciaba claramente lo que debíamos esperar.

La noticia se desparramó y todos redoblaron su actividad, a tal punto que, transcurridas seis semanas, eran capaces esos bravos de continuar la instrucción por sí solos.

Me puse en marcha par hacer otro tanto en los Llanos.

Casi todo el escuadrón me acompañó, y con ellos el gobernador Reyes, hasta la mitad del camino de Osorno a los Llanos. Al separarnos me colmaron de muestras de amistad y de bendiciones.

El cacique Railef, que era de la expedición, me prometió cuidar de tal manera el paso que conduce de Osorno a Maullín que ningún aviso ni correspondencia llegaría a Quintanilla. Que me quedara muy tranquilo y que si Quintanilla trataba de invadir el territorio, yo sería advertido inmediatamente por sus indios.

A mi llegada a la Misión de Cudico encontré todo en buen orden y en buen estado mi piquete de tiradores. Sayago no había perdido el tiempo. Lo mismo que la brigada de artillería, el batallón provisorio hacía también progresos rápidos. En fin, todo era satisfactorio para mí y felicité a los oficiales.

Al día siguiente pasé una nota al gobernador Manríquez y otra a don José de los Ríos⁹¹, que había sido nombrado mayor de los dos escuadrones, para que reuniesen su gente en una llanura que les indicaba para comenzar la instrucción el domingo siguiente después de misa. Se efectuó; encontré el escuadrón armado de sus lanzas con banderolas rojas, con el mismo entusiasmo que en Osorno, todo dispuesto en el mismo orden y vi que todo avanzaba rápidamente.

⁹¹ José Román de los Ríos, teniente de milicia en Valdivia, sargento mayor de los dos escuadrones de milicia de los Llanos en 1820.

Poco después recibí un informe del Comandante Reyes. Un fuerte destacamento de caballería de Chiloé había pasado el Maullín, comandado por un tal Isla, famoso como valiente secuaz, que marchaba sobre el Toro apropiándose de todos los vacunos que, sin duda, servían de víveres para la invasión de Quintanilla.

No había, pues, tiempo que perder. Al momento mandé llamar al oficial Labbé y le ordené que tomara veinticinco tiradores; que montara veinticinco granaderos y que partiera en el acto para Osorno; que allí escogiera algunos milicianos voluntarios y saliera en seguida para el Toro, o hasta que encontrara el destacamento del capitán Isla.

Yo esperaba que no se trasladara a Chiloé ni un solo animal y que esto se hiciera prontamente.

Pasaron quince días antes que yo tuviese noticias del capitán Labbé.

Me decía que había alcanzado al capitán Isla en Maullín; que no había podido pasar más de una decena de vacunos; que él había recuperado el resto que consistía en unos sesenta bueyes y vacas; que no había podido tomar ningún prisionero, lo que yo le había recomendado mucho. Me agregaba que todo anunciaba que Quintanilla se disponía a venir.

Este oficial tuvo orden de volver, entregar los animales a sus propietarios y tomar los que necesitara para llegar a Osorno.

El cacique Railef y varios indios habían acompañado a Labbé en esta expedición, lo mismo que varios milicianos del escuadrón de Osorno, Me decía también que el capitán Isla lo había vociferado y amenazado mucho, que andaba con ochenta hombres y no había querido trabar combate diciendo que se verían más tarde. Como tenía a su disposición las embarcaciones, no había podido obligarlo a combatir, etc.

Del lado de los indios del norte no había novedad por lo que me decía el gobernador Letelier, a no ser ese voluminoso animal de cacique Calcufura que supo engañar tan bien al comisionado Uribe. Había detenido un mensajero que venía de Concepción a Valdivia con despachos para el Gobernador, y sin las amenazas del cacique Benances lo habría hecho degollar. Se contentó con no dejarlo pasar y lo hizo volver sobre sus pasos cuando había caminado, por lo menos, veinte leguas.

El Gobernador estaba furioso, porque los papeles que traía este correo debían interesarnos a nosotros.

Recibí de Valdivia un mensaje de un amigo en que el Gobernador no era bien tratado y los epítetos no faltaban. Se le trataba de hombre brusco, caprichoso, débil, etc. Se me decía que lo dominaba enteramente un mujer de mala reputación, que era la que gobernaba, pues se ejecutaban todas sus voluntades hasta el punto de hacer recluir en la fortaleza a las personas que no le agradaban, o para vengar pasados agravios.

Tal comentario me sorprendió, especialmente porque, como he dicho más arriba, Letelier era hombre bastante instruido y de buenas maneras, y me dio mucha pena.

Mientras tanto, suspendí mi juicio y traté de olvidar esas imputaciones que se renovaron y se esparcieron en los Llanos y Osorno.

Esa gente parecía pedir mi protección y yo aparenté no poner atención.

Esos rumores me confundían.

Hacia esta época, durante más de tres meses, se daba la instrucción y se organizaban las milicias. La tropa de línea, es decir, el batallón provisorio, la artillería, el total, en fin, estaba en muy buen estado y orden, preparado para hacer frente a nuestros enemigos. Pero de ningún lado se movía nadie. Quintanilla no dejaba el archipiélago. Los chilotes, aunque muy buenos soldados, no querían salir de su isla. Benavides no hacía nada por el lado de los indios del norte, lo que indicaba que las cosas andaban bien en la provincia de Concepción.

CAPÍTULO XXXIX

EL GOBERNADOR LETELIER PRESENCIA LAS MONIOMBAS DE LA DIVISIÓN DE LOS LLANOS

Viendo esta tranquilidad, resolví hacer maniobras con mi pequeña división e invitar al gobernador Letelier. Con este pretexto tuve con él una charla, porque la maledicencia continuaba su marcha. Con este fin envié un oficial a Valdivia para prevenirlo y expresarle tuviera la amabilidad de asistir, pues sería la ocasión de pasar revista a sus tropas y de visitar la provincia de su cargo. Me contestó en el acto que yo había tenido una buena idea. Que estaba encantado e iba a hacer sus preparativos; que invitaría mucha gente para presenciar esta pequeña guerra, rogándome le hiciera preparar un alojamiento y me fijaba el día de su llegada.

Esta noticia se divulgó en poco tiempo por las dos comarcas.

Todos los habitantes de ambos sexos se preparaban para asistir, lo mismo los indios de los Llanos y de Osorno.

Tenía más de ocho días para hacer mis preparativos antes de la llegada del Gobernador. Escribí a los comandantes Reyes, Manríquez y Ríos que tuvieran a bien dirigirse a la Misión para acordar juntos el día, el terreno y todo lo necesario para la reunión.

Al día siguiente de este aviso, estos tres caballeros estaban reunidos en la Misión. Les di a saber que íbamos a tener un ejercicio de fuego y maniobras de toda la división, inclusive sus escuadrones; que tenían ocho días para prepararse, les cité el día de la llegada del Gobernador; que iríamos a recibirlo a la entrada de los Llanos, a dos leguas de distancia, más o menos.

El señor Ríos me ofreció espontáneamente alojar en su casa al Gobernador.

Por estar su casa más cerca de mi habitación, acepté su ofrecimiento. Se convino también que escogeríamos el terreno, de modo que los escuadrones no tuvieran más camino que hacer uno que el otro. Había más o menos ocho leguas de la Misión a Osorno; había que escoger un terreno a propósito e intermedio, lo que se hizo al día siguiente a satisfacción de todos, pues el sitio era muy conveniente.

Era una llanura cortada por un hermoso estero, salpicada de pequeños bosques y terminada por una altura que debíamos tomar.

Una vez convenida esta determinación, los comandantes Reyes, Ríos y Manríquez se encargaron de mandar gente para construir las barracas.

Yo les di el plano.

Además, estos caballeros me ofrecieron gratuitamente los víveres necesarios para el consumo de toda la división. Era demasiada generosidad, pero no quisieron separarse de mí sino después que yo hubiera aceptado. Fue, pues, necesario ceder completamente a sus deseos.

Cinco días después fui con varios de mis oficiales a visitar el terreno.

Las barracas estaban preparadas y ya había gentes establecidas en este campamento. Había dado orden a los comandantes de los dos escuadrones de estar un día antes de la llegada del Gobernador en el terreno, con su gente, y que yo mismo estaría con mis tropas para hacer los movimientos y maniobras que debíamos ejecutar en su presencia. Nos encontramos todos reunidos como había sido ordenado y la operación se hizo con una exactitud que sobrepasó mis esperanzas.

Como el Gobernador debía llegar al día siguiente, mandé ponerse en marcha un piquete de tiradores mandados por un oficial a su encuentro. Nosotros salimos al día siguiente con los comandantes de las milicias y numerosos oficiales con el mismo objeto.

Encontramos al Gobernador cuando entraba en los Llanos con una gran comitiva, compuesta de los habitantes de Valdivia de los dos sexos.

El señor Ríos, a quien yo le había presentado, así como a los demás, lo invitó a apearse en su casa, donde su alojamiento estaba preparado y fue aceptado.

Todo el acompañamiento siguió. Nosotros pasamos en casa del señor Ríos el resto del día, en que todos estuvimos muy alegres, a pesar de la sorpresa que causó la dama que lo acompañaba y se alojó con él, lo que no era muy moral visitando su provincia. Pero todos estaban de muy buen humor para hacer reflexiones, las que sin duda, fueron dejadas para más tarde.

Yo empecé ahora a creer que los rumores no eran sin fundamento. Por otra parte, yo estaba prevenido y no parecí poner atención; hablábamos de la revista y de las maniobras que debían verificarse al día siguiente.

Cenamos y todos se acomodaron como pudieron. El tiempo estaba tan bueno que no había necesidad de precaución alguna por la noche. Además, todos los jinetes llevan su cama consigo sobre su caballo, la que consiste en siete u ocho pellones de piel de ovejuno con la lana de buen largo, lo que hace un buen lecho en el verano.

En la mañana, al despuntar el día, todo estaba preparado para la partida. Cada uno montó y tomamos el camino del campamento. En el trayecto, Letelier me habló de Quintanilla, y me dijo que no era probable que viniera a atacarnos; que creía que había errado el momento favorable; que lo suponía informado de todo lo que esta ocurriendo; el entusiasmo de los habitantes, la organización de la caballería de las milicias y el buen estado de las tropas de líneas, mandadas por un jefe tal como yo, sin duda lo había desalentado.

Agradecí al Gobernador sus alabanzas.

Hablamos de otras cosas, de los asuntos de la provincia, de la virtud de sus habitantes, su patriotismo y de los socorros de toda especie que yo había encontrado en ellos, etc.

Llegamos temprano al campamento. Los tambores tocaban la generala y cada uno ocupó su puesto. El Gobernador fue acompañado por todos nosotros a la barraca que le estaba designada, la cual estaba perfectamente adornada con cintas de seda, flores, lo que halagó mucho y aún lo sorprendió.

Tan luego como las tropas estuvieron en su puesto, me puse a su cabeza e hice prevenir al Gobernador que con su permiso comenzaríamos nuestras maniobras, o si era de su agrado pasar revista, lo ordenase. Mi ayudante, que había sido enviado, volvió con el Gobernador a ver las tropas.

Se abrieron las filas: él comenzó por las milicias; se sorprendió de verlas en tan buen orden y les dirigió un bonito discurso que fue aplaudido por los gritos de, ¡Viva el director O'Higgins!, ¡Viva nuestro Gobernador, mueran los españoles y los chilotos de su pandilla! De ahí pasamos a los veteranos, que lo recibieron de la misma manera. En el mismo momento llegaba una multitud de indios amigos que venían también a felicitarlo y a gozar de la fiesta.

Se veía llegar gente por todos lados, a pie y a caballo, aún muchas damas de Valdivia, de modo que en pocas horas había de tres a cuatro mil almas en la llanura.

Como el Sol era ya ardiente, aproveché el momento que el Gobernador se ocupaba en recibir a los indios para mandar que la tropa se retirase y fuera a almorzar, con la orden de que a las cuatro en punto todos estuvieran bajo las armas. Las municiones se distribuyeron en este intervalo, a razón de veinte cartuchos por cada hombre y cuarenta para los tiradores.

A las cuatro de la tarde sonó un cañonazo.

Era la señal y comienzo de nuestras maniobras que se ejecutaron con la mayor puntualidad. Los escuadrones hicieron varias descargas en el mejor orden; tropas de línea no lo habrían hecho mejor; después de varios caminos de frente y otros movimientos, lancé las tropas al ataque de las alturas. Para ello era necesario pasar el riachuelo, lo que se ejecutó con la mayor rapidez y sin confusión, aunque eran las milicias las que pasaban en ancas a los infantes. Al momento de llegar las primeras compañías a la otra orilla, se formaban en batalla, cubiertas por los tiradores y protegidas por la artillería. Transportada toda la gente, las alturas fueron atacadas a paso de carga en columnas cerradas, y prontamente invadidas. En el fin de nuestra jornada, apenas las tropas estuvieron en descanso, cuando las alturas se cubrieron de gente y de setecientos a ochocientos indios, lo que daba un raro golpe de vista. Esta multitud de campesinos, vestidos de tan variados colores hacía creer de lejos que esas alturas habían florecido por la magia. El Gobernador estaba encantado y me decía a cada momento que nunca habría creído que la división fuera capaz de ejecutar tantas maniobras difíciles con tanta exactitud.

CAPÍTULO XL

LA FIESTA DESPUÉS DE LAS MANIOBRAS

Después de muchos vivas, dianas, marchas militares, lo que gusta mucho a los indios, volvimos al campamento en el cual nos refrescamos con chicha de manzana que habían mandado traer los señores Ríos, Manríquez y Reyes.

En la noche comenzaron los bailes, que siguieron casi durante ella. Las mujeres de esos campos son locas por el baile a su manera.

En verdad, son bonitas y también bastante voluptuosas.

Nadie parecía pensar en las fatigas de la jornada.

El Gobernador también tenía su baile. Ahí se habían reunido muchas jóvenes muy bonitas, sea por la influencia del clima o de las buenas costumbres. En esta feliz región uno no ve una mujer fea, porque las que no tienen bonitos rasgos tienen, por lo menos, una hermosa tez, bonitos colores y mucha frescura, bellos ojos negros y hermosísimos dientes.

Los hombres son robustos, bien formados y valerosos como todos los chilenos. No hay grandes fortunas, pero todos viven bien y casi todos son propietarios y cada uno cultiva su tierra.

No hay en el mundo otra región más feliz que los Llanos y Osorno, en fin, toda la provincia de Valdivia. Pero la pequeña ciudad no goza de las mismas ventajas por encontrarse encerrada por altas montañas cubiertas de bosques.

Para que esta región prospere se necesitaría población. Es lo que falta; cinco o seis mil almas es muy poco para una provincia tan vasta por el lado norte, pudiendo extenderse hasta la de Concepción. Hay cerca de cien leguas. Es esta distancia una especie de desierto. Con los años, o por no decir con los siglos, creo que Chile, y sobre todo el sur, será el más bello país del mundo. Desgraciadamente se encuentra demasiado lejos de los países que rebosan en población, y sus dos padrastrós, el cabo de Hornos y las cordilleras, no contribuyen poco a la lentitud en el aumento de la población. Con todo eso, después de la independencia el país ha realizado progresos inmensos.

Eso sea dicho de paso en mi narración, porque no es mi objetivo, y vuelvo a mi asunto.

Al día siguiente, por la mañana, me ocupé de la tropa y de la limpieza de las armas.

Hubo un gran almuerzo ofrecido por el Gobernador, al que fueron invitados todos los oficiales, lo mismo que las damas de jerarquía de Valdivia que habían venido a la revista y las de los Llanos y de Osorno. La alegría presidía este almuerzo, tal vez un poco como los que podía dar el rey de los reyes, Agamenón⁹², en su tiempo.

No era menos agradable; la etiqueta estaba desterrada por completo y la había reemplazado la franqueza. Al atardecer y en la noche, volvieron a empezar

⁹² Agamenón, Rey legendario de Micenas y de Argos, jefe de los héroes griegos que sitiaron Troya.

las guitarras y los bailes. Sin restricción, era la imagen de la verdadera libertad, sin licencia.

Al día siguiente nadie pensaba retirarse.

Al despuntar el día habían preparado carreras de caballos, a las cuales son muy aficionados en toda la región. Otros habían preparado riñas de gallos.

En resumen, los de los Llanos en contra de los de Osorno. Se abrieron las apuestas, todo con el mayor orden; nadie salía de los límites del respeto debido al primer magistrado de la provincia, no obstante el exceso de alegría producido por la chicha y la agitación de tanta gente reunida.

La llanura era cruzada continuamente por los jinetes y casi todos tenían uno de mis infantes en ancas. De esta manera rocían por todos lados. Casi todas las mujeres estaban también a caballo. Los indios, todavía semicivilizados, estaban en medio de esta gente. En verdad, era extraordinario; pero sin la sombra de una disputa.

Esos tres días se pasaron gozosos, sin el menor disgusto par mí que era su autor.

CAPÍTULO XLI COMPORTAMIENTO DEL GOBERNADOR Y COMENTARIOS

Al fin llegó el tiempo de separarse.

Las tropas de línea se fueron a la Misión; los milicianos y los habitantes a sus moradas y a sus tierras; y yo acompañé al Gobernador a Osorno. Dos días después nos pusimos en camino, bien escoltados para hacer esta visita. El Gobernador debió quedarse allí cuatro días para visitar la comarca y sus habitantes, recibir a los indios, ceremonia indispensable y muy odiosa.

El cacique Railef había llegado a ser para nosotros una persona importante. Tenía una tribu numerosa y se había entregado con cuerpo y alma al nuevo sistema. Por su propia voluntad, había tomado por su cuenta el cuidado del desfilaro que conduce de Osorno a Maullín y prometido que no dejaría sacar ni un solo bovino, a no ser que el enemigo fuera muy numeroso.

Fue él, también, quien mandó avisar al gobernador Reyes la incursión del destacamento de Isla. El Gobernador le manifestó mucho afecto y le hizo bonitos regalos para él, sus mujeres y los suyos. Por su parte, los habitantes recibieron muy bien al Gobernador y a la dama que le acompañaba, aunque les disgustó mucho su presencia. Todo fue, sin embargo, agradable en los pocos días que permanecimos allí, aunque no se recibían más que las personas que la dama quería ver, lo que ocasionaba muchos celos, porque era la cónyuge de un oficial chileno que seguía y servía a los españoles. A ella no le gustaban de ninguna manera los buenos patriotas ni sus cónyuges, conducta impolítica e imperdonable en un hombre como Letelier, al tolerar la actitud de la dama. ¡Pero qué hacer! Él estaba fascinado por esta mujer. Lo cierto es que el hombre tiene defectos.

A pesar de la amistad que me manifestaba y los elogios que me prodigaba, no me atreví a tocar esta cuerda, no obstante que veía el daño que eso producía en la mente de esos virtuosos habitantes, cuyas mujeres observaban una conducta irreprochable. Lo que más chocaba era alojar a esta mujer con él. El cura de Osorno me lo dijo; pero era tan cortés y afable con todos que disponía al olvido sus extravagancias.

Dispusimos en Osorno la petición al gobierno de los diplomas para los oficiales, comandantes, etc. Arreglado todo, mucha gente se juntó en el momento de marchar. Los oficiales y comandantes lo acompañaron hasta la Misión de Cudico. Yo no tuve ninguna ocasión de hablarle sin reserva: eso me repugnaba. Pensé escribirle sobre este punto; me era más fácil en calidad de amigo, como lo creía, siendo hijo de francés que hablaba esta lengua con gran soltura y éramos como compatriotas.

En fin, el día de nuestra separación me colmó de elogios y adhesión, agraciéndome a cada instante los momentos felices que había pasado desde su salida de Valdivia; que allá no era lo mismo; que a menudo tenía disgustos. Por primera vez había tocado la tecla; pero el momento no era oportuno y cambió inmediatamente la conversación, refiriéndose a Quintanilla que, por lo que acababa de ver, tenía poca posibilidad de una invasión y que él más bien pensaba que nosotros mismos iríamos pronto a atacarlo en su archipiélago. Me dijo también que mediante las milicias de caballería, mi división había adquirido una gran movilidad y que por este medio, si Quintanilla se atreviese a introducirse en la provincia, me sería fácil impedir cualquiera retirada, pues la caballería que tenía la había perdido en la batalla del Toro, etcétera.

Llegados a la entrada de la montaña boscosa que separaba Valdivia de los Llanos, nos separamos muy satisfechos uno y otros.

Ido el Gobernador, volví a mis ocupaciones en la Misión. La estación estaba avanzada; la provincia quedaba segura y no me restaba mucho tiempo que estar en Valdivia, porque pensaba retirarme.

Ya no había razón par retenerme y mi papel había sido ridículo. Quince días después de la partida de Letelier, volvía a recibir cartas de algunos amigos de Valdivia llenas de quejas contra él.

En los Llanos y Osorno se le criticaba también; pero no tan amargamente, porque había sido muy amable con esa buena gente.

Yo tenía desagrado de ver que nada se perdona al hombre público; que se aprovechan las más pequeñas circunstancias para despedazarlo. Yo quería a Letelier y eso me decidió a escribirle, no al Gobernador, sino al amigo, acerca de lo que estaba pasando.

Le hablé de las quejas de los habitantes por la influencia que atribuían a esta mujer en sus medidas y del daño que le hacía, etc., en fin, todo lo que se puede decir a un amigo en el caso de la reputación del magistrado.

La respuesta de Letelier no se hizo esperar y me quitó el deseo de decirle una sola palabra sobre este asunto. No es que su carta fuera grosera, no; era siempre la misma bondad, la misma cortesía; pero repetía casi en cada frase: "mi amigo,

no es impunemente como se ataca el honor de una mujer casada, y si yo conociera a los detractores, esos denigradores, pasarían malos ratos conmigo". No quise más. El honor de una mujer casada que vivía públicamente con él, que lo acompañaba en su visita de la provincia y se alojaban juntos, ¡qué obcecación! Y al mismo tiempo diría que lástima, porque no le conocía otros defectos a Letelier. Estaba lejos de creer todo lo que me decían de él; estando alejados debía desconfiar y dar muy poco crédito a todas esas quejas que se me daban, y ¿para qué? Quién sabe si para desunirnos. Pero el asunto de esta mujer era claro y me limité a compadecerlo.

CAPÍTULO XLII
REGRESO A SANTIAGO.
MEMORIAS DEL GENERAL MILLER

Nuestra reunión y maniobras se habían efectuado el 21 de febrero. Estábamos a fines de marzo y no teníamos nada de nuevo por ningún lado. Podía considerar la provincia en seguridad y entonces pedí al Gobernador permiso para volver a la plaza de Valdivia, lo que me fue acordado inmediatamente.

A mi llegada, fui a visitarlo y le di a conocer el deseo que tenía de volver a Santiago antes del invierno.

El Gobernador me contestó que tenía orden del Ministerio de Guerra de proporcionarme un pasaje a bordo de cualquier buque del Estado o extranjero. En el puerto había un buque inglés y quise aprovecharlo.

Mi partida fue decidida no sólo para mí, sino que obtuve del capitán Moore pasajes para varias familias emigradas que eran del partido de los españoles, las que habían seguido, unas a sus maridos, otras a sus padres. Se habían convertido en patriotas con nosotros y había que devolverlas a sus tierras, que eran las de Concepción. Este buen capitán se llevó la mayor parte del sacrificio, porque yo no hice más que la insinuación, y él el gasto. Las cuatro familias viajaron gratis. Letelier, siempre el mismo conmigo, no me dijo nada de mi carta, lo que tácticamente era no aprobarla. Por mi parte, me cuidé de no decirla nada tampoco; nos despedimos como buenos amigos.

Nada sobre mi partida anuncié a los Llanos.

Se encontrarán tal vez largos todos esos detalles de mis memorias; pero había que decir cómo se había tomado la plaza de Valdivia, cómo se había conservado la provincia con un puñado de hombres y cómo y por qué se perdió poco tiempo después, como se verá en mi narración, porque lo que han escrito sobre estos puntos es muy incorrecto e inexacto.

En las *Memorias* del general Miller sobre la toma de la fortaleza, apenas me nombra.

Sin embargo, él estaba a mis órdenes y su comando consistía en cincuenta o sesenta soldados de marina de desembarco. Por eso, esas famosas *Memorias* fueron

quemadas en auto de fe en la plaza del Cuzco por su amigo y compatriota O'Brien y era lo que merecían⁹³.

Tanto en esta batalla como en todas las que refiere, no dice positivamente: soy yo el que ha hecho todo; pero así lo deja entender a los lectores. Por otra parte, todos los jefes americanos u otros las han desprendido al punto de no creerlas dignas de incorporarlas en sus notas.

Su compatriota le hizo justicia: la quema se hizo en su presencia.

Estuvimos pronto en Concepción e inmediatamente fui a visitar al general Freire, que me recibió cómodamente y me felicitó por la importante acción de la fortaleza de Valdivia y por la todavía más importante batalla del Toro que, por lo que me dijo, había consolidado la primera. Que yo había honrado su elección; por mi parte, le agradecí que me hubiera puesto en el caso de serle útil a mi nueva patria y de singularizarme. En seguida fui a ver a mi comandante, el bondadoso y valiente Rivera, que me abrazó con efusión y no dejaba de alabar la conducta de su mayor y de sus granaderos.

Observé que las tropas estaban, después de mi partida, en una miseria difícil de describir. La desnudez y palidez de sus hombres denunciaban una miseria espantosa. Pregunté la causa al comandante y me dijo que las cosechas habían sido pésimas. Además de esta adversidad, la terrible guerra que Benavides hacía a la provincia. Ese tráfuga, unido a los restos del ejército español y a los indios, no dejaba un momento de descanso a las tropas patriotas y asolaba la provincia en todas direcciones. El cuadro no tenía nada de halagüeño.

¡Qué diferencia con las tropas que yo había dejado en los Llanos! Aquéllas estaban bien vestidas, bien alimentadas, robustas y dichosas.

Éstas no tenían casi qué comer, casi desnudas y sin fuerzas.

Prometí al comandante Rivera que apenas llegara a Santiago vería al director O'Higgins y me interesaría vivamente ante él para remediar tanta miseria. Mostró un gesto de disgusto que apenas entendí; pero creí desprender que todo lo que yo pudiera decir al Director ya había sido dicho y que los socorros de la capital no llegarían. En seguida, el comandante me dijo:

"Mi amigo, gracias a los conocimientos locales del general Freire, a su actividad y al respeto que inspira a nuestros enemigos, de otra manera estaríamos más que en la miseria; todos estaríamos perdidos y con nosotros la provincia".

Por lo que pude ver el comandante estaba muy disgustado. Por lo demás, ninguna queja salió de su boca si no es la que le causaba la miseria de sus soldados.

⁹³ En realidad, Miller ni siquiera nombra Beauchef en la toma de Valdivia. *Memorias del general Miller*, (Buenos Aires, Emecé Editores, 1997), tomo I. Benjamín Vicuña Mackenna escribe a este propósito: "Beauchef es el testigo más respetable de la toma de Valdivia porque el más modesto; Miller, no obstante su mérito y su coraje, muestra una gran pequeñez hacia sus compañeros de armas, hasta declarar que Beauchef no había hecho nada con sus infantes mareados". Benjamín Vicuña Mackenna, *La independencia en el Perú*, (Buenos Aires, Ed. Francisco de Aguirre, 1972). En 1829, Tupper, ex ayudante de Beauchef, escribe en una carta a su hermano: "Obtuve ayer un ejemplar de las *Memorias* de Miller, leí lo relativo a la toma de Valdivia, habría sido mejor para el autor no decir nada". F. Tupper, *Memorias del coronel Tupper*, (Santiago, Ed. Francisco de Aguirre, 1962).

Pocos días después salí de Talcahuano para Valparaíso en un barco inglés. Enseguida de hacer en Valparaíso una visita al Gobernador, me puse en marcha para Santiago y fui a hospedarme en mi anterior alojamiento, en casa de doña Mercedes Rojas de Manso, donde fui recibido cumplidamente por esta noble dama y su hija única Teresa, que llegó a ser mi esposa.

La señora Rojas había heredado el saber y el patriotismo de su padre. El señor Rojas, don José Antonio, había sido uno de los primeros patriotas que levantó su voz por la libertad y la independencia de su país. Era muy instruido y había viajado por Europa. Temido por los españoles, que lo persiguieron hasta hacerlo caer en demencia debido ya a su edad, consiguieron destruir sus facultades intelectuales y físicas con los sufrimientos. Pero más que todo contribuyó a ello el destierro a una de las islas de Juan Fernández y la prisión. Doña Mercedes recibía bien a todos los militares y particularmente a los que tenían la suerte de distinguirse, porque aborrecía con toda el alma a los españoles.

Para ello tenía poderosas razones, porque, la habían hecho sufrir horrorosamente en la persona de su padre y en sus bienes.

Las contribuciones no faltaron lo mismo que las vejaciones de toda especie.

Por eso, su casa era el lugar de reunión de todos los oficiales distinguidos del ejército de O'Higgins y San Martín, de los de su país, de los extranjeros y de todos los patriotas importantes de Chile.

Tan luego como estuve en estado de presentarme pasé al Estado Mayor General y de ahí donde el señor director general O'Higgins, quien me recibió abrazándome, cosa muy halagüeña para mí. Hizo lo mismo el Ministro de Guerra, el señor Rodríguez Aldea. Cumplidos estos deberes descansé de todas mis fatigas. Pasé un invierno muy agradable. Hubo en Santiago muchos bailes deliciosos, grandes comidas dadas por el director supremo O'Higgins, muchos saraos, etc.

El país estaba tranquilo y la capital muy agradable y yo aprovechaba el tiempo también lo mejor que podía.

Era joven y había adquirido alguna reputación; generalmente era bien visto. Mi posición era entonces muy confortable y, sobre todo, pocas inquietudes militares. Lo mismo ocurría a varios de mis demás compatriotas que por razón de la estación se hallaban en Santiago.

Cuando menos lo pensaba, fui llamado al Ministerio de Guerra, al que me presenté inmediatamente.

El Ministro me colmó de consideraciones como preámbulo, y terminó por decirme que un militar como yo, era muy útil en el Perú. Le contesté fríamente que un militar iba adonde lo exigía el servicio de la Patria; pero que esta determinación del señor Ministro había sido tardía. El general San Martín —le dije— me ha pedido al Director por medio de dos cartas para darme el comando de un regimiento, que no existe todavía, y así había gloria que ganar para la República de Chile y para mí. Desgraciadamente hoy casi toda la campaña está conducida en el Perú. Que esto tenía que preocuparme, pero que, por lo demás, estaba listo y que no tenía el gobierno más que darme la orden, retirándome en seguida para pasar al momento donde el Director y recordarle lo que me había

dicho, a mi llegada de Valdivia; que no había cedido a las peticiones del general San Martín que tenía necesidad de mí ya que yo era un oficial de su confianza y que me reservaba para una empresa de consideración, de gran utilidad para el país y para su tranquilidad. Le dije también que consideraba la orden que acababa de darme el Ministro en nombre de Su Excelencia como una desgracia, pues ignoraba en absoluto los motivos que podían haberla determinado. Que para mí ya no era tiempo de ir al Perú, estando la capital ocupada por el ejército patriota; que, por lo demás, yo estaba listo para obedecer; pero que una vez alejado del país renunciaba para siempre volver a Chile.

Después de escucharme Su Excelencia me dijo que me equivocaba.

No trataba de deshacerse de mí como yo parecía pensarlo; que tampoco había desgracia, que no tenía ningún motivo, etc. Que solamente el Ministro de Guerra le había dado a entender que yo lo deseaba; pero que si no era así, iba a mandar suspender la orden al momento.

Le hice presente a Su Excelencia que habían transcurrido nueve meses desde que el general San Martín me había mandado solicitar para Perú y que no habiendo estado entonces allá, el regimiento a que me destinaba había sido dado a otro; que ya las circunstancias no eran las mismas y que no me era agradable ir a ese país. En aquel momento, en mi presencia, mandó llamar al Ministro y ordenó suspender la orden.

Agradecí a Su Excelencia y me retiré.

El señor Ministro pareció muy desconcertado y yo me fui muy contento.

Sin embargo, sentía inquietud, porque eso me parecía una intriga.

¿De dónde me venía ese golpe?

Me era fácil saberlo; yo tenía sospechas. Mis amores con doña Teresa no gustaban a la señora Rojas. No me consideraba un partido brillante para su hija única y acaso tenía tal vez razón. Yo era extranjero y no tenía más que mi reputación y mi espada, fortuna muy precaria. Parientes de esta poderosa señora de influencia se habían mezclado en el asunto. Tenían mucho crédito ante el Ministro de Guerra para obtener mi alejamiento del país, por lo menos, momentáneamente. Esto fue lo que dio lugar a mi entrevista con el Ministro y la orden que recibí.

Principié por retirarme de la casa y tomé otro alojamiento y ahí paró el asunto por el momento.

CAPÍTULO XLIII

VUELVO AL EJÉRCITO DEL SUR Y ME UNO AL GENERAL PRIETO EN LA CAMPAÑA AL INTERIOR DE ARAUCO

Poco después, cuando vino el buen tiempo, el gobierno recibió noticias muy desfavorables del ejército del sur.

Benavides había hecho algunos progresos y amenazaba la ciudad de Chillán, defendida por el general Prieto, porque el general Freire se encontraba en Santiago. Había venido en persona a pedir socorros al gobierno para su ejército.

Apareció entonces una orden del día que mandaba a todos los oficiales que se hallaban con licencia o en disponibilidad, que partieran dentro de las veinticuatro horas par el ejército del sur y a su llegada que se presentaran al momento al general Prieto, quien los destinaría donde fueran necesarios.

Esta orden me comprendía.

Fui al instante a despedirme de S. E. el Director que pareció sorprendido de mi paso y me dijo que esta orden no me alcanzaba; era exceso de bondad de su parte y le agradecí, respondiéndole que, a no ser de haberse dispuesto de mí para otro servicio, era deber de un oficial de honor marchar adonde estaba el enemigo.

Aunque yo no tenía comando, podría tal vez serle útil al general Prieto. Tuvo la bondad el Director de contestarme que dejaba eso a mi entera disposición. Me retiré y me dispuse a ponerme en marcha la misma noche.

Tuve la felicidad de ver a Teresa en el teatro y hallé el medio de despedirme de ella.

Partía contento. Tal vez iba a encontrar la ocasión de distinguirme, aunque era difícil en una guerra de montoneras como la que hacía Benavides.

Nos reunimos varios amigos y oficiales de todos los grados y partimos de la capital a las cuatro de la mañana, antes del término de veinticuatro horas que prescribía la orden. Supimos, antes de llegar a Chillán, que Benavides, o los suyos, habían sido derrotados y que el general Prieto había pasado para Concepción, donde nos dirigimos. Poco tiempo después, el General resolvió ejecutar una entrada en la tierra de los indios y tomar posesión de Arauco, seguir adelante hasta Tucapel, tratar de efectuar un enlace con el comandante Bulnes que se encontraba en el interior de las tierras con una división de ochocientos hombres, procurar destruir las fuerzas restantes de Benavides y castigar a los indios, sus aliados.

Éste era el proyecto del General y de la corta compañía que íbamos a emprender.

En poco tiempo, se hicieron los preparativos. La división se componía del batallón N° 3 y de doscientos hombres del N° 1, el Regimiento de Cazadores a Caballo y de cuatro piezas de montaña. El total comprendía cerca de mil hombres casi bien equipados, por lo menos en mejor estado que el ejército precedente cuando pasé por Concepción.

El comandante Viel y yo formábamos parte de la división, pero sin mando. Nos habíamos ofrecido al General para acompañarlo, y él lo había aceptado gustosamente. Marchamos sobre Arauco, que abandonaron los montoneros y los indios; pero no encontramos más que escombros. Nos establecimos ahí durante varios días para ejecutar algunos trabajos, pero ello era casi imposible.

Seguimos adelante.

Los primeros días de marcha no encontramos ningún obstáculo. En los primeros siete días habíamos recorrido más o menos treinta leguas. El General fue prevenido que a corta distancia de donde nos hallábamos, estaban reunidos los montoneros y los indios, los que parecían querer esperarnos en la llanura.

Queriendo sorprenderlos, el General nos hizo marchar de noche, lo que no es fácil en una región boscosa que tiene apenas un sendero practicable; sobre

todo con la artillería, que en esta clase de guerra no sirve para nada, aunque esta arma espanta mucho más a los indios que el daño que puede hacerles.

Éstos tienen siempre cuidado de ponerse al abrigo de los bosques tan luego como la divisan o la oyen.

Pasamos muy mala noche, y en lugar de sorprender a los indios nosotros, nos encontramos sorprendidos por ellos cuando se hizo de día. Nos cayeron encima como el rayo, antes que la división estuviera en situación de recibir la descarga. El comandante Viel se colocó por el lado de la artillería, y yo en el N° 3. Algunos cañonazos bien dirigidos por el mayor Picarte⁹⁴ los contuvo un poco.

La infantería pudo ponerse en orden y comenzó un fuego sucesivo que los detuvo de pronto y comenzaron a retirarse. Al instante, pasé a los cazadores a caballo y me puse a la cabeza de un pelotón que mandaba el oficial Valenzuela⁹⁵ y cargamos a un grupo que dio media vuelta internándose en el bosque. Los seguimos de cerca; pero al salir del desfiladero había una pequeña altura descubierta en la cual había algunas casas y aquí volvieron frente sobre nosotros con una rapidez extraordinaria.

Yo estaba a la cabeza del pelotón con el oficial y ordené inmediatamente quedarse firme y no disparar sino cuando lo ordenara. Tenía mi pistola en el puño y mi sable en la dragona.

El indio que venía a la cabeza del grupo, avanzó muy cerca y parecía medir la distancia con su larga lanza. Le dije, dirigiéndole la puntería, que avanzara un poco más; mi tranquilidad los asustó, sin duda. Creyendo que estábamos sostenidos, dieron media vuelta y se arrancaron a la carrera.

El oficial me dijo enseguida:

“Mi comandante, hemos escapado de una buena: en el grupo había, por lo menos, ochenta hombres”.

Fue entonces cuando conocí la imprudencia que había cometido. No conocía todavía la manera de guerrear de estos salvajes.

Pocos instantes después, el comandante de los cazadores don José María Cruz⁹⁶ y Viel llegaron, porque habían visto mi movimiento, reprendiéndome por mi imprudencia, después de decirles lo que acababa de pasar.

Viel hizo una más grande en el mismo momento.

Los indios y las montoneras habían pasado un riachuelo que corría entre nosotros y ellos. Hicieron escuchar palabras de paz y Viel pasó el río con dos hombres que, creo, no eran militares y se halló de repente rodeado por los indios. Uno de esos *capitanes de amigos* que estaba entre ellos tuvo sin duda, piedad de lo que iba a suceder al coronel Viel, y lo advirtió por signos que fueron comprendidos.

⁹⁴ Ramón Picarte Castro, soldado en 1800, teniente de artillería en 1816, está en Mendoza con el ejército de los Andes, capitán en 1817, coronel en 1826, gobernador de Valdivia en 1824.

⁹⁵ Jerónimo José Valenzuela, capitán en 1823, sargento mayor en 1824, muere como teniente coronel en Yungay, Perú, en 1839.

⁹⁶ José María de la Cruz Prieto, capitán en 1817, sargento mayor en 1818, coronel en 1822 y general de división en 1839.

Éste mandó decir por el intérprete que iba a hacer pasar dos barriles de aguardiente que tenía al otro lado y le clavó las dos espuelas a su excelente caballo.

Rompiendo el círculo, saltó al estero y se salvó.

Los dos hombres fueron degollados y cortados en pedazos⁹⁷.

Habiéndose reunido la división, pasamos todos el estero y encontramos los pedazos separados, humeantes y palpitantes todavía de esos dos desgraciados.

Ésta es la guerra que hacen los salvajes.

Si yo hubiera hecho el menor signo de retirada o de temor, los veinte cazadores, el oficial y yo, hubiéramos estado todos perdidos.

Lo que había estimulado al coronel Viel a ponerse tan inconsideradamente en medio de esos bárbaros es que, personas que le eran muy queridas, le habían solicitado que sacara de la tierra de los indios todas las religiosas de un convento de Concepción. Las Trinitarias, que habían preferido seguir a los españoles a permanecer tranquilas en su claustro, porque la ciudad estaba en poder de los patriotas.

¡Qué ofuscación! Por lo demás, casi todo el clero estaba en su favor. Los españoles tenían en ellos un poderoso auxiliar. Llamaban, como ya lo he dicho, a los patriotas insurgentes y además herejes. Esas pobres mujeres habían sido engañadas y seguían la vida errante de los montoneros y los indios que no les permitían volver a su convento.

Viel quería tener la gloria de hacer volver al redil a esas pobres ovejas extraviadas.

Se ha visto que este deseo casi le costó la vida y hubo dos víctimas.

La división marchaba siempre adelante. El General fue avisado de que un destacamento de cazadores que estaba a nuestro flanco derecho, compuesto de cuarenta hombres, era atacado por los indios y pedía que lo socorrieran. Tomé una compañía del N° 1 para protegerlo; la puse en emboscada y mandé decir al oficial Quiroga, que comandaba ese destacamento, que procurara atraer a los indios al desfiladero.

Es imposible creer, sin haberlo visto, en la fuerza de estos salvajes: seis cazadores habían caído sobre un indio. Tenía la cara tajada en todos sentidos por anchas y profundas heridas y permanecía siempre firme a caballo. Uno no distinguía ninguno de sus rasgos.

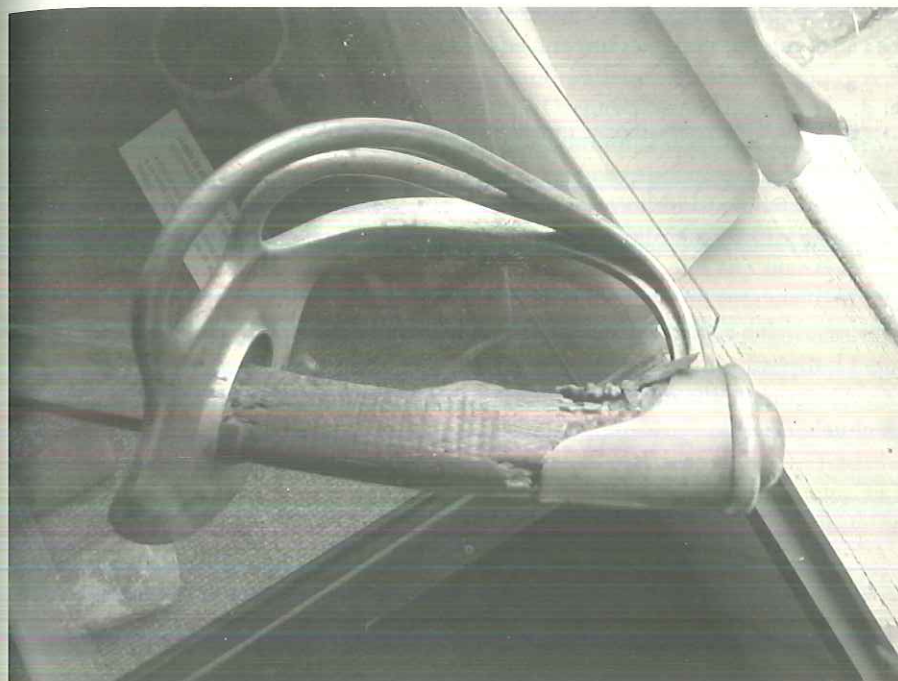
En fin, un cazador fatigado de descargarle golpes, se echó sobre él, lo agarró a brazo partido, cayeron ambos del caballo y se revolcaron en el polvo. Allí fue consumado con mucha pena.

A poca distancia, encontramos otro que algunos milicianos campesinos de Arauco habían cogido, degollado y colgado de un árbol.

El mismo día, con el capitán Ruiz⁹⁸ dimos una carga a unos sesenta hombres. En un instante desaparecieron todos de nuestra vista. Nos acercamos al sitio y

⁹⁷ Se trata del mestizo Francisco Betancur y del subteniente Saavedra, quien había servido bajo las órdenes de Benavides.

⁹⁸ Buenaventura Ruiz Guzmán, capitán de milicias en 1813, teniente en 1818, capitán en 1821, sargento mayor en 1826, muere en 1871.



Sable de Mocopulli, empuñadura.

nos hallamos atajados por una profunda quebrada. En el fondo, se despeñaba claro un torrente que habían atravesado los indios, y se sacudían como perros sin preocuparse si estaban mojados o no.

La manera de estos salvajes de atravesar los ríos es dejarse resbalar por el anca y tomarse de la cola del caballo que los arrastra a la otra orilla. Los caballos están bien amaestrados en esta maniobra y hacen los indios lo mismo que en el paso de las barrancas. Los ensayan sobre las patas traseras y esta manera resbalan de alto debajo de la barranca, cuando ésta no es pedregosa, lo que es raro en las montañas boscosas.

El capitán y yo al ver el cuadro habíamos quedado al borde del barranco como en éxtasis, pues ninguno de nosotros se hubiera atrevido a servirse de ese medio. Es cierto que los chilenos son considerados como los primeros jinetes del mundo. Los gauchos de las pampas de Buenos Aires les disputan este título. Pero he visto bastante tiempo a unos y otros. La diferencia existe en la naturaleza del terreno.

Los gauchos son inimitables en la llanura y los chilenos en las montañas. Pero lo indios están antes de todos. Los árabes, que también he visto, no son nada al lado de ellos. El indio es la realidad absoluta del centauro; ningún obstáculo los ataja; lanzados en las montañas, despeñaderos, llanuras, rocas, etc., con sus largas lanzas que hacen girar de mil maneras sobre sus cabezas es un espectáculo que he visto y es imposible de describir. Son tan diestros como los gauchos para servirse de las boleadoras; pero los chilenos son inimitables para el lazo.

La división iba siempre adelante internándose en la tierra de los indios.

Al siguiente día nos hallamos en un valle delicioso, atravesando por un lindo riachuelo de agua clarísima y cubierto de manzanos silvestres. Los pastos llegaban a la barriga de los caballos. El lugar era demasiado hermoso para no aprovecharlo. El General ordenó una estancia de dos días para que se repusieran los caballos antes de pasar más allá.

CAPÍTULO XLIV

MANERA DE ATACAR DE LOS INDIOS

Establecimos el campamento con el mayor orden, preservándonos, por todos los medios posibles, de una sorpresa, ya que éstas son terribles con enemigos tales como los indios que no dan cuartel.

Es una guerra de destrucción y de masacre.

Por lo demás, ocupábamos una buena posición contra los salvajes. Nuestro frente estaba cubierto por una cuesta muy escarpada. Además, el río se encontraba delante de nosotros y no tenían otros caminos por los cuales pudieran venir a atacarnos. Teníamos siempre, delante de nosotros, en el alto, dos o tres de esos salvajes, durante los dos días que pasamos allí.

En la tarde del segundo día vino, a la mitad de la cuesta, un montonero español bastante famoso, llamado Jordán, a proponer enviar un cacique para tratar de la paz.

El General mandó contestar que sería recibido y dio orden a los puestos avanzados para este efecto. Se presentó, pero todos nos dimos cuenta que venía de mala fe y, por mi parte, dije al General que era el caso de usar de represalias para vengar a los dos individuos que fueron tan indignamente masacrados por esos bárbaros.

Pero el General no hizo nada.

Se dio vuelta haciendo buenas protestas. El objeto de su misión era reconocer nuestra fuerza.

El indio parecía inteligente y a la vez que hablaba, miraba por todos lados y no parecía ocuparse en lo más mínimo de las respuestas que le pedía el General para obtener la paz con nosotros, a base de entregarnos los españoles y montoneros del país, a los que no se les causarían ningún daño y serían considerados como prisioneros de guerra.

Hacía contestar que todo estaba bien con un modo muy distraído. Era, pues, fácil ver lo que quería. Así y todo, el General lo dejó volverse.

Algunos jefes de la división hicieron ver al General que en las marchas que se hacían por el flanco, que efectuaba una columna muy prolongada, debíamos llevar animales para nuestra alimentación. Los indios no nos dejaban nada; además, debían salir mulas cargadas con municiones y muchos otros objetos indispensables, etc.

Era evidente que se preparaban para atacarnos y que no estaban lejos de nosotros. Era necesario tomar más precauciones en nuestro orden de marchas. El General aprobó estas consideraciones, y me hizo nombrar comandante del detalle, funciones que son más o menos las de mayor general.

Nos pusimos en marcha al día siguiente, muy temprano, para subir la montaña que teníamos delante de nosotros, a fin de evitar el ardor del sol y no cansar las tropas, emprendimos la jornada a esas tempranas horas. Yo tenía idea que seríamos atacados en este día y dispuse todo para recibir al enemigo, un enemigo rápido, rapidísimo en la manera de atacar.

El batallón N° 3 marchaba a la cabeza en columna con distancias de división o mitad de compañía para formar el cuadrado. Las cuatro piezas de montaña seguían nuestros bovinos. Las cargas y todos los bagajes, el regimiento de caballería con los doscientos hombres del N° 1 del Chile.

Llegamos al alto de la montaña.

No habíamos visto más que un solo indio bien montado que daba vueltas delante de un pelotón de cazadores que estaba allí como explorador.

Descubrimos delante de nosotros una vasta llanura rodeada de bosques, de árboles centenarios; después de una media hora de descanso, seguimos lentamente nuestra marcha cortando la llanura por el medio en el orden explicado y con el mayor silencio, porque el ataque era seguro, siendo el terreno propicio a los indios, que no atacan nunca sino por sorpresa.

Estábamos en punto para recibirlos convenientemente y ya habíamos llegado al medio de la llanura y nada habíamos descubierto. Yo había hecho volver a los exploradores, pues no se puede destacar ante los indios a más de cincuenta pasos de la caballería sin exponerlos inútilmente.

Principiaba a creer que me había equivocado y que no seríamos atacados en esta llanura que íbamos atravesando, cuando de repente se oyeron gritos por todos lados:

“Ya, ya, ya”.

Es éste el grito de carga de los indios.

Salté de mi caballo y fui a ponerme al lado del comandante del N° 3, que no tuvo tiempo de mandar formar el cuadrado, cuando los indios estaban encima de nosotros. Le dije que hiciera cerrar la columna y yo ordené hacer una conversión a la compañía de Granaderos, que rompió el fuego de fila y paramos a los que estaban delante de nosotros.

La principal fuerza de los indios se había arrojado sobre nuestro centro.

Había destrozado nuestra caballería y cruzado felizmente con nosotros. Se confundieron entre sí y se enredaron, de suerte que tuvimos tiempo de reconocernos. El movimiento había sido tan rápido, que no tuvieron tiempo de hacernos mucho daño; había pasado por encima de nuestros cañones, vacas y nuestras cargas. Habían volcado todo. No tuvimos más que tres hombres muertos y varios heridos. En el momento, apareció el coronel Viel con sus doscientos hombres. Se había apoyado y costeara el bosque para fusilar a los indios a medida que penetraban. Ese movimiento, hecho oportunamente y con sangre fría, los desconcertó; hicieron sonar su curcul, trompa hecha con cuerno de buey, y todos se replegaron en los bosques, evitando la infantería del coronel Viel. Desaparecieron en un instante como habían venido. Los cazadores, los mejores montados, trajeron algunos y fueron despachados por ellos. Un indio muy bien formado estaba prisionero en medio de los cazadores, firme a caballo, con un balazo que le había atravesado el tronco y de ninguna manera lo demostraba. Se dieron cuenta solamente cuando le sacaron su poncho para despacharlo.

Estos salvajes son tan duros para morir que es necesario que las balas les rompan la cabeza para derribarlos del caballo y a menudo se mantienen aún, sus piernas se crispan bajo la barriga del caballo, y éstos se los llevan siguiendo a los otros. Por lo demás, no abandonan nunca a sus muertos y mucho se exponen para sacarlos del terreno de la lucha.

Retirados a los bosques, nos creímos libres de los indios. La división se reunió y se repuso pronto del desorden producido por la carga, que había sido tan impetuosa, que no habíamos tenido tiempo de reconocernos.

Tomamos una posición importante después: habíamos notado que los indios habían llegado todos a nuestro flanco derecho y, en consecuencia, nos formamos para recibirlos si venían a la carga. Casi al momento, divisamos delante de nosotros una gran humareda. Esos energúmenos habían prendido fuego al pasto y el fuego, ayudado por el viento, llegaba rápidamente hasta nosotros.

Nos retiramos cuando antes a un rincón de la llanura. El General mandó descargar las palas y los azadones que había tenido cuidado de traer y cortar el terreno delante de nuestro frente, que era corto, pues la división fue formada en columna cerrada.

Cuatro compañías habían puesto sus armas formando pabellones y trabajaban empeñosamente, cuando los indios llegaron al abrigo del fuego y del humo con

gritos espantosos. Los trabajadores estaban cubiertos por una línea bien cerrada de tiradores que hacían un fuego graneado y bien nutrido.

No se veía nada, no se oía más que el ruido de las descargas de los fusiles y el chivateo de los indios. Pero cuando vieron que el fuego se detenía en la zanja, se pararon bruscamente. Los cazadores, apoyados por los tiradores, atacaron impetuosamente, dieron media vuelta y penetraron en el bosque. Gracias a la precaución del General, no sé si fue cuidado de su parte echar esas herramientas, o si lo hizo para ejecutar con ellas reparaciones en Arauco, lo cierto fue que nos preservamos de un peligro muy grande, o tal vez de una derrota completa.

Llegada la noche. Tomáronse todas las precauciones para defendernos y protegernos. Los indios se contentaron con gritar toda la noche y esto es lo que se llama, en términos del país, chivatear.

Durante la noche, el General había ordenado la retirada. Todos estábamos convencidos que no había nada provechoso que hacer con semejante enemigo. Atacaba como un torrente, siempre por sorpresa y tan pronto como veía que nada podía obtener, se sumergía en dispersión en la espesura de los bosques.

Habiendo llegado el día, empezamos la retirada. Algunos hombres salieron de los bosques. Eran los montoneros; no se veían indios con ellos; eran pocos y se mantenían separado gritando a todo gaznate injurias groseras, a las que no poníamos la menor atención.

El coronel Viel y yo habíamos quedado en la retaguardia. Oíamos distantemente entre sus gritos: “Vayan a Valdivia, que serán bien recibidos”. Había oído varias veces esos gritos y se lo hice notar al coronel Viel, que me dijo:

“Detengámonos y veamos lo que quieren decir”.

Les hicimos señas de que queríamos hablarles. Hicimos llevar los tiradores a la retaguardia para protegernos si se trataba de mala fe con nosotros, y ellos hicieron otro tanto. Dos se acercaron a nosotros a la distancia de unos veinte metros. El español Jordán era uno de ellos. Le pregunté lo que querían decir de Valdivia.

“Coronel Beauchef —me dijo, reconociéndome—, vaya a Valdivia. La guarnición será nuestra. El Gobernador ha sido degollado, lo mismo que todos los oficiales, y Uds. tendrán pronto mayores noticias nuestras. ¡Viva el Rey! Adiós”.

Volvieron atrás y se fueron al galope.

Viel y yo nos preguntamos lo que quería decir esto, pues no comprendíamos nada. Llegamos a la cabeza de la columna para preguntar al General si tenía algunas noticias de Valdivia. Contestó que no, y entonces le dijimos lo que acababa de decirnos el montonero. Nos respondió riendo:

“No ven Uds. que son cuentos para obtener de nosotros algunas condiciones ventajosas. Es preciso que esto se acabe. Los indios se cansarán de sostenerlos cuando no vean la ventaja. Era otra cosa cuando ocupaban casi toda la provincia de Concepción, donde había mucho que robar y mujeres que arrebatar. Hoy estamos en sus tierras y aunque no podemos causarle mucho daño, siempre caen algunos y ellos no nos pueden hacer nada. Uds. deben ver que

ya nada hay contra los montoneros. Efectivamente, de mil quinientos a dos mil indios que nos atacaron la víspera, no se ve ni uno solo. Felizmente para el país, estos indios indomables no se dejan dominar por nadie, ni siquiera por sus caciques. Tienen autoridad sobre ellos mientras son vigorosos, valerosos y pueden conducirlos al pillaje. Hemos visto que caciques de gran fama, al envejecer y querer poner en orden su tribu, inmediatamente son despojados del mando y reemplazados por el más audaz. Se comprende fácilmente: tales hordas no viven más que del pillaje y de la guerra. Cuando no pueden saquear las provincias civilizadas, se roban y se degüellan entre sí. Esos mismos araucanos, tan bien constituidos, valerosos, orgullosos en su estado salvaje, a caballo lanza en mano, no valen nada cuando los misioneros han logrado civilizarlos a medias. ¿Con qué contribuyen en nuestro medio? La haraganería, la borrachera, el robo, etc., en fin todos los vicios de la sociedad y, en absoluto, ninguna virtud”.

Seguimos nuestra retirada hacia Arauco. Tuvimos algunas pequeñas escaramuzas con algunos indios extraviados que iban a juntarse con las montoneras.

CAPÍTULO XLV

REBELIÓN DE LOS SARGENTOS EN VALDIVIA.

RECIBO LA MISIÓN DE RESTABLECER EL ORDEN EN ESA PLAZA

Al llegar a Arauco, el General recibió despachos del comandante Bulnes, su sobrino, que estaba también en el interior de la tierra de los indios con una división de ochocientos hombres. Le había ocurrido lo mismo que a nosotros y aún un poco peor. Se había apartado algo de su infantería y fue reducido a volver a ella, atacado vigorosamente por los indios, perdiendo varios jinetes. En fin, no había podido hacer nada.

Al salir de Arauco, el General había proyectado una conjunción con el comandante Bulnes, que, como se ha visto, no pudo efectuarse y que no habría servido de nada.

Se convino en defender la frontera y dejarlos en sus tierras hiriéndose entre sí. En sus despachos confirmaba Bulnes lo que nos habían dicho los montoneros acerca de Valdivia. Le decía que había habido una revolución horrible hecha por las tropas y dirigida por un sargento García; que el gobernador Letelier había sido degollado con la mayor parte de los oficiales y los que habían quedado con vida habían sido destituidos y expulsados; en resumen, que toda la provincia estaba en la más profunda consternación y sometida a la arbitrariedad de los soldados.

El coronel Viel me dijo reservadamente:

“Malas noticias y, sobre todo, malas para Ud. mi buen amigo. No hay otro más que Ud. que pueda solucionar este terrible problema”.

“No veo –le contesté– cómo pudiera arreglarse y dudo que mi influencia sobre los soldados sea tan grande para hacerlos volver a la orden después de tan

insólita conducta. No les queda otra cosa que hacerse montoneros o entregarse al general Quintanilla, que los desarmaría y los dispersaría en el archipiélago, porque tendría miedo de semejantes soldados”.

“De una u otra manera –me dijo Viel–, estoy casi seguro que al llegar a Concepción, Ud. será llamado por el director O’Higgins. Prepárese para eso, se lo repito: sólo Ud. podrá arreglar este asunto”.

El General hizo ejecutar reparaciones en Arauco, es decir, fosos para tener a los indios. Dejó una buena guarnición y partimos para Concepción. Apenas llegamos, cuando el General me comunicó la orden del gobierno que acababa de recibir y que disponía mi salida para la capital en el más corto plazo, por mar o por tierra, sin pérdida de tiempo. Me previno que era llamado por asuntos del servicio de la más alta importancia. Me advirtió que había en Talcahuano un buque listo para salir para Valparaíso y me ordenó que lo aprovechara.

En poco tiempo estuve preparado y tres días más tarde estaba en Valparaíso.

Me presenté a Gobernador, que tenía orden de hacerme partir inmediatamente para Santiago. Ocho días después de recibir la orden del general Prieto en Concepción me presenté al director O’Higgins, quien me recibió de la manera más amistosa y entró al instante en materia, diciéndome:

“Mi amigo, han sucedido desgracias en la plaza de Valdivia”.

Le respondí que había sido informado por los montoneros. Que al principio no habíamos creído nada, pero que la información del comandante Bulnes al general Prieto era muy clara.

“Es necesario evitar que estas desgracias sigan –dijo O’Higgins, continuando–: Si esta tropa, asustada de los crímenes que ha cometido, se pasare a los montoneros, se prolongaría la guerra que éstos hacen a la desgraciada provincia de Concepción, que parece que se terminará; o bien Quintanilla, que ocupa Chiloé, advertido de esta desgracia, tratará de hacerla recaer en provecho suyo y puede ofrecerles el abrigo del pabellón español. En ese momento los hombres, las armas y la plaza estarían perdido para la Patria. Ud. ve que son grandes desgracias. Ahora, las noticias que tengo son que los sargentos han conducido esta rebelión, aguijoneados por los confinados que se encuentran en Valdivia; si es así, son muy criminales; pero no hay más que sospechas y nada positivo, si no es que han nombrado Gobernador al ciudadano don Jaime Guarda⁹⁹ en reemplazo del desgraciado Letelier. Se debe creer que hay una mano oculta que dirige esta infamia. Esos sargentos se han auto designados nombrándose en todos los grados, desde el de comandante hasta el de subteniente, con mucho orden, y han obtenido gran autoridad sobre los sol-

⁹⁹ Jaime Joaquín de la Guarda y Valentín (1771-1832) patriota en la región desde 1810, regidor para el cabildo de Valdivia y miembro de la 1ª junta del gobierno patriota (1811), preso en 1813, de nuevo en 1817 a Juan Fernández, gobernador de Valdivia después la toma en 1820, Ministro de Hacienda y administrador de aduanas y correos (1820), gobernador de nuevo en 1821 después de la muerte de Letelier, dueño de varias haciendas, entre ellas, la de Collico en Valdivia.

dados, manteniendo hasta ahora la subordinación. ¿Pero durará? A pesar de eso, los habitantes están en angustias mortales; el jefe, que es el sargento García, no ha perdido su tiempo, se ha casado con la señorita Fontalba, una de las mejores familias de Osorno. Todo esto me hace creer que están dirigidos por los enemigos del gobierno. Ese Jaime de la Guarda, que no es, por lo que creo, un hombre malvado, sino un tonto, enajenado por la elección que han hecho de él para Gobernador, les ha prometido obtener del gobierno la confirmación de los grados que se han dado”.

“Tal vez lo ha hecho para mantener la tranquilidad”, le respondí.

“No –me replicó el Director–, lo ha hecho con toda la buena fe de un tonto. Su comunicación está ahí. Ud. podrá conocerla y Ud. no está bien tratado”.

Entonces el Director me dijo:

“Usted ve, mi querido Coronel, que las cosas no pueden quedar ahí; lo he llamado para que Ud. vaya a tomar su anterior comando, que jamás debiera haberle quitado. Mandé a Letelier porque era ingeniero y la plaza necesitaba uno, etc. Además –me dijo–, sobre la revuelta de las tropas, si Ud., es afortunado para arreglar este asunto, hay otros de gran consideración: tenemos necesidad de un hombre de toda nuestra confianza, firme, reputado entre la tropa y los habitantes. Usted reúne todas esas condiciones. ¿Puedo contar con usted?”.

Contesté al Director que estaba yo enteramente a la disposición del gobierno, como era mi deber.

Entonces el ministro Rodríguez, apodado El Chillanejo, que se encontraba presente, tomó la palabra y me expresó:

“Señor Coronel, no se trata solamente de la obediencia pasiva de un buen militar tal como Ud. sino también de mucho refinamiento político”.

Pedí me explicara claramente lo que esperaba de mí. El Ministro me confió las inquietudes que ocasionaba al gobierno la llegada a la plaza de Valdivia del cura Pineda.

“Traído de Rio de Janeiro –dijo– por el señor barón de Mackau¹⁰⁰, comandante de la fragata de 60, *La Clorinde*, de S.M. el rey de Francia, este cura había sido desterrado por ser gran partidario de los Carrera, turbulento y revolucionario y, sobre todo, que no había sido llamado por el gobierno, del cual era su enemigo. Por consiguiente, usted tendrá la orden, al momento de su llegada a la plaza de Valdivia, enviar a dicho cura a bordo, a fin de que sea conducido al puerto de Valparaíso a disposición del gobierno, suponiendo siempre un buen éxito en su empresa”.

¹⁰⁰ Ange René Armand Mackau (1788-1855), sirve en la marina imperial francesa desde 1805, capitán de barco en el mar Mediterráneo entre 1810 y 1812, almirante de la armada real en misión en Chile en 1821-1824. En 1825, captura el corsario *Quintanilla* y su capitán italiano, Martelli.

Enseguida me habló largamente de los confinados en la plaza de Valdivia que también causaban estorbo al gobierno, especialmente en las circunstancias en que se encontraba ésta.

“Entre ellos hay algunos hombres de talento –añadió–, aunque nos dicen que se les debe el restablecimiento del orden. Es peligroso dejar a esos señores demasiado influencia sobre las tropas sublevadas y que, sin duda, ha influido en el nombramiento del gobernador Jaime de la Guarda, para obrar como quisieran”.

El señor Ministro me habló también de que estaban a punto de convocar al pueblo para elegir los diputados y que debía interesarme para que los dos de la provincia de Valdivia fueran partidarios del gobierno, y me los nombró. Yo los conocía. Eran incapaces de cumplir tan altas funciones. Estaba persuadido que si los imponía, los valdivianos se indignarían de esta política grosera que repugnaba mucho a mi lealtad militar.

No contesté nada al Ministro.

Al fin de esta larga conferencia, en la cual se me explicó lo que el gobierno deseaba de mí, siempre en la suposición de un buen éxito, fui despedido.

Al recibir la orden de estar listo para marchar en el primer momento, el Ministro me expresó que iba a formular por escrito mis instrucciones y que en el Consejo se determinarían las fuerzas que yo debía llevar y que se trataba también que con éxito atacara Chiloé y que sería informado de todo en su tiempo y lugar.

Me separé con la firme intención de hacer lo que fuera justo y nada más.

Pero todo en interés del gobierno; por intriga no conviene a un militar en ninguna circunstancia; por lo menos, ésa era mi manera de ver, por convicción y por educación.

En la escuela de Napoleón no se podía ser, ni llegar a ser, intrigante.

Al despedirme, el Ministro me llamó aparte y me ofreció hablar con el padre de Teresa a favor mío. Dijo que sabía mis intenciones matrimoniales, que si dependiera de él, este matrimonio se haría al momento, porque era necesario establecer hombres como yo en el país, que los necesitaba; palabras circunstanciales. Pero como yo estaba enamorado, me deshice en muestras de agradecimiento por sus buenas intenciones para conmigo y me fui muy contento.

Mucho se hablaba en Santiago de la revuelta de las tropas de Valdivia; como siempre, cada uno a su manera, al igual que mi expedición que todos consideraban muy peligrosa.

CAPÍTULO XLVI TUPPER SE ENROLA EN LA EXPEDICIÓN A VALDIVIA

Un día o dos después de mi llegada, tomaba desayuno en el café de “La Nación”; cuando vino a sentarse a mi lado un joven muy distinguido, Guillermo de Vic

Tupper, de la isla de Guernesey¹⁰¹, educado en Francia, que me había sido presentado y me habló al instante de mi expedición, que se consideraba como muy peligrosa y que, por esta misma razón, quería acompañarme¹⁰². Como es de creerlo, me pareció muy rara su proposición.

Me habían hablado de él como de un joven enviado por su familia para establecer en Chile una casa de comercio, por lo cual tuve motivo para asombrarme de semejante proposición; le hice algunas reflexiones; pero el joven persistía siempre. Cuando lo vi tan decidido le pregunté si había sido militar y con qué título quería acompañarme. Me respondió que solamente había estado en la guardia nacional y que poco le importaba el título con tal de acompañarme. Le representé que sin un título era perder su tiempo, que no podría resultarle provecho ni gloria y había que correr peligros.

Me contestó que era lo que le inducía en lugar de asustarlo y que, aunque había sido destinado a la carrera del comercio, no le atraía en modo alguno. Al contrario, se sentía muy inclinado a las armas.

“Con todo eso, necesita Ud. un título para acompañar la división. No puedo embarcarlo conmigo sin este requisito, no tengo derecho para ello”, le argüí.

Se quedó muy triste.

“En fin –le dije–, hablaré de Ud. y de sus pretensiones al Director Supremo.

Así lo hice en la primera entrevista. Lo di a conocer al Director Supremo porque tenía presencia simpática.

Tupper estaba dotado de hermoso físico, de cinco pies nueve pulgadas más o menos de estatura, con el cuerpo bien proporcionado, con aire marcial, buena educación y hablaba cuatro lenguas con perfección: inglés, francés, italiano y español.

Todo esto ya eran títulos. Además, había despertado mucho mi interés.

El Director se dio cuenta al momento por el calor con que yo le describía las buenas cualidades de este joven, que tenía a lo menos veinte años.

Me esforzaba por hacerle comprender que con el tiempo sería una buena adquisición para el ejército, que jóvenes de este tipo serían modelos para los muchachos del país, etc.

“Pues bien –me dijo el Director–, ¿qué pretende Ud. que haga con su protegido?”.

“Me parece que V.E. podría expedirle un diploma honorífico de *capitán de milicias*, por lo menos tendría un título para acompañarme”.

“Usted será satisfecho; no tengo nada que negarle; hágame esta petición formal”.

Le hice al momento, y al día siguiente tenía el diploma mi protegido y el consentimiento de S.E. para que fuera agregado a mi división haciendo las funciones de ayudante mío.

¹⁰¹ Pequeña isla cercana a las costas francesas de Normandía pero perteneciendo a Inglaterra.

¹⁰² William de Vic Tupper será primer edecán del gobierno en 1827, mandará el batallón de Pudeto en 1829 y morirá asesinado durante la batalla de Lircay en 1830.

Tupper quedó encantado y me declaró que nunca en su vida había estado más feliz. Me abrazó con efusión, como un enamorado que obtiene el sí del padre de su amada.

CAPÍTULO XLVII

SE CONCERTA MI MATRIMONIO CON LA NIETA

DE D. JOSE ANTONIO ROJAS

Por mi parte, mis propósitos matrimoniales iban por buen camino. Efectivamente, el ministro Rodríguez había visto al señor Manso, don Manuel. Éste había estado treinta años en la corte de España, Caballero Maestrante, y, aunque nacido chileno, era ardiente partidario de los españoles. Antes de la entrada de los patriotas, había sido Director General de las Aduanas y el general San Martín lo había reemplazado por un patriota.

Sus ideas debían ser un obstáculo para mí, pero no fue así.

Era hombre instruido y de alma noble.

Desde el principio había inferido que España perdería infaliblemente las colonias. Sea por la influencia del ministro Rodríguez, su amigo, sea porque yo le agradaba, sea por contrariar a la señora Rojas, su esposa, de la cual estaba separado por ideas, carácter, diferencia de edad, ya que el señor Manso era un anciano y su señora muy joven; lo que hubo de cierto es que él consintió en darme su hija con la condición de que sería después de mi expedición.

“No quiero –me dijo– que mi hija quede viuda en el mismo momento o casi antes de su casamiento. Veamos la manera de realizar este acuerdo: Ud. va a darme un poder ante notario que me autorice a casarme por Ud. lo que realizaré inmediatamente después de su partida de Valparaíso. Le doy mi palabra”.

El poder fue hecho y el señor Manso mantuvo su promesa. A mi partida para Valdivia él se casó por mí con su hija.

CAPÍTULO XLVIII

O'HIGGINS ME DA INSTRUCCIONES PARA LA PACIFICACIÓN

DE LA PLAZA DE VALDIVIA

El Director me mandó llamar a la Sala de Audiencia, donde se encontraba con el Ministro. Ahí se me dieron las instrucciones por escrito, lo mismo que un duplicado de las que había recibido el cura parlamentario, donde estaban contenidas todas las proposiciones hechas al general Quintanilla para entregar el archipiélago de Chiloé, las que había rechazado imperiosamente.

“Ahora la fuerza que lleva consigo no es considerable –me expresó–: pero es todo lo que podemos hacer por el momento. Se compondrá de trescientos cincuenta hombres, de los batallones de la Guardia de Honor y del N°7.

Además, la compañía de caballería desmontada que se encuentra en Valparaíso. Esta fuerza no corresponde a la de los sublevados; pero cuento con su influencia sobre esa tropa que, por lo que creo, no lo resistirá. Hay que emplear antes la política que las armas, evitar cualquiera especie de combate, salvo el caso en que Ud. fuera atacado. Por sus instrucciones, Ud. verá que si tiene la suerte de arreglar la querrela de Valdivia de un modo honorable para el gobierno, porque se necesita un riguroso ejemplo para restablecer la disciplina y para evitar en el futuro semejantes infamias, Ud. queda autorizado para tentar un ataque contra Chiloé con las fuerzas reunidas y la fragata de cuarenta y cuatro, la *Lautaro*, que será puesta a su disposición con un transporte. Como las instrucciones nunca pueden ser exactas a la distancia, usted obrará entonces según las circunstancias. Nosotros confiamos por completo en su prudencia y juicio. Su división llevará el nombre de Pacificadores de Valdivia. Pienso que grandes intereses están entregados en sus manos. Obre con firmeza y, sobre todo, con mucha política”.

Después de una larga alocución del Director y otra del Ministro, que no hay para qué repetir, ambos, emocionados, me dieron la mano, me desearon un buen viaje y un buen éxito. Al día subsiguiente, las tropas estaban elegidas y ordenadas. Salí con ellas para el puerto de Valparaíso, donde todo estaba preparado para recibir las y embarcarlas, lo mismo la compañía de caballería desmontada.

Mr. Charles Wooster¹⁰³ fue encargado del comando de la fuerza marítima.

Nos hicimos a la vela el cinco de marzo de mil ochocientos veintidós.

Tuvimos una corta y feliz navegación.

CAPÍTULO XLIX MI OBRA EN VALDIVIA

Al entrar en el puerto de Valdivia tuve el placer de encontrar al señor barón de Mackau, que estaba reparando su fragata, la que había perdido su gran verga en el cabo de Hornos.

Un momento después de anclar, tuve su visita y me hizo ver sus temores sobre el éxito de mi misión pacificadora.

Le di mis agradecimientos por su benevolencia.

Después de su ida, recibí la visita del sargento Silva, llegado a capitán, que comandaba el destacamento del fuerte de Corral que se componía de cien hombres.

Era el mismo que con su propia mano había asesinado a Letelier.

Tuvo la audacia de venir directamente hasta mí.

¹⁰³ Charles William Wooster, estadounidense, nacido en 1785, coronel de las fuerzas marítimas de Nueva York después de haber sido capitán de este puerto, sirve en la marina chilena. Capitán de barco en 1818, el manda la *Lautaro* cuando se captura la fragata *Maria Isabel*, sirve en Valdivia y durante las dos expediciones de Chiloé. Almirante en 1829, el regresa a Estados Unidos en 1835.

Al llegar al puente de la fragata, me tendió la mano; se la tomé estrechándosela con vigor y lo hice sentarse cerca de mí.

Me preguntó inmediatamente cuál era el objeto de mi aparición en el puerto de Valdivia, diciéndome al mismo tiempo que había sido una desgracia que los hubiera abandonado, que así nada hubiera sucedido; pero que estaban cansado de sufrir la conducta del Gobernador y la de los oficiales.

“Y por eso Uds. los han degollado”, le conteste.

“Pero hoy no se trata de eso; Ud. me pregunta por qué aparezco en el puerto. Voy a contestarle: primeramente, hay que principiar por lavar la mancha que Uds. han cometido. Soldados de honor no matan a sus oficiales. El gobierno me ha dado plenos poderes para una expedición a Chiloé. Allá es donde pienso conducirlos y rehabilitarlos, si es posible, adueñándonos del archipiélago, venciendo a los españoles y al general Quintanilla y hacer olvidar, por su buena conducta y valentía, los terribles excesos a que Uds. se han entregado, haciéndose justicia por sus manos. Las armas que la patria les ha confiado están destinadas a más noble uso, ¿me comprende?”.

“Si, mi Coronel, obedeceremos todos con placer. Estoy seguro que mis compañeros piensan lo mismo; se lo repito que si Ud. no se hubiese ido, nunca hubiera sucedido nada, porque Ud. nos cuidaba y defendía nuestros derechos cuando los oficiales nos reprendían. Después de su ida, no hicieron más que maltratarnos; era insoportable”.

“En resumen –le contesté–, Ud. debe saludar la fragata; hágalo y prepare sus soldados para recibimos”.

Lo despedí, diciéndole que bajaría pronto a tierra para verlos y oírlos.

Dos horas más tarde vino a bordo la mujer de un soldado, en un pequeño barquito o canoa, hecha de un tronco de árbol. Llegó como ocultándose, y me dijo que Silva había hecho cargar las dieciocho piezas de veinticuatro con bala, bala enramada y metralla.

El comandante Wooster, al saberlo, quiso cortar los cables inmediatamente y retirarse fuera del alcance de cañón. Le ordené colocar una embarcación en el mar y que no se moviera de ahí. Salté a la embarcación acompañado de mi ayudante Tupper y marché derecho a Corral.

Silva estaba en la punta de la roca del desembarcadero, apoyado en su sable, mirando venir el bote. Al llegar, salté a tierra, sin decir palabra, y fui al patio donde estaban las cámaras.

Hallé a los soldados formados en línea y cargando sus armas.

Se pararon en cuanto me divisaron.

Les pregunté para quién era ese aparato de guerra y me contestaron que el capitán Silva les había ordenado que cargaran; pero que ellos no las usarán contra mí sino más bien contra aquel que había dado la orden, y gritaron: ¡Viva la Patria y mi Coronel! En ese momento, ordené a cuatro hombres y a un cabo que fueran a arrestar al “capitán Silva” y desarmarlo. Lo hice amarrar y conducir

por Tupper a bordo de la fragata, con la orden de que el comandante lo pusiera en el fondo del buque con cadenas en pies y manos.

Mandé desembarcar mis tropas y puse a la cabeza de este destacamento al capitán Jiménez¹⁰⁴. Tenía varios oficiales, fuera de los que pertenecían a la Guardia de Honor y al N° 7.

Me informé acerca de la orden de cargar las piezas del fuerte. Era del sargento Silva y de un sargento español de apellido Rubio que, siendo prisionero de guerra, había sido recibido en el cuerpo de artillería y elevado, como Silva, a capitán. Las órdenes de estos dos jefes eran echar a pique la fragata con la División, porque decían que yo venía con fuerzas para *quintearlos*; pero no lo creían sus compañeros capaces de hacer tal acto, y por si acaso ocurría habían enviado esa mujer a avisarme lo que estaba pasando y de los proyectos de los sargentos, elevados por estos amotinados al grado de capitanes.

Puse en orden el servicio en Corral y fui a devolverle la visita al señor Mackau, quien ya había sido informado de la prisión de Silva y Rubio. Me habló largamente del primero, de su audacia y de sus visitas a bordo en calidad de comandante del fuerte, y de su asombro por la facilidad que yo había tenido para prenderlo cuando parecía hombre decidido a todos.

“Yo contaba con los soldados”, le contesté.

“Es verdad –dijo el señor Barón–; esos soldados lo quieren mucho; hablan continuamente de Ud. a mis marineros que trabajan en tierra: de modo, mi querido Beauchef, que yo lo conocía mucho sin conocerlo; ahora, ¿qué harán los de la plaza cuando sepan el arresto de sus camaradas?”

Seré yo mismo quien les llevará la noticia, acompañado de mi ayudante, porque si yo fuera a la ciudad con fuerzas que no fueran suficientes, los sargentos que se han hecho oficiales podrían meterles susto a los soldados y estoy seguro que yendo solo nadie se moverá”.

“Para eso no se necesita más que valor”, me dijo el señor Mackau. “En su lugar yo no confiaría; pero parece que Ud. está seguro de sus diligencias y Dios quiera que no le suceda ninguna desgracia”.

“No tenga cuidado –respondí–. Todo sucederá ventajosamente”.

Después de conversarme diferentes asuntos referentes a su viaje y misión en Chile, el señor Mackau me habló del cura Pineda que él había traído de Rio de Janeiro, recomendándomelo con entusiasmo, alabando su inteligencia, su capacidad y su preparación. Dijo que tenía ideas exaltadas de libertad; pero se había formado de él la mejor opinión como hombre de bien.

Se hacía tarde.

Me despedí del almirante y me dirigí a bordo de la *Lautaro*.

¹⁰⁴ Manuel Jiménez, capitán en la toma de Valdivia, acompaña Beauchef contra las guerrillas de la Miriquiná y después del motín de Osorno.

Al día siguiente, hice preparar una embarcación para ir a la ciudad. Dejé mis órdenes en Corral para hacer marchar detrás de mí dos compañías de la Guardia de Honor a las órdenes del mayor Yung¹⁰⁵. Yo partí acompañado de mi ayudante Tupper y del capitán Carson.

La tropa que cubría Valdivia estaba prevenida de mi llegada, de modo que al acercarnos a la ciudad, las orillas del río se encontraban cubiertas de soldados que me esperaban cuando desembarqué.

Me recibieron como los del fuerte.

Tan pronto como salté a tierra, el sargento de la Compañía de Granaderos del N°1 del Chile, el mismo que me había socorrido en Talcahuano, vino a felicitarme.

Usaba las charreteras de mayor.

Lo felicité por su ascenso a la vez que nos dirigíamos por el lado del cuartel.

Los soldados nos seguían en tropel y no dejaban de gritar: ¡Viva la Patria y nuestro Coronel! Cundo les hablé, casi a todos, me dirigí al alojamiento destinado al Gobernador. Allí encontré a don Jaime de la Guarda, que me esperaba.

Yo estaba informado por el ministro Rodríguez de sus pretensiones. Además, llevaba una carta original escrita al Ministro contra mí, en la cual me hacía la caridad de ofenderme. El pobre hombre temía perder su título de Gobernador de la provincia, al cual tenía mucho más apego de lo que yo aspiraba a reemplazarlo. No me gustaba en ningún sentido; prefería mucho más volver a Santiago, donde me hallaba casado en efigie. Pero el pobre don Jaime de la Guarda ignoraba que todavía tenía que temer al teniente coronel Castro¹⁰⁶, que debía reemplazarme en el caso de la expedición de Chiloé.

Fue muy solícito para recibirme y ofrecerme sus servicios, y ponderó largamente lo que había hecho al gobierno y a la provincia en el momento de la revuelta de las tropas, etc.

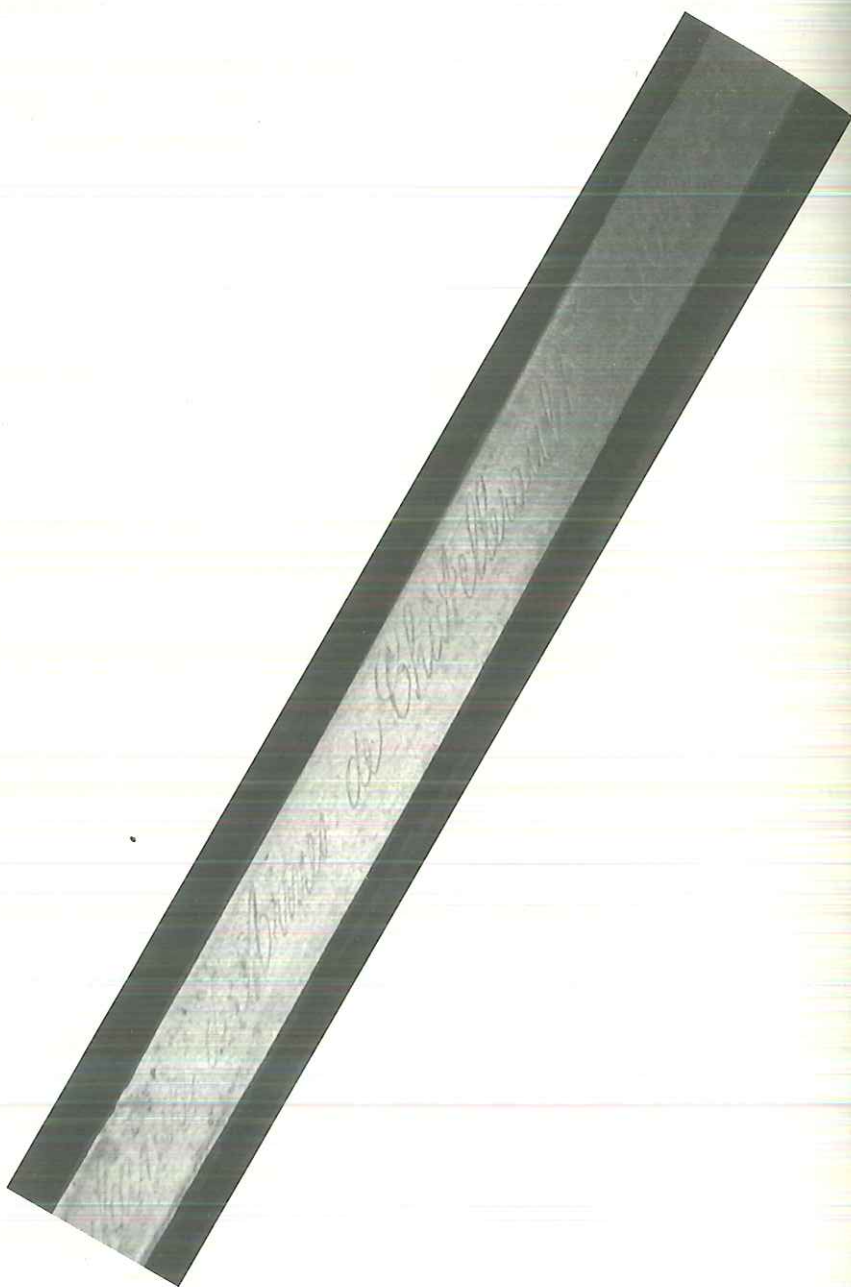
Pronto vinieron los sargentos oficiales que se hallaban en la plaza. Principié por comunicarles los proyectos del gobierno de expedicionar a Chiloé; que allá podrían lavar la mancha con que se habían mancillado; que yo tenía plenos poderes para arreglar sus dificultades; que esperaba confianza y obediencia; que ellos no serían mezclados en los casos de sus camaradas Silva y Rubio; les comunicué, todavía, lo que había ocurrido a mi llegada y la prisión en que mantenía a esos individuos.

Protestaron todos contra su conducta para conmigo y que yo había hecho bien castigándolos; que tenían plena confianza en mí y que podía contar con su obediencia a mis órdenes, cualquiera que fuesen.

La sala se llenó de los principales habitantes.

¹⁰⁵ Juan Young, capitán de milicias en Mendoza en 1815, ingresa al ejército de Chile en 1817 como capitán, sargento mayor en 1823 y teniente coronel a su muerte en 1826.

¹⁰⁶ José Patricio Castro (nacido en 1783), teniente coronel del batallón de infantería Maipú, gobernador de Valdivia hasta 1823 cuando es depuesto como consecuencia de la insurrección de Freire.



Sable de Mocopulli, hoja con inscripción.

Todos me conocían y no pensaban como don Jaime. La alegría estaba pintada en sus rostros; la calle se encontraba llena de soldados: era una fiesta. A todos los despedí e hice quedarse al mayor para saber dónde se encontraba el batallón y el comandante. Me respondió que la compañía de granaderos, de la cual era capitán el sargento Bustamante, estaba en la misión de Cudico; otro destacamento, en Las Cruces; otro, en Río Bueno, etc. Le di orden de hacer volver a todos a la plaza, lo mismo al comandante sargento García, que se había casado y se encontraba en Osornó, en la casa de su suegro señor Fontalba; que el servicio continuaría como de costumbre y que hiciera preparar las cuadras para recibir las dos compañías que debían llegar en la tarde y que fueran alojadas separadamente.

Mis tropas fueron alojadas en el cartel, pero separadamente, Yo había recomendado a los soldados de Valdivia que guardaran la mayor armonía con los que habían llegado conmigo.

Tres días pasaron sin la menor perturbación.

Pero los habitantes estaban en crueles trances y no creían que las cosas pudieran arreglarse de esta manera. Al tercer día, todas las tropas estaban reunidas y las tenía bajo mi mando: la razón la diré más tarde. El sargento Bustamante había traído con la compañía de Granaderos, cuatro piezas de artillería, sin orden, y supe que había hecho cargar las armas de su compañía, pero yo no temía nada de los Granaderos, mi antiguo batallón. Éstos me eran más devotos que los otros y aparenté no saberlo. Tuve, al mismo tiempo, el aviso que el sargento Galaz, capitán de los Cazadores, predicaba a los soldados de su compañía, les daba licor y les decía que yo los engañaba con palabras y se me aseguró que les había dado cartuchos.

El mismo día me presenté al llamado de las cinco de la tarde, como era usual.

Cuando terminó, hice abrir las filas y pasé la revista de las armas y de los cartuchos. Mi intención era que si Galaz había distribuido cartuchos, fusilarlo en el mismo instante, delante de sus camaradas y al frente de la tropa. Pero no fue así. Ordené una revista de aseo para el día siguiente a la misma hora y que todas las tropas estuvieran presentes, lo que se realizó.

Cuando desenvainé la espada y los soldados oyeron mi voz no pudieron, aun cuando estaban bajo las armas, retener un movimiento de alegría. Era lo que yo quería y lo había esperado para tocar el asunto de la revuelta. Al instante, tomé la palabra y les dije con mucha energía:

“Señores oficiales, sargentos, cabos y soldados: Uds. han ultrajado a la humanidad y a la noble carrera de las armas, a los defensores de la Patria, al volver esas armas que les estaban confiadas para su defensa contra un magistrado, un jefe y contra sus oficiales. Esta terrible circunstancia ha cubierto al país con un funesto luto. La Patria, hasta este día, no había esperado de sus hijos más que días gloriosos. No puedo negarles que el jefe de la República y todo el país se ha horrorizado y nuestros enemigos se han regocijado por semejante atentado a todas las leyes humanas y sobre todo a la disciplina militar, base fundamental del ejército, de la seguridad pública y de todas las garantías

sociales. Si quieren reflexionar en lo que han ejecutado, se hallarán criminales a sus propios ojos. A pesar de sus crímenes, el gobierno quiere usar de clemencia para con Uds. por el orden que han mantenido y les toma en cuenta haber batido a los montoneros que se habían atrevido a jactarse que Uds. iban a hacer causa común con ellos. Pero esto no basta: Chiloé es donde hay que ir a triunfar y expulsar del territorio chileno a los restos españoles, allí es donde Uds. borrarán la cruel falta de que se han hecho culpables, falta horrible en sus resultados. Espero, pues, volver a encontrar en Uds. el mismo ardor y valor que han desplegado anteriormente combatiendo a los enemigos de la Patria”.

Esta pequeña arenga entusiasmó la tropa y gritaron, ¡Viva la Patria, el Director y nuestro Coronel!

Hubo una frialdad en todos los nuevos oficiales.

Me hice el desentendido. Yo quería a los soldados y ellos estaban conmigo.

Mandé romper filas y me retiré solo a mi habitación para reflexionar sobre la manera de poner término a este obstáculo.

Los cuentos empezaban a circular.

Los alarmistas se agitaban, y ello producía muy mal efecto.

Mi objetivo estaba cumplido; antes de tomar las medidas severas, como lo he dicho más arriba, quería tener bajo mi mano todos los batallones provisorios de Valdivia para superar la influencia que esos nuevos oficiales habían ejercido sobre los soldados.

A la distancia, habían podido infundirles temor, si, desde el principio, hubiera empleado severidad y así arrastrarlos a las montoneras o a Chiloé. Eso era lo que yo quería evitar. Sabía que estos sargentos oficiales se hacían temer y a los soldados los castigaban por la menor falta.

Hacía una hora y media, más o menos, que me hallaba solo reflexionando, a la caída de la noche, cuando uno de esos sargentos oficiales, apellidado Marín, de la Compañía de los Granaderos, hombre bien formado, que yo había querido y protegido cuando era mayor del N° 1 del Chile, que venía a caballo, solicitó hablar conmigo a solas. Se desmontó y entró en mi oficina. Me preguntó si nadie podía oírnos y le contesté que no, y que se explicase en el acto.

“Mi Coronel –me dijo–, soy tan bribón como los otros; pero no puedo estar de acuerdo con el plan que acaba de formarse entre nosotros, que es el de asesinarlo”.

Con indiferencia le pregunté quien era el que quería asesinarme.

“Mi Coronel, voy a explicarme: tan luego como Ud. se retiró del cuartel nos reunimos donde el sargento Galaz, quien nos invitó, porque todos tenemos temores: hemos visto con claridad que con su presencia hemos perdido toda influencia sobre los soldados que están enteramente a su disposición. Usted no nos ha prometido nada efectivo y todos se han dado cuenta de que Ud. nos engaña con la susodicha expedición a Chiloé. Usted trae varios oficiales que,

sin duda, están destinados a reemplazarnos; que es evidente que si el gobierno nos hubiera perdonado Ud. había traído nuestros diplomas y la confirmación de nuestros grados; y lo que nos trae es la desgracia para todos si tuviéramos la debilidad de creerle”.

“Quién ha sido el autor de tamaña ocurrencia?”, le dije.

“El sargento Galaz, y es él mismo el que se ha encargado de destaparle la tapa de los sesos esta noche, al llamado de las nueve; porque ha dicho, una vez el Coronel en el suelo, los oficiales que están con él son desconocidos de los soldados y nosotros volveremos a tener sobre éstos nuestra perdida influencia, y el gobierno hará de necesidad virtud. En cuanto a los otros soldados, nosotros somos el doble más fuertes que ellos y abrazarán nuestra causa; devolveremos a sus oficiales llevando esta noticia al gobierno; el proyecto fue aprobado unánimemente. En cuanto a mí, yo me voy, no quiero ser testigo de esta escena que puede llegar a ser terrible”.

Le respondí que podía irse o quedarse con los otros, que no eran más que unos cobardes y que yo les haría ver, si se quedaba con los otros, que no les tenía miedo.

“No se fie, mi Coronel, están muy decididos. Por lo demás, he cumplido con el deber que me imponía mi conciencia. Usted queda advertido; yo me marchó. Adiós, mi Coronel”.

Subió a caballo y partió al galope.

En el acto tomé mis pistolas.

Las cargué convenientemente y después de esto hice llamar, uno por uno, a todos los oficiales de mi División. Para evitar que esto fuera observado, les encargué que vinieran por diferentes caminos. El comisario de guerra, señor Almanche, vino también. Cuando estuvieron todos reunidos, les comuniqué la declaración que me había hecho el sargento Marín y le dije:

“Señores, esta noche hay que quitarse de encima todos esos pícaros y de esta manera: todos Uds. se dirigirán a la pieza del oficial de guardia en el cuartel. Yo estaré ahí para recibir la información del llamamiento. Cuando estén todos reunidos, daré la señal. Yo me encargo de Galaz, cuando me acerqué a él, si tiene la audacia de hacer un gesto para tomar su pistola o cualquiera otra arma, le destapo la tapa de los sesos al instante. Será la señal. En ese momento, cada uno de ustedes, se apoderará de su hombre. Usted, Tupper, del sargento Bustamante. Es el más fuerte y más infame. Ustedes, señores, a discreción, cada uno el suyo. Si Galaz no se mueve, daré la orden en voz alta. Usted, señor capitán de la Guardia de Honor, con sus hombres y sus armas cargadas, estarán listos en caso de necesidad, permaneciendo Ud. a la cabeza. En el acto de arrestados por Uds. estos hombres, yo me encargo de los soldados que no se moverán delante de mí y les hablaré. Ahora pueden retirarse

uno después de otro. A las nueve que cada uno esté en su puesto. En ello va su honor y su seguridad”.

Esperé tranquilamente la hora de la llamada.

En el momento que oí tocar la retreta, tomé mis pistolas ocultas bajo mi capa y me marché al cuartel.

Entré en la pieza del oficial de guardia. Había ya varios de mis oficiales, lo mismo que de los otros.

Los tambores habían entrado y Galaz no llegaba y no faltaba más que él. Pero no demoró; entró con la cabeza baja y la mirada al suelo. Apenas se le veían los ojos debajo de la visera de la gorra y con las manos escondidas debajo de su poncho, muy favorable para su intención.

En cuanto entró, me acerqué a él, lo miré de arriba abajo, severamente, y di dos vueltas a la pieza a su lado.

El tambor dio la señal para que los oficiales pasaran a la cuadra.

Salí al lado de Galaz y atravesé así el gran patio del cuartel hasta la puerta de la cuadra de toda su compañía.

No hizo ningún solo gesto, e hizo bien, porque lo había tendido a mis pies. En ese momento volví sobre mis pasos, me coloqué bajo el vestíbulo de la gran puerta del cuartel, hice ponerse al sargento Barbosa¹⁰⁷ delante de mí y los dos apoyados en la muralla en que estaba la pieza del oficial de guardia, de modo que Galaz, como los demás, pasaba por entre nosotros dos.

Yo parecía esperar ahí que la información se diera sin mi presencia para que tuvieran más libertad. El sargento Barbosa estaba con dejadez contra el muro.

Este sargento y otro de apellido Coterá, no habían querido entrar en la revuelta ni recibir grado. Ambos se habían puesto de mi parte; eran muy leales y después de saber lo que estaba pasando, no me perdían de vista.

Al fin, todos entraron en la pieza y Galaz siempre el último. En el momento que pasaba delante de mí y el sargento, di la orden en voz alta y firme que los desarmaran.

Galaz sacó en el acto su pistola, pero el sargento Barbosa, colocado detrás, le tomó los dos brazos, le arrancó la pistola, lo echó por tierra de un culatazo y le quitó la espada.

En el mismo instante, todos los oficiales de mi división desenvainaron y apoyaron las puntas de sus espadas contra el pecho de cada uno de los sargentos oficiales.

Se dejaron desarmar sin la menor resistencia, como si lo hubieran esperado. Sus sargentos que venían también a la relación se quedaron asombrados y principiaron a correr. Pero yo de dos saltos estuve al medio del gran patio del cuartel y ordené en voz alta que nadie se moviera. Todos se quedaron en su lugar, como petrificados.

Al mismo momento, principié por la cuadra de los granaderos para prevenirles lo que estaba pasando y que no tuvieran ningún temor, que esos sargentos que se habían hecho oficiales, asesinando a los suyos, eran indignos de mandar a bravos soldados como ellos; que, además, habían formado el proyecto de asesinar me.

En ese momento me rodearon gritando: “¡Viva mi Coronel, mueran los sargentos! Nosotros lo defenderemos y no obedeceremos más que sus órdenes”. Lo mismo ocurrió en las otras compañías y todo se puso en orden.

Hice salir una poderosa patrulla con varios oficiales de mi división para la tranquilidad de la ciudad y prender dos de esos sargentos que faltaban. A las once, todos estaban con cadenas, en número de veintidós, y embarcados para el puerto de Corral, bajo la guardia del piquete del N° 7, mandado por el capitán Correa de Saa.

Como se puede ver, todo sucedió sin el menor ruido, Mis oficiales se portaron con firmeza y valor. Los habitantes, ni siquiera, se habían dado cuenta de esta medida y pronto se esparció la noticia.

Al día siguiente todas las personas de buena sociedad vinieron a felicitarme y no creían que hubiera salido bien tan fácilmente, porque esos caballeros inspiraban un gran terror. Debe haber sido así; todos me confesaron la inquietud en que vivían, porque estaban persuadidos que semejante acto de barbarie no podía terminarse como lo había solicitado don Jaime de la Guarda, que fue uno de los primeros en venir.

Cuando se despidió de mí, le entregué su carta escrita al Ministro contra mí, sin decirle una sola palabra. Fue mi única venganza. Por eso, ese pobre hombre era mi más grande apologista. Según él no había hombre en el mundo como yo. Después fuimos buenos amigos, cuando dejó de pensar en la gobernación y quedó de acuerdo en que el miedo lo había hecho cometer sus errores.

Entre estos visitantes se hallaba el cura Pineda. Yo no había tenido tiempo de ocuparme de él y me contenté con decirle, por el momento, que debía pasar a la capital para presentarse al gobierno, sin notificarle la orden.

Sin embargo, ante esta simple insinuación, el cura se puso pálido y me dijo que le sería imposible por el momento ponerse en camino porque se encontraba muy enfermo y hastiado del mar, que no podía soportarlo y que eso sería matarlo. No le dije más, acordándome de la recomendación del señor Mackau. Su fisonomía, a la verdad, era la de un enfermo; estaba amarillo como un limón; pero, por el momento, yo tenía que hacer otra cosa. Era preciso y urgente una pronta y ejemplar justicia y con tal objeto hice nombrar un Consejo de Guerra y un fiscal para que, sin pérdida de tiempo, esos sargentos fueran juzgados. Debían serlo en el puerto de Corral, donde estaban seguros.

Nombrado el Consejo, partió inmediatamente.

Había recomendado que reconocidos los más culpables, se les juzgara y ejecutara en el acto, enseguida de la sentencia, después que se hubiesen reconciliado con Dios, para lo cual envié un sacerdote.

¹⁰⁷ Juan Barboza Jiménez (1790-1851), sargento en 1820, subteniente en 1822, teniente en 1823, capitán en 1826 y sargento mayor en 1845. Tuvo un hijo general de división.

CAPÍTULO I

PREPARACIÓN DE LA EXPEDICIÓN A CHILOÉ.

NO SE REALIZÓ POR NEGATIVA DEL COMANDANTE WOOSTER

Me di después a la tarea de organizar las tropas para la expedición a Chiloé.

Reemplacé a los oficiales en todo el batallón provisorio de Valdivia; hice cumplir las funciones de subtenientes a los sargentos Barbosa y Cotera y los propuse al gobierno. Estos dos valientes lo merecían porque, no habiendo querido entrar en la revolución, eran mal vistos y molestados por sus compañeros; pero habían resistido y merecían ciertamente una recompensa. Además, me habían ayudado mucho; no hacía más que juzgarlos y fallar en su favor. Si el crimen es castigado, hay que recompensar la buena conducta. En cuanto al sargento Marín, que me había advertido y que fue prendido en la noche en casa de su manceba, fue conducido como los demás al fuerte de Corral. Di orden al capitán Correa de Saa que lo pusiese a bordo del fragata hasta nueva orden.

Cundo la tropa estuvo lista, la mandé embarcarse para Corral y la isla Mancera. Hice reconocer como Gobernador, substituyéndome, al teniente coronel Castro, según la orden que tenía en caso de ausencia; le dejé algunos hombres y un subteniente para su guardia. Hice llegar la orden al comandante Wooster de embarcar las tropas para marchar sobre Chiloé tan luego como estuviera listo. El comandante me mandó prevenir que la *Lautaro* y el transporte no eran suficientes para contener la división de ochocientos cincuenta a novecientos hombres.

Le ordené que tomaran un buque mercante del país que se encontraba en el puerto y que estaba cargado con trigo, lo que no impedía ocuparlo con la tropa. Pero el cargador señor Renjifo¹⁰⁸, que yo conocía, no demoró en hacer reclamaciones, contestándosele que la orden del gobierno era imperativa; que en caso de necesidad, yo debía requerir cualquiera embarcación del país sin ninguna excusa, pero que serían indemnizados con desprendimiento; que, por ningún pretexto debía retardar la expedición, de la cual era responsable. Fue, pues, obligado a recibir las tropas que estaban destinadas a su buque. Yo mismo había descendido en Corral para dar estas explicaciones.

Mientras se embarcaban las tropas, el proceso del consejo de guerra iba a buen paso. Fui a visitar al barón Mackau para despedirme de él. Me quedaban pocos momentos.

La estación tocaba a su fin y no había tiempo que perder. Fui recibido a bordo de la fragata *Clorinde* con mi ayudante Tupper, a quien el señor Mackau había cobrado afecto. Estaba un poco ceremonioso. Me alabó mucho, me habló de mi brillante conducta, de mi actividad inconcebible, etc.

“Y de lo que estoy más asombrado –me dijo– es de la rapidez con la cual marcha Ud. y la facilidad con que ha terminado su terrible misión; jamás lo hubiera creído; ahora lo creo capaz de todo, aún de tomar el archipiélago de

¹⁰⁸ Lorenzo Rengifo, de Santiago, instalado en Valdivia en 1803.

Chiloé, lo que sería un brillante hecho para su gloria y un hermoso triunfo para el gobierno. La pacificación de Valdivia y la toma de Chiloé, a fe mía –mi querido Beauchef–, me dará el verdadero placer de hablar al rey de Francia con entusiasmo de su noble conducta, porque eso es lisonjero y lo será para Su Majestad saber que un súbdito francés goza en América de una gran confianza y de tan buena reputación”.

Tengo que confesar que me sentía halagado con la aprobación del señor Mackau, que era hombre de consideración, bien mirado en la Corte, Chambelán del Rey. Durante el Imperio había adquirido una buena reputación y el emperador Napoleón lo estimaba.

Mi ayudante Tupper estaba contentísimo de andar conmigo. Almorzamos con el señor Barón y partimos muy satisfechos.

Cinco de los sargentos oficiales fueron condenados a la pena capital y ejecutados. Eran los más culpables: el sargento Silva, Bustamante, Rubio, Casita (Gatica) y Galaz, mostraron todos un gran valor. Fue una lástima que hombres como esos se hubieran manchado con tan grandes crímenes; todos los demás fueron enviados a Valparaíso a disposición del gobierno.

Al día siguiente, debíamos partir, El señor Mackau vino a verme a bordo de la *Lautaro*. En la conversación me preguntó cómo iba a arreglárme las para adueñarme del archipiélago.

“A fe mía –le contesté– mi plan es muy sencillo. Quintanilla está muy lejos de esperar un ataque sobre Chiloé. Debe estar informado de la rebelión de las tropas de Valdivia y aún se dice que ha hecho dar pasos ante ellos, pero no tengo la certidumbre. El gobierno ha enviado a un cura del país como parlamentario, aunque no ha obtenido nada, no ha dejado de dar a conocer a los habitantes más influyentes el estado desesperado de los asuntos de España, los grandes progresos de los patriotas por la independencia, lo que no le permite esperar socorro de Lima, ocupada por el general San Martín.

Como el tiempo se está pasando, sé que el general Quintanilla no puede mantener sus tropas en San Carlos y que se retiran para pasar el invierno en el interior, de modo que con estos datos me presentaré con el pabellón español y si las baterías hacen fuego sobre nosotros, no obstante eso, entraré, hago echar el ancla, si es posible, y desembarco a mis novecientos hombres.

No son muchos, pero sí son bravos y decididos.

Por otra parte, hemos tomado Valdivia con trescientos hombres, y Ud. ha visto por dónde desembarqué, ataqué, etc.

Antes que Quintanilla lo sepa seré dueño de San Carlos.

Una vez ahí, me sostendrá y el gobierno me enviará tropas, si este General quiere sostener la guerra en el interior”.

El señor Mackau tuvo la bondad de responderme que esperaba todo de un hombre tan decidido como yo y acompañado por tan valientes soldados que

tenían tanta confianza en mí, lo que era justo, porque siempre los conducía a la victoria. Y se retiró.

Todo estaba listo para la partida cuando el cielo se oscureció.

El comandante Wooster declaró que no podía partir; que íbamos a tener mal tiempo; que la costa estaba muy mala; que la entrada del puerto era imposible e inabordable en invierno.

Con todo eso, dijo después, que si yo lo ordenaba, estaba a mis órdenes y marcharía; pero en tal caso, yo debía tomar todo bajo mi responsabilidad, aun las embarcaciones.

Contesté al comandante que yo no podía mandar nada de los asuntos del mar bajo mi responsabilidad y que tuviera la bondad de pasarme una nota oficial en la cual explicara sus razones, la que yo enviaría al gobierno.

Así lo hizo; y yo me vi obligado, muy a pesar mío, a dar la orden de desembarco¹⁰⁹. Efectivamente, tuvimos una pequeña tempestad.

Tres días después se compuso el tiempo; sin embargo, ya no era la época. Fue preciso disuadirse, pues estábamos a 15 de abril, y todos los habituados a esos mares aprobaban al comandante Wooster. No obstante, tuvimos más o menos quince días de buen tiempo, lo que llaman en el país veranito de san Juan.

En cuanto a mí, yo estaba contrariado, pues habríamos tenido todo el tiempo necesario para la expedición.

La suerte no quiso favorecernos, ya que el archipiélago hubiera sido tomado, como lo confesó después el mismo Quintanilla.

No tenía arriba de cincuenta hombres reunidos en San Carlos.

CAPÍTULO LI

INCIDENCIAS DERIVADAS DE LA CONDUCTA VERSÁTIL DEL CURA PIÑEDA, MIENTRAS LA VIDA VALDIVIANA TRANSCURRÍA EN UN AMBIENTE DE TRANQUILIDAD. ELECCIÓN DE DIPUTADO RECAÍDA EN FR. CAMILO HENRÍQUEZ

Luego que la división fue desembarcada, pasé con ella otra vez a la plaza, dejando las guarniciones convenientes en los castillos, Los días buenos que siguieron los empleé en los ejercicios doctrinales, arreglo de la división, etc.

Por este tiempo me hizo una segunda visita el cura Pineda, en la cual me relató todos sus trabajos anteriores, los deseos que tenía de llevar una vida retirada en su curato de Valdivia y restablecer su salud. Hice fe en sus proyectos de retirarse a una vida tranquila, así es que suspendí aun la ejecución de la orden del gobierno de remitirlo a Valparaíso.

Pasamos unos días muy tranquilos en Valdivia. Las tropas tenían una conducta ejemplar; los habitantes gozaban de una tranquilidad completa, sin sobre-

¹⁰⁹ Para entender las razones profundas de esta cancelación de la expedición a Chiloé y, por ejemplo, el papel de la lucha entre O'Higgins y Freire, véase Patrick Puigmal, "Jorge Beauchef, el toque francés en la toma del archipiélago (1820-1826)", en *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 18, 2004.

salto. Mientras los sargentos sublevados tuvieron la suerte de la provincia en sus manos, no dormían en paz, habiéndose transformado en unos déspotas.

Hice también un viaje a los Llanos y Osorno.

Aquí estaba todavía el sargento García, que se había casado, como he dicho anteriormente. La casa de su esposa estaba frente a la plaza, en cuyo centro estaba colocada en un palo muy alto la cabeza de su compañero Silva, espectáculo no muy agradable para él, y donde este facineroso, por su mano, asesinó de un bayonetazo al desgraciado de Letelier. Cuando me retiré de Osorno lo hice marchar conmigo a la plaza, a pesar de los empeños de su mujer y de toda su familia, pues era uno de los autores de la revolución y se había atribuido el título de comandante. Lo remití con los demás a Santiago.

El sargento Marín, que me dio el aviso, fue recomendado al gobierno y se pidió el grado de subteniente para los sargentos Barbosa y Cotera, que no habían querido tomar parte en la sublevación ni admitir ascensos.

Había aplazado la convocatoria a la elección de los regidores de la Municipalidad de Valdivia y cuando llegó el tiempo de las elecciones, sin inquietarme hice que se verificaran de acuerdo con las instrucciones; pero fui advertido indirectamente de que se pensaba elegir al cura Pineda.

Hice prevenir que de ningún modo pensarán en el cura, pues estaba seguro que no admitiría semejante cargo después haberme manifestado él mismo sus intenciones de abstención política y de retiro para cuidar de su salud, como efectivamente me lo había expresado en sus conversaciones. Agregué que, además, había otros impedimentos, como, por ejemplo, el de no ser oriundo de Valdivia, como lo exigía la convocatoria.

A los pocos días, mi secretario me avisó que el Cabildo persistía en elegirlo y que estaba cierto de que el señor Pineda aceptaría el cargo. Entonces hice prevenir al Cabildo que no pensara en este candidato que tenía impedimentos, teniendo ellos un sujeto muy distinguido, valdiviano y de talento, superior al señor Pineda: el fraile don Camilo Henríquez, y todavía, otros en la provincia. Al fin, llegó el día de la elección y salió por unanimidad el cura Pineda.

Me quedé atónito.

Esta porfía parecía un acuerdo para comprometerme ante el gobierno y exponerme a perder mi cargo por falta de cumplimiento de las órdenes recibidas. Tuve que enfrentar a los cabildantes y preguntarle si querían burlarse de mí. Luego que vieron la terminante orden, se excusaron diciendo que no lo sabían.

"¡Como no lo sabían, si se los había hecho prevenir directamente", les dije. Debieron anular la elección y elegir al señor Camilo Henríquez.

Apenas estaba de vuelta en mi alojamiento cuando se presentó furioso el cura Pineda. Ya no era el caso de su curato, de su retiro, no de su enfermedad; sólo reclamaba el título de Diputado, y con qué derecho yo había influido en la voluntad de los electores. Que se trataba de una tiranía insufrible y empezó a declamar un medio tono de derechos de gentes con una locuacidad extraordinario que me aturdió. Después que se hubo desfogado le dije con toda tranquilidad:

“Señor cura, he creído servirlo y favorecer sus disposiciones de retiro, evitarle este pesado cargo con mil trastornos y contribuir a su descanso tan acariciado y tan propio de la profesión de un cura. Pero veo que Ud. ha querido jugar conmigo engañándome, aprovechándose de lo que Ud. llamará simpleza y que yo llamaré mi humanidad. Sí, señor cura, sé muy bien que no tengo derecho sobre la voluntad de los electores; pero sé mucho mejor que un militar debe ejecutar las órdenes que tiene del gobierno, que yo había cumplido muy mal hasta ahora, por lo cual recibiré una buena lección y, para no exponerme a otra, el señor cura recibirá en el acto esta orden de pasar inmediatamente a Santiago para presentarse al gobierno”.

Hice llamar, enseguida, al mayor de la plaza y delante de él le ordené que mandara preparar una embarcación y acompañara al señor cura a los castillos para que se embarcara, debiendo marchar a la capital.

Dicho esto me despedí y me retiré.

A las dos horas el cura estaba bajando el río. Sin duda me había tomado por un imbécil y listo para deslumbrarse con su palabrería de derecho de gentes.

Di parte al señor Ministro de lo acontecido, prometiéndole que otra vez cumpliría puntualmente las órdenes, sin hacer uso de ideas filantrópicas, ni excusas de retiro ni de enfermedades de los curas políticos.

CAPÍTULO LII

TRANSCURRE EL INVIERNO CON ALGUNAS EXTORSIONES DE LAS MONTONERAS DEL NORTE. LLEGA A VALDIVIA MI ESPOSA

Pasamos el invierno sin novedad, con sólo algunas extorsiones de las montoneras del norte. Por la estación no podía emprender nada contra ellas; pero me reservaba para el buen tiempo, mientras combinaba los medios de destruirlas, porque no había forma de atraerlas.

El Comisario de Naciones don Leandro Uribe, en mi ausencia, había sido víctima de su confianza y se dejó sorprender en el pequeño castillo de “Las Cruces”. Estos mismos indios, a quienes salvó la vida el año anterior cuando los sorprendió borrachos en la montañas, fueron los que le cortaron la cabeza. Ya no había nada que esperar de estos salvajes, sino darles un fuerte golpe y obligarlos a entregar al facineroso Palacios y al lenguaraz Caleufo, especie de diablo salido de las montoneras de Benavides y mandado por éste cuando pensó que Quintanilla podía invadir la plaza de Valdivia.

Era el oráculo de los indios del norte y el sostén de Palacios, pues éste, sin el otro, no era nada por no saber la lengua de los indios.

Yo había resuelto mi salida para principios de diciembre y estábamos a 28 de noviembre, cuando tuve anuncio de la llegada de un buque en el puerto. En la plaza no se había oído la señal acostumbrada, que era un cañonazo de 24, a causa del viento norte y de un corto temporal.

¡Cuán no sería mi sorpresa cuando se me presentó el pescador que había anunciado el buque, a decirme que mi esposa, doña Teresita, había llegado y que me estaba esperando en la isla de Mancera! Por el temporal no había podido pasar adelante. La acompañaba una amiga, hermana del capitán Jiménez. Al momento mandé preparar una embarcación. Acompañado del capitán Jiménez, salimos a las once de la noche con un fuerte aguacero. Llegamos a Mancera a las tres de la mañana tiritando, pues no había dejado de llover. Encontramos a las señoritas en pie, esperándonos con un buen fuego que nos vino muy bien, pues estábamos helados de frío y muy embarrados. Nuestra reunión fue como la de dos personas que se han amado desde hacía mucho tiempo, que han sufrido muchas penas y contrariedades en su cariño y que, estando muy lejos de imaginarlo, se encuentran al fin, reunidos. ¡Cuán agradecí a mi querida Teresita este primer viaje y a su amiga doña Juanita Jiménez! Pasamos luego a Valdivia. El tiempo se puso hermosísimo, apropiado para gozar mucho más de mi felicidad.

Dediqué quince días al amor y a todos los placeres que podía proporcionarme Valdivia. Y enseguida estuvimos obligados a preocuparnos de los deberes.

CAPÍTULO LIII

EXPEDICIÓN CONTRA LAS MONTONERAS DEL NORTE

Mi expedición por tierra estaba preparada de antemano.

Resolví mi salida para el 17 de diciembre, y la efectué.

La división se componía de 500 hombres de infantería y una compañía de caballería.

El Comisario de Naciones don Luis Aburto¹¹⁰, que reemplazó al señor Uribe, me acompañó. Salimos por el mismo camino de mi anterior expedición. Vinieron otra vez los indios amigos a cumplimentarme en la misma pampa; algunos llegaron armados para acompañarme; los admití. Luego estuvimos en Pitruquén.

Por entonces había muerto el cacique Calfucura y toda su indiada se unió a mi división; obraban de buena fe; tenían agravios que vengar con los indios de Boroa, donde se habían retirado los montoneros de Palacios, luego que supieron mi entrada en la tierra de los indios.

Acampé en Pitruquén para dar un descanso de dos días a la tropa.

Es imposible ver sitios más pintorescos y de vegetación más vigorosa. Los caballos se perdían en los pastos. El bosque era un manzanar; los prados estaban

¹¹⁰ Probablemente Francisco Aburto Caballero, (1740 o 3 - 1825) Comisario General de Naciones de la zona Toltén-Osorno, o su hijo Francisco Aburto Ramírez (1782-1854) Teniente de Comisario en 1821 y Comisario General de Naciones en 1827. La historia de esta familia había ya cruzado la del coronel Beauchef según uno de sus descendientes directos, Eduardo Araneda, profesor de Historia en Río Bueno y La Unión y especialista del estudio de esta región. La tradición oral de la familia le llegó por el intermediario de su abuela quien le contó que durante la primera expedición de Beauchef hacia el Toro en 1820, fue el hijo Francisco quien lo guió, no por el camino real como él lo indica, pero por un sendero indígena pasando cerca de la cordillera hacia Lago Ranco. Nada confirma esta hipótesis, pero no deja de ser interesante su confrontación con la de Beauchef.

cubiertos de fresas¹¹¹ infinitamente más fragantes que las cultivadas. Todos las mujeres de los indios de Pitrufrquén vinieron al campamento cargadas de frutillas y otras frutas silvestres a hacer sus cambalaches con los soldados.

En aquel entonces yo tomaba todas las noticias posibles sobre la dirección que había seguido Palacios para ver modo de apoderarme de él.

Estos indios me daban pocas esperanzas, o ninguna, por la inmensidad de las montañas de Boroa y la facilidad que tenían de esconderse en ellas.

Sin embargo, me decían, si podemos entrar en el Malal del cacique principal, que les ha dado refugio, se podría adelantar mucho y quizá obligar al cacique a entregarlo.

Malal es el nombre que dan los indios a un sitio fortificado por la naturaleza y que tiene sólo una entrada muy angosta.

Antes de pasar el río de Pitrufrquén, grande y caudaloso y con pocos medios de atravesarlo, pregunté a los indios si más abajo había algún vado por donde los montoneros podían cruzarlo. Me contestaron que podían hacerlo a nado cuatro leguas más abajo, en el lugar llamado Donquil.

Resolví, entonces, mandar un fuerte destacamento reconocer este camino antes de emprender el paso del río y evitar ser atacado en este acto que no podía efectuarse sin mucho desorden. Sólo tenía dos canoas de los indios, que podían llevar doce hombres en cada viaje y, todavía, dejando andar las canoas en la corriente y después tirarlas con caballos por ambos lados. Esta maniobra me debía tomar mucho tiempo y, como he dicho, ocasionar desorden. La caballada debía pasar a nado y las monturas en las canoas. Se organizó el destacamento y se puso a las órdenes del mayor Rodríguez¹¹². Se componía de 100 granaderos al mando de Tupper y la compañía de caballería, al mando del capitán Labbé.

Todos los indios de Pitrufrquén y más diez cazadores que se habían reunido de la compañía que tenía en el interior el cacique patriota Venancio Coñuepán formaban el resto. Estos cazadores se encontraban desde hacia mucho tiempo en la tierra de los indios y habían adoptado todas las costumbres de los salvajes. Sólo se diferenciaban de ellos en las armas, pues éstos cargaban tercerola y sable. De otro modo, era imposible distinguirlos; vestido, idioma, pelo largo y suelto, tenían varias mujeres, en fin, iguales, y se hallaban muy contentos con esta vida errante.

Los indios los apreciaban mucho por sus armas de fuego que mantenían con mucho cuidado. Vivían del pillaje y del botín que hacían entre los indios enemigos de la patria.

El teniente de Cazadores Montero, hombre de mucha fama por su bravura, mandaba la compañía. Los cazadores y los indios de Pitrufrquén se ofrecieron para formar la vanguardia y se pusieron en camino.

¹¹¹ Cabe señalar que Beauchef utiliza la palabra fresas y no frutillas probablemente en referencia al científico francés Frezier quien descubrió esta fruta durante un viaje a Chile en 1712 y la importó a Francia dándole su nombre, fresa, *fraise* en francés.

¹¹² José María Rodríguez Valencia (1790 o 6-1861), soldado en 1809, teniente en 1814, capitán en 1816, murió sargento mayor. Este oficial fue ayudante de Beauchef y pariente por su matrimonio con Manuela Henríquez Gomez del fraile Camilo Henríquez.

Yo me quedé en el campo con el resto de la infantería y algunos indios. A las pocas horas de haber salido recibí aviso del mayor, en el cual me decía que los indios de la vanguardia habían tenido un fuerte choque con los de Boroa, que los tenían todos al frente con Palacios y su montonera y que los socorriera.

Inmediatamente me puse en camino con el resto de la división.

Eran las cinco de la tarde cuando me encontré con algunos indios heridos y uno de los cazadores que tenía tres lanzazos en el cuerpo.

Este infeliz no se lamentaba de sus heridas. Sino de la pérdida de su tercerola que los enemigos le habían quitado en la refriega. Fue indecible el contento de este hombre cuando le reemplacé su arma perdida. Luego le pregunté lo que había sucedido.

“Estábamos caminando –me dijo–, mi Coronel, delante con los indios de Pitrufrquén, sin pensar en nada, cuando en un estrecho de la montaña nos hemos encontrado cara a cara con los indios de Boroa. Tampoco ellos nos habían sentido. Luego se armó una pelea muy fuerte, mientras avanzaba la infantería que estaba lejos. Habíamos adelantado demasiado y estábamos en derrota cuando llegó la infantería y reanudó el combate. Aquí se encontraba Palacios y él mandaba; pero nuestra gente marchó siempre adelante”.

Oído este relato, mandé curar por el cirujano de la división, que era don Tomás Leighton, inglés, a los heridos, Seguí marchando. Era ya de noche cuando llegué al lugar de la refriega.

Me fue imposible hacer avanzar a los indios que me guiaban, un paso delante de los muertos que estaban allí. Es la costumbre, y tampoco les gusta caminar de noche. Me vi de este modo obligado a pasar la noche en aquel lugar.

Al amanecer me puse otra vez en marcha.

Tenía poco cuidado, pues no me había llegado otro aviso. Encontré en el camino treinta o cuarenta muertos. A las pocas horas estaba reunido con el destacamento cerca de un río. El Mayor no se había atrevido a cruzarlo.

Pocos instantes antes había aparecido Palacios al otro lado diciendo fanfarronadas.

Mandé marchar adelante.

Me dieron cuenta de la pérdida del capitán de artillería Arengreen, que había querido acompañarme con su amigo Tupper, lo que ocasionó un pesar general en la división. Pero al poco rato, lo veíamos salir de la montaña en la cual se había escondido. Nos alegramos mucho de esta resurrección, pues muchos soldados decían haberlo visto lanceado. Nos dijo que, efectivamente, los indios le dispararon varios lanzazos. No lo hirieron gracias a que su buen caballo lo salvó, pudiendo ganar la montaña. Los indios no se atrevieron a seguirlo temiendo, sin duda, alguna emboscada de la infantería.

“Ciertamente –continuó–, he cometido una gran imprudencia adelantándome demasiado y casi me ha costado la vida. Aún no sabía cómo eran los indios”.

Lo felicitamos y le recomendamos, que otra vez no fuese tan imprudente. En realidad, hubiera sido una gran pérdida para el ejército. Se trataba de un distinguido oficial de artillería, muy instruido, de nacionalidad sueca y que prestó muy buenos servicios a Chile siendo encargado de la Maestranza.

Pasado el río, entramos en una pampa bastante grande. Un cabo que marchaba adelante con cuatro hombres, mató de un balazo, a mucha distancia, a un cacique que estaba revolviendo un buen caballo. Los otros al verlo caer, huyeron a rienda suelta. El cabo se apoderó del caballo y de todo el apero guarnecido de plata. Supimos después que era lo que llaman los indios un *capitanejo* y de los más valientes de Boroa.

Seguimos siempre adelante sin encontrar más que algunas mujeres, con sus hijos, escondidas en la montaña. Los indios de Pitrufrquén las tomaban prisioneras. Eran de mucho precio para ellos. Llegamos a Donquil, pero ya los indios habían pasado al otro lado del río. Si el mayor hubiese seguido adelante cuando los encontró, habrían caído muchos al paso del río; pero tuvieron todo el día y la noche para atravesarlo sin apuro. Los que hubieran quedado a esta lado habrían sido los de Palacios.

El mayor creyó que tenían una gran emboscada y juzgó prudente esperarme. Tuve que aprobarlo, pues los oficiales del destacamento querían seguir adelante y atacar.

Acampé en Donquil.

Al momento mandé organizar partidas para recorrer la montaña. A las cinco llegó uno de los indios de Pitrufrquén trayendo al lenguaraz Caleufo. Éste se les presentó creyendo hablar con los indios de Palacios; como lo conocían, lo agarraron. La casualidad puso en mis manos la cabeza principal de la montonera, ya que los otros no eran nada sin él. El gobernador de Valdivia le había hecho varias veces proposiciones muy ventajosas a este demonio, y nunca quiso admitirlas, sino hacer cuanto mal podía a la plaza. En el acto mandé traer la familia de este hombre, que estaba escondida en la montaña. Se componía de dos o tres hijas, bien bonitas, y un hombre. Éste estaba enteramente tullido; otro se encontraba todavía preso en Valdivia. Llegaron después las partidas al mando del capitán Labbé y teniente Tupper: tomaron un muchacho que bebía agua en un estero y que servía a Palacios, el que estaba escondido muy cerca en la montaña. Al grito que dio el muchacho, cuando lo pescaron, huyó el facineroso, sin lo cual hubiera caído también.

Hice tomar un consejo de guerra verbal para juzgar a Caleufo.

Fue sentenciado a la pena capital por traidor a la patria, acusado y confeso de varios homicidios. Ejecutado en el acto, su cabeza fue puesta en un palo plantado en el mismo lugar de su fusilamiento para servir de ejemplo a los demás.

Encontramos en Donquil todo lo necesario para la mantención de la división. Los animales vacunos que se hallaban en la montaña eran enormes; se puede decir, sin exageración, eran casi el doble de los que generalmente se encuentran en la región.

Después de un día de descanso marché otra vez a Pitrufrquén, pasando el río, y continué preocupadamente de la acción de Boroa, felicitándome interiormente de

haber mandado el destacamento a descubrir y reconocer el camino de Donquil. De este modo, evité una sorpresa y desconcerté enteramente el plan de los montoneros.

Consistía en atacarme al paso del río, encontrándome desprevenido y en desorden.

CAPÍTULO LIV

LA INDIANA AMENAZA LA EXPEDICIÓN CERCA DE PITRUFQUÉN

Al llegar a Pitrufrquén, tuve noticia de que al otro lado del río se estaba reuniendo una gran indiada.

Al momento, me dispuse a atravesarlo, lo que se efectuó en día y medio. Luego que la división estuvo reunida, acampada en una pampa, me anunciaron que dos caciques querían hablar conmigo.

Di orden a la avanzada que los dejaran pasar.

Se me presentaron como amigos y solicitaron acompañarme en la maloca que yo iba a dar a los indios de Boroa, pues tenían sus agravios con éstos y todos los acompañantes eran indios patriotas, siendo la mayor parte de los pertenecientes a Venancio y Moquegua.

Efectivamente, los diez cazadores conocían a estos caciques. Les pregunté dónde estaban y cuantos venían. Me contestaron que venían como 800 y que estaban acampados muy cerca; que a mi primera jornada hacía Boroa, se encontrarían conmigo en una pampa que había que atravesar.

Todo se convino con el comisario don Luis Aburto.

A pesar de haberseme presentado como amigos, en estos caciques, reconocía yo cuán frecuentes eran las traiciones de estos salvajes y no me fiaba enteramente en ellos; de modo que al entrar en la precitada pampa, mi división se encontraba formada en cuadro.

Apenas había dado algunos pasos cuando salieron de todas partes del bosque a rienda suelta, gritando como si hubieran ido a atacarme. Habían tenido la preocupación de dejar sus lanzas, de otro modo, los hubiera recibido con un rocío de balazos, no obstante la amistad que me habían ofrecido. Aparecieron como unos 500 hombres, tan pronto como estuvieron a corta distancia de mis tropas, hicieron alto y se apearon los principales. Avanzaron como treinta pasos de mi cuadro y pidieron que fuese a hablar con ellos. Fui inmediatamente, acompañado del comisario de indios Aburto. Luego formaron círculo alrededor nuestro y empezaron su Parlamento.

Yo, hacía un largo rato que estaba impacientado por sus griterías, cuando vi a Aburto mudar de semblante. Comprendí por el tono alto e imperioso que trataban de infundirnos miedo. Al instante, puse sable en mano y a planazos deshice el círculo. Pegando a los más gritones, gané la columna y llamé al comisario que estaba pálido como un muerto. Le ordené que les dijera que se marchasen y si no lo hacían los iba a exterminar a balazos. Luego cambiaron de tono y rogaron al comisario que me sosegase y que harían lo que quisiera.

su libertad; que también se le devolvería una parte de su hacienda, con la única condición de que me entregase a Palacios; que debía reconocer que, por causa de éste, había llegado la guerra a sus tierras; que tenía fuerza para destruirlo si persistía en sostener a este facineroso cobarde, el cual no sabía más que huir cuando se le presentaba el peligro y si no, que viese que entre los muertos en las dos refriegas, no había otros que sus propios indios.

Salió la vieja y en menos de dos horas estaba el cacique en mi presencia.

Me parecía incomprensible que este hombre y muchos otros que los acompañaban, estuviesen ocultos casi en medio de mi tropa. Con seguridad, se habrían dejado matar todas las mujeres antes de descubrir el lugar en donde aquellos estaban ocultos. La fidelidad y castidad de estas mujeres es muy extraordinaria en medio de esta vida salvaje; no se abandonan ni a la fuerza ni al terror.

Apenas estuvo el cacique Melalican entre nosotros, cuando corrió hasta él un niño de 4 a 5 años, que se asió de sus pernas sin querer soltarlo, corriéndole las lágrimas de sus ojos: era su hijo. Este hombre se quedó parado con mucha dignidad, porque se creen superiores a nosotros. Esta escena me enterneció mucho.

Le entregué su niño sin condición alguna, acción de la cual me pareció muy agradecido. Lo convidé a sentarse a mi lado y se llamó al comisario Aburto para que le explicara lo que se quería de él.

Ya la vieja lo tenía prevenido.

A la proposición del comisario de entregarme a Palacios, respondió que los días anteriores se había separado de su indiada; que en absoluto sabía dónde se hallaba, pero que respondía llevárnoslo él mismo dentro de quince días a la plaza. Se le contestó que otras veces los indios nos habían engañado y que viera lo que hacía.

Volvió a repetir lo que había dicho y que cumpliría fielmente su palabra.

Entonces se le aseguró la paz.

En caso contrario, pronto me tendría otra vez en su tierra y por aquel entonces no habría perdón.

A continuación, fueron puestas en libertad todas las mujeres y todos los niños. Casi todos los oficiales tenían algunos.

Yo di el ejemplo: tenía una niña que me había pedido mi querida Teresita. Hubo sus resentimientos entre los oficiales, pues las damas de la capital aprecian mucho las chinitas, que suelen ser muy buenas criadas; pero lo había prometido. Sólo tomé los animales necesarios para el regreso de mi división a Valdivia. Los demás, fueron entregados al cacique. Con todo, como acostumbra, al desaparecer al otro día, se llevaron los indios que me habían acompañado, muchas mujeres, niños y hacienda.

Propuse a los diez cazadores seguir mi división. Sólo dos aceptaron, los demás se volvieron al Malal de Venancio. Les hice distribuir tabaco, papel, cartuchos y otras frioleras.

Se fueron muy contentos.

Emprendí mi retirada hacia Valdivia, la que se verificó sin la menor novedad.

Mi corta compañía duró un mes, en la cual fueron mantenidos 600 hombres a costa de los indios rebeldes.

Todos los soldados venían provistos de mantas u otro tejidos hechos por los indios.

De esta manera se concluyó la montonera del norte de Valdivia y quedó abierta la comunicación con la provincia de Concepción, resultado importantísimo, porque ha sido duradero.

El cacique Malalican cumplió su palabra: Palacios fue entregado por él mismo en la plaza y fusilado.

El cirujano inglés Tomas Leighton, que acompañó mi división en esta corta campaña, escribió detalladamente un largo diario, relación que hizo imprimir.

No recuerdo el título de la obra en que le he leído¹¹³.

Me contentaré con decir que el cirujano Leighton, cuando escribió su carta, no tenía la menor experiencia acerca de estas guerras. Pudo en aquel entonces, haber sido lastimada su filantropía; pero hoy día, que como profesional, se ha establecido en el país y que ha adquirido la experiencia necesaria para emitir un juicio madurado largos años, y seguramente no escribiría de la misma manera en que lo hizo porque ha tenido ocasión de ver que la filantropía con estos salvajes es una candidez, por no decir una necedad. A pesar de todo, estaré con las posturas filantrópicas cuando no dañen la reputación ajena.

CAPÍTULO LVI

SOY LLAMADO AL MANDO DE MI DIVISIÓN A CONCEPCIÓN
POR EL GENERAL FREIRE Y A SANTIAGO POR EL GOBIERNO.
DESCONTENTO CONTRA LA ADMINISTRACIÓN O'HIGGINS

A los cinco días de mi llegada a la plaza, recibí una comunicación del general Freire, en la cual me ordenaba seguir con mi división hasta Concepción, pensando tal vez que su mensajero debía encontrarme en la tierra de los indios, sin duda, informado de mi expedición contra Boroa.

En su oficio, me anunciaba que la nación entera se había declarado contra la administración despótica del director O'Higgins. Que había creído de su deber secundarla con el ejército de su mando; que esperaba encontrar en mí la misma manera de pensar; que antes de emprender su marcha hacia la capital, esperaba mi encuentro; que pusiese en ella la mayor diligencia, y que me esperaba con ansias, etc.

Esta noticia me sorprendió sobremanera, y la orden del general Freire también, pues yo no estaba a sus órdenes. Resolví mantener reservada esta comunicación respecto de la división de mi mando hasta nuevos esclarecimientos.

El capitán Jiménez y el teniente Tupper, que se hallaban en mi cuarto, habían extrañado el sobre por no venir como de costumbre, y por mi sorpresa al leer dicho oficio. Me colmaron de preguntas acerca de su contenido. Les respondí de

¹¹³ Se trata del último capítulo del libro de John Miers, *Travels in Chile and La Plata* (Londres, 1826).

manera evasiva, diciéndoles que eran cosas del servicio y de las cuales serían instruidos a su tiempo. Terminadas las interrogaciones, se retiraron.

Me quedé muy pensativo.

Mi Teresita comprendió también que esta comunicación encerraba alguna novedad de importancia y me hizo también sus preguntas, manifestando tener alguna inquietud. La tranquilicé con la misma respuesta que di a los oficiales.

Llevaba tres días en esta alternativa cuando me anunciaron el arribo de la goleta de guerra nacional la *Moctezuma*, procedente de Valparaíso. Se presentó en la plaza su comandante, el señor Covarrubias, y me entregó el pliego del gobierno en que me ordenaba marchar a Valparaíso con la división de mi mando, sirviéndome de los buques de guerra la *Independencia*, la goleta y los demás del Estado que se encontraban en el puerto. Venía también una carta particular del director O'Higgins, en la cual me daba algunos detalles relativos a su posición y me recomendaba diligencias para llegar lo más pronto posible a Valparaíso.

También me daba las gracias personalmente y en nombre de la patria, por mis operaciones. Aprobada como justos mis actos referentes a los sargentos y lo mismo de la no expedición a Chiloé, aceptando la negativa del comandante de Marina por haber estimado la estación demasiado avanzada para semejante empresa. Aprobada, en una palabra, todo lo hecho.

Desde que conocí el estado del país por la comunicación de O'Higgins y el descontento contra su administración por el despacho del general Freire, mi situación se hizo algo crítica: me era preciso, pues, tomar un partido.

Mandé llamar al señor Covarrubias para saber su opinión sobre el estado del país. Se presentó. Le pregunté, rogándole decirme amigablemente, lo que pensaba del estado del país. El señor Covarrubias me respondió:

“Si Ud. quiere, le hablaré con franqueza: a pesar de que el gobierno se ha servido de mí como persona segura, estando interesado por mis relaciones y empleo en su duración, veo su causa juzgada y perdida. Todas las provincias están en agitación: Coquimbo, Aconcagua, Concepción. El general Freire ha marchado hacia la capital con el ejército de su mando para sostener el movimiento hecho en ella. Ahora, señor Coronel, tomará Ud. el partido que juzgue más conveniente a su posición. Su división hubiera sido de mucho peso un mes atrás; pero ahora me parece que llegaría tarde”.

Esto fue, poco más o menos, lo que me manifestó el señor Covarrubias de la goleta.

Al instante, hice reunir la Municipalidad y todos los oficiales de la división. Hecho esto, me presenté con los oficios del gobierno y del general Freire. Se les dio lectura en cabildo abierto en presencia de todos los concurrentes. Concluida la lectura, como Gobernador, tomé la palabra: hablé sobre los deberes militares que, sin duda alguna, eran el obediencia pasiva al gobierno constituido. Pero si la nación entera se había declarado en contra, reconociendo nulidad, tiranía, ilegitimidad, cualesquiera que fueran las razones, me parecía cometer grave

imprudencia el tratar de sostenerlo. Puesto que el general Freire con el ejército había tomado su partido y que la división de mi mando no era más que una fracción de dicho ejército, creía de mi deber unirme a él como me lo ordenaba en nombre de la nación en oficio que tenía a la vista.

En general, fue aprobada mi determinación, y puedo declarar por unanimidad de parte de la Municipalidad. Es justo decir que algunos oficiales de Guardia de Honor, en particular el comandante del piquete y también algunos del N° 7, se manifestaron tibiamente contrarios.

Todos los demás se pronunciaron entusiastamente por el general Freire.

Hice saber a todos que nadie sería molestado por sus opiniones; que el caso era demasiado delicado, o mejor dicho, lo creía de conciencia.

Expresé que no pensaba desgarnecer enteramente la plaza, que marcharía con el batallón provisional y que a la Guardia de Honor y al N° 7 confiaría la guarnición de Valdivia, determinación que agradó a todos.

CAPÍTULO LVII

PREPARATIVOS Y PARTIDA. LLEGADA A CONCEPCIÓN Y VALPARAÍSO.

VISITA A O'HIGGINS, QUIEN SE DIRIGE A PERÚ

Al día siguiente empecé mis preparativos de marcha.

Dispuse 400 hombres, 4 piezas de 4 de batalla, 30 artilleros a mando del capitán Arengreen, y todos los víveres correspondientes para un mes.

No esperaba más que la corbeta que estaba bloqueado en el puerto de Chiloé; su comandante estaba prevenido y la esperaba de un momento a otro.

A los dos días llegó el señor Wilkinson, comandante de la corbeta.

Le di a conocer el estado del país, las comunicaciones del gobierno y del general Freire y del partido que había tomado. Adhirió a todo. Las tropas fueron inmediatamente embarcadas¹¹⁴.

En 28 horas estuvimos en el puerto de Talcahuano.

El general Freire no se había movido aún, esperando mi llegada por tierra o mi contestación, pues no había regresado el mensajero que me había mandado por la tierra de los indios. A mi llegada a Talcahuano, oficié al general poniéndome con la división de mi mando a su disposición. Me contestó que me dirigiera a toda marcha para Concepción y tuvo la bondad de mandarme su coche para mi Teresita y doña Juanita Jiménez.

Bien entendido, estas damas no quisieron quedarse en Valdivia. Antes de entrar a Concepción encontré el ejército formado para recibirnos y el General a caballo. Hubo salvas de artillería, una magnífica comida y un baile en la noche.

¹¹⁴ En realidad, Beauchef dudaba de la participación de Wilkinson. A tal punto que durante la noche había reforzado todas las baterías del puerto con sus tropas para impedir la fuga del barco. R. Longueville Vowell, *Campañas y cruceros en el océano Pacífico* (Buenos Aires, Ed. Francisco de Aguirre, 1968).

La alegría fue grande. El General consideraba este refuerzo necesario, aunque estaba muy lejos de esperarlo con esta presencia y orden, pues la división era preciosa y respetable.

El general Freire, después de arreglar su plan, determinó embarcar la infantería y las cuatro piezas de batalla con su respectiva dotación. La caballería tuvo orden de marchar por tierra a las órdenes del señor coronel Salvador Puga.

Inmediatamente supimos que el señor director O'Higgins estaba en el puerto y había renunciado el mando sin necesidad de la fuerza armada y sin que se hubiera disparado un solo tiro. Al ver que la nación entera se había pronunciado tan enérgicamente contra su administración había abdicado al poder. El General fue informado de que el ex Director tenía una guardia de 150 hombres del batallón de la Guardia de Honor. En aquel entonces se me ordenó desembarcar 100 granaderos de mi división para relevarlos y marchar con ellos a cumplir esta misión muy penosa. Después de relevada la guardia, fui inmediatamente a saludar al general O'Higgins, que acababa de comer, brindándome con una copa de vino, dándome las gracias por el partido que había tomado.

"Mi amigo -dijo-, si Ud. hubiese cumplido con las órdenes que le había comunicado, me encontraría hoy día en muy falsa posición, pues había habido que batirse y empezar una guerra civil que me hubiera reprochado toda mi vida. De modo que me regocijo por haber tomado el buen partido".

A pocos momentos me preguntó el general O'Higgins si tenía algunas órdenes particulares del general Freire relativa a su persona. Le declaré que absolutamente ninguna.

"Entonces, ¿quiere acompañarme? -me dijo-, voy a hacerle una visita".

Me quedé sorprendido; no podía contrariarlo; montamos a caballo. Lo acompañó también el señor Centeno, gobernador de Valparaíso, en donde estaba alojado, y un oficial más. Marchamos al Almendral donde el general Freire había acampado su ejército. Me mandó el general O'Higgins a anunciar su visita al general Freire, quien lo recibió en su tienda de campaña.

Después de cambiar saludos, el general O'Higgins pareció querer entrar en explicaciones; pero se le contestó que no se acordara del pasado sino para olvidarlo. Enseguida, la conversación se hizo general y versó sobre cosas indiferentes.

A media hora se retiró el general O'Higgins y no tardó en embarcarse para el Perú.

CAPÍTULO LVIII

EL GENERAL FREIRE SE DIRIGE A LA CAPITAL

El general Freire marchó en dirección a la capital con el ejército, donde fue recibido magníficamente como libertador, exceptuando naturalmente algunos partidarios del ex director O'Higgins. Pronto fue elegido Director Supremo. El General se vio obligado a aceptar este pesado cargo, a pesar de sus protestas anteriores en que había prometido secundar a la nación con su ejército; pero jamás

recibir premio ninguno ni mando. Ahora sabría el General si sus amigos que tanto le rogaron para que admitiera el cargo tenían razón, o los muy pocos que le aconsejaban lo contrario. Yo estaba en este número, pues no aspiraba a nada más que a su gloria. Sólo estaba agradecido por la protección que se había dignado concederme anteriormente.

CAPÍTULO LIX

EL DIRECTOR SUPREMO FREIRE DESPACHA UNA DIVISIÓN AL MANDO DEL GENERAL BENAVENTE PARA AUXILIAR AL GOBIERNO DE SANTA CRUZ

A los pocos meses, el señor director supremo Freire organizó una división de dos mil y tantos hombres para auxiliar a la de Santa Cruz, que ocupaba el Alto Perú. Se componía de 500 hombres de caballería al mando del coronel Rondizzoni¹¹⁵ y las tropas del N° 8, bajo mi mando. Con sargentos, cabos y algunos reclutas de base. Los coroneles Aldunate y Sánchez estaban destinados a organizar dos batallones en Perú. El general Benavente fue nombrado comandante de esta preciosa división que zarpó de Valparaíso a mediados del año 1823 con destino al puerto de Arica, donde desembarcó con felicidad.

Las órdenes recibidas por el general Benavente eran de unirse al general Santa Cruz y obrar de acuerdo con él en contra del ejército español. Por desgracia, la expedición no llegó a tiempo. Había sido derrotado el general Santa Cruz y lo encontramos en Arica con los restos de su ejército. Recibimos órdenes de acampar cerca del pueblo. Allí permanecimos un mes que empleamos en disciplinar a los reclutas que llevaban los diferentes cuerpos. Tuvimos la felicidad de no tener enfermos, pues esta costa es muy malsana por lo ardiente del clima, donde reinan las tercianas, espantosa enfermedad, muy temible para los que no están acostumbrados a esa temperatura. Muy luego, o mejor dicho, al mes nos fue anunciada la proximidad del ejército español mandado por el general Valdés.

Su fuerza, según se decía, era de 3 mil y más hombres y que su vanguardia y ocupaba Tacna, a 12 leguas de Arica. El general Santa Cruz formó un Consejo de Guerra compuesto de los diferentes jefes de ambos ejércitos para deliberar sobre el partido que se debía tomar. Fui citado, pero me excusé de asistir. La voz de consejo me parece desagradable en estos casos. Por supuesto, el resultado fue el de embarcarse y marchar a la isla de San Lorenzo, permanecer y servir de mediadores en la contienda político-suicida entre el general Bolívar y el presidente de Perú general Riva Agüero; y esperar allí la reunión del general Pinto, primer jefe de la división.

El general Benavente fue obligado a matar toda la caballada por la imposibilidad de embarcarla, lo que fue una gran pérdida para la división y para Chile. Los caballos eran magníficos y de los mejores que se habían visto en el ejército,

¹¹⁵ José Rondizzoni (1788-1866), capitán italiano del ejército de Napoleón entre 1807 y 1815, sirviendo en Austria, España, Rusia y Sajonia, Llega con Carrera a Buenos Aires en 1817, pasa a Chile donde llega a ser general en 1854.

En fin, fuimos embarcados en nuestros mismos transportes. La fragata de 44, la *Prueba*, al mando del almirante Guisse¹¹⁶ escoltaba el convoy. A los dos días, nos encontramos en el mar con la goleta la *Moctezuma*, en la cual estaba el general Pinto, procedente de Pisco. El General pasó a bordo de la *Prueba*.

CAPÍTULO LX
REGRESO DE LA DIVISIÓN

Luego se dieron señales a los transportes de mudar el rumbo y dirigirse a la costa de Chile.

El general Benavente pasó a bordo de la fragata para celebrar una conferencia con el general Pinto. A los pocos momentos, estos jefes pasaron a bordo de sus respectivos buques.

El almirante Guisse siguió rumbo al Callao.

La división recibió las órdenes de los puntos donde debían dirigirse los diferentes cuerpos: los N^{os} 7 y 8 a Coquimbo y el cuerpo de caballería a Valparaíso. Los coroneles Aldunate y Sánchez, que se hallaban en sus transportes distantes del convoy, no alcanzaron a ver ni oír las señales y siguieron hasta el punto de reunión.

Así tan tristemente fueron desvanecidas todas las quimeras de glorias que nos habíamos forjado a nuestra salida de Chile.

Cada buque, por sí, siguió su destino con el agua que tenía, pues no habíamos podido proveernos, porque los españoles ocupaban todos los puntos de la costa. Cinco compañías de mi cuerpo estaban a bordo de la fragata la *Paz*, la de granaderos, al mando de su capitán Tupper, se encontraba a bordo de un bergantín.

El capitán del buque me dio parte de la poca agua que tenía a bordo.

Entonces resolví poner la gente a ración de una botella al día por cada hombre, desde coronel y oficiales, todos lo mismo. Y valió la pena, pues demoramos 39 días en llegar al puerto de Coquimbo. ¡Cosa extraordinaria! Los vientos nos fueron constantemente contrarios. El buque era de escaso andar, muy pesado y también mal comandado; de modo que tuvimos una penosísima navegación. Los víveres para la tropa consistían en charqui apollado y galleta y una botella de agua cada 24 horas. Sin más alivio, tuve la desgracia de que se muriesen varios reclutas que no estaban acostumbrados al mar y a tan grandes privaciones. Es increíble lo que sufrió la gente por la escasez de agua. Pero los soldados veteranos soportaban estas miserias con heroicidad admirable.

Al fin, llegamos al puerto.

Antes de entrar, encontramos la goleta *Moctezuma* que nos causó un gran susto, pues todos creímos que era el corsario *General Quintanilla* que cruzaba esperándonos. Pronto fuimos desengañados.

Nos abordó y nos remitió algunos víveres frescos.

¹¹⁶ Jorge Martín Guisse, oficial de la marina inglesa, dirige las fuerzas navales del Perú como almirante en 1824 y muere en el combate de Las Cruces en 1828.

Nos informaron del combate que acababa de tener con el citado corsario y de los apuros en que se habían visto. Éste montaba 22 cañones y tenía 80 y tantos hombres decididos. También ganaba a la goleta en marcha y ligereza. El combate fue inevitable; apenas ésta tuvo tiempo de despejar su cubierta, ocupada por algunos caballos del general Pinto y varios otros objetos, cuando el corsario estaba encima cañoneándola. La goleta tenía una sola pieza de 18 giratoria. Sin duda, con la prisa, fue mal cargada; el oído se encontró tapado. El corsario se acercaba a cada instante más y más. El capitán Winter, que la comandaba, había preguntado varias veces al general Pinto si arriaba la bandera. El General le contestaba que no tenía nada que ver en esto, ya que él era pasajero y nada más, y que sólo el capitán era responsable de su buque.

El bravo teniente Oxley, norteamericano, no quería arriarla y estaba constantemente ocupado en destapar el malhadado oído con una sangre fría admirable, en medio de una granizada de balas y metralla. Ya el corsario se disponía a saltar al abordaje, cuando el bravo teniente logró destapar la pieza que había cargado hasta la boca con cuanto había encontrado. El tiro fue tan bien dirigido e hizo tal estrago a bordo del corsario, que al instante renunció a su empresa.

Se separaron ambos bastantes maltratados.

Sin duda, se debió la salvación del buque al general Pinto y al teniente Oxley.

Al desembarcar, los soldados se arrojaban a los esteros como si éstos se fueran a secar. La privación de agua había sido tan grande que se hacía insufrible para todos. Supieron soportarla sin una queja ni el menor rasgo de insubordinación.

El soldado chileno es bravo, robusto, sobrio y subordinado.

Creo que no puede haberlos mejores en el mundo.

Es verdad que un hombre puede resistir a bordo con una botella de agua; pero cuando hay un exceso numérico que ocasiona un calor insufrible que excita la sed se padece mucho.

Éramos más de 600 hombres a bordo de la fragata.

Al día siguiente, marchamos a La Serena, ciudad principal de la provincia, donde fueron acuarteladas las tropas. El N^o 7 fue más feliz que nosotros, pues hacía 15 días que había llegado.

El general Pinto había hecho aprontar bastantes víveres frescos. Muy luego fueron olvidadas las penas del viaje y tuvimos la suerte de no tener enfermos. Permanecimos 15 días en La Serena y lo pasamos perfectamente en medio de los virtuosos y muy cariñosos habitantes de aquella feliz provincia.

CAPÍTULO LXI
LAS TROPAS SE EMBARCAN PARA TALCAHUANO Y SE PREPARA
UNA EXPEDICIÓN AL ARCHIPIÉLAGO DE CHILOÉ

El General hizo ajustar y pagar a los dos cuerpos. Después nos hizo notificar de que en breve tendríamos que embarcarnos para seguir a Talcahuano, debido a que el señor director Freire había resuelto la expedición contra el archipiélago

de Chiloé y que él, en persona, iba a mandar la expedición. Al efecto, se ordenó una revista prolija de los dos cuerpos que el General encontró a su satisfacción.

Nos cumplimentó sobre el buen estado de las tropas, y recibimos la orden de embarcarnos a los dos días para nuestro nuevo destino. A los 12 días llegamos a Talcahuano y desembarcamos en la isla Quiriquina donde ya había llegado el señor director Freire con el mayor general don Luis de la Cruz con una parte de las tropas expedicionarias. Estuvimos allí cerca de un mes dedicados a los preparativos y reunión de las tropas. Este tiempo se empleó en la instrucción de los diferente cuerpos.

Reunidas todas las tropas, el general Freire les pasó revista.

La expedición se componía del batallón de la Guardia de Honor, el N° 1, 7° y 8°, el Escuadrón de Escolta formado por tres mil y tantos hombres. En cuanto el señor General las hubo inspeccionado, tuvimos la orden de estar preparados para embarcarnos, pues no había tiempo que perder. La estación se hallaba muy avanzada y estábamos a fines de marzo. Los buques, listos para salir. La escuadra se componía de la fragata *Lautaro*, la corbeta *Independencia*, la *Chacabuco* y *Voltaire*, el bergantín *Araucano* y cuatro transportes, los cuales recibieron a su bordo este pequeño ejército.

El general Freire me había preguntado antes de embarcarnos cuál era el plan que había formado después de la pacificación de las tropas alzadas de Valdivia, cuando estaban embarcadas para atacar el archipiélago. Contesté al General que mi plan no era otro que el de entrar directamente en el fondeadero de San Carlos. Que sabía positivamente que el general Quintanilla, en la estación avanzada licenciaba para el interior todas sus tropas, y debía haberlo hecho ya, porque estábamos en el mes de abril, no pudiendo mantenerlas en la ciudad y puerto de San Carlos; que sólo se reservaba algunas tropas para el servicio y que antes que pudiera reunir las, tenía yo tiempo sobrado para apoderarme de todos los recursos; que sólo el castillo de Agüi era temible. Pero que aprovechándose de un buen viento podía causar poco daño. En todo caso, pensaba entrar con bandera española. Por otra parte, el general Quintanilla, por la estación avanzada y por la sublevación de las tropas de Valdivia, no estaba en el caso de creer que la república pudiese por ese entonces expedicionar sobre el Archipiélago.

Al contrario, él se hallaba en estado de invadir la colonia de Osorno, Los Llanos, Valdivia, etc.

CAPÍTULO LXII

PRIMERA EXPEDICIÓN AL ARCHIPIÉLAGO DE CHILOÉ¹¹⁷

El general Freire reunió a sus jefes en junta de guerra. Y se acordó que encontrándose seis buques del convoy reunidos a la entrada del puerto y con viento favo-

¹¹⁷ Sobre las expediciones a Chiloé, ver: J. Ballesteros, *Historia de la revolución y guerra de la independencia del Perú desde 1818 hasta 1826* (Santiago, Biblioteca Nacional, Colección de Historiadores

rable, se entraría discretamente en él y se soportaría el fuego de los castillos Corona y Agüi, etc.

Fuimos embarcados el mismo día.

A los 9 días de navegación nos encontramos 7 u 8 buques del convoy a la entrada del puerto.

Soplaba un viento fresco y favorable.

El tiempo estaba claro y hermoso; los buques hacían de 6 a 7 millas y entraban a toda vela. Los enemigos tiraban algunos cañonazos de la costa del norte, pero no alcanzaban las balas. El general Quintanilla miraba con la mayor sorpresa y desprevención desde lo alto de San Carlos entrar la expedición, y expresó a un capitán de buque inglés¹¹⁸:

“Señor mío, he dejado de ser Gobernador de Chiloé. Estoy enteramente sorprendido. ¡Quién hubiera podido imaginar esto en este tiempo!”

Efectivamente estábamos a 3 de abril. La costa aquí es inabordable muchas veces en estación menos avanzada.

El tiempo nos había favorecido en demasía.

Es verdad que todo lo referido de la situación del general Quintanilla se ignoraba a la sazón. Sólo se supo después por el capitán inglés y más tarde por el mismo General.

Al entrar los buques, las tropas expedicionarias estaban con la mayor alegría y place. El ruido del cañón las animaba y contestaban con vivas a la patria y al general Freire.

Cuando al acercarnos a la fortaleza de Agüi, vimos la fragata *Lautaro*, que nos precedía y que transportaba al General, desviar la fortaleza y poner rumbo hacia los canales del interior, en ese momento cesó la alegría.

Por mi parte, no concebía esta maniobra después de lo que se había acordado.

Me vino al instante a la imaginación la idea de que el General había ocultado su plan al ejército y a sus jefes. Todos seguimos las aguas de la fragata que fue a fondear a un lugar llamado Punguñón; los demás hicieron lo mismo.

Al momento, fue llamado el mayor general de la Cruz para designar un jefe para intimar rendición al general Quintanilla o, mejor dicho, para darle lugar a prepararse. Fue nombrado al efecto el teniente coronel don Pedro Godoy, que empleó dos o tres días en esta negociación, los cuales permanecemos en dicho Punguñón.

En este intervalo apareció en el puerto el corsario *Quintanilla*.

El bergantín le dio caza, pero sin resultado. La corbeta *Voltaire* quiso salir, pero se varó y se perdió. Sin embargo, nadie pereció, porque la gente estaba en tierra.

y Documentos Relativos a la Independencia de Chile, 1949), tomo xxxiv; D. Montiel, R. Urbina, *Los Chilotes, defensores del Rey (1812-1826)* y J. Ulloa, *Memorias de una epopeya: la guerra de anexión de Chiloé (1813-1826)*, impresos de material educativo, Archivo Chiloé de Castro, 1998; Patrick Puigmal, “El toque francés de la toma del archipiélago”, en *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 18, 2004.

¹¹⁸ El capitán Ferguson de la corbeta *Mersey*.

El lugar en donde estábamos fondeados no podía ser peor, pues las corrientes eran de 6 a 7 millas por hora.

Volvió el parlamentario. Fue recibido por el jefe español como lo habíamos esperado; con arrogancia y altivez por el General enemigo. Entonces había tenido todo el tiempo necesario para recibirnos por cualquier punto amenazado. Todos eran inatacables y lo sabía demasiado.

En tal caso, el general Freire resolvió entrar en posesión del puerto y fuerte de Chacao y poner los buques al abrigo mientras operaba. Fui encargado de esta pequeña expedición con el batallón de mi mando, el que fue desembarcado al efecto. Marché al momento sobre dicho fuerte. Sus piezas de 23 batían el camino por donde debíamos pasar y tuve la suerte de no perder un solo hombre en esta empresa, pues al aproximarse las tropas que lo cubrían se retiraron sin resistencia. No tuve que sufrir más que el fuego de las baterías al pasar mi tropa en frente de ellos por el lado de tierra.

Dueño del castillo, el general Freire se dirigió con todos los buques al fondeadero donde se hallaran con toda seguridad.

Como he dicho, el general Quintanilla no admitió ninguna proposición del general Freire y se remitió a la suerte de las armas, situación muy amarga para éste, ya que se veía obligado a combatir a sus compatriotas chilenos por los caprichos de un español, para quien todo esperanza estaba cerrada, pues era el único punto de toda la América ocupado por las armas del rey de España. Además, casi todas las tropas que defendían el archipiélago eran indígena. ¡Quién sabe si el general Freire, impulsado por estas ideas de nacionalidad y humanidad, había variado su plan para evitar la efusión de sangre chilena y la destrucción de San Carlos al ser tomado por asalto! Más, Quintanilla, que no tenía los mismos sentimientos, aprovechó la oportunidad, importándole poco que se derramara sangre chilena.

En fin, Quintanilla tuvo todo el tiempo necesario para reunir sus tropas y nos esperó tranquilamente.

Sabía demasiado bien que todos los puntos por los cuales podíamos llevar un ataque, eran, por su formación natural, inatacables sin necesidad del arte, pues la naturaleza ha hecho todo para la defensa el Archipiélago. Ahora decía al mismo capitán inglés:

“Estos son míos. Apenas podrá escapar algún buque para llevar al gobierno insurgente la noticia de ruina, ya que todo el ejército ha de quedar prisionero por poco que se demoren sin necesidad de combates, porque los solos elementos los han de poner en el caso de pedir ellos mismos que los admita prisioneros”.

Al día siguiente de la ocupación del fuerte y puerto de Chacao por el ejército patriota, me mandó llamar el General para me hiciera cargo de una división compuesta de los batallones N° 7 y 8 y la Compañía de Granaderos del N° 1.

Mis instrucciones eran que con estas fuerzas debía marchar al punto de Dalcahue, distante 20 leguas del fuerte de Chacao, siguiendo el canal, efectuar un

desembarco en dicho lugar, aunque encontrara resistencia; atravesar la montaña y poner mi división a caballo en el camino de San Carlos de Castro, pueblo de importancia después de aquél y a una distancia de 20 leguas.

El General con el resto del ejército atacaría por el punto de Pudeto.

El objeto principal de mi división era evitar que Quintanilla, al verse vencido, pudiera alcanzar el interior.

Mi misión era sencilla.

Se reunió la división y se embarcó en el acto en dos buques, la corbeta *Chacabuco* y un transporte. El comandante de dicha corbeta era chilote, muy práctico del lugar en estos peligrosos canales.

Llegados los buques a la mitad del camino, el comandante divisó con su antejo una especie de bandera blanca que se movía a la orilla del canal y al pie de la montaña.

Nos aproximamos y vimos un hombre que hacía señas con un pañuelo.

Ordené al capitán que hiciera armar un bote y que fueran a averiguar lo que aquello quería decir.

Volvió el bote con un oficial chileno, remitido prisionero a Perú, y que, más feliz que sus compañeros, había logrado escaparse.

Tan luego como fue reconocido por varios de sus compañeros que formaba en mi división, me pidió una colocación, la que le fue concedida.

Al día siguiente, muy temprano, llegamos al lugar de Dalcahue¹¹⁹.

Inmediatamente ordené el desembarco.

Algunas partidas enemigas se presentaron y cambiaron algunos tiros. Al avanzar, mis tropas se echaron a correr sin más resistencia. Los habitantes habían abandonado sus casas al momento.

Di órdenes muy severas a la tropa para que respetaran los trastos de estos infelices, que eran nuestros paisanos, engañados desgraciadamente, y que no debíamos tratarlos como enemigos, sino atraerlos con cariño y buen trato. Mis órdenes se ejecutaron puntualmente y fueron respetadas las habitaciones.

Sólo una mujer vino a quejarse que le habían robado no sé qué trasto.

Le di una onza de oro.

La pobre no las había visto ni tenido jamás; con todo, conocía su valor, así es que su disgusto se trocó en alegría.

Corrió a buscar a su marido, que se me ofreció para guiarme al lugar que había que ocupar y lo admití gustoso, porque no había otro más que el comandante Gadamar de la corbeta. Mandé formar la división; pasé una revista prolija del armamento que encontré en buen estado. Se distribuyeron cincuenta tiros para cada plaza. Formé la vanguardia de la compañía de Granaderos N° 1 al mando del capitán Tupper. Al centro, el Batallón N° 8, y el 7 a la retaguardia. Fueron cargadas las armas con precaución; y rompimos la marcha en este orden por estas inmensas montañas.

¹¹⁹ Cabe señalar que, a la altura de Quemchi, exactamente en Huite, también ocurrió un intercambio de balas con la población, lo que indica el sentimiento profundamente antiindependista de los habitantes de la isla.

Precedían ocho hombres a la vanguardia con la orden de no perderla de vista; pues en semejantes desfiladeros es imprudente aventurar hombres que a cada paso pueden ser atajados.

El camino que seguimos era un sendero en que no cabían dos hombres de frente; en muchas partes estábamos obligados a desfilar de a uno. Debía caminar seis leguas para situarme en el camino de San Carlos a Castro. Ya habíamos caminado cinco sin la menor novedad. El bravo capitán Tupper que marchaba a mi lado, se quejaba mucho de no encontrar ningún enemigo. Que no habría glorias que ganar y que la división a mi mando le tocaba un papel muy triste. Contestaba al capitán que no se impacientara, porque todavía quedaba tiempo.

Tenía el presentimiento de que al general Freire le costaría mucho atacar al enemigo, porque su ejército estaba separado de aquél por el río Pudeto y las partes transitables en la margen opuesta defendidas por varias baterías. Consideraba aquellos puntos inatacables por una serie de dificultades inútiles de explicar aquí y observando de cerca nuestros movimientos, a Quintanilla le era fácil acudir a cualquier punto amenazado por las tropas patriotas.

CAPÍTULO LXII

SORPRESA DE MECOPULLI.

VICTORIA CONSEGUIDA A COSTO DE MUCHAS VIDAS Y PÉRDIDA DE ARMAS Y MUNICIONES.

INDECIBLES SUFRIMIENTOS DE LOS HERIDOS EN TRÁNSITO EN LA OSCURIDAD DE LA NOCHE POR ESAS ESPESAS MONTAÑAS PISANDO AGUA, BARRO, RAÍCES Y ARMAS

Yo esperaba a cada paso encontrar una emboscada.

Estaba en esta persuasión con el capitán Tupper, cuando llegamos a un pequeño displayado, muy lleno de agua.

En buenas cuentas, era un charco con partes secas. Aproveché esta pampita para reunir mi división que venía algo desparramada desde la montaña por lo escabroso del camino y la angostura del sendero.

Mandé hacer alto a la vanguardia en uno de los lugares secos y escoger un terreno para reunir los batallones N° 7 y 8. Mientras se reunían, se hizo tocar la música del N° 8; luego siguió la del 7.

Su efecto era maravilloso en estas inmensas montañas por lo sonoro del eco.

El tiempo esta hermosísimo.

Fue un momento de general alegría. La división estaba reunida y permanecemos así como tres cuartos de hora.

Sería la una del día cuando mandé romper la marcha.

No debo omitir que el guía Cárcamo me avisó que había otro camino que cortaba la montaña, con menos agua que la que teníamos al frente; pero muy malo y lleno de barro.

Como estábamos todos mojados seguimos derecho, pues era más fácil. Ya había prevenido a los jefes que esperaba encontrar una emboscada antes de llegar a la posición que debía ocupar.

No me parecía probable que Quintanilla, que había visto el movimiento de mi división, se dejara tomar el único camino del interior. Si así sucedía, estaba dispuesto a lanzarme con los granaderos a la bayoneta sobre ellos, sin tirar un tiro, ya que en estos desfiladeros no había otra cosa que hacer, o sea, sostener mi movimiento con prontitud, siendo la rapidez y el valor lo único que nos podía asegurar el triunfo en semejante caso, obrando conforme a las circunstancias.

Había caminado unos 200 pasos cuando los ocho hombres que precedían a los granaderos hicieron alto.

El cabo mandó a uno de sus soldados a avisarme que habían visto dos o tres hombres como escondiéndose, ordené inmediatamente que fuesen tras ellos y los reconociesen.

Previne al capitán Tupper que se aprestase y que creía que se iban a realizar sus deseos de combatir. Apenas los ocho hombres habían avanzado algunos pasos, cuando una granizada de balas llovió sobre mi gente.

Estábamos en medio de la emboscada.

Frente a mí disparaba una pieza de artillería que nos tapaba de metralla. Estaba a la cabeza de la división del capitán Tupper. Mandé calar la bayoneta, tocar a la carga y nos precipitamos como un rayo sobre los enemigos que teníamos al frente, los que resistieron a nuestro ímpetu, por hallarse metidos en unas cuevas protegidas por peñascos elevados y la montaña a las espaldas, de modo que no podían retroceder y sin eso no hubiesen resistido un ataque tan brusco y resuelto.

Varios de mis soldados se había agarrado cuerpo a cuerpo con los enemigos cuando oí gritar a uno de mis granaderos:

“Lo matan mi Coronel”.

Se precipitó delante mí y me cubrió con su cuerpo.

El golpe que me esta destinado lo recibió en la cara atravesándosela un bayonetazo.

A pesar de todo, este bravo agarró el fusil del enemigo, saltó atrás y lo atravesó de un balazo.

El capitán Tupper, que estaba a mi izquierda, recibió un bayonetazo en la pierna derecha y al mismo tiempo un balazo en el costado que le agujereó la ropa y le rasguñó la piel.

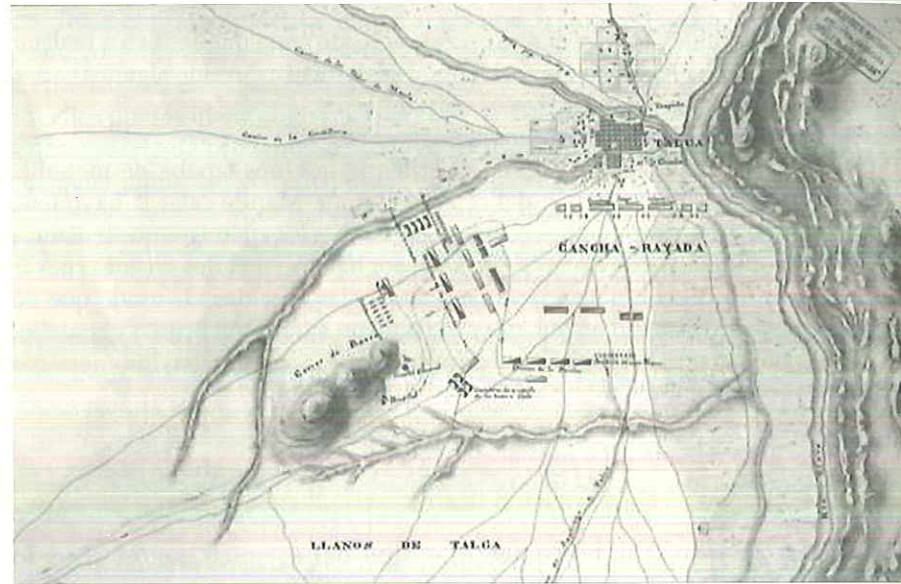
Nos mantuvimos firmes en medio de un fuego horrible que nos abrasaba por los dos flancos y el frente.

Los granaderos contestaban con sangre fría y valor admirables, pues estaban obligados a buscar a sus enemigos entre los árboles y el monte.

Un soldado enemigo cayó a mis pies con un ruido extraordinario. Estaba arriba de un árbol; lo divisó un granadero que lo tiró al suelo de un certero balazo.

Venían sucesivamente las compañías del Batallón N° 8. La primera que llegó fue la 4° al mando del bravo y desgraciado capitán Yorcín¹²⁰. Lo mandé que atacase la emboscada que batió mi derecha.

¹²⁰ Santiago Yorcín Muñoz (1788-1824), subteniente en 1818, teniente en 1819 y capitán en 1823.



Plano batalla de Cancha Rayada (1818), Alberto Bacler d'Albe. En www.memoriachilena.cl

Al momento de encaminarse, recibió un balazo en la frente y cayó muerto en el lugar.

Seguí en su reemplazo el capitán Bascuñán¹²¹.

Le di la misma orden cuando recibió un balazo en el muslo y cayó de espaldas. Los tenientes de ambas compañías tuvieron la misma suerte y, sucesivamente, todas las compañías de dicho batallón, que venían a porfía a auxiliar a sus compañeros y a su Coronel.

Varias veces me había caído en estos lodazales llenos de raíces, animando a los soldados.

Los enemigos gritaban a los suyos que apuntaran al de las charreteras.

Otras veces decían al Coronel.

Todo se oía perfectamente, porque la distancia que nos separaba no era superior a 40 pasos.

Después de más de hora y media de un combate muy sangriento en el cual perdí mucha gente, a pesar de mis esfuerzos y del peligro inminente a que me exponía, no pude desalojar a los enemigos de su ventajosa posición.

Di orden a mis tropas de replegarse hacia el N° 7 y ver si se atrevían a salir de su emboscada para perseguirnos y atraerlos a la pampita; pero no se movieron.

Al volver atrás, vi el estrago que había sufrido mi división, en particular el N° 8.

Al pasar, mis pobres soldados me suplicaron que no los abandonara, pues me creían en retirada. No habiendo salido los enemigos, ordené al mayor Rosas que reuniera los restos del N° 8.

Me dijo que estaba herido.

Efectivamente, tenía la casaca rota cerca del hombro. Entonces di la orden al capitán Tupper que reuniera a todos los soldados disponibles, tanto del N° 8 como de las compañías de Granaderos.

A pesar de estar herido, el capitán Tupper se mantenía firme y cumplió al momento mis órdenes. Pasé inmediatamente al Batallón N° 7, que estaba formado en columna cerrada. Me dirigí a su Coronel mientras se reunían las demás tropas.

Hice una corta exhortación a los soldados para marchar otra vez al ataque.

Luego me dijo el Coronel que viéndome luchar con tantas dificultades, había mandado dos compañías de su cuerpo a socorrerme. Una, por el camino de la montaña, a mi izquierda y la otra, a mi derecha. Los oficiales habían cumplido mal con sus órdenes, pues ambos habían vuelto a incorporarse, diciendo, uno, que el mucho barro lo había atajado, y el otro, la mucho agua. Contesté al Coronel que en este momento no había tiempo para explicaciones y que íbamos otra vez a la carga.

Mandé tocar la música y tambores; pero noté una marcada vacilación. El campo, sembrado de muertos y heridos había hecho una fatal impresión en la tropa.

¹²¹ José Joaquín Bascuñán Fariñas (1799-1869), cadete de la escuela militar en 1817, capitán en 1827 y diputado en 1867.

Algunos soldados disparaban desde el centro de la columna en la cual divisé unas ondulaciones de muy mal presagio: avanzaba dos pasos y retrocedía tres.

Me dirigí al Coronel que estaba algo turbado, sin duda, al ver la excitación de su Batallón en caso semejante. A continuación me dijo que pensaba que el enemigo nos iba a cortar la retirada. Que si me parecía bien, iría con su Batallón a cuidar el desfiladero que teníamos a la espalda. Contesté al Coronel que, no pudiendo hacer nada con su cuerpo, fuese adonde quisiera, que yo iba a atacar con mis soldados y marché.

El capitán Tupper ya tenía reunidos todos los soldados disponibles del N° 8 y del N° 1. El N° 7 había dado media vuelta y marchaba hacia atrás a largos trancos; al llegar a la pequeña columna del capitán Tupper, estos soldados que miraban al N° 7, me dijeron espontáneamente:

“Coronel, el N° 7 se va”.

Les contesté que tenía mis órdenes, que no tuvieran cuidado y que yo estaba con ellos.

Respondieron con, ¡Viva la Patria!

En todo este intervalo, los tiradores seguían con fuego vivísimo con los enemigos, Pero cuando estos vieron marchar atrás la columna de reserva, hicieron salir unos 300 lanceros que se dirigían a mi izquierda para separar mi fuerza de la reserva.

Al instante, conocí su intención. Mandé flanquear la columna por la izquierda y a paso de carrera me apoyé en la montaña. Esta caballería bisoña se había desordenado. Ordené calar bayonetas tan oportunamente que varios jinetes se tiraron al suelo heridos y los demás dieron media vuelta.

Hice entonces tocar a la carga y nos precipitamos otra vez tras ellos.

Muchos, en el desorden, abandonaron sus caballos para escapar a la montaña, pues no podían de golpe y porrazo pasar el sendero de donde habían salido y en donde estaba situada la pieza de artillería.

La infantería enemiga, asustada por nuestra audacia y, sobre todo, por la constancia y valor de las tropas patriotas, abandonó su posición y fue completa la derrota.

Un granadero del N° 8 fue el primero que se apoderó de la pieza de artillería.

Este bravo recibió un balazo en el medio del pecho que le tiró un artillero enemigo antes de abandonar su pieza. Llegando sobre la altura, lo primero que se presentó a mi vista fue este soldado que le estaba saliendo sangre por boca, sentado al pie del cañón y apoyado sobre su fusil.

Hice un movimiento de sorpresa y de dolor al verlo en este estado.

Me sonrió:

“Mi Coronel —me dijo—, mi muerte no es nada, isomos vencedores!”.

Y me señaló al otro lado de la pieza, tendido y muerto, al artillero enemigo. Saco al mismo tiempo de su cartuchera un paquete de cartucho que le quedaba, quiso tender el brazo y cayó muerto con la misma sonrisa en los labios.

El sentimiento y la admiración me dejaron absorto un largo rato sin saber lo que pasaba a mi lado.

Yo quería mucho a este soldado por su valor, subordinación y sobre todo su gran decencia.

Los soldados conducidos por los oficiales cargaban a los dispersos con furia sin igual.

Mataron a muchos e hicieron varios prisioneros.

El teniente La Rosa¹²² fue el segundo que penetró en la posición enemiga. A los pocos momentos el capitán Rodríguez, que se distinguió mucho en la acción y que había perseguido al enemigo con su compañía, me mandó avisar que se hallaba en el camino de San Carlos a Castro. Que los enemigos se encontraban en total dispersión en la montaña y que le mandara órdenes. Éstas fueron que se reuniese con su compañía y que recogiese a los soldados dispersos de la división que encontrase en su tránsito. Consideraba inútil perseguir a los enemigos que huían individualmente por estos bosques en los que eran muy prácticos. Mandé, enseguida, tocar llamada para reunir las compañías y, al mismo tiempo, al Batallón N° 7, que tardó mucho en congregarse; lo que me incomodaba, porque los oficiales murmuraban en voz alta que el N° 7 había abandonado el campo de batalla.

Tuve que acallarlos, diciéndoles que este Batallón había obrado en conformidad a mis órdenes; pero, en mis adentros, no dejaba de desaprobear esta conducta por tener con su jefe algunas relaciones de amistad, porque había servido en el ejército francés y era italiano.

Reunida toda la fuerza que quedaba disponible, mandé tocar orden general para conocer la opinión de los jefes que me acompañaba y que eran: el coronel del N° 7, don José Rondizzoni, el teniente coronel de ingenieros don Alberto D'Albe, los mayores don Pedro Godoy, don Fernando Rosas y el cirujano don Juan Green, quien se condujo de manera ejemplar durante esta terrible acción, acudiendo en medio del fuego a socorrer a los heridos, prodigándoles todos los auxilios de su ciencia y sosteniendo la moral de los atemorizados.

Estos jefes respondieron unánimemente que no, a mi pregunta; si creían que con el resto de la división se podía seguir a San Carlos, era seguro; pero que lo probable era, caer en otra emboscada.

Añadió el cirujano mayor que había contado 14 heridos, 80 muertos, de los cuales 4 eran oficiales y además 10 heridos de ellos. Fueron llamados los capitanes: se les preguntó el estado de sus respectivas compañías. Contestaron que estaban enteramente deshechas, además de tener su armamento todo mojado; no tenían municiones y, aunque las hubiera, no había en cada compañía 10 fusiles en estado de hacer fuego.

Habíamos peleado con el agua hasta la rodilla.

Entonces se resolvió la retirada.

Por mi parte, estaba convencido que no había otro partido que tomar; pero en todo caso, tenía que poner mi responsabilidad a cubiertos.

¹²² Rafael de la Rosa Álvarez (1795-1852), teniente en 1817, capitán en 1822, teniente coronel en 1837.

Podíamos estar felices de haber conseguido derrotar a los enemigos¹²³ y estar en situación de poder retirarnos, después de habernos internado cinco leguas en estos inmensos bosques, sin auxilios de ninguna especie, y tener en cada habitante a un enemigo.

Di orden de quemar la cureña del cañón e internar la pieza en un lugar escondido del monte; romper todos los fusiles inútiles nuestros y los de los enemigos; reunir los caballos tomados a los españoles y distribuirlos a los heridos que no pudieran caminar.

Dadas las órdenes, fui a recorrer el campo de batalla, llamado la Ciénaga de Mocopulli.

Forma una herradura de caballo, rodeada de montes muy espesos.

Cuando hice descansar la tropa para reunir los batallones, estábamos ya casi en medio de la emboscada. Como se ha visto, no se movieron los enemigos; se mantuvieron quietos y en el más profundo silencio. Oyeron tocar la música de los cuerpos que ya consideraban suyos por la gran seguridad que tenían de vernos, por su fuerza numérica, su muy ventajosa posición y, por sobre todo, la sorpresa y el terror que pensaban infundirnos en el momento de atacarnos. Sin embargo, quedaron más sorprendidos que nosotros, por el arrojito con que nos precipitamos sobre ellos.

Estábamos penetrados de la seguridad de encontrar una emboscada antes de llegar al camino de San Carlos a Castro.

Hubiera sido una imprudencia muy grande e imperdonable de Quintanilla haber puesto dicha emboscada en el camino.

Entonces hubiera seguido a San Carlos sin temor de encontrar otra; y quizá con mi sola división me hubiera apoderado de San Carlos. Pero en la situación en que me hallaba era una impudencia que me habría costado muy caro, como lo supimos después por el mismo Quintanilla.

La prudencia me mandaba imperiosamente la retirada, pues no había apariencia alguna de que el general Freire hubiera atacado por el Pudeto. De seguro, algo se habría sabido por los prisioneros, que nos aseguraban que no había habido ataque. ¿Quién me respondía de que los enemigos, tan prácticos de estas montañas, después de su derrota se reuniesen para disputarme la retirada hasta los buques?

Por lo menos, es lo que debieron hacer y me habrían puesto en un gran conflicto; pero el terror que tenían de las tropas de la Patria no les permitió reflexión alguna.

Cada uno había huido por su cuenta.

¹²³ Según el código militar, quedándose con el campo de batalla, Beauchef es vencedor, pero la realidad es otra: con dos de sus tres cuerpos casi destruidos, la gran mayoría de sus oficiales muertos o heridos y sin armas en estado de funcionar, no le queda otra que retirarse lo que se puede también interpretar como una victoria de los chilotes. De hecho, así la presentan Ballesteros en sus memorias como varios historiadores chilotes, Felipe Montiel, director del Museo de Castro y José Ulloa.

Recorriendo el campo, que era horrible, conté 90 muertos y 144 heridos¹²⁴. Entre los muertos, el bravo capitán Yorsin, el teniente Peña y el alférez Gonzales¹²⁵. El teniente no había expirado aún; lo hice cargar en guando, lo mismo que a mi ayudante, mayor Uriondo, que tenía el muslo quebrado. Ambos murieron: el primero en la misma noche, y en Talcahuano el segundo. Además de estos cuatro muertos tenía otros diez heridos. De modo que eran 14 oficiales fuera de combate de los 21, comprendido yo, que tenía el cuerpo.

Como he dicho, no había más auxilio para levantar todos los hombres que los caballos quitados al enemigo, los que sirvieron para los más inutilizados.

La noche nos pilló en estas montañas tan espesas, llenas de agua, barro y tan oscuras, lo que hacía más indecible lo que padecían estos infelices heridos en algunas horas de marcha, casi sin poder avanzar para encontrar un lugar seco para pasar aquella esta noche fatal, que nunca se borrará de mi memoria. Después sentí no haberla pasado en la misma posición tomada a los enemigos; pero no se hizo por considerarla imprudente. Habíamos derrotado al enemigo y no sabíamos nada más.

En el silencio de esta noche fatal no se oía otra cosa que los gemidos de los heridos; pero ninguna queja.

Es imponderable el valor de los soldados chilenos, tanto en la acción como en los sufrimientos corporales, privaciones, etc., y sobre todo tan fuertes y sobrios.

Me hallaba sumergido en tan profundo dolor, encontrándome casi enajenado, de modo que no oí al coronel de ingenieros D'Albe, mi paisano, que no dejaba de alabar un momento en toda la noche mi fortuna por haber alcanzado a derrotar a los enemigos y no haber sido herido en 4 horas de un combate tan sangriento, en el cual, según decía, me había expuesto tanto y no había casi un soldado de su batallón y de los del Granaderos N° 1 que no estuvieran marcados con balas, si no en el cuerpo, en la ropa o en las armas.

Efectivamente, era así.

Enseguida, trataba de consolarme diciéndome que había recorrido completamente la posición del enemigo. Que sus pérdidas eran, por lo menos, iguales a las nuestras; lo que no me importaba mucho, porque sus pérdidas no me devolvían al bravo Yorsin, joven distinguido y de la más lisonjera esperanza; mi bravo ayudante Uriondo y 48 granaderos.

Parece que la muerte había escogido la flor; casi otros tantos del N° 1, los mayores, sargentos y cabos. ¡En fin, mi batallón completamente destrozado! Los resultados eran demasiado pequeños para poder consolarme de tan grandes pérdidas.

¹²⁴ Existe debate sobre las pérdidas patriotas: F. Montiel habla de 500 muertos lo que parece poco probable, siendo menos numerosos los soldados republicanos participando en esta batalla, y Tupper, él, habla de 320 hombres muertos y heridos. Tupper, *op. cit.*, p. 114. No obstante, cualquiera de esas cifras indica la destrucción casi total de los dos cuerpos involucrados.

¹²⁵ Gregorio Gonzales Roa, subteniente en 1823, muere en Mocopulli en 1824.

CAPÍTULO LXIV

RETIRADA DE DALCAHUE Y ESTABLECIMIENTO AL OTRO LADO DEL CANAL.
 CURACIÓN Y COLOCACIÓN DE LOS HERIDOS EN CASAS.
 PARTE AL GENERAL FREIRE DE LO OCURRIDO EN ACCIÓN DE MOCOPULLI.
 EL GENERAL ORDENA LA REUNIÓN DE ESTA DIVISIÓN CON EL EJÉRCITO

Al amanecer, mandé otra vez un oficial con una partida a registrar el campo de batalla y ver si encontraban otros heridos y llamar por la montaña a algunos soldados que se echaban de menos después de contar los muertos y heridos.

Dispuse la división para seguir la retirada.

Entretanto, llegó el oficial sin haber encontrado a nadie más en ese silencio de la muerte.

Nos pusimos en marcha en el mejor orden posible, con tantos heridos. Los restos de mi batallón iban a la cabeza. Tuvimos dos o tres alarmas de emboscadas en el trayecto de las cinco leguas.

Me llenaba de satisfacción la buena disposición de la tropa para abrirse paso. No había nadie más que unos campesinos dispersos que se encontraban en la montaña.

Llegamos temprano a Dalcahue.

En el acto hice embarcar la tropa, y para mayor seguridad me fui a establecer al otro lado del canal. Los heridos fueron curados y colocados en la mejor forma posible en unas casas, y pasaron aquella noche con tranquilidad. Al otro día, ordené la limpieza de armas y me ocupe de ordenar la división y del parte que tenía que mandar al general Freire acerca de lo ocurrido en la acción de Mocopulli. Concluido éste, hice preparar una embarcación mandada por un oficial de marina. En previsión de las dificultades que éste tendría para pasar entre la multitud de piraguas que tenían los naturales en el canal, se pusieron 10 soldados a disposición del oficial, bien armados y con 6 paquetes de cartuchos cada uno. Éste debía poner todos sus esfuerzos para llegar hasta el General y recibir sus órdenes.

No habíamos perdido de vista el bote, cuando fue atacado por 12 o 15 piraguas; pero como estaban mal armados, el oficial se abrió paso por entre ellos y mató algunos indios.

Ordenado todo en la división, tuve aviso que andaban algunas partidas armadas de un coronel de milicias de aquellos lugares. Mandé al capitán Rodríguez hasta las casas de dicho Coronel; las encontró solas; pero llenas del famoso aguardiente de Pisco. El destacamento tomó lo que necesitaba, sin hacer el menor daño, porque había una enorme cantidad de este licor.

Este proceder dio mucha confianza a los habitantes.

Al día siguiente, tenía un capellán del lugar en la división. Mandé tocar a misa y se llenó mi campamento de esos buenos y sencillos habitantes. Muchos venían con provisiones que nos fueron muy útiles. Se celebró la misa. Las tropas formadas y tocando las músicas, parecía que no había sucedido nada. A la salida del oficio, todos se mezclaron con los soldados y varios hombres y mujeres se quedaron para cuidar a los heridos. Así estuvimos tres días en la mayor armonía.

Entretanto, llegó el bote con la orden del General de reunirse al ejército con la división a mi mando.

Lo encontré otra vez en Punguñón.

En cuanto llegué recibí la orden de desembarcar inmediatamente la gente.

Pasé a visitar al general Freire.

Lo encontré esperándome en el alto: me dio la mano y me dijo que tenía en su bolsillo una carta del Jefe que había combatido, en la cual anunciaba a Quintanilla –para consuelo de su derrota–, la muerte del coronel Beauchef.

Luego, me dijo, había creído que, aprovechándome de la victoria, me hubiera tomado Chiloé.

La galantería era espontánea, y yo no la esperaba.

Mi contestación fue pronta y fuerte.

Dije al General que por qué no la había tomado él con su ejército. Que el objetivo de mi división no era ése, sino sujetar a los derrotados. No sé lo que me contestó: que los vientos, las mareas, etc.

Me retiré no muy contento.

CAPÍTULO LXV

EMPIEZA EL MAL TIEMPO.

UN CONSEJO DE GUERRA RESUELVE LA RETIRADA.

VUELTA A TALCAHUANO Y SANTIAGO

Al día siguiente, el General se propuso atacar por el lado del Pudeto, donde había hecho un reconocimiento. Confió al coronel D'Albe la dirección de esta ataque. Este Coronel hizo algunos reparos al General, tanto por el punto de ataque, sumamente difícil, por no decir impracticable con los medios que teníamos, cuanto que debía considerar que el Batallón N° 8 estaba casi destruido. Que se hacía necesario tomar otras tropas y que no le parecía esto regular, etc. De ahí resultó un consejo de guerra y del consejo nuestra pronta retirada. Estábamos a 16 de abril. Hasta entonces el tiempo nos había favorecido demasiado. El general Quintanilla se alegraba en el alma de cada día perdido y transcurrido y ya nos consideraba sus prisioneros al primer temporal. Tenía razón.

Apenas empezaron a soplar los nortes, los buques no pudieron resistir: cadenas, anclas, cables, todo se rompía. La *Lautaro* perdió sus anclas; se echó a la vela y nos dejó allí. Lo mismo le sucedió a un transporte; la corbeta *Voltaire* se había perdido. Tuvimos que embarcarnos en 6 buques. Apenas cabía el ejército en los nueve que habían llegado. Todo muy de prisa. No había tiempo que desperdiciar. El ejército había perdido en número. Lo aumentaban los prisioneros: yo traía algunos y varios el mayor Riquelme con el Batallón de la Guardia de Honor, que había sido destacado a orillas del río Maullín, en donde el enemigo, que allí tenía alguna fuerza, fue derrotado. Luego que estuvimos fuera del puerto, hubo un furioso temporal. Casi se perdió la *Chacabuco* con el N° 7; el N° 8 tuvo que tocar en Valdivia. Nuestra navegación hasta Talcahuano no duró 13 días.

Considero inútil referir todos los padecimientos que sufrieron las tropas durante estos días, en particular los heridos.

De este modo concluyó la campaña de Chiloé del año 1824.

Llegué a Talcahuano primero que el transporte que traía al Batallón N° 8 de mi mando, porque el mayor fue obligado por el mal tiempo a tocar en Valdivia. Yo venía en la *Independencia*, buque muy veloz. El señor mayor general don Luis de la Cruz quiso que lo acompañara.

Mi primer cuidado al llegar al puerto fue mandar hacer o comprar algunas cosas necesarias e indispensables para mis soldados, de modo que a su llegada el batallón tuvo todo lo necesario; ipequeño alivio para tantas penurias! Los heridos no habían sido curados en toda la navegación. Sólo otros cuerpos, cuyos jefes no tenían dinero, no encontraron ninguna clase de auxilio.

Me pareció una negligencia grave de parte del Intendente de la provincia de Concepción porque, vencedores o vencidos, debíamos volver.

Tan pronto como todas las tropas pasaron a Concepción a restablecerse, mi cuerpo fue destinado a la capital. El general Freire permaneció algún tiempo en aquella ciudad por preocupaciones de la provincia. Enseguida, pasó a Santiago a tomar otra vez las riendas del gobierno.

Ocupé gran parte del año 1824 en la capital, ocupándome de ordenar y disciplinar mi cuerpo y además servir dicha plaza. Pronto supimos en Santiago que, a muy pocos días de nuestra partida de Chiloé, habían entrado en aquel puerto dos buques españoles, el navío de 74 el *Asia* y el bergantín de 22 el *Aquiles*.

Nuestra salida de Chiloé fue, como se ve, muy oportuna.

El año se pasó sin novedades relativas a la guerra.

CAPÍTULO LXVI

SEGUNDA EXPEDICIÓN A CHILOÉ (1825).

EL PUEBLO DE SANTIAGO ASISTE A LA SALIDA DE LAS TROPAS PARA VALPARAÍSO

Y EL PUEBLO DE ESTE PUERTO LAS DESPIDE HACIA EL SUR.

LLEGADA A VALDIVIA, PUNTO DE REUNIÓN DE TODAS LAS FUERZAS

CONCERTACIÓN DEL PLAN DE ATAQUE

A principios del año 1825, el general Freire resolvió una segunda expedición a Chiloé.

Luego se comunicó la orden general a los cuerpos que debían componer el ejército expedicionario: el Batallón N° 1, al mando del comandante don Pedro Godoy; el N° 4, al mando del coronel don José Francisco Gana¹²⁶; el N° 6, al mando del comandante Riquelme¹²⁷; los N° 7 y 8, al mando de los coroneles José

¹²⁶ José Francisco Gana López (1794-1864), subteniente en 1808, capitán en 1820, sargento mayor en 1823, coronel en 1825 y más tarde general de brigada.

¹²⁷ Manuel Riquelme Vargas (1772-1857), teniente de milicias en 1811, capitán en 1818, sargento mayor en 1820, teniente coronel en 1822 y coronel en 1830.

Rondizzoni y Jorge Beauchef. Cuatro piezas de 4 de batalla con su dotación, a cargo del comandante de artillería don Gregorio Amunátegui¹²⁸. De mayor general, el señor comandante general de artillería don José Manuel Borgoño. El señor almirante don Manuel Blanco era el Jefe de la Escuadra. Los buques de guerra destinados a la expedición eran los siguientes: fragata de 44, *O'Higgins*; idem *Lautaro*, corbeta *Independencia*, bergantines *Aquila* y *Galvarino*, y los demás buques de transportes.

El 15 de octubre de 1825, las tropas de la capital destinadas a la expedición, recibieron la orden de marcha. Al día siguiente, se formaron los cuerpos, a las 6 de la mañana, en el llanito de Portales, donde asistió una gran parte del pueblo para ver la salida de las tropas. El General les pasó revista. A las 8 se pusieron en marcha. A los 4 días llegaron a Valparaíso.

A la razón había en este puerto muchos buques extranjeros: ingleses, franceses y mucho otros. Al entrar las tropas a Valparaíso, todos admiraron su buen orden, equipo y, sobre todo, su aire marcial. El general Freire recibió nuestros respetos y el presagio de un éxito completo. Efectivamente, este pequeño ejército estaba compuesto de los mejores jefes y tropas del país.

El General sabía ya, por experiencia propia, que Chiloé era muy respetable y que esta vez, estando prevenido de la expedición el general Quintanilla, había tomado todas las precauciones posibles para la defensa del archipiélago, de por sí tan defendido por la misma naturaleza.

Nuestro embarque y salida fueron bastante ruidosos: músicas, clarines, entremezclados de, ¡Viva la Patria! y ¡Viva la Libertad!, la gran concurrencia de gente, etc., Dio una especie de solemnidad a nuestra partida que produjo muy buen efecto en las tropas de mar y tierra.

Esta vez, se decían ellos, debemos vencer o morir en la refriega.

Sería una eterna vergüenza para nosotros si volviéramos sin haber libertado a la patria de los últimos restos de la opresión del ya casi extinguido poder español en todo el continente americano.

A los pocos días de navegación llegamos a Valdivia, punto de reunión.

Fuimos desembarcados en la isla Mancera, lugar delicioso, cubierto de excelentes pastos, de manzanales, aguas frescas y puras y mucha leña. En fin, de todo lo necesario para un buen campamento.

Permanecimos allí 15 o 20 días para tomar las disposiciones generales del plan de ataque y esperar la reunión del Batallón N° 1 que cubría la guarnición de Talcahuano y la ciudad de Concepción. En este lapso, cada jefe de cuerpo se esmeró en preparar bien a sus soldados.

Supimos que el plan de ataque concertado entre los generales Freire, Blanco y Borgoño era apoderarse de la batería del fuerte Corona, que ofrecía una ensenada espaciosa y un buen fondeadero y seguridad para los buques en el desembarco del ejército. Enseguida, con éste, pasar por la espalda de la fortaleza de Aquí,

¹²⁸ Gregorio Amunátegui Muñoz (1801-1853), cadete, alférez y subteniente en 1817, teniente en 1818, capitán en 1819, sargento mayor en 1825 y teniente coronel en 1829.

apoderarse de la de Balcacura, que defiende el fondeadero de San Carlos, y tomar toda la costa del sur, y que allí se acordaría lo más conveniente al mejor éxito de la empresa.

Llegado el Batallón N° 1, se ordenó una revista general pasada por el general Freire, acompañado del mayor general Borgoño y del almirante Blanco, acompañados, a su vez, por los oficiales del Estado Mayor General.

CAPÍTULO LXVII

PARTIDA PARA CHILOÉ, DESEMBARCO.

TOMA DE LOS CASTILLOS DE LA CORONA Y BALCACURA

Inmediatamente después de la revista, recibimos la orden de estar listos para embarcarnos, lo que se efectuó al siguiente día con los mismos sentimientos de alegría que manifestó el ejército a su salida de Valparaíso.

Se había creado una fraternidad admirable entre la gente de mar y la de tierra, tan necesaria para estas dificultosas empresas. Cada uno se prometía rivalizar en obediencia y bravura, conscientes todos de que el honor nacional estaba comprometido y de la importancia del triunfo. De modo que reinaba una lisonjera armonía, precursora de la libertad e independencia del archipiélago y la destrucción de estos restos del poder español en el Pacífico.

Nos embarcamos, como he dicho. En breve, nos hallamos frente al puerto de Chiloé. Se esperó la reunión del convoy; congregados todos, entramos a la bahía con un tiempo hermoso y un viento favorable.

Al entrar al castillo de Corona, recibí orden de armar dos compañías de batallón de mi mando y ponerlas al mando del capitán más antiguo para apoderarse del castillo.

A pesar de sus cañonazos, fue tomado sin perder un solo hombre.

Luego se procedió al desembarco del ejército. Los buques fondeaban sucesivamente con mucho orden, actividad y ligereza. Permanecimos aquella noche en el castillo, o mejor dicho, en el campo. Antes de desembarcar —debo decir de paso— se levantó en la tarde un viento fresco. El general Freire quiso entrar directamente en el castillo y variar el plan acordado; pero el almirante Blanco se opuso, haciéndole reflexiones al General relativas a su profesión, a los accidentes peligrosos del mar y, particularmente, que siendo de noche, cualquiera pequeña avería exponía la suerte de la expedición. Que nada apuraba el desembarco del ejército; que él pasaría primero bajo los fuegos del castillo de Agüi, mientras el ejército lo hacía a la espalda de aquella fortaleza que montaban 18 piezas de 24.

En la noche, fue mandado el comandante Godoy con su batallón a observar el castillo, con la orden de situarse en emboscada en sus inmediaciones.

Era fácil la operación, por estar el lugar cubierto de bosques inmensos, tan viejos como el mundo. También fue destacado el coronel Aldunate con una fuerte partida. Debía pasar por la espalda de Agüi, observado por el comandante Godoy, seguir por tierra y tratar de apoderarse en toda la noche del castillo de Balcacura,

que, como he dicho, dominaba el fondeadero de San Carlos. Lo acompañaba en esta empresa el sargento mayor Vásquez, chilote patriota, muy práctico de aquellos lugares.

Tomadas estas disposiciones, el ejército rompió su marcha a las 8 de la mañana para realizar lo acordado. El Batallón N° 8 formaba la vanguardia y los demás batallones por su orden numérico.

Muy pronto estuvimos en el castillo de Agüi.

El comandante Godoy se incorporó. En la noche los enemigos no se movieron del castillo. Me quedé un poco atrás de mi batallón para comunicar a este jefe algunas órdenes que había recibido del General. Al ponerse en camino o después de haber caminado un poco, tomé por equivocación el sendero que conducía a la fortaleza.

Ya había empezado un fuerte cañoneo con los buques de guerra que pasaban bajo los fuegos del castillo. Yo seguía a paso largo para reunirme al cuerpo.

Me extrañaba mucho no alcanzarlo, cuando me encontré con la muralla del castillo donde flameaba una gran bandera española.

Sólo en ese instante conocí mi error: como se puede pensar, hice una rápida media vuelta.

Estas equivocaciones son muy fáciles en estos inmensos bosques, en los cuales no penetra el Sol, estando llenos de senderitos, continuamente llenos de agua y barro que alcanzan hasta las rodillas, cubiertos de raíces y ramas desprendidas y caminos espantosamente sucios. En estas circunstancias, las balas tiradas desde nuestros buques contra el castillo producían un ruido extraordinario en las ramas de estos enormes árboles.

Varios soldados del ejército fueron heridos por los astillazos. Me había seguido una porción de empleados, entre ellos el secretario del General y otros. Me preguntaron adónde iba y les contesté que me había equivocado de camino, que se volvieran y tomé la delantera dejándolos atrás, pensando que si los enemigos me hubieran visto y mandaban una partida a reconocernos, mientras tomaban a los de atrás tendría tiempo de esconderme, pero no se movieron, estando demasiado ocupados en ver el paso de los buques.

Al fin, alcancé el ejército. Y me encontré en la retaguardia con el general Freire, que de inmediato me preguntó de dónde venía.

Le conté mi equivocación. Pasé adelante para reunirme al cuerpo, que se había parado esperando mis órdenes para pasar frente a 6 lanchas cañoneras que estaban al pie de la fortaleza para defender el paso de la playa de Agüi a Balcacura.

La compañía de Cazadores que exploraba había pasado bajo el fuego de las lanchas con mucha facilidad. Habían ido a reconocer, cumpliendo mis disposiciones, el resto del cuerpo para encaminarlo. Cuando las piezas de 24 del castillo de Balcacura hicieron fuego sobre las cañoneras y además sobre una cantidad de embarcaciones que el Almirante había mandado al abordaje, éstas huyeron a toda vela y remos. Bajo la protección de los castillos de la costa del norte, tuvimos el paso libre: desfiló todo el ejército hasta Balcacura.

Cuando llegamos, ya estaban fondeados los buques.

El coronel Aldunate había destacado durante la noche en el castillo al teniente La Rosa, del N° 8, joven valiente y muy emprendedor, con el mayor Vásquez, como he dicho antes, práctico de aquellos lugares. Los españoles que lo ocupaban, aunque no ignoraban el desembarco de las tropas de la patria, descansaban tranquilamente, sabían que la marea en aquella noche impedía el paso; pero el capitán La Rosa con algunos soldados y el mayor Vásquez alcanzaron a pasar y cayeron tarde de la noche sobre la guarnición, que fue completamente sorprendida.

Varios cayeron prisioneros; otros se desbarrancaron. Se apoderaron del fuerte sin perder un solo hombre, de modo que el coronel Aldunate hizo a su llegada, apuntar las piezas sobre las cañoneras.

Estas primeras 24 horas no podían haber sido empleadas con mayor acierto y felicidad.

El principio de la compañía no podía ser, pues, más lisonjero. Pronto estuvo reunido todo el ejército en Balcacura, donde se colocó del mejor modo posible. Se pensó en hacer comer a la gente, que empezaba a experimentar mucha necesidad. Desde el desembarco no habían tomado más que una ración de aguardiente.

Hacía pocas horas que habíamos llegado, cuando vimos dos lanchas cañoneras que venían del interior del puerto a toda vela. Por supuesto, nadie las había visto o no habían reparado en ellas, porque quedaban cortadas por los buques de guerra que allí estaban fondeados. Las lanchas se aprovecharon de un viento sur que se levantó y trataron de pasar a nuestra visita y entrar a San Carlos.

Al instante que fueron reconocidas por nuestros buques de guerra, vimos despachar canoas con gente armada para abordarlas y cortarles el paso. Salió el primer bote del bergantín *Galvarino* al mando del capitán Winter.

El que conducía el bote era el valiente teniente Oxley.

Éste ganaba sobre la lancha primera; pero ésta hacía un fuego seguido sobre el bote con sus dos piezas de grueso calibre; primero, con bala rasa y, aproximándose más al bote, con metralla enseguida, de modo que se veía tapar por ella. Los otros botes se hallaban todavía distantes de éste cuando llegó encima.

Vimos levantar los remos para dejar el bote atrás.

Todo el ejército estaba mirando esta escena: consideramos en el acto que había sucedido una desgracia al que mandaba, puesto que no había sido abordada la lancha.

Efectivamente, se supo enseguida que, al momento de abordarla, el valiente Oxley había sido volteado de un balazo en la cabeza: el mismo que defendió tan valientemente la goleta *Moctezuma* que montaba el general Pinto cuando volvía de Perú, atacado por el corsario *Quintanilla*.

La otra lancha, que venía detrás, viéndose cortada por todos los botes, se fue a varar.

La tripulación huyó. Ésta quedó en nuestro poder; la primera escapó. Fue poca cosa la toma de la lancha por la muerte de tan valiente oficial.

Puedo decir que todo el ejército estaba electrizado y lleno de admiración de ver el denuedo y la firme resolución del comandante de un botecito que llevaba 12 hombres para atacar una lancha que podría cargar 100 y montada con dos

piezas: una de 12 a popa y otra de 16 a proa. A pesar del fuego seguido de la lancha, el botecito la cortó siempre hasta el momento de sufrir la muerte su comandante. Este valiente fue sentido por sus jefes y compañeros.

Sus restos reposan cerca del castillo de Balcacura.

Al día siguiente todo el ejército fue embarcado y transportado a la costa del norte, sin ningún tropiezo. El enemigo no podía impedirlo. Estaba obligado a mantenerse en sus trincheras.

Habíamos conseguido tener campo a nuestra disposición.

Por lo pronto, se establecieron algunas partidas con el objeto de buscar en estas montañas algunos animales vacunos: los necesarios para que comiese la tropa. Los habitantes habían tenido el cuidado de esconderlos muy adentro de las montañas.

Fueron vaciadas, para remojar un pedazo de asado, en aquellos desiertos, 4 botellas de champaña traídas por el Coronel del N° 7. Fueron de la partida el señor Almirante, el Mayor General, los coroneles Aldunate, Gana y los del 7 y 8. Jamás comida fue más alegre y original por el lugar en que se hacía: ¡Champaña en las montañas de Chile es para todos motivo de recuerdo!

CAPÍTULO LXVIII

QUINTANILLA SE ATRINCHERA EN EL FUERTE DE PUQUILLIHUE,
VACILACIONES DEL GENERAL FREIRE

En cuanto hubo descansado el ejército, nos pusimos en marcha, ganando terreno hacia San Carlos.

Paramos en las inmediaciones de un castillo llamado Puquillihue, que defendía el paso único para llegar a dicho pueblo.

Era el punto que el general Quintanilla había escogido para su defensa. A la izquierda, había levantado en el fuerte una formidable trinchera, en que estaba situada toda su infantería, con el mar a la derecha. Cerca del mismo estaban situadas cinco lanchas cañoneras que no podían ser ofendidas por nuestros buques de guerra. Por consiguiente, la empresa de forzar el paso era ardua, por no decir temeraria. Se empleó todo aquel día y el siguiente para descubrir o abrir uno en aquellos bosques; pero todo fue en vano, aunque algunos habitantes decían que antiguamente había uno.

Fueron destacados otra vez todos los zapadores del ejército con el mayor de ingenieros Santiago Ballarna; pero éste volvió sin haber conseguido su objeto.

Esta noticia puso al general Freire muy meditativo.

Veía que su situación no tenía nada de favorable, al no lograr tomar esta vez el archipiélago.

Su reputación había sufrido un golpe mortal.

En consecuencia, lo que habíamos hecho no era nada y Quintanilla nos esperaba en su posición con toda tranquilidad. Demasiado sabía éste que no teníamos otro paso para apoderarnos de San Carlos. Cerca del anochecer me mandó lla-

mar el general Freire. Lo encontré paseándose a pasos largos en un pradito, silencioso y solo.

De pronto entró en materia y me dijo.

“Mi amigo, no quiero exponer el ejército en este desfiladero. Creo que si lográramos forzar aquel terrible paso, nos costaría muy caro. Además, el éxito es dudoso. He determinado otra cosa: mandar a Ud. con mil hombres con todas las embarcaciones de la Escuadra esta noche misma para que trate de apoderarse de San Carlos”.

Contesté al General que yo estaba pronto. Pero que me parecía el asunto susceptible de infinitas reflexiones, y que si las había hecho, no había más que ponerse en acción.

CAPÍTULO LXIX

FELIZ INTERVENCIÓN DEL MAYOR GENERAL BORGÑO

En el entretanto, llegó hasta nosotros el mayor general Borgoño.

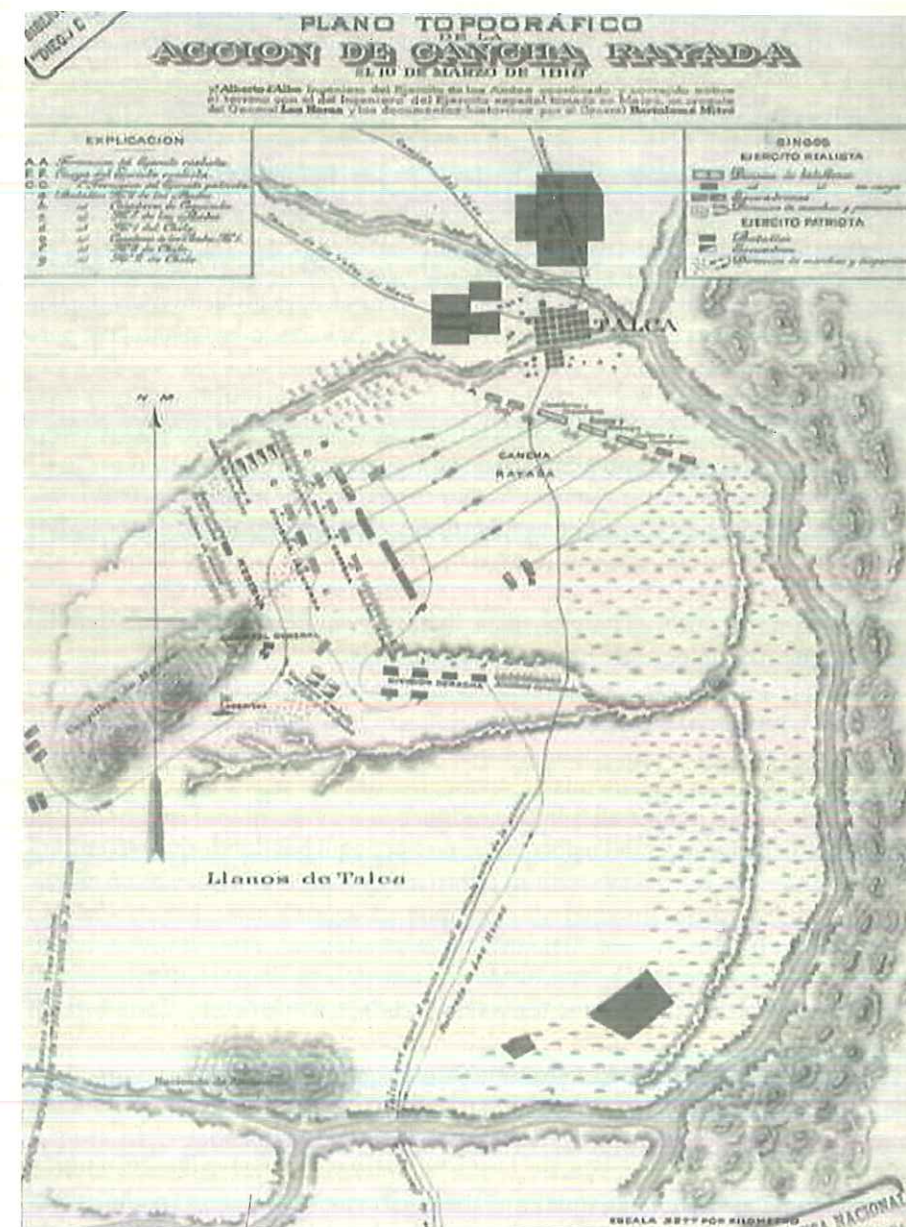
El general Freire le comunicó su proyecto, que no fue aprobado por dicho señor. Como podía hacerlo, ya que era consultado, le hizo todas las reflexiones que requería el caso: lo primero, que el enemigo estaba tranquilo en su posición y que el ejército debía situarse de manera de inquietarlo; que no había motivo todavía para meter esta fuerza de mil hombres en las embarcaciones, y de noche; que al instante serían divididas por las lanchas cañoneras, que las dispersarían y expondrían a esta fuerza a sufrir un gran desastre; que también Quintanilla estaba a la mira de nuestras operaciones; que más pronto estaría su infantería detrás de las baterías que defienden a San Carlos que nosotros por el lado del mar; y que, luego, las embarcaciones se encontrarían entre dos fuegos; en fin, que esta fuerza correría grandes riesgos de perderse, etc.

El Mayor General propuso al general Freire situar al ejército sobre una altura que teníamos al frente y que desde esta posición debíamos inquietar mucho a los enemigos, que se verían obligados a pasar las noches en pie, creyendo en un ataque nocturno.

Apenas estuvo situado el ejército sobre la altura, el Almirante vino a visitar al General y a comunicarle el proyecto que había formado. Aquella misma noche debía apoderarse por un golpe de mano de las lanchas enemigas, armando todas las embarcaciones preparadas al efecto. Por supuesto, el proyecto pareció muy bien y tuvo la completa aprobación del general Freire.

Partió en el acto el Almirante, para darle curso; pero no pudo efectuarse aquella noche. Al amanecer, fueron mandadas varias partidas a tirotear a los enemigos y reconocer bien su posición.

El mayor Vásquez guiaba como práctico aquellas guerrillas. De pronto empezó un tiroteo vigoroso; los enemigos gritaban a nuestros soldados que se acordaran



Plano topográfico acción de Cancha Rayada (1818), Alberto Bacler d'Albe. En www.memoriachilena.cl.

de Mocupulli y colocaron algunas piezas de artillería. Sus balas alcanzaban hasta nuestro campo; pero las sinuosidades del terreno impedían que fuésemos ofendidos por ellas. Se retiraron las guerrillas; el día pasó así en gritería, ¡Viva el Rey!, ¡Viva la Patria!, y amenazas por ambos lados.

Aquella noche el ejército estaba en el mayor silencio esperando el resultado de la empresa del Almirante sobre las lanchas enemigas. Cada uno de los informados —que eran muy pocos— hacía votos por su feliz éxito.

Eran más de las dos y media de la mañana y no se oía nada.

Empezamos a desesperar, cuando de repente oímos una fusilería muy viva, cañonazos, gritos de, ¡Viva el Rey!, otros más lejanos de, ¡Viva la Patria!; toda la bulla de un combate nocturno. Al instante todo el ejército estuvo en pie, en silencio, todos con el pescuezo tendido y la vista clavada sobre los fuegos; pero no se divisaba nada.

Después de tres cuartos de hora no se oía nada. Se pronosticaba mal de la empresa. Cuando amaneció, divisamos todas las embarcaciones que volvían a los buques conduciendo con ellas tres de las lanchas cañoneras.

Fue indecible el placer que sintió todo el ejército por el brillante éxito.

El bravo mayor Bell condujo esta hermosa y lograda empresa; de suerte que de las seis cañoneras enemigas, cuatro estaban en nuestro poder y luego se supo que habían varado las dos restantes, no pudiendo hacer nada con ellas.

Se mandaron otra vez las guerrillas, llenas de entusiasmo; sin embargo, los enemigos no habían perdido nada de su arrogancia.

Supimos aquella mañana que el general Quintanilla había descuidado poner infantería para cuidar sus lanchas, que podían, a lo menos, contener 100 hombres, pensando, por los movimientos del ejército patriota, que sería atacado de frente en su posición aquella misma noche; riéndose de nosotros.

Cuando oyó el ataque a las lanchas, dijo.

“Éstos vienen a meter bulla por acá, pero es por aquí por donde quieren entrar”.

CAPÍTULO LXX

QUINTANILLA. SUS TRINCHERAS Y EL CASTILLO DE PUQUILLIHUE, CUYA POSESIÓN TOMAN LAS FUERZAS PATRIOTAS

Como a las 11 del día se mandaron a retirar las guerrillas.

Después vimos avanzar majestuosamente las cuatro cañoneras en batalla y cuando estuvieron a distancia, empezó un vivo cañoneo sobre el fuerte y la trinchera enemiga. Al momento, se colocaron 4 piezas de 4 de batalla en condiciones de ofender a los enemigos que ocupaban la trinchera. La altura en que estábamos nos favorecía mucho; ya las piezas de las lanchas habían acallado las del castillo. Pronto vimos a los enemigos evacuando su terrible posición con mucho orden, retirándose hacia la montaña. En aquel momento, el mayor había bajado a visitar, o hacer algún movimiento con el Batallón N° 6 que estaba colocado en el paso de la playa. Los demás cuerpos estaban formados en columnas cerradas.

Tenía yo bajo mi mando los batallones N° 8 y 4 y viendo que no se hacía ningún movimiento, a pesar de la retirada o abandono del fuerte y trinchera por los enemigos y que iba disminuyendo sensiblemente el fuego de nuestras cañoneras, me acerqué al general Freire haciéndole presente que el momento era oportuno para dejarnos caer sobre la posición y castillo de Puquillihue. Que, cesando el fuego que obligaba al enemigo a retirarse, podían volver a su posición y que estaríamos en la misma; que si lo ordenaba, me marcharía al momento a apoderarme de ella. Me respondió que habría querido esperar al Mayor General, pero que no importaba y que me marchase. Me puse inmediatamente a la cabeza de mis columnas y bajamos a paso de carrera y fue tomada la posición casi sin resistencia.

Ya se podía respirar.

Como se ve, este triunfo se debió enteramente al fuego acertado de las lanchas, las que abrieron de este modo el paso a la victoria que conseguimos en aquel inmemorable día.

Como ya he dicho, podíamos respirar y contar desde aquel momento con la victoria. El general Quintanilla no podía de ningún modo hacer frente a un ejército bien disciplinado, maniobrero y lleno de entusiasmo.

Sólo detrás de su trinchera pudiera habernos batido.

CAPÍTULO LXXI

LOS PATRIOTAS CORREN A CORTAR EL CAMINO DE SAN CARLOS A CASTRO. ENCERRANDO ASÍ A QUINTANILLA EN SU FORMIDABLE POSICIÓN Y ENARBOLAN LA BANDERA NACIONAL EN SAN CARLOS

Los enemigos fueron muy en orden a tomar posición sobre una altura con una quebrada bastante profunda a su frente, llena de montes y a su espalda el bosque.

Se destacaron tres compañías patriotas de Cazadores en la quebrada a tirotear el frente de la línea enemiga. La compañía de Granaderos del 8, al mando del bravo mayor Tupper, formaba la vanguardia del ejército; el N° 8 y el N° 4, a la cabeza; el N° 7 y el N° 1, al centro, y el N° 6 formaba la retaguardia y reserva. Rompimos la marcha en esta disposición. Luego hice reparar al Mayor General en la falsa posición que había tomado el general Quintanilla, dejando su retirada a su flanco derecho, porque no le quedaba otro camino que el de San Carlos a Castro y que, cortándolo, quedaba encerrado. Así, para escapar, no tenía otro arbitrio que desparramar su ejército en la montaña y desmoralizarlo. Que si me lo permitía, iba a ganar, a paso redoblado, las alturas de Pudeto, sin ocuparme de su línea de batalla; pues sería un disparate ir a atacarlo en la posición que habían tomado, formidable por las circunstancias del terreno y el abrigo del bosque.

Borgoño había hecho los mismos reparos. Estuvimos de acuerdo al momento. Seguí mi marcha con velocidad. Las 4 compañías habían comenzado un fuego vivísimo con los tiradores enemigos. Sin duda, Quintanilla creyó que íbamos a atacar su posición. No me acordé más que de llevar a efecto lo acordado, ma-

niobrando mis dos columnas como en un campo de instrucción y ganando terreno.

El resto del ejército seguía mis movimientos.

Sin embargo, el enemigo había colocado una batería de 8 piezas de 4 de batalla, en posición ventajosa, que me mataba algunos hombres de las columnas; pero los soldados no hacían caso de esto y seguían muy atentos todos los movimientos que mandaba, porque sus oficiales estaban firmes cada uno en su puesto.

El general Borgoño me dio orden de mandar un piquete de tropas a San Carlos, que quedaba a mi retaguardia, y que el oficial a su llegada enarbolase la bandera nacional.

Todo se hizo sobre la marcha.

Ya me acercaba a las alturas de Pudeto. La compañía de Granaderos, que precedía el ejército, recibió una carga de 200 hombres de una caballería bisoña, poco acostumbrada al fuego graneado, y desaparecieron con el humo. Ya en la línea enemiga se divisaba una confusión y los gritos de, ¡estamos cortados!, se advertían, o a lo menos, unos soldados creyeron oírlos.

Siempre seguía adelante; de modo que llegamos a tiro de fusil al camino de Castro. Una emboscada que había alcanzado a ser colocada cuando Quintanilla conoció mis intenciones, me hizo una descarga que mató e hirió algunos hombres. Detuve la marcha y ordené a la compañía de Granaderos del N° 4, que se hallaba a la cabeza, que marchara a desalojar la emboscada.

Éstos eran negros y los hallé de poca resolución. Mandé al capitán Varela, de la compañía de Cazadores del N° 8, que fuera a paso de carrera y en guerrilla a desalojar esta emboscada.

Se tocó el clarín: los soldados gritaron, ¡Viva la Patria!

Este bravo capitán se precipitó sobre la emboscada, que fue desalojada en el acto, con la pérdida de 16 cazadores, comprendido el clarín, que cayó el primero.

Luego desapareció la línea enemiga.

Quintanilla, a pesar de sus esfuerzos, no pudo contenerlos. El terror que inspiraban las voces de, ¡estamos cortados!, fue más poderoso, y su ejército huyó en dispersión por estos inmensos bosques.

Enseguida mandé al mayor Tupper con sus Granaderos que fuese 5 o 6 leguas adelante por el camino y que tratara de tomar prisioneros a los dispersos.

Pronto todo el ejército estuvo reunido en las alturas de Pudeto, llamadas Bellavista. Si el general Quintanilla, en el momento que se vio obligado abandonar la posición de Puquillihue, hubiese ocupado esta hermosa posición y coronado estas alturas con su ejército, conservando a su espalda su retirada hacia Castro, habría podido todavía hacer una hermosa defensa y la de un general entendido; habría tenido siquiera algunas probabilidades para disputarnos la victoria. Pero al ir a colocar su ejército en una montaña, pensando, sin duda, que iríamos a atacarlo allí, dejando, como se ha visto, su único punto de retirada descubierto, fue falta grave e imperdonable en un general que hubiera tenido la menor idea de la estrategia. Lo cierto es que de un comerciante no se hace tan luego un general.

Era honrado, buen administrador y nada más.

Luego se presentaron varios oficiales, entre ellos un teniente coronel, *como pasados*; pero ya no se podía pasar. El mayor Tupper se había apoderado del paso y fueron considerados prisioneros.

CAPÍTULO LXXII CAPITULACIÓN DE QUINTANILLA

Al día siguiente, el general Quintanilla mandó al general Freire un parlamentario pidiéndole una capitulación, aunque, según decía, podía continuar la guerra en el interior del archipiélago; pero que comprendía que la causa para el rey de España estaba perdida en América. Que, por su parte, había satisfecho el honor y sus deberes y que consideraba inútil derramar sangre.

Se nombró al coronel señor don José Francisco Gana y al auditor de guerra don Pedro Palazuelos, para el arreglo y condiciones de la capitulación que solicitaba el general Quintanilla. Al mismo tiempo, fue mandado un oficial de artillería para ofrecer un capitulación del castillo de Agüi, ya que en San Carlos flameaba el pabellón tricolor y en Agüi la bandera española; éstos la admitieron al momento.

Por ambas partes fueron ratificados los traslados que sólo encerraban las garantías personales de todo individuo del ejército español y un pasaje libre a los europeos en los buques chilenos o extranjeros, quedando agregado de hecho el archipiélago como parte integrante de la República de Chile en el estado en que se hallaba.

De este modo concluyó la segunda campaña de Chiloé, con la pérdida por nuestra parte de unos 100 hombres, entre muertos y heridos.

CAPÍTULO LXXIII EL GENERAL FREIRE HACE RECOMENDACIÓN ESPECIAL DE ALGUNOS OFICIALES, OLVIDANDO A OTROS DE DECISIVA INTERVENCIÓN EN EL TRIUNFO

Sólo fueron recomendados en el parte del señor general Freire los señores mayores Maruri¹²⁹, Asagra¹³⁰, Yung y Tupper.

Pero los que contribuyeron del modo más eficaz fueron los señores almirante don Manuel Blanco y el mayor general don Manuel Borgoño. El primero, por la buena armonía que supo introducir entre los marinos y las tropas de tierra; por las reflexiones que hizo al general Freire cuando quiso hacer entrar los buques directamente al fondeadero y principalmente por el hermoso y decisivo ataque a

¹²⁹ Nicolás Maruri Bita (entre 1788 y 1796-1866), sargento en 1813, teniente en 1817, capitán en 1818, sargento mayor en 1823, teniente coronel en 1826 y coronel en 1839.

¹³⁰ Bartolomé Asagra Pérez (1797-1844), cadete en 1813, subteniente en 1814, teniente en 1819, capitán en 1821, sargento mayor en 1823 y teniente coronel en 1828.

las lanchas cañoneras, cuyo resultado nos abrió, como se ha visto, el camino de la victoria. El segundo, por su tino para colocar y mover el ejército, que puso al general Quintanilla en confusión acerca del punto de ataque. Éste creyó que sería de frente y de noche. Por eso, descuidó guarnecer sus lanchas con la infantería y entonces hubiesen sido éstas inabordables. Cuando reconoció su error, ya no era tiempo de enmendarlo.

El señor coronel Aldunate merece un recuerdo por la toma del castillo de Balcacura, que permitió a los buques de guerra fondear sin peligro y, a su vez, contribuir de manera eficaz con sus fuerzas de artillería a desalojar las lanchas cañoneras que nos estorbaban el paso para dicho castillo.

El bravo teniente Oxley merecía también, por su hermosa conducta, un elogio particular, ya que había pagado con su vida su admirable arrojo.

Permanecimos todo el día siguiente en Bellavista, mientras se hacían los referidos tratados. Concluidos éstos, fueron puestos al momento en conocimiento del comandante del Castillo de Agüi; y se enarboló la bandera tricolor.

Estuvimos algunos días en San Carlos.

Fueron invitados a la mesa del general Freire los principales del lugar. La dulzura del General, la sencillez de sus costumbres, le arrojaron al instante la voluntad de estos sencillos habitantes y produjeron el olvido de la causa del rey de España; no era poco conseguir, porque se puede decir que jamás el Rey tuvo más fieles vasallos en América.

Fueron los vandeanos de aquella región¹³¹.

CAPÍTULO LXXIV

EL GENERAL ALDUNATE ES NOMBRADO GOBERNADOR DEL ARCHIPIÉLAGO. REGRESO Y DESTINCIÓN DE LOS CUERPOS

El señor general Aldunate fue nombrado Gobernador del archipiélago.

Ciertamente no podía haber mejor elección por su buen carácter y costumbres, la filantropía de sus ideas, patriotismo, etc. Planteó varios establecimientos de instrucción pública para la juventud. Mejoró sobremanera, el sistema de justicia interior. A él se debió un censo exacto de la población del archipiélago, pues recorrió en persona toda la provincia, que contiene 45.000 almas, la mayor parte indios, pero civilizados y de buenas costumbres, valientes y suaves de carácter. De ellos se hacen muy buenos soldados y mejores marineros; pero es muy difícil sacarlos de sus hogares.

El temperamento de la provincia es sumamente lluvioso y, sin duda, contribuyen mucho a ello las inmensas montañas cubiertas de bosques que forman el archipiélago.

¹³¹ En referencia a los habitantes de la región de Vendée en el oeste de Francia, la cual resistió durante la Revolución Francesa y el imperio napoleónico (1792-1815) por fidelidad al Rey y a la religión católica.

Con el tiempo será una región deliciosa.

No se puede ver una vegetación más hermosa y un lugar más pintoresco.

A los quince días de permanencia en San Carlos se determinó la salida del general Freire.

Los batallones N° 1 y 4 fueron destinados a la guarnición de Chiloé, en N° 6 a la de Valdivia, los N° 7 y 8 a la de Santiago, la brigada de artillería a cubrir las baterías de Chiloé y Valdivia. En fin, se embarcaron los cuerpos. El Estado Mayor General, el general Quintanilla y todos los oficiales europeos también lo hicieron. Los naturales permanecieron en sus hogares.

Llegamos sin novedad a Valparaíso.

El general Freire se puso otra vez a la cabeza de los negocios públicos. Los dos cuerpos fueron a ocupar sus anteriores cuarteles.

A los dos o tres meses el Batallón N° 1 fue llamado a Santiago. Quedó sólo el N° 4 de guarnición en Chiloé.

CAPÍTULO LXXV

SUBLEVACIÓN DE LA GUARNICIÓN DE CHILOÉ Y DEPOSICIÓN DEL GOBERNADOR CORONEL ALDUNATE

El mayor de este cuerpo se sublevó contra el Gobernador coronel Aldunate. Lo depuso del mando de la provincia y lo remitió a Santiago.

El movimiento se hizo a favor del general O'Higgins, que se había expatriado a Perú.

Al llegar a Santiago el coronel Aldunate solicitó del director general Freire, algunas fuerzas para marchar a Chiloé a sofocar este movimiento. El Director estaba demasiado interesado para no tomar medidas rápidas y activas. Se convino en dar a dicho Coronel trescientos hombres. Fueron nombradas las compañías de Granaderos del N° 1, 7 y 8, todos soldados escogidos, veteranos y buenos. Era bastante para ese Batallón N° 4, compuesto de negros, aunque fuesen más numerosos. La columna de Granaderos se confió al bravo mayor Tupper, del N° 8, bajo las órdenes del coronel Aldunate, quien marchó inmediatamente de Santiago al puerto de Valparaíso para embarcarse. El Coronel tuvo un completo éxito. Como era muy querido por los habitantes, éstos lo favorecieron mucho. Se apoderó del archipiélago, se castigó a los promotores del movimiento y se licenció el batallón.

El coronel Aldunate fue ascendido a general de brigada y el bravo mayor Tupper, que se portó perfectamente en estas circunstancias como en todas, a teniente coronel. Salió del cuerpo, con gran contentamiento mío, y fue reemplazado por el mayor Valenzuela.

CAPÍTULO LXXVI

EL GENERAL BORGOÑO ES NOMBRADO JEFE DEL EJÉRCITO DEL SUR.
EXPEDICIÓN CONTRA PINCHEIRA.
CRUZA CORDILLERAS, VALLES; GANA LA AMISTAD DE LOS CACIQUES
CON SUS INDIADAS Y DESTRUYE LA FUERZA DE PINCHEIRA

Hasta el año 1826 permanecí en Santiago donde no faltaron sus disensiones civiles, políticas, etc., pero no es mi objeto referirlas, las dejo a plumas hábiles y a la historia.

A principios del 1826 el bandido Pincheira¹³², refugiado en las cordilleras, había engrosado mucho su banda que hacía terribles estragos en las regiones del Maule y Concepción. Fue preciso que el gobierno se ocupara seriamente en tomar medidas activas que las circunstancias exigían imperiosamente.

Las ricas haciendas de todos aquellos contornos estaban amenazadas de una total ruina, ya que sufrían demasiado con las repetidas incursiones del citado Pincheira, que se llevaba cada vez una inmensidad de ganado vacuno, caballos, etc. El general Freire, por aquel entonces, había resignado el mando, y lo ocupaba don Agustín Eyzaguirre, buen ciudadano, de eminentes virtudes, que ofrecía toda clase de garantías a la república por su acrisolada honradez, sus muy buenas intenciones; pero en revolución, todas las mejores intenciones y posibles virtudes no son nada para contener el torrente de las ambiciones.

Vuelvo a mi asunto: el general Borgoño fue nombrado para ponerse a la cabeza del Ejército del Sur. El Batallón N° 8 tuvo la orden de prepararse para marchar.

El presidente Eyzaguirre mandó ajustar el cuerpo, que fue pagado de todos sus haberes atrasados. El cuerpo estaba suficientemente equipado.

Me puse en marcha acompañando al general Borgoño. A su llegada, el General se ocupó de mejorar la administración del ejército, algo descuidada, ayudado por el coronel Viel que hacía las funciones de mayor general.

Cumplido este importante objeto, el General pensó en los preparativos de una expedición de ultra cordillera para destruir, si era posible, al bandido Pincheira.

Combinado su plan, me mandó llamar para enterarme de él y ejecutarlo.

Se sabía positivamente que el dicho Pincheira tenía su campo a las orillas de la confluencia de los ríos Malbarco y Neuquen. Por consiguiente, el General había resuelto rodear aquel punto, haciendo entrar tres divisiones por tres diferentes pasos de la cordillera, aunque a distancias considerables.

Había calculado llegar el mismo día sobre aquel bandido, cortarle cualquier retirada y destruido. Los indios pehuenches de las reducciones de Trapatrapa, por parte sur, se habían ofrecido al General para auxiliar la división que debía entrar por el lado del volcán Antuco. Yo debía entrar por los campos del Cumpeo, seguir los orígenes del río Claro y caer en el valle de los Girones, al oriente del Descabezado. Debían unírseme en el camino quinientos indios pehuenches de Rangué, Campanarios y Barrancas.

¹³² Hijo de un español y de una india, coronel del ejército realista español, Pincheira levantó una banda de casi mil hombres con la ayuda del régimen español.

El coronel Manuel Bulnes debía entrar por el centro por los boquetes de Longaví y de Alico.

Partí de Talca el 30 de diciembre de 1826.

La división de mi mando se componía del Regimiento de Cazadores a Caballo, comandada por el coronel Puga, y del Batallón N° 8.

La división del coronel Bulnes se formaba de su Regimiento de Granaderos a Caballo y tres compañías del N° 6.

La división del teniente coronel Antonio Carrero¹³³, del Regimiento de Dragones y tres compañías del Batallón N° 3 y los indios de Trapatrapa.

Reunidas las tres divisiones, tenía el mando el General.

Había una larga distancia que caminar, pues eran más de cien leguas para llegar al punto de reunión, y era preciso atravesar tres cordones de cordilleras.

Era, ciertamente, una empresa.

Pincheira no nos esperaba por este lado.

Al fin, al concluir el mes de diciembre del año 1826, como he dicho, ya bien preparada la división, con ciento y tantas mulas cargadas de charqui, harina tostada, aguardiente, agasajos para los indios, animales vacunos, etc., me puse en marcha saliendo de Talca para el boquete de Cumpeo. Cada soldado de mi batallón llevaba tres pares de zapatos que fueron insuficientes.

Eché dos días para llegar a Cumpeo, que se halla en un cajón cordillerano. Al tercer día empezamos a subir. Iba caminando a la cabeza de mi batallón en una espesa montaña, cuando oí un ruido muy fuerte que aumentaba a medida que avanzaba.

Hice llamar al guía para preguntarle lo que significaba. Me contestó que era el ruido de la caída de las aguas del río Claro.

Hice parar la columna y le ordené que me acompañara. Dejamos el camino y entramos en la montaña.

A poca distancia se presentó a mi vista un majestuoso espectáculo. Si no hubiera sido por el ruido, lo hubiera dejado pasar sin decirme nada.

Esta gente es poco curiosa y no contempla las bellezas de la naturaleza. A mi me dejó asombrado. Permanecí allí como una hora contemplando esta maravilla. Un río bastante caudaloso, encerrado entre dos montañas, se precipita de una altura de más de cien pies perpendicularmente con un ruido tremendo. Abajo, a la caída, la fuerza del agua había formado, en la roca viva, una especie de pila en forma de concha. Arriba, por donde se precipita el agua, formaba en el peñasco una especie de lira, todo cubierto de verdura de arriba abajo.

Jamás había visto un lugar más majestuoso y pintoresco, digno de la pluma del inmortal Chateaubriand.

Me alejé de este hermoso sitio para seguir adelante.

La tropa aprovechó este descanso.

¹³³ Antonio Carrero (Galicia 1790-1830), sargento mayor en 1823, teniente coronel en 1826, muere en servicio en una sublevación militar en Yumbel.

Al sexto día de marcha llegué a la cumbre del Descabezado, punto más alto de los lugares penetrables de la cordillera. Aunque estábamos en verano y con un sol muy hermoso, éste se reflejaba sobre la nieve de manera tan resplandeciente que dañaba la vista. Hacía mucho frío.

El guía me decía que estos lugares están cubiertos de nieve desde que principió el mundo.

La nieve que teníamos bajo los pies nos facilitaba el paso, porque son quebradas que el tiempo ha rellenado. La cumbre del Descabezado no acaba en punta como todos los demás cerros, sino que es una plataforma; por eso lleva este nombre. Es el único que hay en el cordón cordillerano. Una vez pasado el Descabezado, nos encontramos en la cuesta de los Girones, que baja casi perpendicularmente al valle de este nombre. La altura es tan inmensa que todo se ve negro. Uno no puede imaginarse una apariencia más melancólica, al mismo tiempo que imponente. ¡Qué reflexiones no me hizo hacer este espantoso caos llenándome el corazón de tristeza! Empleamos más de dos horas en bajar la altura casi a paso de carrera, pues es imposible caminar despacio por la pendiente.

Aproximándonos, se iba borrando el cuadro sombrío que acababa de ver y era reemplazado por un manto de verdura. Simultáneamente la tropa empezó a alegrarse, los cantos siguieron a la alegría sin que se dieran cuenta estos hombres sencillos de la impresión que producía y se desordenaron para llegar más pronto al valle.

También participé en este desorden como mis oficiales.

Vi que era un movimiento natural y no me disgusté.

El valle de los Girones nos proporcionó un sitio encantador para campamento, porque debíamos permanecer allí algunos días para que se repusiera la caballada y descansaran los vacunos. El lugar era muy pastoso, buenas aguas, bastante sombra. En medio del valle había dos lagunas deliciosas llenas de patos de diversas clases y muchas otras especies de aves. Tuvimos el placer de la caza y comimos muchos patos. Había en la falda de la cordillera muchos guanacos, lo que también constituyó otra diversión.

Pasamos en este lugar quince días muy agradables y divertidos.

Ya estaban talados los pastos.

Ordené la marcha hasta la puerta del Yeso, donde debía permanecer diez días más, según las órdenes que tenía del general Borgoño. Pasamos la cuesta de Arena que tiene mucha altura y es muy inclinada, tanto que varias mulas rodaron con sus cargas de charqui hasta el estero que se encuentra abajo. Esto nos causó muchas dificultades y trabajos. Estuvimos todo el día en estos afanes.

Es preciso toda la destreza de estos animales para transitar por semejantes caminos o, mejor dicho, por estos desierto en que sólo pueden andar los indios.

Al día siguiente acampamos en la puerta del Yeso, cuya abundancia es notable, por lo cual ha tomado este nombre.

La tropa lo aprovechó para blanquear sus accesorios. También ordené que cada uno llevara algo en la mochila.

El lugar era hermosísimo, con extraordinaria abundancia de patos. Los animales se perdían dentro. Tenía muy cerca del campamento una laguna

hermosísima cubierta de aves de todos colores. Se distinguía el flamenco con sus alas redondeadas y cisnes negros, multitud de patos de cuatro o cinco especies; taguas, a las cuales los soldados hacían una guerra terrible. Como no pueden volar, era cosa muy divertida ver dentro de la laguna, que tenía poca profundidad, a los soldados que trataban de hacer ganar la tierra a estos acuáticos que eran recibidos por sus compañeros armados de palos, de modo que estos pobres animales no sabían qué hacer; mataron muchos y los comían, aunque su carne es bastante mala, aceitosa y de gusto a barro.

El lugar era bueno, pero el Sol nos incomodaba terriblemente a pesar de la vegetación del valle. No había árboles y no teníamos sombra. Las casuchitas que habían hecho los soldados eran de pasto con algunas ramitas, muy bajas; sólo servían para librarse del inmenso rocío que caía de noche, lo que las hacía sumamente frías. Esta transición del sofocante calor del día en estos valles en que los rayos del sol caen a plomo, en que corre poco aire por la altura de las cordilleras y el insoportable frío de la noche, nos producía dolores en los huesos y amanecíamos medio tullidos.

A los diez días recibí la orden del General de ponerme en campaña, señalándome el día en que debía llegar al río Neuquén y que enviara un propio al coronel Bulnes para que dispusiera sus marchas de acuerdo con las mías y que él se encargaría de arreglar las del coronel Carrero, que debía entrar por Antuco.

Mandé el propio a dicho Coronel y me puse en marcha.

A los seis días llegué a Rangue donde encontré al cacique Levimanque con su indiada y sus sobrino, el ladino cacique Juan José.

Me recibieron con sus escaramuzas y vestidos de guerra.

Parecían diablos salidos del infierno. Tenían todas las correas pintadas; unos con sangre, otros con carbón, otros verdes, amarillos, La mayor parte estaban desnudos. Algunos con capotes de cuero endurecido al fuego, unos cuantos con cota de malla que no sé de dónde la habrían sacado. Debían pertenecer a los españoles del tiempo de la conquista. En fin, era una mezcla endemoniada. Tuvo que esperar mi columna y aguardar todas sus mojigangas a caballo y a pie, sus evoluciones, sus gritos de guerra.

Sin embargo, era admirable la destreza en el manejo de la lanza de 18 a 20 pies de largo, que al parecer debiera ser estorbo; pero sacan partido extraordinario de ella. Endurecido hasta el extremo este enorme palo, agarrado en el combate a la distancia que presenta el adversario, largan el caballo a toda carrera, conduciendo con las rodillas.

El avío es sumamente pequeño y liviano y la lanza agarrada con las manos, la hacen revoltar por encima de su cabeza, cubriendo al mismo tiempo ambos flancos del jinete y del caballo. Tienen una destreza, una fuerza, un vigor admirables: es la única ocupación de la vida entera. Tuve también que corresponderles; hice hacer algunos movimientos a mis tropas, dos o tres descargas, lo que les gustó mucho. Tienen también un gusto desmedido por todo lo que es ruidoso, como cajas de guerra, trompetas, clarines. Les hice tocar charangas, dianas, música. Estaban locos de contento y de alegría. Después de todas estas ceremonias,

acampé allí mismo y también los indios. El cacique Levimanque y su sobrino me obsequiaron tres animales vacunos. Les correspondí con una hermosa chaqueta colorada, sombrero, camisa y otras frioleras para sus mujeres.

Al otro día seguimos adelante para las Barrancas, donde debía encontrar más indiada. En efecto, los encontré allí reunidos: estaba el gobernador Antecul con sus indios. Éste pertenecía a la jurisdicción de Mendoza, con dos caciques principales de las Barrancas, con sus mujeres, hijos y familiares. Los indios disponibles serían unos 600.

Busqué un lugar a propósito para acampar y encontré uno a las orillas de un estero, cerca de un prado muy pastoso donde hice poner la caballada. En cuanto quedó colocada la gente, se reunieron los caciques para su Parlamento como es su costumbre.

Les hice decir por el interprete que estaba muy bien; pero que lo primero que debían pensar era en un ataque a Pincherira cuyo campo estaba a jornada y media y que antes de hablar entre ellos se los exigía, ya que se habían reunido voluntariamente para pelear contra este bandido que los oprimía. Que me apartaran 150 indios de los mejores mocetones con un capitanejo de los más valientes, y que yo pondría 60 cazadores bien montados con que no había tiempo que perder y que Pincheira podría recibir aviso y evitar el golpe.

De modo absoluto, los indios querían abrir su Parlamento. Pero conociéndolos como mentirosos, codiciosos y engañadores, yo quería comprometerlos antes que tuvieran ninguna conferencia.

Me instaron mucho, pero me mantuve firme. Sabían que yo traía aguardiente y regalos para ellos y sus mujeres. En fin, excitados por su apetito y su codicia, accedieron y apartaron los indios. Era lo que yo quería, porque tenía motivos para desconfiar de su palabra. No les gustaba mucho comprometerse contra Pincheira, al cual respetaban por su bravura.

Los indios pehuenches son muy flojos y cobardes, en general. Hay algunos buenos y éstos eran los apartados.

Luego mandé nombrar los 60 cazadores al mando del capitán Ruiz, inteligente, bravo y activo. Desde aquel momento los 150 indios debían estar bajo sus órdenes. Todo se convino con los caciques. Los indios apartados y reunidos a los cazadores quedaron listos para marchar.

Sólo entonces dije a los caciques que podrían celebrar el citado Parlamento. Se reunieron todos formando un círculo en un pradito. Se sentaron y yo entre ellos. Los demás indios se mezclaron con los soldados en rededor nuestro. Empezaron sus relaciones cansadoras y fastidiosas. Mandé abrir los barriles de aguardiente, por el cual son muy ansiosos.

Los semblantes empezaron a alegrarse.

El cántaro daba una vuelta completa alrededor del círculo. Después de dos horas de gritos y de relaciones empecé a distribuirles varios efectos que tenía para ellos, como chaquetas coloradas, bastones de caciques con casquillo grande de plata, camisas, sombreros, espuelas, frenos, chaquiras, tabaco, añil, harina tostada, la que gusta mucho a las mujeres. Sobre el aguardiente vino el ruido de

cajas y clarines. A las mujeres les hacía tocar música y echaban a llorar, porque hacía tocar unas pastorales tristes. A estas infelices, la naturaleza les enseña a amar lo que guarda armonía con sus condición de esclavas, como las tienen los indios. Silenciosas, adhieren a un trato suave. Después de haberlos regalado convenientemente y bien borrachos, los indios se retiraron a su campo, que estaba cerca del mío.

Los 150 mocetones que estaban con el capitán Ruiz fueron mejor obsequiados que los otros, como se lo había recomendado. Llegada la noche, di mis instrucciones al capitán Eusebio Ruiz para que se pusiera en marcha para sorprender a Pincheira, si era posible, ya que los indios que lo acompañaban eran todos prácticos de los lugares que éste habitaba; que marchara sin cuidado; que yo, con toda mi división y los otros indios, caminaría también una parte de la noche y estaría al otro día muy cerca de ellos; pero que ellos, que andaban bien montados, debían caerle encima al amanecer, y andar ligero y en silencio.

Los despedí. Al momento mandé llamar a todos los caciques, a pesar de su repugnancia a caminar de noche. Los convencí de la necesidad de hacerlo, porque cualquier individuo de la banda de Pincheira podía descubrirnos de lo alto de algún cerro y errar nuestro golpe. Adhirieron a mi manera de pensar; y los mandé que ensillasen. De noche todos tenían sus caballos amarrados; lo mismo que los de la tropa, precaución muy necesaria. Enseguida, nos pusimos en marcha.

Al día siguiente como a las once, la vanguardia de la división se encontró con cuatro indios que traían un bandido de la tropa de Pincheira: era un antiguo montonero conocido, y muy malo, de los muchos que tenía Benavides.

Me lo habían despachado para que hablara conmigo.

Este hombre me dijo que el capitán lo había sorprendido completamente; que esperaban una expedición, pero no por este camino; que sabían que venía el coronel Bulnes; que tenía sus vichadores o espías colocados y que no tenían nada. Le pregunté si había caído Pincheira.

Me respondió que no sabía, porque la gente estaba dispersa en cada uno de los parajes que habitaba. Que si los indios pudieran haber dado con él, lo ignoraba; que pensaba que siendo los indios muy prácticos de los lugares habitados por la gente de Pincheira, habría matado muchos, por la cantidad de mujeres y niños que habían cogido. Que también había enseñado al capitán el lugar en que Pincheira tenía sus caballos ocultos, lo mismo que su ganado vacuno, el que constaría de ciento y tantos, de los cuales cincuenta y dos caballos eran selectos. Que si había escapado, sería a pie, escondiéndose en la montaña.

Seguí adelante. A la una de la tarde, me reuní con el capitán Ruiz. Pincheira había escapado por casualidad. Uno de sus bandidos que llevaba el capitán para guiarlo al paraje que habitaba, se dejó caer del caballo en un barranco. Logró escaparse de los tiros de los cazadores y fue a avisar a su jefe que emprendió la fuga.

Sólo encontró a sus tres hermanas y a su asistente.

En el momento que estaba hablando con él, me fue anunciada, por la avanzada, la llegada del coronel Bulnes con su división. No podía haber mayor puntualidad

de parte de este excelente oficial, ya que a media hora de diferencia nos encontramos en el punto de reunión. Había tenido también en encuentro con una partida de Pincheira en las Vegas de Naquivilo, derrotándola y matándole algunos hombres.

El comandante Carrero no aparecía. Toda la indiada que me acompañaba estaba detrás de los montoneros, en todas direcciones, con algunos de los cazadores mejor montados para sostenerlos en caso necesario. El capitán Ruiz tenía en su poder los caballos y el ganado vacuno de Pincheira. Muchas mujeres de estos facinerosos, cada una de ellas con dos o tres chiquillos; unos doce muchachos, con catorce años de edad el mayor.

El capitán me dijo que le habían pedido que me rogara que no los matase a sable sino a bala. Éstas fueron las expresiones de esas gentes. Estaban acostumbrados a ese espectáculo. Cuando algún soldado tenía la desgracia de caer en manos de estos forajidos, lo descuartizaban a sablazos. Ese recuerdo no dejaba de horrorizarlos.

Les pregunté si estaban bien decididos a morir. Me respondieron que sí. Por la fuerza del ejemplo, estas pobres criaturas creían que los íbamos a degollar y estaban con una resignación admirable. Les hice comprender que nosotros no éramos bárbaros como los que acompañaban a Pincheira, que degollaban sin misericordia a sus hermanos y paisanos. Que teníamos otras ideas respecto a la juventud y a la fatalidad del mal ejemplo que habían recibido de sus padres. Que saliendo de entre esos miserables, aprenderían los deberes de la humanidad y los de la religión que prohíbe a los hombres ser crueles con sus semejantes. Que, sin duda, sus madres les habrían dado algunas ideas acerca de los castigos que esperan al malvado en la otra vida y que allí no escaparían.

Varios se echaron a llorar. Otros, de más edad, me miraban con serenidad.

Confié a una escolta la conducción de las mujeres y los niños. Me puse atentamente en camino para pasar el río Neuquén con las dos divisiones y seguir hacia el lugar llamado Butalón, donde, según los indios, se habrían dirigido los montoneros. Me daba cuenta de lo infructuoso de este paso, porque era imposible que los montoneros sorprendidos y derrotados, pensarán en hacer frente. Seguí avanzando al este. Por lo menos, podía quitarles la mayor parte de las mujeres, a lo cual eran casi tan sensibles como a perder la vida; podía también reducir a muchos de estos bandidos por amor a sus hijos.

Encontramos a las orillas del río Malbarco, que se junta con el Neuquén, un puente suspendido, perfectamente establecido. Al otro lado del río, unas casas de paja muy grandes y cómodas.

Pincheira las habitaba en invierno.

Más allá, una cantidad inmensa de casitas de cueros de vacas que se pueden transportar de un lugar a otro.

Di orden de quemarlo todo, para quitar este auxilio contra los fríos del próximo invierno. Era imposible que se proveyeran de otros. De este modo, los echaba de estos hermosos valles que les proporcionaban un abrigo excelente contra los rigores del frío y los pastos tan necesarios para la invernada de sus caballos, mulas y demás animales destinados a la mantención.

Llegamos hasta la quebrada de Butalón, donde encontramos una gran cantidad de cueros escondidos para el mismo uso y muchos enseres que los soldados se repartieron.

Nos dispusimos a pasar la noche allí. Las diferentes partidas de indios y de mi caballería traían muchas mujeres. Habían exterminado un gran número de montoneros que las acompañaban, entre éstos varios jefes de Pincheira, individuos muy sangrientos y temibles.

Los avisos que recibí de los indios fueron que los montoneros que se habían escapado, habían pasado la cordillera llamada del Viento y que se hallaban en el territorio de Mendoza, reunidos con algunos indios de su partido y con el ganado que habían podido llevar.

Ordené acampar y que al amanecer marcharíamos contra ellos.

Quedaron muy contentos, porque habían tomado muchos caballos y ganado; pero les quité todas las mujeres chilenas, lo que sintieron mucho. Les hice comprender que estas mujeres habían sido robadas y que era justo devolverlas a sus familias; que cuantas indias se tomara, tanto por mis soldados como por los indios, les pertenecían a éstos por derecho. Si había algunas en poder de aquellos, se las haría entregar al momento. Se contentaron con eso y se fueron a dormir.

Al otro día, emprendí la marcha en dirección a la cordillera del Viento. Luego los jefes de la caballería me hicieron presente el mal estado de su caballada. Los caballos estaban gordos, pero enteramente despeados; era natural, transitando por caminos pedregosos y desiguales, sin herraduras, no podía suceder de otro modo. Era necesario un descanso de algunos días. Yo había empezado esta marcha más bien para entretener a los indios que por sus resultados, porque no pudiendo resistirnos, los montoneros se habían dispersado por este laberinto de cordilleras. No nos era posible dar con ellos. Resolví volver atrás, pasar Neuquén y situarme en el valle donde había abundancia de pasto y todo lo necesario. También tenía inquietud por la rara tardanza del comandante Carrero, de quien no tenía ninguna noticia. Hacía 48 horas que debía haberse reunido con mi división. Los coroneles Bulnes y Puga pensaban que si Pincheira hubiera logrado reunir todas sus fuerzas, podría haber marchado al sur y atacar a dicho comandante. Estos pensamientos podían tener algunas probabilidades, pero no me causaban más que pequeñas inquietudes. Carrero, que nos había hecho la guerra muchos años como buen español unido al bandido Benavides, no era hombre para arriesgarse mucho; él conocía el terreno.

A Pincheira, sorprendido y dispersada su gente, le era imposible reunir la en número suficiente para semejante empresa. Por consiguiente, pasamos el río y di orden de acampar. La infantería también tenía necesidad de descanso; pero como lo había pensado, casi toda la indiada se retiró. Como todos ellos tenían ganados y habían dejado solas a sus mujeres, me era difícil sujetarlos. Sólo quedó el cacique Levimanque con algunos de sus mocetones.

El coronel Bulnes me dijo que este cacique tenía en su poder el caballo de mi amigo el teniente coronel Jordán¹³⁴, que había perecido en una expedición anterior

¹³⁴ Manuel Jordán Valdivieso, alférez en 1818, teniente en 1819, teniente coronel en 1824, muere en 1825 en una sublevación militar en Parral.

219 B oussinic fils naturel d'Elizabeth Beauchef marchande
 né ce matin, à la cote a été baptisé par moi vicaire soussigné
 Ce vingt deuxième avril 1785. parrain Camille Jean François
 Fournet et marraine Marie Brunet fille de François Brunet
 qui ont signé / Brunet, Fournet, Rudigoz vicaire

Acta de bautizo de Jorge Beauchef:

TEXTO EN FRANCÉS:

B* fils Ismel fils naturel d'Elizabeth Beauchef marchande. Né ce matin á la cote a été baptisé par moi vicaire, soussigné. Ce vingt deuxième avril 1785. parrain Camille Jean François Fournet et marraine Marie Brunet, fille de François Brunet. Qui ont signé / Brunet, Fournet, Rudigoz vicaire

TRADUCCIÓN DEL AUTOR AL ESPAÑOL:

B" "" hijo Ismel hijo natural de Elizabeth Beauchef mercante, nacido esta mañana en la cote ha sido bautizado por mí, vicario, el abajo firmante. Este veintidós de abril de 1785. padrino Camille Jean François. Fournet y madrina Marie Brunet, hija de François Brunet, quienes firmaron / Brunet, Fournet, Rudigoz Vicario

* Esta primera palabra es totalmente ilegible; se descifra a nuestro parece la palabra "oussinic" o "oussinie" que no corresponde a ningún nombre conocido en Francia en este tiempo.

" La "B" presente al principio de cada acta de bautizo es simplemente la abreviación de Bautizado.

"" Ver nota 1.

a la mía contra Pincheira. Me interesaba mucho, no tanto por ser un caballo excelente como por tener este recuerdo de este bravo y desgraciado amigo.

Se lo pedí al cacique, que me lo concedió con mucha generosidad.

El caballo tenía la marca de Pincheira; pero no se hallaba entre los cincuenta y tantos que le había tomado el capitán Ruiz, quien también los regaló generosamente a sus compañeros. El coronel Bulnes recibió el caballo más famoso; el coronel Puga, otro magnífico que los montoneros habían robado en San Fernando; los demás pasaron a los subalternos de la división; y yo recibí todo el ganado para la mantención de las tropas. Permanecimos tres días en aquellos hermosos parajes. Ya no quedaba un solo indio con nosotros. Tampoco había aparecido el comandante Carrero y no había ninguna noticia suya, a pesar de haber mandado varias partidas a la descubierta por los diferentes caminos.

Fue resuelto por mí y los jefes de cuerpo marchar al sur por el camino que debía traer a dicho comandante, porque no dejaba de tener algún cuidado, ya que no habíamos visto ni se veía un solo montonero. Daba que pensar que los enemigos se hubieran reunidos para atacarlo. Dejando mi división muy atrás, nos pusimos en marcha en dirección al paraje llamado "El Manzano", donde teníamos un buen alojamiento. Llegamos y pasamos la noche sin novedad. Seguí mi marcha siempre al sur. Al tercer día, estando en marcha el coronel Puga, que formaba la retaguardia, me mando avisar que una fuerza de caballería bastante considerable venía a la carrera contra el. En el acto mandé contramarchar a la infantería y al Coronel que mandara reconocer aquella fuerza, lo que se había efectuado. Era la caballería e indios del comandante Carrero que nos había reconocido por los avisos de un montonero, que lo había informado de la completa derrota de Pincheira y del camino que llevaba la división.

Hice parar la columna para que se incorporase el comandante Carrero, lo que se efectuó. Pronto se me presentó dicho comandante, al cual recibí bastante mal preguntándole los motivos de su tardanza y por qué no había cumplido las instrucciones del general Borgoño.

Sus razones eran insuficientes y causadas por el miedo: que no contaba con la indiana que lo acompañaba; que no creía suficientes sus fuerzas para arriesgarse solo contra Pincheira; que sus vacilaciones habían contribuido mucho a infundir el terror entre los indios y en sus mismos soldados, según el parte que le dieron los jefes de la fuerza que llevaba; que varias veces les había preguntado lo que harían en su lugar y que la respuesta de todos era ejecutar las órdenes que tenía que marchar al punto de reunión. Carrero decía que no conocía a Pincheira ni el valor de los montoneros; que los dragones que tenía, estaban mal montados; que las tres compañías de infantería eran pocas para resistir al primer impulso de los montoneros; que los indios de Trapatrapa eran flojos y cobardes; mil razones, a cual peor.

Le hice presente que el coronel Bulnes, que venía del punto de más peligro, el más susceptible de ser atacado por toda la fuerza de Pincheira, no se había hecho esas reflexiones, sino que había marchado donde su deber y su honor lo llamaban.

Se terminó la entrevista con el comandante Carrero.

Enseguida, recibí a los indios que lo acompañaban en los mismos términos que a los otros. Fue acordado por un Consejo de Guerra que reuní y por parecer de los indios de Trapatrapa, marchar sobre el punto llamado Malcahuelo, donde era probable que Pincheira y los indios enemigos se hubieran reunido.

Emprendimos la marcha aquella misma tarde.

Al otro día, a la una de la tarde, ocupábamos aquel punto que se halla sobre una inmensa altura, pero fue en vano; no encontramos nada, ni trazas de enemigos. El sitio era muy pastoso, pero tenía mucha falta de agua. Ordené un descanso de dos horas, después de las cuales volví a bajar al valle.

Las mujeres y los niños tomados a los montoneros estorbaban mucho mis marchas. Resolví mandarlos a Chillán a disposición del General. Fue nombrado al efecto el sargento mayor del Regimiento de Cazadores de Caballo don Eduardo Guitike¹³⁵, excelente oficial, que padecía mucho de antiguas heridas.

La caballería estaba obligada, en estos caminos de cordillera, a hacer casi todas las marchas a pie para aliviar a los caballos. Se reunieron los soldados de caballería e infantería menos hábiles, enfermos, etc., para salir de la cordillera. Recibieron los víveres necesarios; y el mayor fue despachado con un parte de lo ocurrido al General.

De modo que fue aliviada mi división compuesta de las tres.

Era considerable el consumo de víveres, aunque cada Comandante los había traído para su respectiva unidad; pero nos quedaba mucho que caminar y era preciso ahorrar.

Nos dirigimos al sur, hacía una reducción de indios enemigos que tenían entre ellos varios montoneros y muchas familias chilenas robadas en sus incursiones y que les servían de esclavos.

Al segundo día de marcha, mis tropas estaban acampadas para pasar la noche, cuando las avanzadas me trajeron dos caciques que deseaban hablar conmigo. Los recibí en mi tienda de campaña y mandé llamar al intérprete y los jefes para oírlos.

Pretendían que no pasara por sus tierras, que sería un gran alboroto para sus familias y toda su gente, ya que ellos no hacían la guerra, etc. Les hice contestar que eso era corriente; pero que tenía que entregarme a un tal Zúñiga, jefe de montoneros que yo sabía que estaba entre ellos y varios otros, como también las familias que retenían prisioneras. Que ésa era la única prueba que podían darme de su amistad y no palabras de paz que sabía que cumplían muy mal. Pero ellos eludían mi planteamiento.

El objeto de su venida era reconocernos y tomar sus medidas. Me tuvieron así, entretenido mucho tiempo y con mucha destreza.

Estos salvajes están llenos de malicia. Trataban de no hacer nada de lo que yo exigía. Mandé al coronel Bulnes que tuviera listos sus granaderos para marchar al momento. En cuanto estuvieron preparados para montar a caballo, los caciques

¹³⁵ Eduardo Gutike Mundt (Berlín: 1793 o 4-1858), teniente y capitán en 1819, sirvió en Perú (1820), sargento mayor en 1822, teniente coronel en 1823.

dijeron que como nos manifestábamos amigos, no tenían dificultad en acompañar al coronel Bulnes a sus tierras.

Les prometí que sus familias, caballos y ganado serían respetados, que sólo quería agarrar a los montoneros de Pincheira que estaban con ellos y, en particular, al tal Zúñiga, además de sacar a las familias chilenas que injustamente retenían entre ellos.

Los caciques hicieron los mayores esfuerzos para disuadirme.

Me aseguraban que Zúñiga y los demás montoneros se habían marchado, que no tenían chilenas con ellos y muchas otras disculpas.

Cansado de escucharlos, mandé traer dos mulas, las hice ensillar con sus monturas y para que no creyeran que les quitaba sus briosos caballos en los cuales pudieran haber escapado, dispuse que se los llevaran tirando. Toda esta maniobra la miraban de muy mala gana los caciques, pero no podían evitarla y se conformaron.

La división del Coronel salió a las diez de la noche y debía caer al amanecer en el paraje ocupado por los indios, tratando de sorprenderlos sin hacerles el menor daño en las personas y sus propiedades. El objetivo de la misión era agarrar a los montoneros y libertar a todos los chilenos que encontrasen. Podía marchar sin cuidado, porque la fuerza iba a seguir y llegaría algunas horas después.

Y fue despedido el Coronel.

A las doce de la misma noche, me puse en marcha, y a las diez de la mañana llegué.

Me vino a encontrar el coronel Bulnes que había sorprendido a los indios, lo que estuvieron muy asustados; pero se sosegaron cuando vieron que no se trataba de atacarlos y que los dos caciques venían en la partida.

Viendo que no volvían los caciques, el montonero Zúñiga y los demás que lo acompañaban huyeron media hora antes que llegara el Coronel que los persiguió *incontinenti*. Tuvo la fortuna de agarrar sus cargas y sus ganados. Se encontraron algunas tercerolas, ochenta paquetes de cartuchos, ciento y tantos ovejunos y algunos vacunos. Murieron dos bandidos que pudo alcanzar. Los demás escaparon con Zúñiga.

Permanecí aquel día en estos parajes. Se reunieron todas las familias; los chilenos retenidos por los indios serían unos cien entre grandes y chicos de ambos sexos.

Seguí mi marcha siempre hacia el sur, bajo la dirección de los indios de Trapatrapa, enteramente entregado a ellos, haciéndome caminar a su antojo con muchas marchas y contramarchas muy cansadoras y sin fruto ninguno, porque sólo ellos conocían los caminos.

Estos diablos no querían comprometerse mucho contra Pincheira. Me decían que en el invierno, cuando yo hubiera salido de sus tierras, éste vendría a abatirlos y destruiría sus posesiones de Trapatrapa con la ayuda de los indios de Mellipán y del cacique Mulato, a quien temían mucho, y decían que eran aliados de Pincheira.

Por más que yo les aseguraba que pasaría el invierno en su tierra, no me daban crédito. Viendo que no podía conseguir nada de ellos me vino la idea de

hacer proposiciones a Pincheira para que dejase esta vida de bandidaje que destrozaba a su propio país, prometiéndole la vida y la de todos los suyos que se entregasen.

Reuní los caciques de Trapatrapa y les comuniqué mi proyecto, que les pareció bien.

Enseguida, les pregunté si podrían dar con él.

Me respondieron que creían que sí, que mandarían unos dos mocetones muy prácticos y muy bien montados. Entonces les dije que si sabían dónde se hallaba este bandido, por qué no me conducían para atacarlo. Me respondieron que era inútil hacer caminar la gente en balde, que, sin duda, Pincheira andaba solo, errante, que de cualquier cerro vería la gente, que siempre se iría escapando de cordillera en cordillera y que no lo podríamos prender.

Sólo marchando los dos indios, él mismo, si los divisaba, vendría a su encuentro. De este modo, únicamente, podrían ubicarlo. Consideré fundadas las razones y me resolví a escribir una carta a este facineroso, ofreciéndole un partido razonable si quería dejar esta vida errante y vagabunda para él y los suyos. Al contrario, estaba dispuesto a pasar el invierno en las cordilleras, que tenía recursos y órdenes para ello y que lo perseguiría a muerte, teniendo a casi toda la indiada a mi favor, etc.

Fueron despachados los dos indios con la carta y no debían volver sin traerme la contestación, la que recibí a los tres días. Me mandaba Pincheira un papeletito sucio escrito con agua de añil, diciéndome que no le importaba nada que yo pasara el invierno en la cordillera, que ni él ni los suyos se entregaban, y que tenía por aliado al portugués. Sin duda, alusión a la guerra de Brasil con Buenos Aires; no podía significar otra cosa. Si le convenía, me atacaría; si no, tenía campo que correr. Literalmente, éste fue el contenido de su papel. Su texto copiado a la letra, decía así:

Febrero 10 de 1827. — Señor coronel Beauchef, de lo que los prebiene el indulto no podemos porque no somos solos que peliamos pues ustedes saben que el portugués aliado se halla peliando en buenos ayres y así si ustedes gustan invernar que no les hace ningún perjuicio. Bien bedo yo del que no tengo fuerzas para contrarrestar con ustedes y aci U. Me busca si me esta a cuenta atacare y de no andare por los campos— José Antonio Pincheira (sic).

De modo que no me dejó ninguna esperanza. Mandé reunir los caciques de Trapatrapa para deliberar acerca de lo que me quedaba por hacer, ya que estaba a su entera disposición y no podía hacer nada sin ellos. Se resolvió marchar al sur contra los indios enemigos y aliados de Pincheira.

Se marchó contra la reducción del cacique Butraiqueo; de allí contra la del cacique Llalian; por último, contra el cacique llamado Mulato.

Éste era el más poderoso.

A los tres días de marcha, ya en las tierras del cacique Butriqueo, éste había tenido una entrevista con los indios que me acompañaban y les pidió una audiencia conmigo, la que concedí, y me fue presentado por los caciques del Trapatrapa como amigo, que se separaba de Pincheira con quien había tomado contacto

únicamente por miedo —por aquel entonces Pincheira era poderoso, pero habiendo sido destrozado por mi división, se declaraba su enemigo y amigo nuestro y lo perseguiría con su indiada.

Contesté al cacique, a quien recibí muy bien y con algunos regalos, que yo no me entendía con palabras y que le daba tres días para reunir sus mocetones y venir a incorporarse con ellos a los indios de Trapatrapa. Di a entender a éste que les convenía mucho unirse y que debían formar un conjunto para no permitir que los montoneros los batiesen desunidos.

Se convino en que el cacique iría a traer sus indios.

Entretanto, yo hacía recorrer con partidas de caballería aquellas tierras para proteger a las familias que los indios tenían como esclavos. Todos los días venían algunas mujeres, hombres o niños a buscar el amparo de mi división. A los pocos días, se reunió el cacique Butraiqueo con sus indios y algunas familias chilenas que tenían en sus tierras, porque éstas eran mis primeras condiciones. Seguimos nuestra marcha hasta el valle de las Damas, desde donde despaché un correo al General diciéndole que, habiéndoseme concluido los víveres, pensaba salir de la cordillera, si no ordenaba otra cosa; que mientras recibía su contestación iba a marchar contra el cacique Llalian y el Mulato; que dirigiese su respuesta y su correo, pasando por Trapatrapa, hacia aquellos parajes.

Despaché por el boquete de Antuco, a todas las familias en compañía del mayor Valenzuela, del N° 8, con algunos soldados y me dispuse a marchar a Trapatrapa. Al segundo día llegué a este hermoso valle, después de pasar una serranía muy alta y montuosa, llena de piñones que fueron un gran socorro.

Di dos horas a las tropas para que hicieran sus provisiones.

El árbol de los piñones es el más hermoso del mundo. Sus ramas están cubiertas de unas hojas gruesas, guarnecidas hasta la punta, donde está colocada la cabeza que encierra el fruto. Esta cabeza será del peso de cuatro o cinco libras. Cuando está madura, se abre y cae al suelo. Adentro tiene una multitud de granos largos, cubiertos de una cáscara delgada. Su gusto es el de la castaña. La madera del árbol no es sólida, sino porosa, casi como la palma. Su altura es inmensa; el grueso es correspondiente. Estos piñones de los montes de Trapatrapa son tan viejos como el mundo. Hay en abundancia y sirven de mantención a los indios que habitan aquellos parajes. Las indias hacen una cantidad de cosas con estas frutas.

Este árbol es peculiar de Chile; no hay en otras partes del globo.

En cuanto llegamos, se reunieron los caciques para acordar la manera de sorprender a los indios enemigos. Teníamos dos días de camino y una cordillera que pasar el primer día; el segundo, caminar de noche y escondernos en la montaña antes del amanecer del tercero, y caer de repente sobre la reducción del cacique Llalian. Nos pusimos en marcha y pasamos la cordillera que vomitaba un humo abundante.

Fui con algunos oficiales e indios a ver qué era lo que producía este humo. Era un hoyo enorme en el flanco del cerro lleno de azufre puro, que estaba hirviendo continuamente y arrojaba una humareda muy espesa. Todos estos contornos son muy importantes por lo gigantesco de la naturaleza: su inmensa vegetación, lo

grandioso de sus espesas montañas. ¡Cuántos tesoros para el ojo del naturalista cuando pueda penetrar en estos lugares hasta ahora desconocidos! Porque sólo con fuerza armada se puede andar por las tierras ocupadas por los salvajes.

Habíamos llegado ya a la emboscada sin ser descubiertos y debíamos atacar al amanecer, cuando llegó un correo del general Borgoño que me avisaba que los caciques que iba a abatir tenían parlamentarios en Chillán, ante él, que pedían la paz. Por consiguiente, no debía atacarlos. Algunas horas más tarde hubiera habido una gran carnicería de indios, porque estaban enteramente descuidados. Participé esta noticia a los caciques de Trapatrapa, que iban con mucha sangre fría a matar a sus hermanos para despojarlos de sus ganados, como si fueran sus mayores enemigos.

Cuando se trata de robo, no hay parientes; este sistema les convenía. De este modo se han destruido en gran parte los indios de la República de Chile.

Creo que los que quedan a la fecha no pasarán de 15.000 almas.

Este sistema parecerá cruel, pero no hay otro medio. Es inútil pensar en civilización ni aún tomándolos muy pequeños, como se han hecho mil pruebas. Entre nosotros, la peste los destruye; muy pocos escapan; entre ellos esta enfermedad es desconocida. Por otra parte, no pueden acostumbrarse al trabajo de tierra ni a ningún otro. Son las mujeres las que hacen sus tejidos para vestir, sus comidas, cuidan los caballos y los ensillan, etc. Son enteramente esclavas. En las cercanías de la frontera hay algunos indios agricultores. Este número es pequeño y los del interior de las tierras y entre las cordilleras, son apenas pastores. Son crueles como los animales feroces; y se puede decir peores. De modo que, el único medio que queda al país es destruirlos, porque si ellos fueran los más fuertes, acabarían con los pueblos y la civilización.

Es lo que la experiencia me ha enseñado en catorce años de permanencia en el hermoso Chile.

Se convino con los caciques volver atrás hacia Trapatrapa.

Permanecí algunos días entre los indios que me regalaron algunos animales vacunos para la mantención de mis tropas, porque ya no tenía. El general Borgoño me anunciaba también en su correspondencia, que me iba a remitir cien bueyes para que me mantuviera el mayor tiempo posible en las cordilleras; eran indispensables para sostener la confianza de los indios amigos y asustar a los enemigos, evitando de esta manera la vuelta de Pincheira. Por el boquete de Alico me había remitido un convoy de víveres, que yo había dejado muy atrás; me decía que le extrañaba mucho que el comandante Carrero, que estaba instruido, no me hubiese avisado, etc. Mandé llamar a dicho Comandante, que me dijo que efectivamente sabía que este convoy había marchado por Alico y que debía estar por las cercanías de las lagunas de Epulauquén, pero que siempre había creído que el General me habría avisado oficialmente; por lo demás, que no había recibido del General ninguna instrucción sobre el particular.

Ya no podía permanecer por más tiempo en Trapatrapa. Los indios no me daban más víveres. Los pastos para la caballada escaseaban. Resolví marcharme otra vez por el valle de las Damas, lugar delicioso, abundantes en pastos, leña, buenas aguas, y bastante caza. Establecí aquí mi campamento y desde este punto

despaché al comandante Carrero con toda su división para las lagunas de Epulauquén, donde debía encontrar los víveres mencionados y mantenerse ahí hasta su consumción, pudiendo volverse después a Chillán por el boquete de Alico.

Los tres o cuatro días que había pasado en Trapatrapa con los indios, los había empleado en diversiones: carreras de caballos con los oficiales; los indios ganaban siempre, porque sus caballos en sus tierras son muy corredores y dejan de serlo cuando pasan al otro lado; sucede lo mismo a los nuestros, lo que debe atribuirse a la diferencia de la mantención.

Los pastos de ultracordilleras, llamados *mallines*, son fuertes, nutritivos y sólidos. En Chile, es la alfalfa la que engorda mucho a los animales; pero no tiene el mismo vigor, de modo que nuestro caballo del otro lado de la cordillera es más fuerte; lo mismo son los caballos pehuenches. También asistíamos a sus juegos de chueca, pelota, etc.

Los indios son graves y pesados en apariencia, pero en sus juegos y ejercicios militares son de una ligereza y actividad extraordinarias. Para sus juegos se desnudan completamente; sólo se tapan las partes naturales con un cuerecito delgado muy sobado y con muchos adornos. Es una cosa de lujo.

Los indios vinieron a establecerse en el valle con nosotros. El cacique Butraiqueo pidió permiso para retirarse a sus tierras con su gente; se le concedió. Siguieron las diversiones, pero fueron suspendidas por la enfermedad del cacique más viejo de Trapatrapa.

Luego sucedieron tragedias espantosas. Los indios no creen en las enfermedades. Cuando están enfermos, dicen que les han hecho un maleficio y llaman a la bruja, que lleva el nombre de machi, para que les saque el daño. Se reúnen los indios en ceremonia y la machi hace mil contorsiones y después prepara al enfermo, por lo menos sucedió así con este cacique. Después de tenderlo en el suelo, la machi le abrió el costado con un cuchillo y le sacó la hiel y extrajo el mal, o daño. Por supuesto, el viejo no resistió esta bárbara operación y murió. Luego agarraron unas mujeres, no sé cuántas, acusadas por la machi a su antojo e inmediatamente plantaron en el suelo cuatro postes para cada una; las desnudaron y las amarraron de los cuatro miembros; hicieron fuego debajo de los cuerpos y las quemaron vivas.

No vi estos horrores, pero los presenciaron varios soldados.

Impedir estas ceremonias sería entrar en una guerra a muerte con ellos. Después se echaron los parientes del difunto sobre lo que tenían todos los parientes de las quemadas, como ser caballos, vacas, ovejas, etc.

He ahí el hombre en estado de naturaleza, pintado de un modo tan halagüeño por tantos grandes hombres que no han salido de su gabinete. Ahora no respondo que hayan existido así en todas partes, pero refiero lo que ha ocurrido casi a mi vista y puedo asegurar que es costumbre entre ellos. Creo, con seguridad, que los salvajes no son mejores en América que en las otras partes del mundo.

Después de pasar algunos días en el valle de las Damas y talados los pastos, tuve que mudar el campamento. Me puse en marcha acercándome al boquete de Antuco. Pasamos al otro lado de una cordillera y encontramos un valle muy pastoso, en el cual establecí mi campamento.

No llegaban aún los bueyes que me había anunciado el General. Ya hacían tres días que la tropa estaba comiendo carne de caballo y tuvimos que comerla doce días seguidos, no en abundancia y casi siempre sin sal.

Varios oficiales se enfermaron.

Por mi parte, no me hizo ningún mal y la comía sin disgusto. Me habría contentado tenerla en las retiradas de las compañías de Prusia y Polonia, en el año 1806. Allí tenía que vencer el hambre y el rigor del invierno en medio de aquellas pampas asoladas por la guerra. Al fin, llegaron los cien bueyes. Fue un día de fiesta y de alegría.

Así pasamos en varios campamentos hasta fines de marzo y habíamos entrado a principios de diciembre. Después de cuatro meses de estadía en la codillera anuncié el 29 de marzo a las tropas que al día siguiente, íbamos atravesar la cordillera por el boquete de Antuco.

Estábamos por aquel entonces al pie del volcán de este nombre.

Los indios ya se habían retirado muy contentos y buenos amigos. En los cuatro meses había destruido la fuerza de Pincheira, quitado todos sus refuerzos, sacado de la esclavitud de los indios más de tres mil almas que fueron a poblar Antuco y la Laja y comprometido contra Pincheira la mayor parte de los indios Pehuenches y otros.

En consecuencia, los resultados compensaron en cierto modo los gastos hechos por esta compañía.

Debo muchos elogios a mis compañeros Bulnes y Puga, que hicieron cuanto estuvo a su alcance para el mejor éxito de ella. Los señores oficiales, sargentos, cabos y tropa soportaron todas las privaciones, que fueron grandes, con la más perseverante resignación; de ahí que reinó un orden admirable en las marchas, campamentos, acciones de guerra, etc.

A mi llegada a Chillán, la división recibió los elogios del señor general Borgoño por su buen comportamiento.

CAPÍTULO LXXVII
MIS ÚLTIMAS PREOCUPACIONES POR EL EJÉCITO.
SOLICITO MI RETIRO

Después de mi llegada a Chillán, pedí una licencia para venir a Santiago, pasar algunos meses en el seno de mi familia y solicitar del gobierno vestuario para mi tropa, que había destruido el que tenía en la compañía, cuidar, en una palabra, todos los intereses del Batallón, ascenso de algunos oficiales, etc.

Yo tenía proyectado retirarme del servicio y entrar en la reforma militar que estaba sancionada por el Congreso. Por consiguiente, quería entregar el Batallón N° 8 de mi mando al que me sucediese en el mejor orden posible.

El General me concedió la licencia que solicitaba. Entregué el mando del cuerpo al mayor y me dirigí a Santiago. Inmediatamente me presenté al Estado Mayor General con mi licencia para anotarla.

De allí fui a visitar al señor Presidente de la República, que lo era en ese entonces el general Pinto, quien me recibió de la manera más lisonjera, felicitándome por los buenos resultados de mi campaña de ultracordillera, pidiéndome algunos detalles de ella y que le hiciera una descripción de los parajes que había recorrido, que hasta aquel entonces eran casi desconocidos del país, ya que sólo algunos lenguaraces o intérpretes de los indios los habían penetrado. Traté de satisfacer al presidente Pinto acerca de lo que me exigía. Mi relación le agradó mucho, pues era interesante para el país.

Me despachó del modo más cariñoso.

Me retiré a descansar de mis fatigas pasadas.

Pasé el invierno en Santiago. En este intervalo solicité todo lo que necesitaba mi batallón: material para vestuario, accesorios, cartucheras, algún armamento, etc. Todo me fue concedido. Pasé aquellos meses haciendo confeccionar y poner todo en orden para mi salida en la primavera. No fueron olvidadas las propuestas para el ascenso de la oficialidad del Batallón, lo mismo para las clases de sargentos y cabos.

También me puse de acuerdo con el Presidente de la República con respecto a mi reforma.

Ya había concluido la guerra de la independencia. Mi carrera militar debía concluir con ella. A pesar de las reflexiones del gobierno para quedarme, estaba yo decidido a tomar mi reforma. Sólo debía volver al sur para poner el Batallón en orden, vestirlo, arreglar la contabilidad, etc.

Llegó el tiempo de mi salida y me puse en marcha llevando todo lo necesario para mi Batallón, para su mejor arreglo, del cual me ocupé durante el verano.

El mayor Valenzuela entró en la reforma y fue nombrado en su lugar para reemplazarlo el de igual grado, el mayor Agustín Gana, a quien fue entregado el cuerpo, en presencia del general Prieto, comandante general del Ejército del Sur, y de su mayor general coronel Viel.

Varios oficiales habían entrado en la reforma, unos por cansados, otros por viejos; de modo que sólo quedaron los jóvenes. El cuerpo estaba sobre un pie brillante y bien arreglado. Yo me retiraba después de haber servido la causa de la independencia de un país según mi conciencia liberal, enemiga de las tiranías. El país al cual de todo corazón había ayudado a libertar era bello, sus hombres viriles, sus mujeres hermosas y bondadosas. Chile se hacía querer y yo lo quise desde el primer momento. Fue enseguida mi segunda patria. Aquí me casé y tuve hijos. Mas alegrías que penas he pasado en mi segunda patria.

El señor general Prieto pasó en la Orden del Día un artículo relativo a mi alejamiento del ejército lo más lisonjero para un oficial que había cumplido con sus deberes y obligaciones durante 12 años y 4 meses sirviendo a la República.

Me despedí de todos mis compañeros de armas, oficiales y soldados que, puedo decirlo sin vanidad, me adoraban. Bastante pruebas recibí en los combates, en las penurias y en toda circunstancia. Este cariño no se desmintió un solo instante a lo largo de siete años que tuve la honra de mandar el bravo N° 8.

Desde el instante de mi alejamiento no se ha separado jamás de mi su recuerdo.

El soldado chileno es agradecido, fiel, valiente, robusto y sobrio. Ama sobremanera las armas. La prueba más evidente es que está libre e independiente sin el auxilio extranjero y sólo con su constancia y valor. Sus vecinos del Perú le deben, en parte, la libertad.

Llegado a Santiago, entré en la reforma militar. Fui generosamente recompensado por mis servicios.

Salió también en *La Clave* y *Gaceta del Gobierno*, un artículo relativo a mi retiro que me llenó de satisfacción y agradecimiento.

JORGE BEAUCHEF.
SANTIAGO, JULIO DE 1837

FIN DE LAS MEMORIAS

INDICE ONOMÁSTICO

A

Aburto, Francisco, 207
 Aburto, Luis, 207, 211-212
 Adams, 46
 Agamemnon, Rey, 171
 Agüero, Ángel, 137, 140, 143
 Aguirre, Manuel de, 42
 Alcazar, Coronel, 160
 Aldunate, Santiago, Coronel, 48, 219-220, 238, 240-241, 248-249
 Alemparte, Pedro, 136, 143, 151-152
 Almanche, Comisario de Guerra, 199
 Alvarado, Coronel, 114
 Alvarez Pilar, 11
 Alvear, General, 50, 54
 Amunátegui, Comandante, 237
 Angulo, Felipe, 11
 Anibal, 88
 Araneda, Eduardo, 11, 207
 Arbin Paul, 11
 Arce, Rafael, 126
 Arcos Antonio, Ingeniero, 46, 48, 53, 88, 92, 95, 107
 Arengreen, Capitán, 209, 217
 Arlegui, 110
 Artigas, 85
 Asagra, Mayor, 247

B

Bacler d'Albe Charles, 46, 54, 95, 99, 110, 164, 213, 228, 231-232, 235, 243
 Balcarce, General, 114-117
 Balarna, Santiago, Mayor, 241
 Ballesteros J., 222, 232
 Ballesteros, Coronel, 48
 Ballesteros, General, 59
 Bambach, Laso Alberto, 26
 Barbosa, Sargento, 200, 202, 205
 Bardel, 48
 Barros Arana, 65
 Bascuñán, 229
 Bautista, 54, 81-82
 Beauchemin, 24-25
 Beauchef, Elizabeth, 16
 Beauchef, Jorge, 57, 59, 64-65, 67, 91, 97, 129, 164, 175, 194, 204, 207-208, 217, 232, 268
 Beauchef, Jorge (hijo), 20
 Beauchef, Manuel, 20, 22
 Belhay de, 39
 Bell, Mayor, 244
 Bellina (esposa Skupieski), 91
 Bellina-Skupieski, Coronel, 45, 48, 68-69, 70, 73, 76-77, 84, 86, 88-91
 Benances, Cacique, 167
 Benavente, General, 219-220

- Benavides, 117, 131, 148, 160, 163, 168, 175, 178, 206, 255, 257
- Bentink, Lord, 62
- Bernadotte, Mariscal, 17
- Berney, Alexandre, 34
- Bertrán, Carlos, 9, 72, 89, 134, 149
- Betancur, Francisco, 180
- Black, Coronel, 62-63, 65-66
- Blaye, 47, 49-51, 95
- Bobadilla, 54, 130, 139, 141-142
- Bolívar, 34-35, 37, 39, 42, 45, 52, 54-55, 93, 219
- Bonaparte, José, 36, 39, 41-42, 50, 52, 54, 60-61, 69, 73-74, 77, 158
- Bonaparte, Pauline, 76
- Bonnet, General, 59
- Bonaparte, Napoleón, 20, 36-37, 39-40, 46-47, 54-56, 59, 61, 64, 67, 69, 76, 84, 86, 95, 106, 110, 115, 118, 189, 203
- Borgoño, General, 53, 97, 237-238, 242, 245-247, 250, 252-253, 264, 266
- Boudhinon, J. C., Coronel, 18-19, 59, 65
- Brandsen, Coronel, 46-47, 52, 110
- Brayer, Lucien, 50
- Brayer, Michel, General, 45, 48, 50, 52-53, 92-96, 99, 103, 105, 108
- Bruix (hermanos), 46-47, 110, 115-117
- Bruyere Ostells, Walter, 11
- Bulnes (español), 84
- Bulnes, Coronel, 84-85, 178, 186-187, 251, 253, 255, 257, 259-261, 266
- Burthe, Coronel, 17-19
- Bustamante, Sargento, 197, 203
- Butraiqueo, Cacique, 262-263, 265

C

- Caffarelli, General, 60
- Calcutura, Cacique, 156-157, 159, 167, 207
- Caleufo, Interprete, 160, 206, 210
- Campos Harriet, Fernando, 213
- Camus, 32
- Capaz de León, 54
- Carabu, 32
- Caravallo o Carvalho, José, 137
- Carcomo, Guía, 226
- Carlos VI, 36
- Carreño, Luis, 11
- Carrera (hermanos), 35, 38-42, 46, 48-50, 54, 70, 77, 95, 124, 219
- Carrero, Antonio, Coronel, 251, 253, 256-257, 259, 265
- Carson, Daniel, 124, 195
- Cartes Montory, Armando, 11, 213
- Carvallo Venegas, José, 25
- Casita o Gatica, Sargento, 203
- Castel de Saint-Pierre, Charles, 34
- Castro, Juan Esteban, Teniente Coronel, 105, 195, 202
- Cayla du, Coronel, 39
- Cerloy, 39
- Cesar, Julio, 145
- Chateaubriand, 251
- Chatillon, Oficial, 39
- Clausel, General, 41-42, 60
- Cochrane, Almirante, 54, 117-118, 125, 129-132, 144, 161, 163
- Coliau, 55
- Colot, Oficial, 39
- Conde, Coronel, 91, 97
- Cormontaigne, General, 53

- Correa, Cirilo, Mayor, 99
- Correa de Saa, Teniente, 98, 201
- Cotera, Sargento, 200, 202, 205
- Covarrubias, Capitán de Corbeta, 216
- Cramer, Coronel, 46, 49, 50, 53, 88, 91, 110
- Cruz José María, 179
- Cruz Luis de, Mayor General, 222-223

D

- Danel, 50
- Dauriac, 39
- Dauxion Lavaysse, Coronel, 48
- Decres, Ministro, 37
- Delobarats, 39
- Demarthe, Joelle, 11
- Descombes, Capitán, 55
- Deslandes, 46-47, 49-50, 53, 73, 77, 92
- Donoso Covarrubias, Alicia, 11, 22
- Dragumette, 50
- Drinot, 47
- Drouet, 47-48
- Dublé, François, 54
- Dumas, Alejandro, 86
- Dumont d'Urville, 55
- Duperrey, 55
- Durand, 42

E

- Elhuyard d', Oficial, 39
- Espez y Mina, Javier, 42
- Encalada, Escalada o Blanco Encalada, Manuel, 83, 97, 108-109, 112-114, 237-238, 247
- Erescano, Oficial, 124
- Escalada, Mariano, 87
- Eyzaguirre, Agustín, 250

F

- Fabio, 88
- Feliú Cruz, Guillermo, 13, 15, 57, 75
- Ferguson, 223
- Fernando VII, 36, 38, 62
- Ferrey, Juan, 142
- Fontalba, 188, 197
- Forster, Robert, 144-146
- Freire, General español, 62
- Freire, Ramón, 22-23, 35, 40, 49, 54, 62, 91, 98, 101, 108, 113-114, 117-118, 160, 175, 177, 204, 215-219, 221-224, 226, 232, 234-238, 124, 242, 245, 247-250
- Frezier, Científico, 208
- Frezier de, Oficial, 39

G

- Gadomar, Capitán de Corbeta, 225
- Galaz, Sargento, 197, 199-200, 203
- Gana, Agustín, Coronel, 236, 241, 247, 267
- Gana de Blanco, Carmen, 55
- García, Sargento, 188, 197, 205
- Garrido, Jorge, 11
- Gay, Claude, 24, 65, 73
- Giroust o Giroux, 54, 110-111
- Godlewski G., 76
- Godoy, Pedro, Teniente Coronel, 51, 223, 231, 236, 238-239
- Goicovic, Igor, 11
- Gola, 46, 110, 111
- Gómez, Vicente, 126-127, 129-131, 145
- González, Gregorio, Alférez, 233
- Grabert, 46
- Graham, María, 55
- Gramusset, Antoine, 34

- Granville, 47
- Gravier del Valle, 54
- Grouchy, Mariscal, 41-42, 52
- Grubessich, Arturo, 11
- Gual, Pedro, 42
- Guarda, Gabriel, 98, 126-127
- Guarda, Jaime, 187-189, 195, 201
- Guisse, Almirante, 220
- Guzman Fernandez, Jaime, 28
- Guticke o Guitike, Coronel, 28, 111, 260
- Guzmán Fernández, Jaime, 11
- H**
- Henríquez, Camilo, 204, 205, 208
- Henríquez, Manuela, 208
- Hill, General, 60
- Holley, 49, 51, 54
- Hormazabal, Pedro, 11
- Hoyos Fausto de los, Coronel, 54, 125-126, 130
- Hyde de Neuville, 74
- I**
- Isla, Capitán, 167
- J**
- Jacquelin, 42
- Jentseh, 46
- Jiménez, Capitán, 194, 207
- Jiménez, Juanita, 207, 215, 217
- Jordán, Montenero, 182, 185
- Jordán, Teniente Coronel, 257
- Jourdan, Mariscal, 61
- Juan José, Cacique, 155, 253
- Jurien de la Graviere, 36, 55
- K**
- Kluger Viviana, 11
- L**
- Labbé, 51, 136-137, 140-142, 164, 167, 208, 201
- Lafond de Lurcy, 55
- Lafuente, 123
- Lagresse, 50
- Lamanon, 39
- Landa, 107, 110
- Lannes, Mariscal, 18
- La Paz del Castillo, Juan, 117
- Lapete, Patriota, 126
- Laroche, 73, 77
- La Romana, General, 54
- La Rosa, Teniente, 231, 240
- Lasalle, Oficial, 54
- Las Heras, Coronel, 91, 94, 97, 99, 105, 108-109
- Lavalle, Juan, Capitán, 106
- Lavandero, 103
- Lavigne, 32
- Lebas, Teniente, 54
- Leighton, Tomas, Cirujano, 209, 214-215
- Letelier, 32
- Letelier Cayetano, 23, 54, 158, 167-168, 172-174, 187, 196, 203
- Levimanque, Cacique, 253-254
- Liniers de, 37
- Llalian, Cacique, 262-263
- Locke, 34
- Longueville-Vowell, 217
- Loppenet, 39
- Lozier Charles, 46, 48

- Luis XVI, 47
- Luis XVIII, 19
- M**
- Mackau, Almirante, 40, 55, 188, 192, 194, 201-203
- Madier, Comandante, 39
- Madison, Presidente, 37
- Magnan, 46
- Maka, 73, 77
- Manríquez, Antonio, 131, 133, 162-163, 166, 168-169, 171
- Manso, Manuel, 191
- Manso y Rojas, Teresa, 24, 25, 176-178, 191, 213, 216-217
- Maret o Bassano, 37
- Mareuil, Ministro, 41
- Marguti, 46
- Marin, Sargento, 198-199, 202, 205
- Marmont, Mariscal, 59
- Marteli, 188
- Maruri, Mayor, 247
- Masséna, Mariscal, 59
- Mathieu, Oficial, 54
- Maudet Gilles, 11
- Meier Mary, Pat, 11
- Melalican, Cacique, 212-214
- Melian, Coronel, 91
- Mellipan, Cacique, 261
- Melun, Barón de, 64, 67
- Méndez de Contreras, Antonio, 20
- Mercher, 47, 50
- Miers, John, 215
- Millar, General, 54, 122, 124, 127-128, 131, 174
- Miranda, 34, 37, 39
- Moliere, 91
- Monachon, Danuta, 11
- Monroe, Ministro, 37
- Montero, Teniente, 208
- Montesquieu, 33
- Montiel, Dante, 223
- Montiel, Felipe, 164, 232-233
- Montoya, Gobernador, 126
- Moore, Capitán, 174
- Moquegua, Cacique, 211
- Mora, José de, 51
- Morillo, Pablo, General, 38, 54
- Moscoso y Peralta, Obispo, 35
- Mulato, Cacique, 261-263
- Murat Joachim, 36
- Murria, General, 61
- N**
- Narvaez, 54
- Necochea, Teniente Coronel, 87, 89, 91, 106
- Novoa, Oficial, 41, 54
- Núñez, Raúl, 11
- O**
- O'Brien, 54, 175
- Ocampo, Emilio, 11
- O'Higgins, Bernardo, 22, 34-35, 39, 40, 49-51, 53-54, 88, 91, 94-99, 103, 117, 165, 170-171, 175-176, 187, 191, 204, 215-218, 249
- Onis de, 74
- Ordoñez, José, 94, 108-109
- Ortiz, Ángel, 162
- Osorio, General, 106-109, 112
- Ovalle, 51
- Ox, General, 63, 66
- Oxley, Teniente, 221, 240, 248

P

Palacios, 147-148, 152-157, 159-160, 162-163, 206-210, 213-214
 Palazuelos, Auditor de Guerra, 247
 Parchappe, 50
 Pareja, 54
 Paroissien Diego, 95
 Peña, Teniente, 46, 54, 233
 Persat, 47
 Peru de Lacroix, 39
 Picarte, 32, 179
 Pilet, 63-64, 66-67
 Pincheira, 48, 250, 254-257, 259-264, 266
 Piñeda, Cura, 201, 204-205
 Pinochet, 32
 Pinto, General, 37, 40, 220-221, 267
 Pompeyo, 145
 Portales, 51
 Pradt, Abate de, 33, 88
 Prieto, General, 49, 177-178, 187, 267
 Puga, Salvador, Coronel, 218, 251, 259, 266
 Puigmal, Elyane, 11
 Puigmal, Maurice, 11
 Puigmal, Patrick, 13, 92, 204, 223
 Puyerrédon, 50, 87

Q

Quintanilla (Español), 84
 Quintanilla, Gobernador, 127, 130, 135, 148, 159-161, 163, 166, 168-169, 173, 187, 191, 203-204, 206, 222-225, 227, 232, 235, 237, 241-242, 244-249
 Quiroga, Oficial, 180

R

Racela, Salvador, fraile, 148, 159
 Railef, Cacique, 135, 16, 167, 172

Ramel, 46
 Raulé, Coronel, 47, 52
 Raverot, 73, 77
 Raynal, Abate, 33, 35
 Renard, 73, 77
 Renjifo, Lorenzo, 202
 Reyes, Diego, 133, 135-137, 143, 163, 166-169, 171-172
 Rios, José de los, 166, 168-169, 171
 Riquelme, Mayor, 235-236
 Rivadavia, 50
 Riva, Agüero, 52, 219
 Rivera, Coronel, 96-97, 105, 113, 175
 Rivera Serrano, Pastora, 22
 Robert, 47, 50
 Robinson y Bell, 63, 66
 Roche, Laurence, 11
 Rodríguez, Capitán, 231, 234
 Rodríguez, Diputado, 23
 Rodríguez, Digna, 11
 Rodríguez, José, Comandante, 208
 Rodríguez, Manuel, 23, 35, 49-50, 109
 Rodríguez Aldea, Ministro, 28, 176, 188, 191, 195
 Rodríguez, de Francia, 91
 Rodríguez, Zorilla, Obispo, 110
 Rojas, Antonio de, 20, 22, 34, 176
 Rojas Salas, María Mercedes, 25
 Rondeau, 50
 Rondizzoni, José, 23-25, 28, 46, 48-49, 51-52, 164, 219, 231, 236-237
 Rosales, 55
 Rosales, Claudio, 11
 Rosamel, Almirante, 55
 Rosas, Fernando, Mayor, 229, 231
 Roul, 47-48, 50

Rousseau, 33
 Rouvray de, 39
 Rubio, Sargento, 194-195, 203
 Rugendas, Pintor, 50
 Ruiz, Capitán, 180, 254-255, 259
 Russel, Diplomático, 37

S

Saavedra, Subteniente, 180
 Sagredo Baeza, Rafael, 26
 Sali, Aga, 63, 66
 Sánchez, Coronel, 219-220
 Sánchez, General, 112-114, 117
 San Martín, 34-35, 45-46, 49-50, 52-54, 83-88, 92-95, 97, 106-109, 112, 117, 128, 162, 176-177, 191, 203
 Santa Cruz, General, 48, 219
 Santalla, 130, 141
 Saugera, Eric, 11, 70
 Sayago, Manuel, 150
 Sayago, Joaquín, 150, 159-160, 165-166
 Schultz, 70
 Senosian, 54
 Serurier, Embajador, 37
 Serviez, 39
 Silva, Sargento, 192-195, 203, 205
 Solar de, 55
 Soler, General, 53
 Solignac, Teniente General, 19
 Solís, Eliana, 11
 Sotomayor, Capitán, 145
 Soult, Mariscal, 60-62
 Stangor, Charles, 11
 Strumer, Barón de, 63, 66
 Subercaseaux, 32
 Suchet, Mariscal, 61-62

Sucre, 35, 54
 Susarte, Simón, 142

T

Thiebault, Paul, 40
 Thompson, Coronel, 42, 46, 73
 Thompson, Señora, 83
 Tortel, Juan, 46, 51
 Trolé, 50
 Tupper, William, 22, 28, 52, 175, 189-190, 194-195, 199, 202-203, 208-209, 210, 215, 220, 223, 225-227, 229-230, 245-247, 249

U

Ulloa, José, 11, 232
 Urbina, R., 223
 Uribe, Leandro, 154-156, 167, 206-207
 Uriondo, Mayor, 233

V

Valenzuela, Oficial, 179, 263
 Vanderzee, 46
 Varela, Capitán, 141, 144, 246
 Vasquez, Sargento Mayor, 239-240, 242
 Venancio Coñuepan, Cacique, 208, 211, 213
 Vendel, Louis, 24
 Vergara, Dionisio, 136
 Vergara, Sergio, 98
 Vicuña Mackenna, Benjamín, 15, 175
 Vidal, Oficial, 122-123
 Videla, Capitán, 100-101
 Viel, Benjamín, 23-25, 28, 46, 48-49, 51-52, 110, 114, 178-180, 184-187, 250, 267
 Vigil, 50, 54
 Voltaire, 33

W

Waldeck, Oficial, 54
 Warner, 95
 Wellington, General, 59-62
 Wilkinson, Capitán de Corbeta, 217
 Winter, Capitán de Goleta, 221, 240
 Word Taylor, Charles, 9
 Wooster, Charles, 192-193, 202, 204

Y

Yorcin, Capitán, 227, 233
 Young, Oficial, 50
 Yung o Young, Mayor, 195, 247

Z

Zapiola, Coronel, 91
 Zenteno o Centeno, Ministro, 28, 54, 218
 Zuñiga, Montonero, 260-261

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Preámbulo <i>Patrick Puigmal</i>	13
Jorge Beauchef más allá de sus memorias: misterios y respuestas	15
Influencia militar francesa durante la independencia chilena	31
Memorias militares sobre la independencia de Chile (1817-1829).	57
1° relación de Beauchef escrita en borrador acerca de su prisión y huida de los galeones españoles hasta su embarque para la América del Sur.	65
2° relación de beauchef escrita para el compendio de sus memorias acerca de las circunstancias que lo obligaron a salir de Francia y trasladar a la América del Norte	73
Índice onomástico	269

Se terminó de imprimir esta primera edición
en el mes de noviembre de 2005
en los talleres de Productora Gráfica Andros
Santiago de Chile